CRÓNICAS ROMANAS II



ÁNGEL PORTILLO LUCAS

ALISO

LOS ÚLTIMOS SUPERVIVIENTES DE TEUTOBURGO.

CRÓNICAS ROMANAS II



ÁNGEL PORTILLO LUCAS

ALISO

LOS ÚLTIMOS SUPERVIVIENTES DE TEUTOBURGO.



ALISO

Los últimos supervivientes de Teutoburgo

Cronicas romanas 02

Ángel Portillo Lucas

«En el campo, los huesos de los soldados yacían esparcidos por el suelo, cada uno en el lugar donde había caído defendiendo su posición o huyendo. Había restos de armas y también los huesos de los caballos, mientras que había cabezas humanas clavadas en los troncos de los árboles de alrededor. En estas arboledas se encontraban los altares bárbaros donde habían sido sacrificados los tribunos y los centuriones».

Tácito

«Vosotros los romanos os buscáis los problemas solos. No enviáis perros y pastores para vigilar vuestros rebaños, sino que colocáis lobos hambrientos».

Arminio, líder de la revuelta germana

Agradecimientos

A Mercedes, mi señora, principio y final de todo, inspiración y motivo de toda mi obra. Ambos somos un único proyecto.

A Antonia Portillo, la inspiradora del corazón y los sentimientos de Idalia, pues ambas viven en unión con la naturaleza.

A Elena, Fina, Laura, Maribel, Mireia y Toñi, lectoras cero, que han contribuido a enriquecer este texto.

Al grupo de recreación Barcino Oriens, que con su tocar, sentir y ver la historia romana hace que pueda empatizar con la Roma antigua.

Información para el lector.

En septiembre del año 9 d.C., durante el principado de Augusto, una coalición de pueblos germánicos se sublevó contra la ocupación de sus territorios por el ejército romano. Esta acción causó unas 30.000 bajas, entre ellas legionarios, cohortes auxiliares, alas de caballería y civiles, comerciantes y familiares que seguían a las legiones. Los romanos fueron sorprendidos mientras en una larga columna se dirigían a los campamentos llamados de invierno, pues la campaña de ese verano estaba a punto de finalizar. Arminio, el líder de la revuelta germana, que era oficial y ciudadano romano pero de origen germano, consiguió mediante engaño que este contingente se dirigiera a los bosques de Teutoburgo. En varios días de sucesivos ataques logró llevar a cabo su venganza.

Este levantamiento fue desastroso y devastador para Roma, pues con la muerte del gobernador Publio Quintilio Varo y la eliminación de las legiones XVII, XVIII y XVIIII desapareció todo control y toda presencia romana entre el Rin y el Elba.

Los ríos eran las vías principales de comunicación, tanto para la defensa, control, gestión de suministros y comercio. Esto motivó al ejército romano a construir varios fuertes en un afluente del Rin llamado Lippe. Los más importantes eran Aliso, Oberadem y Anreppen. Estos se convirtieron en el siguiente objetivo de los sublevados.

Algunas fuentes opinan que el fuerte Aliso era el campamento de invierno de la legión XVIIII. Al ser un fuerte diseñado para albergar a más de 5000 legionarios no sería de pequeñas dimensiones, y el sistema defensivo del que estaría dotado sería considerable. El comandante era Lucio Cedicio, probablemente el prefecto del campamento de una de las tres legiones aniquiladas. Un oficial curtido y veterano, de origen plebeyo, que había ascendido por méritos propios.

A mediados de septiembre del año 9 d.C. llegaron al fuerte Aliso unos pocos legionarios supervivientes de la matanza. Lucio Cedicio reaccionó con eficiencia, reforzó las defensas y ordenó que todos, incluyendo a los civiles, se refugiasen en el fuerte, cerró las puertas y se preparó para los intentos de asalto y para el asedio.

Aunque este relato es la crónica de la resistencia de unas pocas cohortes legionarias apoyadas por otras tantas de auxiliares en su lucha contra el enemigo germano, no solo se queda en eso. En esta historia de supervivencia hay miedos, desesperanzas e ilusiones. Cada mujer, domina (dama o señora, dominae, pl.), celta o prostituta, o

cada hombre, legionario, soldado auxiliar u oficial en el ejército, encerrado entre las murallas del fuerte Aliso, es reo de sus circunstancias y estas condicionan su vida y sus comportamientos. No puede ver igual la vida un legionario que porta la espada y la bate para su supervivencia que una mujer embarazada que desea vivir para poder abrazar al fruto de su vientre.

En cuanto a las legiones de esa época se dividían en contubernios, centurias y cohortes.

Un contubernio, la unidad mínima, estaba dotado de 8 milites. La unión de 10 de estos contubernios formaba una centuria, 80 combatientes, comandada por un centurión, al que asistía un optio (optiones, pl.). Una cohorte la conformaban 6 de estas centurias, un total de 480 legionarios. La legión romana estándar tenía 10 cohortes (de la I a la X). La I era especial con 5 centurias de 160 hombres. La caballería de cada legión era escasa y se componía de 4 turmas de 32 jinetes cada una.

Los gobernadores controlaban a todas las legiones que había en la provincia en la que tenían responsabilidad, pero los oficiales propios de cada unidad eran: el legado y el tribuno laticlavio, de clase senatorial; el prefecto del campamento y los 5 tribunos angusticlavios, de clase ecuestre, y los 59 centuriones. El lector puede imaginar que Lucio Cedicio, tras un desastre de estas características, se encontró la cadena de mando totalmente rota, por no decir que era inexistente.

Hemos dicho que cada centuria era comandada por un centurión auxiliado por un optio, pero también disponía de un hombre con tuba curva, para dar órdenes acústicas, un portaestandarte, que identificaba la unidad y daba órdenes visuales, y de un suboficial de seguridad, responsable de comunicar las contraseñas de acceso y salida de las instalaciones.

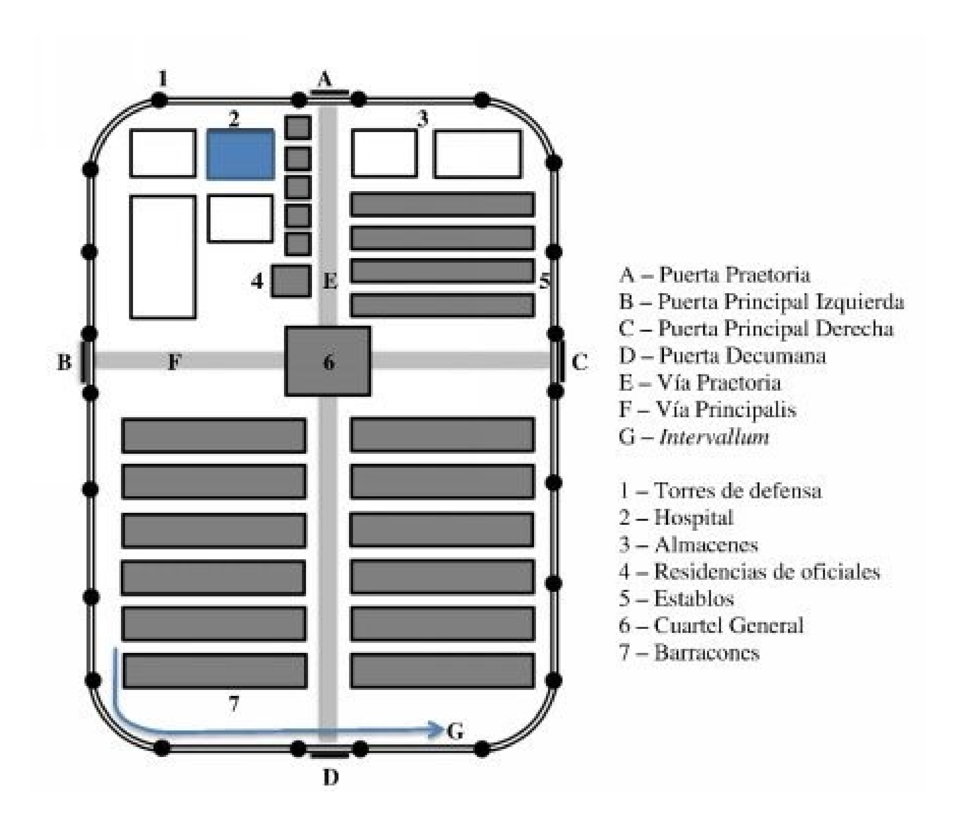
Las legiones, cuyos miembros eran todos ciudadanos romanos, eran apoyadas por tropas auxiliares reguladas y organizadas del mismo modo que las cohortes legionarias en las que se alistaban hombres libres que servían 25 años para obtener la ciudadanía romana. Las alas de caballería auxiliar se componían de 16 turmas (512 hombres). Los oficiales de todas estas tropas eran siempre ciudadanos romanos. Las cohortes auxiliares y las alas de caballería estaban comandadas por oficiales con el rango de prefecto.

Tal y como sucede actualmente, a los miembros del ejército se les aplicaba una ley propia, una militar. Las limitaciones más importantes, que disminuían provisionalmente los plenos derechos ciudadanos de los legionarios durante su servicio, eran: no se podían asociar, penas mucho más severas que en el mundo civil, y la tropa no

podía contraer matrimonio.

Como punto anecdótico, decir que normalmente se representa el 4 romano como IV pero en la antigüedad podían repetirse hasta 4 veces consecutivas, en la numeración romana, los signos I y X (4 era IIII). Este es el criterio que he utilizado en este texto.

Hipotética fortaleza de Aliso



Mapas

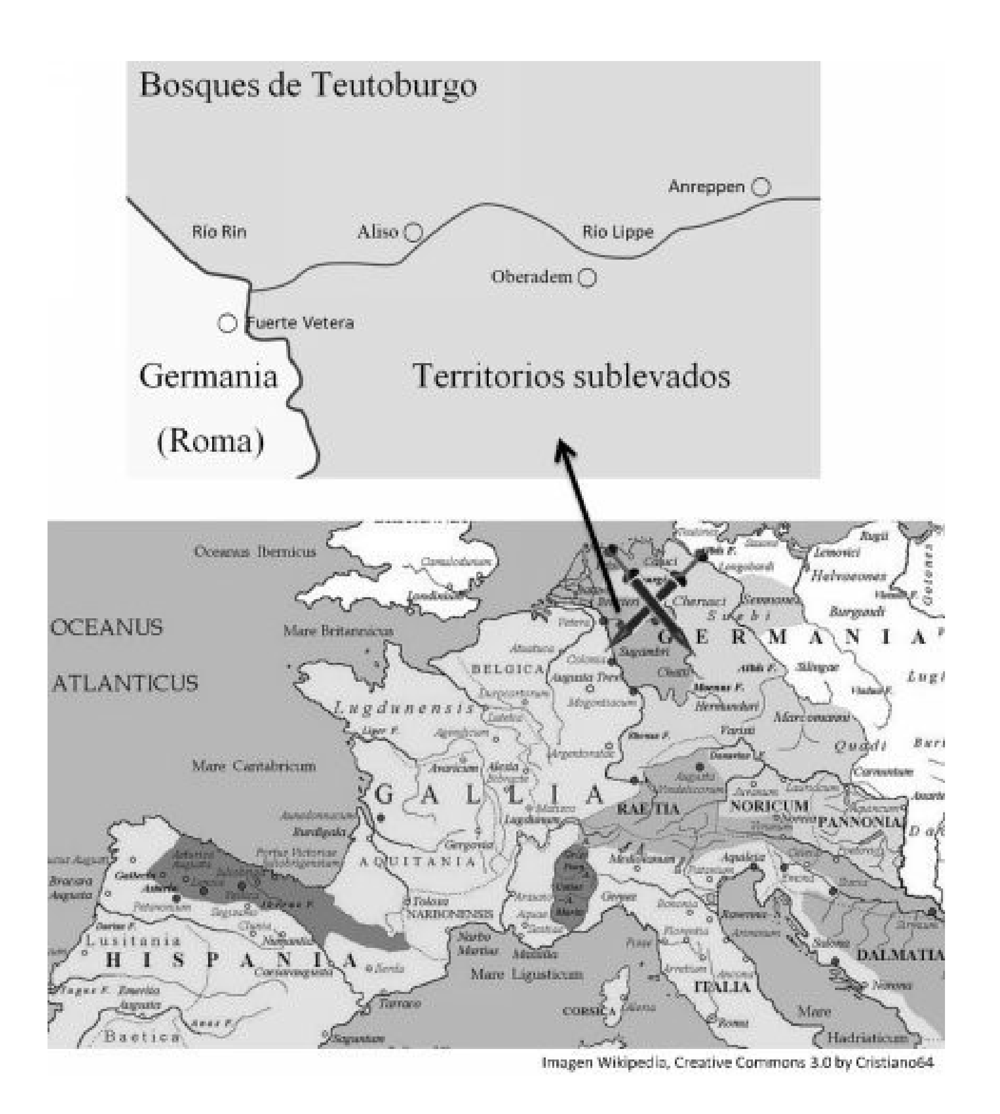


Imagen Wikipedia, Creative Commons 3.0 by Cristiano64

Capítulo I
El desastre de Varo

I — Padre Marte, en el Olimpo

Nos somos el Poderoso Marte, el más vigoroso de los hijos del Dios Supremo. Mi progenitor es Júpiter, el Mejor y el más Grande, el que Empuña el Rayo, el Victorioso, el Triunfante, el Invencible y el Padre de la Luz. Nos somos el dios de la guerra y éramos el predilecto de los romanos cuando se alzaban en armas. Los quirites, los hijos de la Loba, eran el pueblo que había sido elegido por las divinidades para conquistar el mundo. Representamos la brutalidad, la venganza, la temeridad absoluta, la sexualidad y la fuerza viril masculina. Nuestros símbolos son el lobo y el pájaro carpintero y nuestras armas son la muerte, el horror, el temor y el miedo, ¡eso conduce siempre a la victoria! De Nos veneran nuestra violencia, valentía, pasión y el derramamiento de sangre que nos acompaña. Éramos el más invocado cuando los romanos portaban el hierro de muerte.

Nos somos el dios de la guerra, pero también la deidad del laboreo de la tierra, el protector de la vida en los campos y la potencia viril. Nuestra Roma, la Roma de nuestro hijo Rómulo, nació de fuertes, rudos y frugales agricultores que entendían como igual lucha la del campo, la del enemigo y la de la descendencia varonil.

Los quirites, para asegurar su supervivencia, transformaban la tierra y la preparaban, la araban en anchos surcos, la sembraban y recogían su fruto y almacenaban este para superar el invierno. Un día utilizaban el arado y con esfuerzo dominaban a la dura tierra y lograban el sustento en forma de cereal para seguir viviendo, y otro día desenvainaban la espada y defendían la tierra que les daba de comer, la que labraban. El soldado era un campesino y un campesino era un soldado, una cosa era la otra.

Toda tierra conquistada se ha de conservar y eso se logra con la reproducción, con la simiente del hombre convertida en vida. Todo vínculo de sangre proviene del pene, todo lazo familiar procede del falo pues de él emana el semen creador de vida y al igual que el grano nutre a la tierra y esta da el beneficio deseado, el fluido varonil depositado en la mujer hace germinar la vida humana, fruto deseado por los dioses y por el hombre. La virilidad y la potencia sexual era otra forma de luchar, de batallar, de los hijos de Rómulo. La tierra era su propiedad, su forma de vida y esta era a su vez Roma. Era un soldado endurecido y apasionado, paciente, esforzado, tenaz, osado, sencillo, humilde y temeroso ante las divinidades. En esto último los hijos de la Loba superaban a los demás pueblos del orbe, pues sabían que todo sucedía por la voluntad de los dioses y por ese motivo

honraban el pacto con sus deidades protectoras y honraban el orden natural de las cosas. ¡Cómo es posible que lo olvidaran con todo lo concedido!

Nos gozábamos de la adoración de los viriles hombres romanos, solo superados por Júpiter, el Mejor y el más Grande, el más poderoso de entre los dioses. ¡Fuimos olvidados y nuestro culto enterrado! El pueblo elegido, los quirites, rompió el pacto con los dioses y fue a su vez abandonado. Quedó desprotegido a su suerte en un mundo de naciones que quería eliminarlo pues envidiaban lo que poseía. Consentimos el castigo, pues la traición más dolorosa es la del hijo estimado. Toda su gloria, toda su obra, se perdió en el tiempo.

Desde nuestra posición podemos ver la grandeza que pudo seguir siendo y no es, todo lo construido se ha desperdiciado. Hemos visto la caída de Roma y hemos reído a carcajadas al ver cómo otras civilizaciones intentaban imitar a los hijos de la Loba. ¡Cómo es posible tanta inocencia! No se puede construir un imperio sin la participación del dios de la guerra. ¿Qué obra humana puede superar a la que creó Júpiter, el Mejor y el más Grande? Es increíble cómo la ingenuidad se puede unir al desatino humano. ¡El hombre obra unido a la equivocación!

Los que habitamos el Olimpo nos dedicamos al mundo de los dioses y vosotros a las pequeñeces de los mortales. ¿Os tenemos que recordar quién sufre y llora para conseguir un éxito efímero? ¡Jamás crearéis nada parecido a Roma! Muchas naciones morirán y desaparecerán sin conseguirlo. Millones de hombres entregarán sus vidas por una ilusión fugaz. Muchas madres verán desperdiciado el fruto de su vientre en vanos intentos de grandeza. ¡Qué necios sois! ¡Qué equivocados estáis! Vuestro padre vive avergonzado por vuestras acciones. ¡Os atrevéis a decir que sois romanos! Sois la sombra de lo que fuisteis. ¡No os da vergüenza ver que portáis sangre de Rómulo por vuestras venas!

Aunque sois amigos del caos y del error seguiremos escribiendo estas líneas, pues quizás en su lectura podríais aprender en cabeza ajena. En vuestra ignorancia, en vuestra arrogancia y equivocación no podéis encontrar la sabiduría y respetar el orden natural de las cosas, el orden de los dioses. Vosotros os creéis el centro de la creación, pero sin ese saber, sin la iluminación de que toda obra perenne es voluntad de los dioses, no sois más que las moscas, que nacen, se reproducen y mueren atrapadas en la miel.

El pueblo de Rómulo era el mejor de entre los pueblos, pues su esencia emanaba de los dioses. De todas nuestras amantes la más

sublime sin duda es la Dorada Venus, que es amor, belleza y felicidad. Ante ella huyen los vientos, ante ella desaparecen los nubarrones del cielo y a sus pies de la tierra trabajadora nacen flores tiernas, sonríen las llanuras del mar y el cielo serenado brilla en luz que se derrama. La primavera se desvela y aparece la suave brisa que transporta el polen que fecunda las flores. Las aves del aire delatan su presencia cuando su fuerza golpea sus corazones. ¡Vosotros no podéis entender qué es el amor y menos entre los dioses! Los mortales, los que leéis estas palabras, caéis en amor romántico y al saborearlo os trastornáis. Los sentimientos os perturban y obráis unidos a la locura. Eso lo hacéis en vuestra corta y frágil vida. ¿Os imagináis qué se siente en el corazón al ser abrazado por la Dorada Venus?

Aun siendo la diosa de la belleza la que vive en los latidos de nuestro corazón eterno, la fémina que nos ha dejado más huella es la mortal Rea Silvia, virgen vestal y la humana más bella del orbe mientras duró su limitada existencia. Era descendiente de Silvio, hijo de Eneas y Lavinia. El héroe troyano era a su vez hijo de la Dorada Venus. ¡Todo lo que emana de la diosa de la felicidad es hermoso y dichoso! Ella, Rea Silvia, era hermosa, inocente y pura, tenía que ser nuestra. La mortal no ocupó un lugar privilegiado en nuestro corazón, fue un arrebato de pasión de un dios, el dios ardiente, potente y varonil de la guerra.

Como os dijimos, la mortal no fue muy importante para Nos, pero sí el fruto de su vientre pues parió a Rómulo, fundador de la nación más grande que haya conocido la ecúmene. Roma llevaba en su nacimiento la esencia de la Dorada Venus, a través de Eneas, y la esencia del Poderoso Marte, a través de Rómulo, es por ello que el pueblo romano era el pueblo más hermoso y poderoso de la historia.

Como padre del padre de los viriles hijos de la Loba queremos que conozcáis al pueblo que fue favorecido por los dioses. No os explicaremos sus grandes hazañas y cómo conquistaban con valor toda tierra habitada por el hombre. Es en la derrota y no en la victoria donde se muestra el valor de los pueblos.

Como dios de la guerra hemos sido derrotados y hemos sido heridos. Nuestro divino cuerpo ha sentido el dolor de las heridas, pero jamás nos hemos rendido. Hemos tenido que parar en la lucha mientras éramos sanados por el enorme poder de nuestro amado padre, Júpiter, el Mejor y el más Grande. Tras eso hemos necesitado un tiempo para poder ser nosotros mismos. Al igual que Nos, el pueblo romano ha sufrido dolorosas derrotas, muchas madres han llorado al morir sus hijos en tierras extrañas. Aun así, toda nación del mundo cuando veía las insignias y el águila de las legiones adquiría una enseñanza: los romanos siempre vuelven, una y otra vez, cada vez más

fuertes. Tal era el comportamiento de los hijos de nuestro hijo.

Relataré la historia de una de las más dolorosas de las derrotas, la que sufrió Roma ante las tribus germánicas en los bosques de Teutoburgo. En los dioses no vive la mentira, pues eso es cosa de los hombres, y he de decir por ello que de tal modo que nos sucedió en Troya, más guerra de dioses que de hombres, donde elogié la valentía tanto de aqueos como de troyanos, hemos de admitir en nuestra divina posición que admiramos la valentía y la entrega de los guerreros germanos. Eso, no obstante, no nos impidió ejercer la venganza del daño hecho a los hijos de Rómulo.

Os relataremos cómo Nos, a través de la brutalidad y las ansias de sangre y venganza, junto a nuestra divina hermana la Majestuosa Minerva, diosa fría y calculadora a la que tenéis que temer más que al dios de la guerra, ayudamos a los virtuosos y viriles hijos de la Loba, el pueblo elegido, a salir airoso de la situación.

Somos conocedores de que no entenderéis estas enseñanzas, persistiréis en el error y seguiréis sin volver al pacto que dio grandeza al pueblo de Rómulo. No obstante, relataremos lo sucedido pues los recuerdos nos vigorizan.

II — Asentamiento civil, fuerte Anreppen.

Quería disfrutar de los últimos días en los que aún el Padre Sol irradiaba con fuerza. En poco menos de dos ciclos lunares acabaría la mitad clara del año y llegarían los meses oscuros y fríos. Los verdes pastos dejarían paso al hielo y al resplandeciente blanco de la nieve. Los frondosos bosques verían caer sus hojas caducas, pues algunas habían cambiado a un color más rojizo y otras a uno amarillento. Estas al desprenderse formarían un manto en el suelo como si quisieran proteger a la tierra del gélido tiempo helado que estaba por llegar. Tal era el duro clima de las tierras más allá del Rin.

La naturaleza se tomaría una pausa, un descanso, hasta que el Padre Sol y sus renovados rayos volvieran a brillar con fuerza. Permitiendo y revitalizando el ciclo de la vida para que esta se mostrara de nuevo con todo su inmenso esplendor.

No pudo evitar tocar el tronco de aquel majestuoso roble. Tenía grandes ramas, altas, parecían tocar el cielo. Se intuía que sus raíces tenían igual tamaño, introduciéndose en la tierra y formando parte de ella. Podía sentir, a través del contacto de su mano, la magia, la energía y la unión entre el cielo y la tierra que a través de él se desencadenaba. Percibía la grandeza de la creación y la conexión única entre la naturaleza y la mujer.

Consideraba al roble un ser sagrado, un espíritu puro, el cual cedía parte de su fuerza vital proporcionando hogar y sustento a numerosas especies. Los árboles eran equilibrio, armonía y fuente de alimento. No solo físico pues al tocarlos, contemplarlos o abrazarlos se nutría el alma, el espíritu, limpiándose y llenándose de aquella majestuosa energía.

Había intentado explicar a su amado los profundos sentimientos que en ella afloraban al contemplar el entrelazado de los ciclos de la naturaleza o el sentir cómo una brisa de su bosque acariciaba su rostro o cómo el aire adquiría una densidad y un olor especial antes de empezar a llover. Intentó hacerle comprender lo importante que era observar esos ciclos y cuánto influían estos en todo y en todos. No logró en ningún momento que percibiera toda esa esencia que ella veía. Él decía que estaban en septiembre y que el próximo mes sería octubre, y que un árbol era un árbol.

Entendían el mundo de manera muy diferente. Sin embargo el simple hecho de tenerlo cerca le hacía sentirse dichosa y solo encontraba felicidad junto a él. Aunque su cuerpo había sido desflorado y poseído por otro hombre solo lo había sido en carne. Su alma era pura, virgen, solo había amado a un único hombre, su

esencia solo conocía a Cneo Vitruvio. Ese era el hablar de su corazón y ese era el hablar de su vientre, pues en su interior una vida latía y crecía. Tal y como de una semilla nace y crece un árbol, de la simiente de su amado plantada en ella emergería la vida de un ser humano.

La próxima estación clara vendría acompañada de los primeros rayos de sol. Los cuales fundirán el manto de nieve formando pequeños riachuelos, haciendo brotar la verde hierba y las primeras flores. En el cielo aparecerán de nuevo las aves que tornarán a este lugar repleto de luz y abundancia. Anidarán y se prepararán para la reproducción en un nuevo tiempo de vida. Es el inicio de la estación clara. El próximo ciclo, en esta tierra, donde todo germina y nace, coincidirá con el alumbramiento a la vida de aquel que crece en su vientre.

Vivía en tierras celtas pero todo era diferente, su forma de vivir había cambiado. En ese pequeño asentamiento civil había hispanas, galas, itálicas, mujeres de diferentes clanes celtas e incluso de pueblos que ni siquiera había preguntado, pues nada de ello importaba. Todas hablaban con todas y todas se entendían con todas. Los bebés y los niños eran mestizos y sin embargo eran tratados por igual. Ninguna extrañaba nada y todas respetaban la descendencia de las demás.

¡Era todo tan diferente para ella! Nació en una pequeña aldea de los bructeros, donde todos eran de su tribu. Las hembras tenían que parir hijos de sangre pura. Esa sangre que generaría fuertes, rudos y poderosos guerreros. Orgullosos ciudadanos libres con armas que decidirían el destino de la aldea. El comportamiento que veía ahora ante sus ojos era impensable entre su gente.

Sus pensamientos cesaron cuando vio llegar a dos auxiliares galos unelos que se dirigían directamente hacia ella.

—Mujer, Cneo Vitruvio dice que tienes que venir al fuerte Anreppen.

Idalia, ilusionada por ver a su amado, se puso en marcha escoltada, a la vez que custodiada, por ambos soldados.

Imaginó sus manos recorriendo su cuerpo, imaginó su boca besando cada parte de su rostro, de su cuello y de sus pechos. Se vio entre sus fuertes brazos mientras sentía su ardiente sexo dentro de ella. Ambos se darían placer, gemirían de gozo y sus cuerpos temblarían ante las sensaciones que tienen los que saben que se aman y se dan disfrute mutuo. Notaría la potencia de su miembro en su interior y sus músculos rozando sus piernas. Percibiría la fuerza de cada una de sus fuertes pero controladas embestidas. Gozaría en

deleite con sensaciones inimaginables. Toda ella, desde sus carnes hasta su interior, se entregaría a esa delicia pues no solo sería carnal lo que la embriagaría ya que partiría desde el alma todo ese encantamiento. Lo notaría jadear, lo vería agitarse de satisfacción por poseerla y perdería toda su fuerza al vaciarse. Cuando el falo dejara su vigor se relajarían y se acurrucarían el uno en el otro como si fueran un solo cuerpo. Este la acogería entre sus brazos y las confidencias y las risas de felicidad verían llegar la noche. La mañana vendría con un «Te quiero» y con nuevos abrazos y caricias de su amado Cneo Vitruvio. ¡Lo deseaba tanto!

Sentía tanto ardor en su cuerpo que una ligera ráfaga de aire rozó su cuello provocando en su piel que se erizara el pelo. Se avergonzó ante su reacción y miró de reojo a ambos lados. Tras esa pequeña sensación de rubor le sobrevino una leve sonrisa de felicidad, su cuerpo y su alma disfrutaban incluso imaginando a su amado centurión.

Estaba tan ensimismada en las sensaciones, en su corazón acelerado y en su cuerpo encendido, que no pudo percibir la actitud preocupada en los auxiliares que la acompañaban. Tampoco apreció cómo un grupo numeroso de soldados urgían a los demás habitantes del asentamiento civil que se tenían que dirigir con rapidez al fuerte Anreppen, estaban todos en peligro.

III — Lugar desconocido, bosques de Teutoburgo.

Los pocos supervivientes de la I Cohorte de la legión XVIII se vieron en la obligación de adoptar la configuración en orbe. Los legionarios se cubrían escudo contra escudo dejando solo el espacio entre ellos para poder dar estocadas certeras con sus armas. En el centro del círculo de escudos y espadas cortas se protegía lo más importante: el último tribuno angusticlavio, los centuriones y, sobre todo, el águila.

El portador del valioso objeto lo elevaba por entre los hombres que lo protegían para recordarles su obligación de dar hasta la última gota de sangre por el sagrado objeto a la vez que para infundirles ánimo. Nada da más coraje a un legionario romano que ver a Júpiter, el Mejor y el más Grande, representado por el ave depredadora con las alas extendidas portando en las garras los rayos que representan el poder del Dios Supremo.

Cada ataque era respondido con unos pocos pasos hacia delante con tres objetivos: golpear con más fuerza, tener la sensación de llevar la iniciativa con ese nuevo ímpetu que se acompañaba con un grito, «¡Júpiter!», y por último, dejar algo más de espacio para desenvolverse en la lucha. Tras la retirada germana se volvía a una posición más defensiva, pues solía ir acompañada de armas arrojadizas con la intención de asegurar la retirada del enemigo.

Para los legionarios los habituales relevos de los de la primera línea eran cada vez más escasos, no quedaban hombres ni fuerzas suficientes para realizarlos. ¡Todos se temían lo peor! Solo les quedaba la esperanza de que el grueso de la legión lograra socorrerlos. Por ese motivo era tan importante resistir, al enemigo, a las heridas, a la pérdida de sangre y al cansancio.

Se encontraban rodeados y superados en número por los rudos y fieros hombres de las tribus germánicas de los cauchos y los marsos. Los guerreros de familias notables portaban escudos planos rectangulares que les cubrían desde las rodillas a la cabeza fabricados con madera de roble e iban protegidos con petos y cascos, e incluso los más adinerados portaban una cota de malla. Los guerreros más pobres utilizaban escudos de mimbre reforzados con cuero y una capa sujeta con agujas en uno de los hombros. Parte de ellos iban desnudos bajo sus prendas de abrigo. Tanto para observar sus creencias como porque la única pertenencia que les podía proteger era su hombría, y en sus cabellos y en su falo residía su masculinidad.

Los germanos carecían de arcos y flechas para doblegar a su odiado enemigo, pero utilizaban una infinidad de venablos como

munición arrojadiza. Cuando se les acababa no tenían problema en coger piedras de tamaño medio y las lanzaban con fuerza contra los invasores romanos. Eran inferiores en armas y protección, muy pocos de ellos portaban espadas. Sin embargo, eran muy superiores en efectivos, y lo más importante para ellos, estaban en su tierra y clamaban venganza.

Los jefes tribales, sin olvidar presionar los diferentes frentes, dedicaban más hombres a atacar el lado sur de la formación circular. Se lanzaban en tromba atacando con sus lanzas y buscando huecos por entre el muro de escudos romanos. Tras un ataque se replegaban y volvían a intentarlo todos a la vez, haciendo empuje en la misma zona. Tal era la costumbre germana.

Como esperaban, las cargas constantes sumadas a la lucha de tres días sin descanso de los hombres de la legión XVIII dio como resultado que colapsara ese lado del orbe. Los germanos entraron en tromba al ver los huecos, olían el éxito de su ataque y la humillación romana. No sin antes perder a tres hombres a manos del aguerrido y veterano portador del apreciado y valioso objeto, los marsos capturaron el águila celebrándolo con un griterío inmenso. Cada uno de los afortunados que tocaba el valioso objeto marcaba sus venas en el cuello al soltar el alarido.

Espurio Papirio, tribuno angusticlavio, último oficial de rango superior que había conseguido permanecer con vida, maldecía su suerte desde que había llegado a Germania. Su padre, de clase ecuestre de la ciudad de Massilia, le felicitó al ser destinado a la Legión XVIII pues en el sur de la Galia todos creían que la zona estaba pacificada y adoptaba costumbres más civilizadas. Al llegar observó que se trataba de una falsa realidad: los germanos odiaban a los romanos, murmuraban maldiciones en su lengua y mostraban hostilidad. La intranquilidad se instaló en su cuerpo cuando vio que casi ninguno de los oficiales de alto rango tenía experiencia, pues lo mejor del ejército estaba en el doloroso y cruento levantamiento de Pannonia y Dalmatia junto a las legiones de Tiberio.

Desde la más desesperante fragilidad vio la llegada de unos cuatrocientos guerreros contra el frente sur defendido por cincuenta de sus hombres. Fueron sobrepasados, superados y asesinados brutalmente, nada podían hacer. Desmoralizado e impotente ante la pérdida del sagrado y venerado objeto, pidió a un subalterno que aguantara su espada y se lanzó contra ella, mejor la muerte por suicidio que la deshonra.

El hierro entró en él pero no le sesgó la vida con la velocidad que

hubiera deseado. Se retorció de dolor, de uno que jamás podía haber imaginado, mientras se desangraba y el frío entraba en sus entrañas. Desde la impotencia solo buscaba ojos que no encontraba para que le ayudaran a dar su último suspiro con rapidez.

Los hombres que se encontraban a su alrededor no podían ver su suplicante mirada, pues todos estaban pensando en acortar su propia existencia. Poco a poco, Espurio Papirio dejó de percibir los ruidos del exterior y tan solo le quedó el dolor. No supo en qué momento dejó de sentir su estómago rasgado, y tras ello imaginó unos cálidos brazos femeninos que le aupaban y le daban cobijo. En esa sensación de paz su conciencia desapareció y su cuerpo, que no quería abandonar la vida, quedó abandonado a su propia suerte.

Muchos de los legionarios al ver la situación bajaron sus escudos y buscaron el final de sus vidas lanzándose voluntariamente contra las lanzas enemigas, pues no podían aceptar vivir habiendo perdido el favor del mismísimo Júpiter, el Mejor y el más Grande, y la valiosa águila, símbolo y Genius protector de su legión. No a todos les dio tiempo a sacrificarse, unos porque estaban heridos y otros porque fueron detenidos.

Tras la batalla, y aún en la euforia del triunfo, los cauchos y los marsos se dedicaron a buscar entre los cadáveres objetos de valor para obtener botín o trofeos para mostrar su victoria con orgullo. No pocas cabezas fueron cortadas e introducidas en bolsas. Una de ellas, la de Espurio Papirio, fue separada mientras su cuerpo ya moribundo, sin conciencia ni alma en su interior, insistía en respirar, como si eso pudiera devolverle la vida.

A los supervivientes les esperó una muerte peor. Los llevaron a una zona menos frondosa, donde los germanos habían clareado el bosque. Un lugar para ellos sagrado, que disponía de un altar central. Según su rito antes de poder pisar ese lugar los guerreros se tenían que purificar con agua clara y no podían hablar otra lengua que la propia, la que entendían sus dioses. Las víctimas fueron colocadas en enormes jaulas de mimbre, pues en ceremonia sagrada se celebrarían sacrificios humanos.

Uwe, un caucho de veintiséis años, encontraría por fin la venganza pues unos años atrás legiones al mando de Tiberio obligaron a su pueblo, y a su propio padre, a arrodillarse y a entregar las armas. Disfrutó sumido en la más profunda satisfacción mientras las jaulas eran elevadas para ser situadas en su lugar. Honraba a sus dioses y recibía la revancha a la humillación sufrida. Una vez las estructuras de mimbre quedaron suspendidas sobre el altar, empezó el sacrificio. Antes de actuar, Uwe quiso notar en sus pies desnudos la tierra

sagrada de su pueblo, tras eso él mismo ayudó a encender las llamas.

El fuego intenso penetró en sus organismos y en sus músculos, quemando las pocas grasas del cuerpo de un legionario. Se produjo la filtración de líquido desde los vasos sanguíneos entretanto se quemaban los tejidos. Entre gritos de súplica, de desesperación y dolor, los pocos legionarios que quedaban fueron quemados vivos.

IIII — Grueso del ejército, bosques de Teutoburgo.

Publio Quintilio Varo, gobernador de la provincia, era tratado de la pequeña herida provocada por una lanza enemiga. El médico había limpiado la zona con vinagre rebajado con agua y para protegerla colocaba en esos momentos una ligera venda untada con miel. Entretanto aplicaba ese tratamiento, Lucio Eggio, prefecto del campamento de la Legión XVIII, pidió entrar en su rudimentaria tienda.

Los legionarios que escoltaban la puerta no preguntaron al gobernador e indicaron al oficial, con desánimo y desgano, que podía acceder al interior.

—Perdone que le moleste en estas circunstancias, señor —pronunció a modo de disculpa.

A Varo esa interrupción no le importó, todo era un desastre. Él mismo se culpaba de parte de la situación, pues no había escuchado las advertencias que le avisaban de que se estaba preparando una revuelta. Primero, porque pensaba que el miedo a las legiones haría que los germanos se lo pensaran muy bien antes de emprender esa locura, y segundo, porque las legiones aplastarían y aniquilarían a cualquiera que lo intentara. Obviamente se había equivocado, no contaba con la traición de Arminio, comandante de parte de su caballería y uno de sus hombres de confianza, y por tanto conocedor de las tácticas y los recursos de los que disponía Roma.

—No te preocupes, Lucio Eggio, ¿qué tienes que decirme?

—Como se temía, señor, el último prefecto de caballería huyó con todos sus jinetes.

Eso era nefasto porque perdía fuerza de ataque y de defensa, y porque el ver huir a la caballería sería un golpe al ánimo del resto del ejército.

—¡Se veía venir! ¿Cómo está la moral de los hombres?

—¡Señor…! Nadie cree que salgamos de esta. Lo que ha hecho el prefecto de caballería es fruto de la desesperación.

—Y de la traición, no lo olvides —afirmó rotundamente.

—Sí, eso también, pero no ha llegado muy lejos, los han aniquilado a todos un poco más al este.

—¡A todos! ¿No ha sobrevivido ninguno?

Todo oficial sabía que tropas de infantería sin caballería podían ser rodeadas fácilmente.

—Tres jinetes, señor, por eso lo hemos…

Otro oficial entró interrumpiendo la conversación, sin ni siquiera anunciarse. Solo podía ser portador de malas noticias.

—Gobernador, los bructeros han capturado el águila de la legión XVIIII, y los cauchos y los marsos tienen las águilas de las legiones

XVII y XVIII.

El impacto fue tal que Varo no pudo, o no supo, contestar. Su ejército, aún peor, el ejército que le había confiado Augusto, había perdido los símbolos que representaban al Dios Supremo. Había ofendido a Roma, a Júpiter, el Mejor y el más Grande, y era, además, una vergüenza para los que portaban su apellido.

Solo tras mucho esfuerzo pudo articular unas pocas palabras.

—¡Salid todos de aquí!

—¿Qué vamos a hacer, gobernador?

—En estos momentos no lo sé, pero yo tengo que hacer lo que tengo que hacer. ¡Fuera!

Poco tiempo después Publio Quintilio Varo se suicidó. Le era imposible vivir un instante más. No podía subsistir con la mancha de la vergüenza, pues el descrédito del desastre era absoluto.

Al anunciarse la muerte de Varo y, lo que era aún peor, la pérdida de las tres águilas, oficiales y legionarios se quitaron la vida. Algunos tiraron sus escudos y se lanzaron contra el enemigo. Los germanos los eliminaron con el mayor de los deleites. No faltaron los que siguieron al prefecto del campamento de la legión XVIII, Lucio Eggio, y se lanzaron a batalla. No con intención de huir, sino con la intención de morir luchando. Mejor morir en batalla que torturados a manos del enemigo.

«Roma victrix», «Roma Aeterna», «Legio XVIII».

El grito lo lanzaron decenas de hombres, poco a poco algunas de esas gargantas fueron silenciándose.

Hasta que al final ya no quedó ninguna.

Cuando casi todos sus hombres habían muerto, el mismo prefecto del campamento se quitó la vida.

Los sirvientes, antes del nuevo ataque, intentaron incinerar el cuerpo de Publio Quintilio Varo para evitar que los restos del gobernador fueran mancillados por el enemigo. Tras las águilas, era lo más buscado por ellos.

Aunque nada podía ir peor y la vergüenza ya era grande, la afrenta a las costumbres romanas sufrió todavía más. Ante el asombro y la vergüenza de todos, el máximo oficial que quedaba, Ceionio, ofreció la rendición.

Los germanos se organizaron, lanzaron el asalto final y saboreaban ya las mieles del éxito cuando Arminio, el líder de la alianza de las tribus, recibió la proposición de rendición. El jefe germano ordenó a sus tropas que parasen el ataque. La orden fue llegando, poco a poco,

a todos los hombres y la lucha se detuvo, las armas guardaron silencio. Los guerreros que querían seguir batallando, y también obtener venganza, miraban extrañados a Arminio cuando ante la potente voz de Ceionio los pocos cientos de hombres que le quedaban arrojaron sus armas al suelo.

Los legionarios fueron atados a cadenas. Entre tanto el prefecto, los tribunos angusticlavios y los centuriones eran separados de ellos. Entre burlas y vejaciones, los prisioneros se vieron obligados a cavar fosas mientras oían cómo a poca distancia sus oficiales eran torturados.

Tras acabar las zanjas los legionarios vieron cómo eran ejecutados muchos de sus oficiales, cada cuello cortado era seguido de gritos de alegría y mofa. Cada uno de esos mandos, brotándoles todavía sangre, fue lanzado a los huecos recién cavados. Los centuriones y tribunos restantes fueron sacrificados en improvisados altares ofrecidos como dádiva a los dioses germanos. Ningún romano que se rindió a las órdenes de Ceionio logró salir vivo de esos bosques.

La última infamia se produjo cuando un guerrero de la tribu de los catos, miembro de la familia real, encontró el cuerpo de Publio Quintilio Varo. Las prisas no habían permitido que este se consumiera. El cadáver fue despojado de cualquier objeto de valor. El joven dio una patada e insultó con desprecio al cadáver del gobernador romano poco antes de que otro guerrero de su escolta personal empuñara su espada y, con precisión, cortara la cabeza al cadáver. Esta fue clavada en la punta de una lanza y exhibida con orgullo. Miles de gargantas germanas retumbaron entre los bosques de Teutoburgo. Para muchos de ellos la venganza contra los invasores romanos se había consumado.

V — Asamblea germana, bosques de Teutoburgo.

—Hace unos días hice llegar a las asambleas de hombres libres armados de todos los pueblos celtas la propuesta de expulsar al invasor romano. Algunos no quisieron unirse y otros dudaban. Unos por traición a su pueblo, a sus hermanos y a sus dioses, y otros por temor pues para ellos las legiones eran invencibles. ¿Dónde está ahora el orgullo romano?

Muchos guerreros levantaron las cabezas cortadas que portaban como trofeo, lanzando un enorme griterío ante Arminio.

—¡Os mostraré dónde está también!

El jefe de la revuelta germana señaló a las tres águilas y a la cabeza de Publio Quintilio Varo.

La atronadora respuesta resonó como cien truenos en una tormenta.

—No respetaban nuestras costumbres. De las asambleas de hombres libres armados de cada uno de los pueblos celtas emana la máxima autoridad para tomar decisiones sobre los destinos de nuestros pueblos. Son los órganos de participación, representación y poder desde el principio de los tiempos. Toda nuestra forma de ser era ninguneada. Atravesaban nuestros bosques sagrados y hablaban en lengua extranjera ofendiendo nuestras creencias y costumbres, y lo que es peor, a nuestros dioses. ¿Se pensaban que no reaccionaríamos? ¡Hemos sido derrotados pero nunca sometidos!

El griterío volvió a los guerreros.

—Acabaremos con todos los fuertes a este lado del Rin y en el río Lippe, tras ello marcharemos hacia la Galia. Y si conquistamos la Galia, ¡nada nos impedirá llegar a Roma!

Cada uno de los allí presentes pensaba que él solo podría acabar con una centuria romana.

Arminio era un hombre inteligente de veintinueve años y de mirada intensa, comandante por méritos propios de un ala de caballería querusca adscrita al ejército de Varo. Tras el discurso fue a reunirse con sus hombres de confianza y los líderes de los diferentes pueblos celtas que le apoyaban, pues tenía que planificar paso a paso los siguientes objetivos.

Había elegido el momento oportuno, pues en toda Germania solo había cinco legiones. Las tres de Publio Quintilio Varo y las dos de Lucio Nonio Asprenas, sobrino del gobernador. El grueso de las tropas se encontraba junto con Tiberio en la cruel, dura y devastadora guerra de Pannonia y Dalmatia. Había sesenta y cinco mil hombres entre auxiliares y fuerzas aliadas que respaldaban a las diez legiones

romanas que luchaban todavía en esas provincias. Por ese motivo Germania no tenía dotación suficiente para ser gobernada y controlada.

Para compensar esta falta de efectivos se obligaba, a través de tratados, a los líderes de las tribus germánicas aliadas a Roma a que suministraran cohortes de tropas auxiliares para servir en el ejército romano. Eso, para Arminio, no era una mala forma de proceder, sencillamente una necesidad, y probablemente la estrategia romana hubiera sido correcta sin las acciones de Publio Quintilio Varo como gobernador. Ese fue el primer error, elegir a ese hombre tan inepto.

Desde el punto de vista romano, además, no parecía necesario contar con una fuerza más numerosa en el Rin. Desde la Ciudad Inmortal, tras las campañas de Druso y Tiberio se creía que Germania era una zona pacificada. Estaban convencidos de que los germanos estaban sometidos. El creciente y beneficioso comercio les hacía reforzar esa equivocada opinión.

El gobernador había cruzado el río cada primavera y tras ponerse en contacto con los diferentes líderes germanos aliados y dotarse de tropas germanas para apoyar a su ejército, recorría las tierras entre el Rin y el Elba. Con la intención de recordar que todo ese territorio pertenecía a Roma, para impresionar y, ¿cómo no?, para intimidar. Buscando demostrar su poder, Publio Quintilio Varo actuaba como juez en disputas locales. Se creía un pretor urbano que administraba justicia en el Foro. Impuso las leyes sin tener en cuenta los valores y el proceder germano, sin respetar sus ancestrales costumbres. Sumar a eso que él mismo recaudaba los impuestos y castigaba a los que no podían satisfacerlos.

Al igual que el resto de los romanos, como general al mando de un ejército, estaba convencido de que las tribus germánicas eran pueblos subyugados que deseaban adoptar las costumbres y la justicia romanas. El creerlos sometidos fue un segundo error.

Era obvio que se tenía que acabar con Publio Quintilio, Varo pues era déspota, tiránico y ávido de poder. Esas tierras solo estaban bajo el dominio romano en la temporada de verano. Los recaudadores de impuestos se basaban en un censo y este nunca se realizó. Añadir que parte de los pueblos eran aliados, no sometidos, y otros independientes. Eso a Varo no le importó, quería su tajada, su oro, enriquecerse mientras durase su cargo de gobernador. Forzó demasiado la recaudación y aplicó una justicia de parte sin distinguir hombres de armas, ancianos, enemigos, sometidos o aliados. Roma puso a un perro a vigilar lo que creía que eran ovejas, pero los germanos eran lobos, manadas de lobos organizados y perfectamente

jerarquizados que además estaban hambrientos de venganza.

Eso era evidente para todos, pero convencerlos de cruzar el Rin, convencerlos de luchar en la Galia, era otra cosa. En su corazón tenía sangre querusca, pero en su cabeza había formación romana, sabía cómo pensaban estos. Había vivido y luchado con ellos. Por eso sabía que la única posibilidad de derrotar al ejército romano era anexionándose a la Galia, si Augusto la perdía pasaría a la defensiva. Tendría que desplazar muchas legiones y debilitaría las fuerzas en la frontera del norte de las tierras controladas por Roma. Ese era el mejor plan a seguir. Ahora era preciso realizar la parte más difícil.

Antes de entrar en la tienda pensó en la primera propuesta: enviar la cabeza de Publio Quintilio Varo a Marbod, el rey de los marcomanos. Si lograban convencerlo, este presionaría a las legiones que había estacionadas en las provincias de Raetia y Noricum. Acabar con los fuertes romanos que aún quedaban a ese lado del Rin, atacar a la Galia y presionar la frontera del norte, ¡ese era el plan a ejecutar!

VI — Fuerte Oberaden, orillas del río Lippe.

Cato Vilio, decano de un contubernio de la II Centuria de la III Cohorte de la Legión XVIII, comenzó a marchar rápidamente siendo acompañado por sus hombres. Atrás dejaba el fuerte Oberaden, al que había sido destinado provisionalmente para asegurar los suministros de la columna del grueso del ejército al mando del gobernador, Publio Quintilio Varo.

Germanos de las tribus de los bructeros, tencteros y ubantes habían rodeado el fuerte y atacado con fuerza. Fueron rechazados dos veces contando en cientos las muertes de sus guerreros. Los germanos desconocían el arte de la poliorcética, y su técnica básica era concentrar el ataque en una zona concreta y por empuje y por número superar el obstáculo. En ambas ocasiones cuando perdieron el ímpetu y se retiraban en desorden, la mitad del ala de caballería de la que estaban dotados, doscientos cincuenta y seis jinetes, salió del fuerte y provocó una matanza. Parecía imposible que tomaran la posición por asalto y solo les quedaba la técnica del asedio.

Sin embargo, el tercer ataque fue diferente. Parte de los civiles que se habían refugiado en el fuerte se armaron y mataron a los guardas de la puerta Principal Izquierda. La reacción fue rápida pero fútil. Primero entraron cientos y tras ellos miles de guerreros. Todos, dos cohortes legionarias, dos auxiliares y toda el ala de caballería fueron aniquilados junto a los civiles fieles a Roma.

Al contubernio de Cato Vilio y a otras dos unidades les habían ordenado comunicar cuatro mensajes a Lucio Cedicio, prefecto del campamento de la Legión XVIIII, que se encontraba en el fuerte Aliso. El primero, el levantamiento germano y la caída del Fuerte Oberaden junto a la aniquilación de toda la dotación. El segundo, avisar al resto de posiciones a orillas del río Lippe. El tercero, la acción de los sublevados en el interior del fuerte, entre los refugiados había traidores a Roma. Y por último, informar al gobernador de la rebelión germana y apremiar a las legiones a desplazarse a la zona para castigar ejemplarmente la osadía germana.

De los tres contubernios solo lo había conseguido el suyo.

Cuando ordenó a sus hombres que se introdujeran en el frondoso bosque, lo hicieron siguiendo el río Lippe. Una vez en las cercanías del fuerte Aliso lo cruzarían y avisarían a Lucio Cedicio. Si no encontraban dificultad, en un día de marcha militar estarían en su destino.

—Todos juntos como un solo hombre —pronunció en voz baja.

—«Todos juntos como un solo hombre» —respondieron sus siete hombres en un susurro.

—Tenemos que vengar a los que dejamos atrás y salvar a los que

tenemos delante. No habrá descanso. ¡Adelante!

Solo iniciar la marcha, el último de la fila enunció:

—La fortuna y los dioses favorecen a los intrépidos y audaces.

Aun en la situación en la que estaban y el peligro que corrían, a todos se les escapó una leve sonrisa.

VII — Fuerte Anreppen, orillas del río Lippe.

Se divisaban por entre los árboles las lanzas de los germanos. Les habían precedido los cánticos de guerra y honor que entonaban orgullosos los guerreros. Aunque estaban rebosantes de alegría, detuvieron su avance justo antes de entrar en la explanada de ciento cincuenta metros que les separaba de las defensas romanas.

Las pocas horas solares que discurrieron desde la llegada del soldado hispano auxiliar herido, que apenas pudo articular las palabras «Los germanos… peligro», fueron insuficientes para prepararse con mayor eficiencia. El enemigo ya estaba rodeándolos, entonando canciones de victoria.

En el interior del fuerte romano desconocían los motivos de ese acercamiento entre tanto cántico y alegría. pero les estaban esperando. Exploradores habían informado de la cercanía de cientos de germanos en actitud hostil. Según la información recibida por Cneo Vitruvio, el centurión y máximo responsable del pequeño fuerte, eran catos, sus escudos en forma de cuadrado los identificaban. Esa tribu era la única que al igual que los romanos no veía una guerra como una sucesión de batallas, sino como una campaña.

Este había permitido, de hecho había ordenado, que los civiles del asentamiento cercano se protegieran entre los muros. Era conocedor de la angustia de parte de sus subordinados. Era claro, para él, que los hombres tenían que satisfacer su falo. Lo necesitaban tanto como respirar o beber agua. Desahogarse era una cosa, pero a pesar de que los legionarios y los soldados tenían prohibido casarse y tener una familia, muchos se responsabilizaban de hembras con las que tenían hijos ilegítimos, desobedecían las ordenanzas. No les podía culpar pues él mismo, aunque tenía una mujer en Roma, no había evitado caer en las garras del amor con una hembra germana.

Era un error, un enorme error, pero solo encontraba dicha entre los brazos de Idalia, la más hermosa de las germanas, incluso más bella que las itálicas. Pasó de ser un capricho de una noche a algo habitual. Tras eso ella era todo lo que necesitaba su corazón. La esencia y la espuma de la Dorada Venus habían tocado a su amada. Ni que decir tiene que cuando le comunicó que hacía dos meses que no le bajaban los menstruos el error que cometía se estaba convirtiendo en una irresponsabilidad, en una locura. Sin embargo prefería vivir equivocado que renunciar a ella. Era consciente de que su situación personal abandonaba cualquier juicio sensato.

Es por ello que no pudo evitar el dejar acceder a la protección de las murallas a todos los civiles. No podía pedir a sus hombres salvarla a ella y sacrificar a todos los demás.

Cneo Vitruvio carecía de arqueros y de balistas, no disponía de proyectiles para mantener a distancia a los germanos. Tendría que usar la sencilla y efectiva honda, pero eso exponía a los hombres tras las murallas. Bajo su mando tan solo tenía cinco contubernios de legionarios y cinco de auxiliares, ochenta defensores.

—¿Opinas que lo intentarán?

—Sí, lo intentarán y rápido, lo que sea que haya pasado los ha envalentonado —contestó Marco Coso, su optio legionario y viejo amigo, por no decir hermano.

—¿Y tú?

—Opino lo que Marco Coso —contestó ahora el que todos conocían como Naso, el optio de los auxiliares galos unelos.

—Bien, mantengámonos así. Si no cambia mandaremos a veinte hombres a descansar. Voy a revisar cómo están las cosas.

—Sí, señor —pronunciaron ambos optiones al unísono.

Con todas las cautelas, fue repasando la posición de las defensas, sesenta hombres con hondas y jabalinas en las murallas y veinte en la reserva. En el almacén más alejado había doce varones, veinte mujeres y diez niños, todos ellos aterrados. La persona más importante para él, Idalia, estaba en sus habitaciones atendida por su fiel esclavo.

Pensó en ir para dar palabras de tranquilidad, y eso hizo. Se acercaba hacia su amada sumido en el recuerdo.

—Tienes el pelo perfecto, embellece tu cuerpo —confirmaba mientras acariciaba a su amada.

—¡Sí! Gracias. El cabello es la manifestación física de nuestros pensamientos. Una extensión de la mujer y de su unión con la tierra. Es lo mismo que sucede con la naturaleza, donde se puede ver el constante crecimiento en forma de hierba desde el principio de los tiempos. Mi cabello es como la hierba de la madre naturaleza, ¿entiendes?

—Sí, entiendo, pero a mí solo me gusta la naturaleza que hay en ti.

No tuvo opción ni a más recuerdos ni a despedirse de Idalia, el sonido de la tuba curva alertaba del inminente ataque.

Como se temían todos los hombres, Roma no pudo mantener el fuerte Anreppen.

Capítulo II
El fuerte Aliso

I — Padre Marte, en el Olimpo

.

Tras dejar de vivir el padre de los romanos, y convertirse en un nuevo dios, habló ante Nos y el resto de las divinidades del Olimpo en favor de su pueblo. El consejo de Dioses Consentes se reunió para adoptar una determinación transcendental, una decisión que cambiaría el mundo de los hombres. ¿Qué mayor motivo que la creación de un nuevo orden?

El consejo presidido por Júpiter, el Mejor y el más Grande, y compuesto por Juno, Vesta, Minerva, Ceres, Diana, Venus, Marte, Mercurio, Neptuno, Vulcano y Apolo, escuchó la grandeza con la que hablaba el padre de sus propios hijos. La pasión con la que explicaba las hazañas de sus herederos, las palabras de orgullo que pronunció por ellos y las lágrimas que derramó en defensa de sus descendientes conmovieron a todos los presentes. Solo un padre honrado, un padre amado y que ama, puede estremecer de ese modo. Tal fue su oratoria que los Dioses Consentes tomaron la decisión por todos conocida: los quirites fueron el pueblo elegido por los dioses del Olimpo para conquistar el mundo.

El propio Rómulo, nuestro adorado hijo convertido en dios, comunicó a su pueblo, los quirites, que era la voluntad de los dioses que Roma fuera la capital de todo el mundo. Que en adelante cultivasen las artes de la guerra, pues ningún pueblo podría resistir las armas romanas. Les hizo saber que eso sucedería con seguridad, el pueblo de Roma, los quirites, conquistarían la ecúmene.

Ese conocimiento fue transmitido a la posteridad a través de la sangre de cada uno de los varones que se perpetúan por línea paterna. Pues a través del semen del varón es como se inmortaliza la virilidad y la virtud de los hombres.

Para sellar lo dictado por los seres inmortales un ancile, uno de nuestros escudos dorados, fue ofrecido a Numa Pompilio el Piadoso. Este, sabiamente aconsejado por las divinidades, encargó otros once idénticos al primero. Tan perfecto fue realizado el trabajo que nadie lograba diferenciarlos. Desde tiempos arcaicos el magistrado encargado de dirigir a las legiones romanas, antes de partir a la guerra, visitaba nuestro templo y tras golpear los doce escudos, para asegurarse que tocaba el nuestro, y asir la lanza que nos representa, exclamaba: «Marte vigila, Marte despiértate».

Mientras Roma, la ciudad de los hijos de la Loba, conservase este ancile, sería una ciudad inmortal. Entretanto los quirites superaran a

los demás pueblos en la piedad, en la religión y en esa sabiduría por la que entienden que todo se rige y se gobierna por la voluntad de los dioses, serían el pueblo elegido.

Como de todos es sabido, tanto por dioses como por hombres, el pacto fue incumplido. Los hijos de la Loba decidieron abandonar a los dioses inmortales que hicieron grande a la Ciudad Inmortal. El hijo no honró a su padre, Rómulo fue humillado.

No obstante, os relataba una historia, hablar del pasado nos reconforta. En aquellos tiempos éramos adorados. Suenan en Nos, vibran, las palabras que repetíamos cada vez que éramos invocados:

«Nuestra esfera ardiente transita por entre los siete planetas del éter, donde corceles fogosos y ardientes sostienen nuestro carro de guerra por encima del astro del firmamento. Reconoceréis nuestro planeta pues es rojo como la sangre que nos representa. ¡Nos, hemos sido ofendidos! ¡Hemos sido dañados al ver sangre romana derramada! Nos, el dios de la venganza, padre guerrero de la victoria, salvador de ciudades, líder de hombres justos, rey de la virilidad y la potencia sexual masculina. De descomunal vigor, de brazos fuertes e incansables, poderoso con la lanza y de escudo dorado. Nos, alejaremos el temor corrompedor de hombres de alma amarga, la cobardía del tímido, apartaremos esa lacra de los hijos de Rómulo. La furia profunda de nuestro corazón les inducirá a pisar caminos cuajados de sangre. Ofreceremos audacia para afrontar los conflictos con odio y violencia generadora de la muerte de los enemigos».

—¡Señor, se acercan tropas! —sonó la voz de alarma.

El prefecto de la Cohorte II Bituriga fue acercándose poco a poco, a atender al grito del vigía apostado en la torre de la puerta Principal Derecha. Era el responsable del fuerte desde que Lucio Cedicio había marchado en misión rutinaria de revisión y control de las instalaciones, fuertes y fortines romanos a ambas orillas del río Lippe, afluente del Rin, vía de comunicación básica para el suministro de las legiones de Germania Magna y de comercio con Germania Oriental. Con él había partido un ala auxiliar de caballería y lo poco de romano que tenía el fuerte: la I Turma de caballería y una cohorte legionaria de la Legión XVIIII. Esperaba con ansia su retorno, el cual era inminente, pues cuando la responsabilidad la tenía su superior la vida le era más fácil.

A Marco Albino no le gustaba, mejor dicho, despreciaba su destino, había sido primer centurión de la I Cohorte de la Legión XVIII y ahora tenía bajo su responsabilidad a una cohorte gala. Cuatrocientos ochenta hombres melenudos y dados a beber que prestaban servicio para obtener la ciudadanía romana. Solo le aliviaba que a su recién conocido amigo, Quinto Glabrio, le habían asignado la Cohorte I Arverna de arqueros. Aunque de todos es sabido que ver alegría en el mal ajeno confirma que estamos afectados por él, que lo padecemos al igual que el de al lado. Sin embargo, tras ingerir un poco de vino lograba encontrar consuelo. «Un paso más para conseguir ser prefecto del campamento», se decía a sí mismo continuamente.

Antes de alcanzar el segundo piso de la torre de defensa, el hombre de guardia volvió a informar.

—Hay escudos de la XVII y de la XVIII, señor.

¡Era extraño! ¿Qué hacían esos legionarios allí? Tenían que estar camino al fuerte Vetera.

—¿Seguro, Crinis?

—Sí, mi prefecto —aseguró el soldado.

Por muy galo, y poco romano, que fuera su hombre, tenía que admitir que era de eficiencia en combate comprobada. Luchaba con una osadía que rozaba la locura.

—¿Has contado cuántos hombres son? —inquirió a pocos pasos de la muralla.

—Cuento a ocho centuriones. Los legionarios todavía están saliendo del bosque. Por ahora veo unas tres centurias, señor.

Desde su privilegiada posición, Marco Albino observó a los hombres que se acercaban. Su veteranía, su experiencia, le decía que algo no iba bien. «La precaución es la fuente de la que ha de vivir un buen militar», ¡escuchó eso del mismísimo Tiberio!

Era mejor actuar.

—Rápido, hay que movilizar a todos los hombres, ¡los quiero listos ya!

En poco sonaron las tubas curvas anunciando las órdenes.

Cuatro centurias de la Cohorte II Bituriga y dos de arqueros de la Cohorte I Arverna se prepararon en orden de batalla tras la puerta Principal Derecha, el resto de los hombres disponibles se situó en las murallas.

Una sola mirada de Quinto Glabrio confirmó que todo estaba preparado, este se haría cargo de la defensa interior de la fortaleza. Marco Albino partió junto a sus hombres a asistir en lo que fuera necesario a los hombres que se acercaban. Estos eran legionarios romanos, y auxiliarlos era la misión de los galos que tenía bajo su mando.

El prefecto de la cohorte actuaba por cautela, los hombres que marchaban hacia el campamento no eran una amenaza, pues eran romanos. El peligro residía en aquello que provocaba que esos hombres se dirigieran hacia allí. Sabía perfectamente que las legiones se desplazaban en formación, pues es lo que saben hacer. Cada hombre en el ejército ensaya la marcha hasta la extenuación. Los que se dirigían hacia el fuerte Aliso lo hacían en configuración abierta, intentando cubrir terreno, como buscando o temiendo una amenaza. Añadir a eso que algunos portaban la espada corta en la mano, preparados para el combate. Esa actitud es totalmente innecesaria cuando eres un legionario y te acercas a una fortaleza romana.

Tras salir rápida, pero ordenadamente, por la puerta, las cuatro cohortes auxiliares se situaron en paralelo a la muralla de defensa en una formación de veinte hombres de frente por cuatro de fondo. Los arqueros tras ellos adoptaron una alineación de dos hombres de profundidad.

Allí esperaron órdenes de su oficial superior.

—¿Ves algo, Crinis? —gritó desde su posición.

—No señor, solo a los legionarios.

—¿Ves cuántos son ahora? —Cualquier información era importante.

—Yo diría que son unas ocho centurias.

Dudaba del galo pues el número le parecía demasiado sospechoso: ocho centuriones mandarían a ocho centurias. Su experiencia le hacía recelar, habían sufrido un percance tan importante como para verse obligados a cambiar su destino, la lógica decía que habrían tenido bajas.

—¿Tú qué opinas, Vibio?

Esta vez, Marco Albino se dirigió a uno de sus hombres de

confianza, al primer centurión de su cohorte auxiliar. Había servido junto a él como optio y lo quiso como centurión. Un ascenso merecido por su lealtad y por su eficiencia en el servicio.

—Opino que lo que sea, ya ha pasado o se ha tomado un descanso. Cuanto antes entren en el fuerte mejor.

—Sí, yo también lo creo —confirmó a su subordinado.

Tras reflexionar un poco, y mirar a la torre de vigilancia por si aportaba más novedades, optó por hacer caso a su veterano centurión.

—Bien, que un médico y seis hombres con botiquín, escoltados por veinte auxiliares, vayan a su encuentro. ¡Primero se asiste a los oficiales!

Si había heridos serían atendidos. ¡Pronto sabría lo que estaba pasando!

III — Orilla sur del río Lippe, cercanías del fuerte Aliso.

Lucio Cedicio reflexionaba sobre su futuro. Su carrera militar había sido satisfactoria. Sirvió en las legiones en campañas en Raetia, Thracia y Germania. De una centuria en una sexta cohorte pudo por méritos propios ascender, pasando por todos los mandos intermedios, a prefecto del campamento de la Legión XVIIII.

Barajaba varias posibilidades: volver a su tierra en su Tarentum natal y presentarse a ocupar cargos políticos locales; postularse para algún alto cargo como funcionario del estado, tenía influencias y era valorado, o seguir sirviendo en las legiones como entrenador en estrategia o alto cargo en intendencia. Sonrió al darse cuenta, de nuevo, que era darle vueltas a la cabeza, era militar de los pies a la cabeza y ya no sabía hacer nada fuera del ámbito castrense.

Estaba disfrutando del estoico desayuno que consumía entretanto se encontraba en un desplazamiento militar: olivas negras, queso de cabra y pan mojado en el mejor de los aceites de oliva. Le hacía recordar los tiempos en los que su responsabilidad era mucho menor y a sus subordinados les encantaba que su superior comiera lo mismo que ellos, ¡esas cosas cuentan entre los hombres!

Su misión era de vital importancia y no era tarea fácil, su cometido: conseguir provisiones y mantener las vías de suministros constantes a las tres legiones y a las tropas auxiliares. Estos se conseguían por recursos propios, de aliados o saqueando las cosechas y consiguiendo ganado del enemigo.

Los aliados aportaban una pequeña cantidad de recursos, y los campos y las granjas de los enemigos aportaban aún menos pues los germanos no cultivaban la tierra de manera extensiva. La práctica totalidad de recursos se tenían que conseguir y transportar desde el sur. Por eso eran vitales todas las instalaciones a las orillas del Lippe y del Rin. Solo navegando por los ríos se podía transportar las grandes cantidades de grano y los suministros necesarios para mantener la máquina de guerra que eran las legiones romanas.

Ese día se sentía animado, pues los resultados de la inspección realizada habían sido satisfactorios. Además, había conseguido incrementar su patrimonio con regalos, o sobornos, de los jefes de las pequeñas localidades cercanas. «Seriedad, competencia y eficiencia», eso repetía continuamente y por eso quería que le reconocieran. Si sumaba a eso que pronto, en dos semanas, se desplazaría a pasar el invierno a fuerte Vetera y podría pasar las noches con su esposa de diecisiete años, que ya le había dado dos hijos y una hija, ¡todo era motivo de regocijo! Ardía de deseo de volver a tenerla bajo su cuerpo.

Desayunaba sirviéndose de una rudimentaria silla y utilizando una minúscula mesa de campaña mientras observaba cómo sus hombres volvían a cargar las mulas y los carros. El ajetreo era constante y pareciera a ojos de un cualquiera que esos hombres se desplazaban de manera caótica. Un cualquiera no militar, cada uno de esos legionarios sabía lo que tenía que hacer, dónde hacerlo y en qué orden. Tal era el proceder del ejército romano. En medio día, en media jornada de marcha militar, se encontraría en el fuerte Aliso.

La columna se puso en marcha tal y como lo hacían siempre las legiones, no relajaban su forma de proceder en ninguna circunstancia. En primera línea, hombres en formación muy abierta adelantándose al grueso de la columna. Su misión era la de buscar signos de peligro o emboscada. Tras ellos un pequeño contingente preparado para entrar en combate. Serían los primeros en actuar en caso de necesidad, dando tiempo a sus compañeros a prepararse para la batalla. Les acompañaban un pequeño grupo de zapadores. Hombres ambivalentes que luchaban tenazmente y abrían zanjas, o adecuaban caminos para el paso de bagaje. Tras ellos el comandante, escoltado por un grupo de hombres de su confianza. Hasta él iban y venían hombres de caballería que avanzaban y retrocedían informando de cualquier contingencia. El grueso de las tropas, el bagaje y los civiles que acompañaban, en el siguiente lugar. Por último le seguía un grupo de soldados en formación abierta para evitar que fueran sorprendidos por la retaguardia. La asignación en estas posiciones era sorteada cada día.

Uno de los jinetes que avanzaba en las primeras posiciones vio cómo se acercaban ocho hombres e inmediatamente avisó a su compañero. Los dos grupos se reconocieron inmediatamente como miembros del ejército romano. El calzado, tan exclusivo como característico, y el cinturón militar, símbolo de masculinidad y pertenencia al colectivo castrense, eran indicadores evidentes. Como también lo eran el porte y el comportamiento.

El grupo recién llegado mostró un evidente alivio al acercarse.

Tras el correspondiente saludo militar, Cato Vilio se dirigió al más veterano de los hombres. Tal era la costumbre romana.

—Soy Cato Vilio de la Legión XVIII, tengo la misión de ir al fuerte Aliso y dar un comunicado al prefecto del campamento.

—Soy Estolo Quincio de la I Turma de la Legión XVIIII, estás de suerte amigo, el prefecto está aquí y nos dirigimos al fuerte Aliso.

—Tengo que hablar con él, es muy urgente.

Por orden de Lucio Cedicio la columna se detuvo, le habían informado de la llegada de un decano de un contubernio destinado al

fuerte de Oberaden que pedía hablar urgentemente.

Al presentarse este ante él, bajó de su caballo, tanto para escucharlo como para estirar las piernas. Empezaba a notar en sus huesos y músculos el paso de los años. Lo protegían ocho veteranos legionarios que habían servido bajo sus órdenes ya no sabía desde cuándo. Junto a él, además de sus protectores, Keiler, el hijo de un jefe local de la tribu de los ubantes que servía de intérprete y explorador.

—Fuera las formalidades, legionario, veo que vienes preocupado. ¿Quién eres y de qué tienes que informarme?

—Mi prefecto, soy Cato Vilio, de la II Centuria de la III Cohorte de la Legión XVIII. Vengo a informarle por orden de Tito Tricosto que el fuerte Oberaden ha caído a manos de rebeldes sublevados de las tribus de los bructeros, tencteros y ubantes.

La sorpresa fue enorme, pero la reacción de cuatro de los hombres rápida. Desenfundaron su espada corta y se giraron hacia Keiler.

Este mostraba sumisión, pues cualquier otra cosa hubiera provocado su muerte; se arrodilló: no quería que interpretaran que era una amenaza.

—Soy fiel a Roma, señor.

—Tu pueblo decía lo mismo y se ha sublevado.

—Mi padre es Kuno, hijo de Kuno, de la aldea de Kuno, de la tribu de los ubantes, y juró lealtad a Roma. Me ordenó servirle a usted, la palabra de mi padre es ley, si no honro a mi padre, no honro a mi pueblo.

Lucio Cedicio no tenía en verdad ningún motivo para dudar de la lealtad del germano. Sin embargo ahora quería prestar en consideración asuntos más importantes.

—Tu hembra, ¿Luhaja, creo que se llama?, y tu hijo vienen con el bagaje, ¿verdad?

—¡Por favor, no les haga nada!

El germano veía cómo su vida, su futuro y sus esperanzas se podían perder.

—¡Calla!

Quería cambiar de tema.

—¿Cuántos supervivientes hay? —Se dirigió a Cato Vilio.

—Que yo sepa solo nosotros, mi prefecto.

La sorpresa se mezcló con la preocupación.

—¡¿Ha caído toda la dotación?!

—Eso me temo, señor.

Las pérdidas eran terribles, en Oberaden, entre caballería e infantería había más de dos mil hombres. Era un fuerte con buenas defensas y al mando de un hombre con experiencia.

—Cuéntame cómo pasó.

Cato Vilio explicó a su superior lo sucedido en el fuerte, las dos tentativas de ataque, la acción en la puerta de los traidores infiltrados entre los civiles, la aniquilación de las tropas y las instrucciones que le dio su comandante de informar a las demás dotaciones de ejército.

—Me ordenó contactar con usted, advertir al fuerte Aliso y demás fortines del peligro de los sublevados y comunicar al grueso del ejército que se dirige hacia el fuerte Vetera que cambie la ruta y acabe rápidamente con la sublevación germana.

Lo dicho por el legionario confirmó a Lucio Cedicio lo que había deducido, pues el malogrado comandante del fuerte Oberaden pareció pensar lo mismo. Los germanos querían tomar los fuertes y fortines a orillas del río Lippe a fin de dificultar la llegada de suministros a las legiones que viajaban con el gobernador. ¡Tenía que llegar rápidamente al fuerte Aliso! Sin duda era un objetivo para los sublevados.

—Gracias, legionario. No sé cuánto tiempo llevas caminando, pero no podemos parar.

—Estoy preparado, señor. ¿Cuándo partimos? —pronunció Cato Vilio.

—Salimos ya —fue la escueta respuesta.

—Semper et ubique fidelis.

El decano acompañó lo dicho con el saludo militar.

—Semper fidelis, legionario.

Antes de partir y de subir al caballo se ocupó del germano.

—¡Quinto! Que la mujer y el hijo de Keiler viajen junto a mi servicio. Que estén vigilados.

El citado saludó militarmente y partió.

—No les haga daño, por favor, soy fiel a usted y a Roma —volvió a suplicar.

—Quitadle la espada y la lanza, que conserve solo el puñal. —La orden fue obedecida automáticamente.

Como comandante militar era consciente de que necesitaba los servicios del explorador, pues esas tierras no eran del todo conocidas por los romanos. Tras mirar al germano, Lucio Cedicio, añadió:

—Keiler, no he sobrevivido todos estos años y he conseguido ser prefecto del campamento siendo descuidado. Tu familia será bien tratada y vivirán junto a mi servicio. Si no me das motivo de duda estarán bien. Hazme dudar y ellos serán los primeros en morir. No tengo que decirte lo que hacen mis hombres a las mujeres de los traidores. Te protegerán en todo momento dos hombres, tu pueblo, los ubantes, ha hecho daño a Roma. No todo el mundo es tan comprensivo y magnánimo como yo.

—Gracias, señor, no entiendo lo que ha hecho mi pueblo. Las cosas

que pasan son muy grandes para entenderlas yo, pero le soy fiel a usted. Para mí romper el juramento de mi padre es la peor de las traiciones.

—Espero que sea así, Keiler, por el futuro y por el bien de todos.

El prefecto del campamento, de nuevo en su caballo, dio la orden de ponerse en marcha. Lo importante era llegar al fuerte Aliso, avisar a las demás fortificaciones, al fuerte Vetera y comunicar a Publio Quintilio Varo la situación. Él tomaría las decisiones y daría las instrucciones necesarias con las que actuar.

IIII — Huida de Idalia, cercanías de fuerte Anreppen.

Todo había sucedido muy rápido, y estaba tan asustada que no había podido aún llorar su pérdida. Tan solo corría, en ese momento nada más importaba, solo correr para mantenerse a salvo.

Recordaba haber escuchado a los ancianos que en los momentos de mayores peligros para la vida, había instintos que afloraban en uno. No se sabía cómo, pero sucedía. Sin duda eso era lo que le ocurría en esos momentos, pues su cuerpo parecía saber qué hacer sin obrar en él su voluntad. Reaccionaba por instinto, no veía las ramas pero las evitaba, no miraba al suelo pero saltaba en las grandes raíces o piedras y en los hoyos del camino. Era su espíritu quien había tomado el control. Corría sin parar, sin mirar atrás, sin descanso, y cada vez más rápido.

—¡Vamos, no os separéis!

Marco Coso organizaba a los civiles y daba órdenes a sus diez únicos hombres, intentando que la huida pudiera llevarse a cabo. Tenían que llegar al fuerte Aliso.

Idalia, sin embargo, no estaba atenta a nada de eso, parecía estar en estado de trance, solo corría. Lo hacía junto a legionarios romanos. Por un momento cayó en el remordimiento por huir con ellos de su propia gente. Pasó como una ráfaga por su mente, no se detuvo más que un instante en su pensamiento. Su vida y la de su hijo no nato estaban en peligro. El que antes era su pueblo ahora la consideraba una apestada, colaboracionista y traidora. Si se quedaba los matarían a ambos, no sin antes humillarla y vejarla entre varios hombres haciéndole cosas que no podía siquiera imaginar, o mejor dicho, no quería imaginar. La germana intentaba no perder contacto con el grupo. Era dura, ágil y acostumbrada a caminar por los bosques. A pesar de su estado seguía corriendo con todas las fuerzas de su alma.

¿Cómo había llegado a esta situación? Los recuerdos ahora venían rápido. Se sentía culpable, pues ella misma se responsabilizaba de lo sucedido. «El hambre», se escuchó decir, toda la culpa fue del hambre. Estaba débil y desesperada, hacía muchos días desde que había podido llevarse algo a la boca. Tuvo poca voluntad, poca confianza en ella misma y cedió, su voluntad fue quebrada, fue cobarde.

Tras asesinar a su imprudente compañero, aquellos legionarios romanos la desnudaron, la encerraron en una jaula y se burlaron de ella. Sin miramientos, le decían en voz alta las fantasías sexuales que le harían cuando decidieran tomar su cuerpo. Las descripciones de los actos primero la estremecieron y luego la atemorizaron. Incluso uno

de ellos se tocaba sin pudor hasta vaciarse mientras la miraba con ojos de lujuria. No podía imaginar a ese hombre tocando su cuerpo. Ese pensamiento le provocaba náuseas. Aunque cerraba los ojos, oía el jadeo y la narración de lo que imaginaba que estaba haciendo con ella.

Pasó tanta vergüenza cuando no pudo aguantar e hizo sus necesidades mientras aquellos rostros mostraban una sonrisa de mofa. Lloró de rabia e impotencia. En un gesto de desesperación, pues sabía que estaba a merced de ellos, pensó en restregarse su entrepierna con sus propias heces, no quería ser violada. De esa manera sería menos apetitosa para aquellos desalmados.

Pasaron los días y no cesaron las burlas. Para prolongar su tormento le proporcionaban un poco de agua. Ello, tal y como sabían sus verdugos, no evitaba el suplicio de su estómago que reclamaba alimento. Se fue debilitando y ya no pudo más, vencida, suplicó por comida ofreciéndose a cambio toda ella, haría cualquier cosa que ellos pidieran. No le importaban las escenas que días atrás le habían descrito. ¡No le quedaba más voluntad! El ardor de los ácidos de su cuerpo famélico era insoportable. Tan solo consiguió el regocijo de sus captores, pues vieron al fin en su sufrimiento el resultado de su tortura.

Jamás supo el motivo de que no abusaran de su cuerpo, quizás el placer de la tortura superaba a las ganas de mujer. Fuera cual fuera la causa llegó su salvador, y tras mirarla con curiosidad habló con fiereza a esos hombres y les dirigió palabras de enojo. Incluso uno de ellos que le miró con desdén recibió sendos golpes con la vara de vid del oficial. Los demás, al ver la actitud de su superior, y las manos en las espadas de la escolta de este, asumieron la situación, bajaron la mirada y se mostraron obedientes.

Ordenó que fuera liberada, la invitaron a asearse, le dieron una túnica limpia y fue llevada ante él.

Aquel por entonces desconocido oficial le ofreció parte de su comida: queso de cabra, sopa de verdura, pan, olivas y una carne seca para ella desconocida, todo ello le pareció delicioso. Antes de probar bocado le advirtió de sus intenciones.

—Favor con favor se paga.

Dejó claro que a cambio tenía que mostrarse complaciente.

¿Qué saben las tripas de manos vacías? ¿Qué sabe el estómago de la impotencia? Solo sabe de llenarse, pedir alimento y castigar con un azote llamado hambre. Su suplicio era insoportable, no podía imaginar pasar otro día sufriendo el ansia de la abstinencia.

Entretanto devoraba el ansiado alimento se olvidó de todo. En su debilidad su cuerpo exigía sustento. ¡Le parecían manjares! Encontró tanto placer al volver a llenar su estómago. Hacía tiempo que había perdido el orgullo, ¡nada de eso sabe el que se alimenta a diario!, nadie lo sabe si no ha llorado de dolor y vergüenza, si no ha deseado morir para dejar de sentir ansia y sufrimiento.

Al verse junto al catre y aunque había aceptado la situación, sintió miedo y bochorno. Había oído que los romanos preferían mujeres sumisas, si se mostraba de esa manera el hombre que quería poseerla no necesitaría usar la violencia. Esperaba, sin embargo, malos modales, tosquedad y lujuria, miradas lascivas que la desnudaran suciamente, que viera en ella solo un cuerpo para saciar instintos. Sin embargo, la observó con ojos de admiración, con ojos del que ve belleza.

En su inseguridad no supo cómo mover las manos o en qué posición poner su cuerpo, no supo cómo actuar. Era una celta libre, una mujer decente, no sabía cómo se comportaban las prostitutas. Ni lo sabía ni lo quería saber. Optó por la quietud y por bajar la mirada, solo se dejaría hacer. Abriría las piernas y se dejaría penetrar, no ofrecería nada más a ese romano. Aun así, si no complacía a ese hombre podría volver a la jaula, ¡ese pensamiento la hizo temblar! Tanto que su pensamiento se mostró en su cuerpo y temió molestar al oficial, pues podría tomárselo como ofensa o repulsión por su parte.

—No temas, no te haré daño, no todos los romanos nos comportamos de igual modo —dijo con suavidad.

Aún en su inseguridad, el tono con el que fueron pronunciadas esas palabras tranquilizó un poco su miedo.

Posó su mano en su bien torneada cintura e hizo un recorrido en ella hasta alcanzar sus glúteos. Tras ello la acercó hacia sí y apartando sus largos cabellos empezó a besarla suavemente en el cuello. Con ligeros toques de sus labios, no pasó por ella su lengua ni llenó de obscena saliva su cuerpo como esperaba. Estaba intentando no humillarla, quería poseerla pero no tratarla groseramente.

Con toda delicadeza le quitó el vestido.

—Date la vuelta —ordenó.

—¿Quieres tomarme por detrás? —preguntó dudosa.

—No, quiero ver tu cuerpo.

Con fría mirada y sin mostrar ningún sentimiento, obedeció.

En un gesto de mínima rebeldía lo hizo lentamente.

—Estás favorecida por la belleza. Sin duda eres agraciada por la diosa de la felicidad y la pulcritud de tu pueblo.

Para ella eran palabras vacías, palabras huecas de sentimiento. Ese hombre solo quería saciar en ella su sexo. Por ese motivo no quiso

contestar al romano, guardó un duro silencio.

El jadeo de un hombre apretando contra su cuerpo no le era desconocido, pues ya hacía tiempo que había perdido la virginidad. Al ser tomada sintió humillación, ni dolor ni placer, solo incomodidad, fría incomodidad, deseó no estar allí. Hacerlo de esa manera era un insulto a la madre naturaleza, pues ella quería que las acciones fueran placenteras. No se debía intentar crear una nueva vida desde la desazón o el sufrimiento. Se sintió tan hueca, tan vacía, que le dolió tanto como el peor de los golpes.

Ciertamente ese hombre no la intentaba herir e incluso intentaba contener su impulso. Sentía eso, pero no tenía importancia. Tan solo pagaba una deuda, comida por sexo, nada más. No quería nada de ese romano.

Al acabar el acto, Cneo Vitruvio esbozó una sonrisa de satisfacción, sin duda había sido complacido. Entonces hizo algo que la sorprendió, pues en vez de despedirla la arropó. Hasta entonces no se había dado cuenta de que a pesar de estar acostumbrada al gélido tiempo de su tierra también sentía frío. Quizá su sangre estaba ansiosa de recibir el nuevo alimento y marchaba de su piel para saciarse.

Sintió el placer de la manta y el agrado del calor de un cuerpo. Por un momento se despreció, estaba junto al hombre que la había poseído aprovechando que había perdido su voluntad tras la tortura de aquellos hombres, usó contra ella su debilidad y fragilidad.

Solo le consolaba pensar que había salido de la jaula. Se tuvo que convencer a sí misma de que una vez en esa situación ya no podía hacer nada, o la violaban salvajemente aquellos legionarios o se dejaba hacer por el oficial.

Se acomodó en el calor humano que la embargaba. Aunque no quería hacerlo, acabó durmiéndose, el confort y el estómago lleno obraron en su camino hacia el mundo de los sueños.

La mañana llegó con el sentir de una mano en su cintura y un suave beso en su hombro.

—Buenos días —pronunció acompañado por una sonrisa.

Al girarse, un dedo pasó lentamente por los labios de la mujer, a ojos del romano eran el mejor de los manjares.

Esta contestó en cuanto su boca fue liberada.

—Buenos días, señor. —No supo sonreír.

—¿Quieres desayunar? —preguntó animadamente mientras señalaba una mesa.

Se imaginó qué era lo que quería realmente el centurión.

—¿Tengo que ser complaciente de nuevo?

Era una pregunta sin sentido, pues si él quería tomarla nada podría impedirlo.

—¿Cuántos años tienes y cómo te llamas?

—La estación clara ha llegado dieciséis veces desde que nací y me llamo Idalia.

—Idalia, ¿perteneces a algún hombre?

—Mi hombre murió a manos de esos romanos…

Calló, ya había dicho suficiente. Idalia culpaba tanto a su esposo como a los legionarios, siempre había alguna deuda de honor que saciar. Se equivocó de enemigo y lo mataron.

Lo dicho por ella poco importó al oficial.

—Bien, contestando a tu pregunta, el desayuno es gratis, no pediré nada por él. Pero si quieres volver a comer y cenar cada día de mis provisiones tendrás que estar disponible para mí, favor con favor se paga.

—¿Qué quieres de mí, romano? —inquirió sin poder evitarlo.

—¡Yo! ¿Que qué quiero de ti? Buena pregunta. —Se lo pensó un poco antes de contestar, no por no saber la respuesta, sino por buscar las palabras—. Te quiero para mí, dispuesta solo para mí. Eres un rayo de sol que vence los altos árboles de estos bosques. Aunque tu cuerpo está famélico y se ve que la necesidad ha hecho mella en él, eres la más hermosa de las mujeres que hay en esta maldita tierra.

—¿Quieres que sea tu prostituta particular?

—No, Idalia, quiero que seas mi calma, mi rincón de pensar. Quiero que seas mi reposo.

Toda la culpa fue del hambre; consintió, pues recordar el dolor de su estómago vacío la lastimaba. Pero ya no pasó necesidad, no volvió a llorar de impotencia. El romano le procuró una pequeña casa y le enviaba alimento aunque él no se lo cobrara en su cuerpo. Solo le exigía estar dispuesta para él.

Enseguida se dio cuenta de que había algo en ese hombre. El centurión cumplió su promesa y calmó en ella sus deseos tanto carnales como de alma. Era difícilmente entendible cómo veía la sensibilidad de Cneo Vitruvio en su alcoba y cómo tras ponerse el uniforme y dejarla, era capaz de adoptar la más dura de las miradas y pronunciar con fría sequedad cada una de sus órdenes o palabras.

Pronto brotaron sentimientos en ella. Al principio dudaba si eran románticos o los de una mujer desesperada que se entrega a su salvador sin condiciones. Dejó de llamarlo «El romano» a llamarlo Cneo, y no desde la boca sino desde el corazón.

Cada vez que yacían la miraba como sin creer que tenía entre sus manos tanta belleza.

—¿Crees en el amor a primera vista? —Le oyó decir.

—Claro, Cneo, lo estoy viviendo.

—Llegaste a mi vida sin avisar y yo llegué a la tuya sin tú sospecharlo. Desde entonces me gusta pensar que hay casualidades bonitas, las almas que quieren estar juntas se buscan siempre.

Apoyaba la cabeza buscando la tranquilidad que le proporcionaban sus senos. En contacto con ella sentía cómo este se relajaba, cómo desaparecían de él las preocupaciones. De vez en cuando este se incorporaba y besaba suavemente el pezón de su pecho derecho. Como si quisiera comprobar que estaba encima de ella. Asegurándose de que era en efecto su almohada. Tras eso volvía a su posición original haciendo movimientos con la cabeza para sentir aún más el tacto de su piel. Le afirmó en muchas ocasiones que ese era el mejor lugar del mundo.

Percibía algo en él, algo que no sabía explicar. Podían hablar en los silencios, en las miradas y desde lo más profundo de sus espíritus. Como si se hubieran conocido con anterioridad, o como si supieran cosas no dichas. Se unieron en tiempo y espacio, en pasado, futuro y en todo lugar. En su corazón sabía que Cneo Vitruvio, en su manera de ver el mundo, también se acostumbró a ella. No supo si aprendieron a amarse o ya se amaban antes y estaban predestinados.

En los pueblos celtas creían que había almas que sin saberlo buscaban a otras. En ocasiones estas se encontraban, se reconocían y se unían. Eran conocidas como almas gemelas. Sin duda ellos debían serlo. Cada ser tiene una, una que es única, que es su amiga inseparable para toda la vida. Algunos la encuentran y otros no, pero todos tienen una que les espera. De qué otra manera podía explicar lo que les sucedía. En su interior sabía que esa era la única respuesta.

Germinó la simiente en su vientre y le daría un hijo, un hijo para muchos ilegítimo, pero para ellos una bendición. «Nunca dejaré que nadie te haga daño», le prometió su amado.

Todos sus sueños y esperanzas habían terminado. Cneo Vitruvio dio la orden de que siguieran adelante y se quedó atrás con algunos hombres. Le miró a los ojos y le suplicó, sin palabras, que salvara a su hijo, a su primogénito. Dio su vida por ellos.

Al poco los germanos rodearon a los que permanecían con el centurión y los asesinaron. Intentando borrar eso de su pensamiento, corría para salvarse sin saber muy bien su destino. Todo había sucedido tan rápido que no había podido aún llorar su pérdida.

Los hombres en guerra no miran nunca el corazón de las mujeres, no miran atrás. No ven el dolor que causa cada una de las muertes. Cuando sacan el hierro les hierve la sangre. No entienden de madres ni de hijos ni de esposas. Sus corazones adoptan al odio y las ansias de

venganza, olvidan todo lazo de unión y expulsan al amor.

En su corta edad se volvía a sentir abandonada. Volvía a estar sola en un mundo en guerra entre combatientes que solo quieren sangre y muerte. ¿Qué hacía allí una mujer embarazada? ¿Qué iba a ser de ella? Se volvió a ver en una jaula. En esta ocasión no había barrotes pero seguía en ella, seguía atrapada, vulnerable e indefensa. Esta vez nadie vendría a socorrerla, pues ya no estaba Cneo Vitruvio para protegerla.

V — Fortín al norte del Rin, frente al fuerte Vetera.

Toda una turma de caballería legionaria, el decurión, el duplicarius y los treinta jinetes, salió en dos columnas al encuentro de la mermada centuria que se aproximaba. Desde las torres creyeron que eran la avanzadilla del ejército que acompañaba al gobernador. Al acercarse, se encendieron las alarmas: primero, porque carecían de caballería ligera, auxiliares y hombres para la reacción rápida; segundo, porque no presentaban ninguna formación, y por último, porque no portaban ningún oficial ni suboficial. No se veían ni las crestas transversales de los centuriones ni el penacho con las típicas plumas laterales de los optiones.

En el fortín esperaban carros preparados por si había heridos, esperando las órdenes de partir si la situación era segura. En las murallas, hombres cargados de flechas y jabalinas prestos a defender la posición. Se había encendido el fuego para avisar al fuerte Vetera de la situación de potencial peligro en la que se encontraban. También se estaba movilizando la pequeña dotación perteneciente a la flota del Rin de la que disponían.

Tras el contacto y la somera explicación de origen de los hombres se procedió a llamar a los carros. Parte de ellos agradeció la ayuda. El decurión encargado de la turma de caballería legionaria hubiera preferido más información, pues lo poco dicho por los recién llegados era preocupante. Pero lo más urgente era buscar protección y salvaguardar a esos hombres. Todo hecho, o situación, del que se desconocía la causa era potencialmente peligroso.

Una vez atendidos, los legionarios fueron transportados al otro lado del Rin y los comandantes del fuerte Vetera se reunieron con el legionario más veterano, el que se responsabilizó de los hombres al no haber ningún oficial ni suboficial.

—¿Cómo te llamas, legionario?

—Soy Lucio Fidenate, de la XVIII, señor.

—Cuéntanos lo que ha pasado.

Este les relató la masacre acaecida en los bosques de Teutoburgo.

Explicó que el prefecto de caballería Arminio había traicionado a Roma. En el regreso hacia el Rin, a los cuarteles de invierno, cuando se habían destinado ya centurias en régimen de hospedaje en zonas controladas por jefes leales, el traidor informó al gobernador que las tribus de los angrivarios y bructeros se habían rebelado y habían atacado a los hombres en hospedaje causando innumerables bajas.

El gobernador decidió una operación contundente de castigo para dar ejemplo. El prefecto Arminio aconsejó que por la premura, ya que

el invierno llegaría pronto, era mejor que acortase y se trazase una ruta adentrándose en los bosques de Teutoburgo. Además, le convenció de buscar ayuda en forma de hombres de las tribus locales y el mismo traidor marchó a ello. Publio Quintilio Varo lo creía un hombre de plena confianza y se fio de él.

Cuando llegaron a territorios de los angrivarios se dieron cuenta de que era un engaño, ya que los jinetes del grupo de exploración habían sido atacados y eliminados. Las armas no eran germanas, eran de la caballería auxiliar. Siendo informado el gobernador y viendo el engaño, cambió el destino y pretendió llegar a la fortaleza más próxima, el fuerte Aliso.

Al día siguiente fueron emboscados por varias tribus germanas. Llovía torrencialmente y el terreno quedó convertido en un barrizal, lo que dificultaba mucho el avance regular y mínimamente ordenado de las tropas. El enemigo había cortado árboles que tiró al paso de las legiones, rompiendo la columna en multitud de unidades. Se lanzó sobre ellos en encarnizada lucha. Los grupos grandes formaron con sus escudos a ambos lados y resistieron, pero los pequeños que no pudieron organizarse adecuadamente fueron eliminados. Los legionarios tenían superioridad militar en el cuerpo a cuerpo, pero sus condiciones eran de desventaja y el pesado equipo les impedía perseguir a los germanos con suficiente eficacia. Al final de la jornada, de todo un día de lucha y ataques constantes, los germanos se desvanecieron desapareciendo en el bosque y el ejército construyó, para pasar la noche, un campamento fortificado.

Al llegar la mañana partieron de nuevo, se reorganizaron e hicieron la columna más pequeña y controlable abandonando los carros. Pero una vez en el bosque volvieron a ser atacados una y otra vez, cayendo y perdiéndose muchos y valiosos hombres. Al llegar la noche se buscó una zona apta para otro campamento. Sin embargo, esta vez por la falta de hombres y el cansancio las defensas fueron totalmente inadecuadas, los germanos en esta ocasión persistían en su empeño y atacaban en la oscuridad.

El último día todo fue un desastre, la columna se rompió en mil pedazos. Al parecer el traidor de Arminio había escondido una línea de defensas con fosos dotada de empalizadas desde las que pudieron disparar a distancia. Los germanos salían, atacaban y volvían protegidos por los disparos y las vallas, castigando una y otra vez a las unidades romanas. Se perdió la comunicación y los centuriones no podían recibir instrucciones de los oficiales de alto rango. No les quedó más remedio que tomar las posiciones defensivas germanas para salir de aquella situación, lo más importante para ellos era salvar a los hombres. Cada grupo rompió por donde pudo.

Fue donde ellos perdieron el contacto. Su centurión buscó el

grueso de las tropas pero no consiguió encontrarlas. Intentó entonces emprender la ruta hacia el fuerte Aliso, la dirección que había tomado el gobernador, pero se toparon con germanos y murió en el combate. Viendo eso él, como hombre más veterano, decidió ir hacia el fuerte Vetera.

—No encontramos a las tropas, no podíamos ir al fuerte Aliso y teníamos que informar de lo sucedido, señor… —Fue incapaz de seguir explicando.

A Lucio Fidenate se le hizo un nudo en la garganta y los oficiales lo notaron en la pronunciación de sus últimas palabras.

—Dinos tu opinión, tú has estado en el campo de batalla.

—Mi opinión es que los han aniquilado a todos.

—Eso es imposible, legionario, el gobernador disponía de las legiones XVII, XVIII y XIIII, tres alas de caballería y ocho cohortes de auxiliares.

—Me quiero convencer de que no tengo razón. Había miles de germanos y salían de todas partes. Es como si les ayudaran sus dioses. Los hombres decían que los árboles engañaban a los nuestros, y algunos decían que incluso los atrapaban y devoraban vivos. Por valiente que seas no puedes luchar contra seres sobrenaturales.

—¡Eso son tonterías supersticiosas!

—Usted no ha estado allí. Había manos que salían del suelo y atrapaban a los legionarios para que no se pudieran mover, y las espadas se clavaban en algunos germanos y por más que penetraban estos no morían…

—¡Cierra la boca! —ordenó el superior.

El legionario guardó silencio ante la autoridad de su oficial. Pero cada uno de los hombres presentes en aquel despacho buscó con la mano su amuleto protector y deseó en su interior que las oraciones de protección a sus dioses tutelares hubieran sido del agrado de los dioses.

El oficial prefirió cambiar de tema, tanto por desear más información como por intentar olvidar los malos sentimientos ante la superstición del legionario.

—¿Qué tribus os atacaron?

—Yo pude distinguir a cauchos, marsos, bructeros, catos, queruscos, tencteros y ubantes.

—Bien, legionario, adecéntate y come algo, en poco tienes que salir hacia Mogontiacum. Todo esto hay que explicárselo a Lucio Nonio Asprenas. Si es cierto lo que dices, en toda Germania solo tenemos las dos legiones bajo su mando.

—Semper et ubique fidelis.

—Semper fidelis.

Poco tiempo después grupos de jinetes y exploradores auxiliares partieron del fuerte Vetera. Unos, avisarían a todos los fuertes y fortines para que se aprovisionaran y prepararan, y aumentaran aún más las defensas. Otros, harían llegar lo dicho por el veterano legionario a Lucio Nonio Asprenas, comandante en jefe de la Legio I Germanica y de la Legio V Alaudae. Se ordenó, a su vez, una misión de exploración que se introduciría en territorio sublevado para verificar la situación y poder obtener información de primera mano.

Capítulo III
Resistencia

I — Padre Marte, en el Olimpo

.

Es el momento de que Nos, el dios de la venganza, recordemos la admiración que antaño profesábamos a los hijos de la Loba.

Muchos de los quirites del fuerte Aliso se convirtieron en héroes retando con osadía sin límite a un fatal destino. Viviendo en esa línea en la que es difícil discernir entre valentía y enajenación pues lo es todo, bravura y locura, muriendo y matando en el mismo instante. La sangre y la muerte impregnaban y vivían en el hierro que portaban entretanto se enfrentaban al enemigo gritando nuestro nombre y el del Dios Supremo.

Con las espadas desnudas clamaban y nos honraban justo al introducirlas y girarlas en los estómagos de los cuerpos enemigos.

—«Marte».

—«Júpiter».

Con ese arrojo llevaron a muchos germanos hasta las profundidades, allí donde sus divinidades subterráneas se hicieron cargo de sus almas.

Los seres inmortales recordaremos esta hazaña en nuestra eternidad. Su obra fue honorable y el juramento de fidelidad a Roma se verificó como palabras verdaderas, pues vivieron y fallecieron como hombres de honor. ¡Sus nombres no debieron morir! ¡No debieron ser olvidados! Tendría que haber monumentos relatando estos hechos y su gesta tendría que haber sido relatada con orgullo a las generaciones venideras. ¡Cada nuevo quirite querría comportarse como estos valerosos hombres!

Sin embargo el recuerdo de estos héroes fue tratado con vileza, tan traicionado como lo fue el divino padre de Roma. ¡¿Qué podíamos esperar de un pueblo que abandona a sus propios dioses?!

A pesar de esa deslealtad, Nos y el resto de las divinidades nos aseguramos de que el destino de estos viriles legionarios, orgullo y gloria de Rómulo, fueran los Campos Elíseos. El lugar donde moran los elegidos por los dioses, justos y caídos en actos heroicos. Allí viven una vida dichosa en campos siempre verdes y fértiles.

Pagaron con su vida, entregada con valor, pues solo tras eso se puede cruzar la puerta hacia la inmortalidad. Empezaron su viaje con el escudo en la mano y mostrando el hierro de su espada. Apuntando sus armas hacia el cielo.

El más grande de los dioses se sintió vanagloriado por esos actos y lanzó rayos tronadores en la satisfacción de ser honrado. Como muestra de veneración a nuestro padre entramos ansiosos en esa batalla. Nuestra fuerza, bravura, brutalidad y tenacidad fue escuchada por encima de todos los mortales. Nos, el maestro de la venganza, hicimos sonar nuestro carro de guerra por entre el enemigo germano.

Cada vida sesgada, cada estómago abierto, cada cuello cortado y cada reguero de sangre se hizo en nuestro honor. Esos quirites vivieron por el hierro y en esta empresa desesperada murieron por el hierro. Nos somos el Poderoso Marte, padre de Rómulo e hijo de Júpiter, el Mejor y el más Grande, y estábamos orgullosos de los hijos de la Loba.

No obstante, en estos momentos sentimos vergüenza de los romanos pues se comportan como las aves de corral. Que les limpias las jaulas, les das agua y comida, y piensan que lo han hecho ellas y no muestran agradecimiento alguno atribuyéndose el mérito. Cuando ponen un huevo, la razón de ser de una gallina, gritan con orgullo con toda la fuerza que da su cuello hasta perder la voz. ¿Si los quirites no son capaces de reconocer la sabiduría en los dioses, qué les diferencia de ellas? El hombre se comporta como el más irracional de los animales, pues aleja de él el don del raciocinio del que fue dotado al ser moldeado, el más apreciado por los dioses.

II — Marco Coso, fuerte Aliso.

El optio Marco Coso, que en teoría tendría la responsabilidad de ayudar a su centurión al mando de ochenta legionarios, maldecía su suerte. Lo hacía de tal manera que preferiría estar con los hombres que se habían quedado atrás, aunque eso significase su viaje al inframundo. Lo deseaba, primero, por permanecer vivo y haber tenido que seguir adelante con solo diez milites y quince civiles. Segundo, por el hecho de huir, era un legionario romano y quería luchar, «Si se presenta lucha hay que luchar». Ante este argumento su superior le replicó que «El honor del legionario está en la obediencia. ¡No hay opción ante una orden! Y, por último, por la responsabilidad sobrevenida que había adquirido ante su oficial, al que consideraba un hermano, además de amigo y mentor, el centurión Cneo Vitruvio.

—¿Tú crees en el amor a primera vista? —comentó el centurión entretanto observaban a los germanos parapetados tras las murallas.

—Pues la verdad es que no, señor. La mujer tiene un papel y el hombre otro. Entiendo que cuando convives con alguien al cabo de un tiempo se hace un hueco en tu vida, y si falta lo notas. De ahí al amor, y menos a primera vista, hay un gran trecho.

—Idalia es una mujer muy bella.

—¿Y? —cuestionó Marco Coso, pues eso no invalidaba lo anteriormente expuesto.

—¿No la encuentras bella? —Para Cneo Vitruvio era obvio.

—Claro que la encuentro bella, señor, como a tantas otras. Cualquier hombre querría poseerla. Muchas mujeres son favorecidas por la espuma de la Dorada Venus, eso las hace atractivas a los ojos de los hombres.

—Bueno, lo creas o no a mí me ha pasado, caí en amor romántico la primera vez que la vi.

No pudo evitar rozar entre sí sus dedos como imaginando caricias de su amada, como rozando su cuerpo.

—Le he dicho muchas veces que lo que hace con esa germana es un error. Una cosa es desahogarse y otra comprometerse. La domina con la que le han casado pronto cumplirá doce años y estará madura para varón, entonces el enlace será legal. Hace un año que está en casa de su padre y le están enseñando vuestras costumbres, está siendo educada para usted. La traerán al fuerte Vetera y tendrá que consumar el matrimonio. A cambio de la carga de hacerse con la responsabilidad de una esposa ella le cuidará y dará hijos, esa es su función. Así es como lo dictan nuestras costumbres. —Ese argumento lo había repetido infinidad de veces y tenía claro que el resultado sería el mismo que en las demás ocasiones.

—En estos momentos, ¡eso me da igual!

—¡No diga eso, mi centurión! ¡Es una locura! Es su obligación. Usted ha recibido una dote y ha comprometido su honor. Este compromiso se extiende también a su padre, pues él concertó el enlace. ¿Es consciente del daño que causaría eso a las dos familias? Es un hombre de bien, esa germana le ha hecho un amarre y le ha embrujado. —Sin duda estaba fuera de sí, su centurión estaba totalmente ido.

Cneo Vitruvio era perfectamente consciente de lo que le decía su amigo. Apoyó la mano en su hombro demostrando, primero, plena confianza, y segundo, que agradecía que se preocupara por él.

—¿Te acuerdas de hace cinco años, cuando servíamos a las órdenes de Tiberio y sometimos a las tribus de los caninefatos, actuarios y brúcteros?

—Claro, estaba allí, señor, se olvida de los longobardos.

—No, no me olvido de ellos. ¿Te acuerdas quién te salvo la vida?

Enseguida le sobrevino la incomodidad. Evidentemente agradecía que le hubiera salvado la vida. Se la entregaría sin dudarlo en cualquier momento.

—Usted, el centurión Cneo Vitruvio, gracias a eso mi contubernio no acabó asesinado o ahogado en el río Elba.

—Aquella campaña fue dura, pero muy provechosa para mí. Conseguí ser ascendido a centurión y acompañé al mismísimo Tiberio mientras bajaba con la flota hasta la desembocadura. —El brillo en los ojos de la emoción era evidente.

—Se lo ganó por lo que hizo, señor. Tiene la confianza de los comandantes y por eso le asignaron la responsabilidad del mando en el fuerte Anreppen —reconoció con sinceridad, añadiendo un leve asentimiento a sus palabras.

—Si muero, quiero que te hagas cargo de mi hijo y de Idalia —pidió sin más.

El optio no pudo contestar, cayó en el silencio. Su amigo era perfectamente conocedor de las sensaciones, así que insistió.

—Júramelo, ante Júpiter, el Mejor y el más Grande.

No sonó como una orden sino como una súplica, pero siguió sin decir palabra.

—Yo daré la vida por ti —apoyó lo dicho cogiendo el antebrazo, típico saludo.

Le molestaba lo embarazoso de la situación, pero no podía en ningún momento negarse a la petición del hombre al que debía la vida y por tanto todo lo demás, incluyendo el rango que ostentaba en esos momentos.

—Juro por Júpiter, el Mejor y el más Grande, que en caso de que las Gracias corten la hebra de su vida me haré cargo de tu hijo y de

Idalia. —Selló el pacto devolviendo el saludo.

—Gracias, Marco Coso, sé que eres un hombre de honor y por tanto un buen romano. Pronto serás centurión —pronunció en agradecimiento.

—Me falta mucho para eso, señor, tengo que aprender muchas cosas de usted todavía. —No era un decir, era un sentimiento verdadero.

—Favor con favor se paga. Tienes lo que necesitas para ejercer el mando de una centuria. Me encargaré de que lo seas. —Tras reflexionar unos momentos añadió— Te diré lo que haremos ahora…

Le explicó un nuevo plan, uno desesperado.

Al producirse el segundo ataque, los germanos lo realizaron con fuerza tal y como era su costumbre, al igual que los romanos defendieron su posición con coraje y valentía. Al cabo de poco tiempo, viendo que los del fortín no estaban suficientemente debilitados, se retiraron. Ciertamente era cuestión de tiempo, los germanos cada vez eran más y los romanos cada vez menos.

Al producirse la retirada y con los civiles ya preparados, salieron todos del fuerte por la puerta contraria a la del ataque. Según la opinión del centurión la resistencia por allí sería menor. Tal y como pensó, sucedió, dándoles una mínima oportunidad de salvarse.

Pudieron separarse un poco del fortín cuando algunos de los enemigos empezaron a reaccionar produciéndose enfrentamientos. Cneo Vitruvio cumplió su palabra de dar la vida por Marco Coso y le ordenó seguir. Él quedó atrás con parte de los hombres.

Eso permitió huir al grupo que ahora el optio tenía bajo su responsabilidad. Con el sentimiento de culpa a flor de piel y el inmenso vacío por la pérdida de su gran amigo, y tras dos jornadas de largas marchas, logró llegar a su destino. Se acercaban a las puertas del fuerte Aliso.

Ante él, en posición de batalla, cuatro centurias legionarias y dos auxiliares, cuatrocientos ochenta hombres, flanqueados en ambos flancos por treinta y dos jinetes. Las reglas eran las de posicionamiento en territorio enemigo.

Había hombres ampliando el foso y mejorando las defensas. Añadiendo a ellas filas de maderos puntiagudos, trampas en forma de embudo y campos de maderos rematados con puntas de hierro. Las veintidós torres de defensa fueron dotadas de balistas de tamaño medio.

El foso, de dos metros y medio de longitud y tres de profundidad, rodeaba a la fortaleza de perímetro rectangular con las esquinas redondeadas. Las murallas de cuatro metros de altura eran de madera

rellenas de tepe. Al fuerte Aliso se accedía por cuatro puertas, la Decumana, al sur, la Praetoria, al norte, y la Principal Izquierda y la Principal Derecha, al oeste y al este respectivamente. En su interior se disponía del cuartel general, el foro o patio de reunión, el hospital, los almacenes y las fábricas, el aljibe, los barracones, los establos y las residencias para los oficiales, entre otras instalaciones. Las calles más importantes para el desplazamiento en el interior del fuerte eran la vía Principalis y la vía Praetoria, que se disponían en forma de cruz y se unían en el cuartel general, siendo la Praetoria la más larga. Sin olvidar el intervallum, vía que rodeaba al fuerte por su interior entre las murallas y los barracones u otros edificios, y permanecía siempre despejada para el movimiento de las tropas.

Tomar el fuerte sería muy complicado y tendría un alto coste en vidas.

—¡Señor! —avisó uno de sus hombres apoyando su mano en su espada corta.

—Relájate, es de los nuestros.

El suboficial dio la orden de parar en espera a que los vigías que se acercaban tomaran contacto.

—Identifíquese, señor.

—Soy Marco Coso, optio destinado al fuerte Anreppen. Tengo que hablar con el prefecto del campamento o con el máximo oficial al mando —comunicó al legionario que lideraba la patrulla.

—Lucio Cedicio está en el fuerte. Los germanos que le acompañan tendrán que verificar su identidad antes de entrar.

—¿Por qué motivo?

—Al parecer hay traidores entre ellos.

—Entiendo. ¡Vamos! —ordenó a su columna.

Solo ponerse en marcha, otra pregunta llegó a Marco Coso.

—Señor, ¿el fuerte Anreppen?

—Ha caído, hicimos lo que pudimos pero ha caído.

Ambos miembros de la patrulla movieron la cabeza con pesadumbre, la inquietud unida a las malas noticias no es buena para la moral de los hombres.

Al poco llegaron a las proximidades de la puerta Principal Derecha.

—¡Germana! —pronunció con desdén.

—¿Qué quieres, romano? — replicó duramente Idalia.

—Ponte justo detrás de mí y no digas nada.

—¿Por qué?

—Porque soy el que está al mando, porque los romanos somos los que hablamos por nuestras mujeres, porque, con motivo, no se fían de

los germanos, porque tienes el hijo de Cneo Vitruvio dentro de ti, y eso me importa, y porque quiero que entres en el fuerte. ¿Entendido?

Esta comprendió las intenciones del romano, no le quedaba más remedio que obedecer.

—Entiendo.

—Bien, mejor así, ¡tres cosas! La primera, no hables ni aunque te pregunten directamente. Si lo hacen, me miras a mí y yo negaré con la cabeza. El que pregunte sabrá que no te doy permiso y dejará de insistir. La segunda, no sé de cuántos meses estás pero no se nota casi nada, así que saca la barriga un poco. Y la tercera, baja la cabeza, eres la mujer que ha elegido un romano y tienes que mostrar la debida sumisión.

El miedo a quedarse fuera del fuerte pudo con el orgullo de la germana. Aun así, no pudo evitar preguntar de nuevo.

—¿Me harás pasar por tu mujer?

—No, haré pasar al hijo de Cneo Vitruvio como mi hijo. Vamos, es tu turno.

Idalia se situó un paso tras el suboficial y siguiendo lo ordenado bajó la cabeza. No faltó en ella el temor a que fuera prohibida su estancia en el fuerte. Notó la sensación de miedo, sobre todo en el interior de su cuerpo.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó el soldado galo responsable del control en la puerta.

—Se llama Idalia. —Tal y como dijo, Marco Coso contestó por ella.

—¿De qué tribu es?

—De los bructeros.

—Si es así, no puede entrar.

—No ha participado en nada, estaba en el asentamiento civil junto al fuerte Anreppen. Además, puede ser germana pero el hijo que lleva dentro es mío y es romano —añadió secamente.

—¿Estás seguro?

Marco Coso cambió de actitud.

—¡Cómo que si estoy seguro! ¿Quién cojones te has creído que eres? Yo soy un optio legionario y tú eres un vulgar galo.

Dos de los hombres se situaron uno a cada lado en señal de apoyo a su suboficial, prestos a obedecer cualquier orden.

—Disculpe, señor —intentó rectificar su error.

—¡¿Ahora me llamas señor, cerdo?! ¿Cómo te llamas y quién es tu oficial?

—Me llamo Crinis, soldado de la II Centuria de la Cohorte II Bituriga, y mi centurión es Lucio Merula.

—Bien, me aseguraré de que se entere de cómo me has tratado. ¿Alguna otra pregunta estúpida más?

—No, señor, pueden pasar.

—Bien, ¡Vamos! —Acompañó esto con un gesto de su mano.

—Un honor servir, señor.

Todos, incluido el auxiliar galo, sabían que iba a ser disciplinado.

Tras superar la puerta, Marco Coso ordenó a sus hombres que custodiaran y dieran alimento a los civiles. Él se dirigió al cuartel general, tenía que explicar lo sucedido al prefecto del campamento.

III — Primeras decisiones, fuerte Aliso.

La información que transmitían los exploradores y los hombres en posiciones avanzadas de observación eran inquietantes, miles de enemigos, la mayoría catos y queruscos, se dirigían hacia el fuerte Aliso. Ya se había organizado la estructura de las nuevas cohortes, incluyendo los dos grupos de legionarios que habían logrado llegar al fuerte tras ser atacados en los pequeños campamentos en los reinos germanos aliados. Lucio Cedicio tenía en su mesa los partes por escrito sobre el avance de las nuevas defensas; estado de la armería; medicinas; cantidad de víveres; cantidad de agua en los aljibes y número de equinos y cabezas de ganado y forraje, entre otros documentos.

Debatía, a falta de tribunos, con el improvisado equipo compuesto por Marco Albino, en calidad de prefecto de la Cohorte II Bituriga, Quinto Glabrio, prefecto de la Cohorte I Arverna de arqueros, y tres experimentados centuriones. El prefecto del ala de caballería se encontraba ausente, pues en esos momentos tenía la responsabilidad de coordinar todas las actividades que se desarrollaban en el exterior del fuerte.

—Ya conocéis las noticias, en pocas horas estarán aquí. Estos serán los últimos momentos de tranquilidad que tendremos en los próximos días, ¡si es que tenemos próximos días!

Todos los oficiales allí presentes esbozaron una sonrisa.

—En situación de ataque quiero a un tercio de los hombres de configuración heterogénea en reserva, preparados para apoyar en cualquier punto necesario. Los demás a las murallas y las torres. Luego os daré las zonas y las responsabilidades de cada unidad. En situación de espera dividiremos a los hombres en ocho grupos: murallas, retén, vigilancia interna, mantenimiento, entrenamiento y tres grupos en descanso. Los que estén en descanso tendrán la responsabilidad de hacer las comidas y todas las tareas de barracón y mantenimiento del equipo individual y colectivo de sus unidades. Como es habitual estos grupos se irán rotando, ¿alguna pregunta?

Las rotaciones estaban tan introducidas en el proceder del ejército romano que no fue necesaria ninguna otra aclaración.

Con todo, a uno de los oficiales le surgió una duda y este creyó que era el momento de plantearla.

—Igual me adelanto, señor, pero el tiempo apremia, ¿qué hacemos con los civiles? —preguntó Marco Albino.

—Es cierto, te adelantas, pero es lógico que lo hagas, hay mucho que hacer. Que una centuria legionaria vaya a los barracones donde están alojados y confisquen toda la comida y ropa de abrigo sobrante. No les dejéis sin nada, pero los hombres de las murallas serán la

prioridad. Coged también todo aquello que pueda ser un arma. Dejadles solo los cuchillos para que puedan cocinar y comer. Recordad a los hombres que los civiles están bajo la ley marcial, pero que en principio son de los nuestros y no el enemigo. Al final cuántos son, ¿unos mil doscientos?

—Sí, señor —confirmó el prefecto de la cohorte auxiliar gala.

—Pensándolo mejor, que vayan dos centurias. Una de legionarios y otra de auxiliares.

No hacía falta añadir nada más, todos sabían a qué se refería el prefecto del campamento. Una cosa eran los ciudadanos romanos y familiares, más o menos legítimos, de militares, y otra el resto de los civiles: legionarios para unos y auxiliares para otros.

—Así se hará, señor.

—Pregunta a los civiles su oficio, algunos pueden sernos útiles. Bien pasemos a otro punto…

La conversación fue interrumpida pues uno de los asistentes de más confianza de Lucio Cedicio, tras el correspondiente saludo, pidió permiso para acercarse a él.

Tras disculparse informó de lo que sucedía.

—Hazlo pasar.

Su hombre obedeció rápidamente.

El recién llegado se cuadró ante todos los oficiales de la sala.

—Identifícate.

—Mi prefecto, soy el optio legionario Marco Coso, mi centurión era Cneo Vitruvio al mando del fuerte Anreppen.

—Supongo que vienes a explicarme lo que ha sucedido.

Sabía perfectamente que ese fuerte se había perdido para Roma. En caso de albergar alguna esperanza de que pudiera ser salvado, lo primero que hubiera pedido el recién llegado eran hombres para el rescate. A esas alturas la única fortaleza romana que quedaba a orillas del río Lippe era el fuerte Aliso.

—Así es, señor.

Marco Coso contó a los oficiales allí presentes lo acontecido, tanto en lo referente a los atacantes, supervivientes entre legionarios y civiles, asaltos, tácticas de defensa empleadas, salida a la desesperada por parte de la dotación y la pérdida del centurión Cneo Vitruvio.

—Tu centurión obró bien —añadió Lucio Cedicio—, no tiene sentido morir por morir. En esas circunstancias era mejor salvar a cuantos más mejor y avisar del peligro a los demás.

—Gracias, señor.

Como profesional que era, intentó no mostrar sus sentimientos ante

el recuerdo de la muerte de su amigo ni ante el agradecimiento en el reconocimiento de la correcta labor de su centurión. A pesar de todo el prefecto del campamento era un hombre experimentado y notó que al optio, aunque lo intentó disimular, moduló la voz al nombrar al centurión fallecido.

—Tú también obraste bien, tu obligación era la de obedecer a tu superior.

«El honor del legionario está en la obediencia», «El honor del legionario está en la obediencia», se repetía constantemente. Su comandante en jefe le decía que había obrado correctamente, pero pese a todo a Marco Coso no le abandonaba el sentimiento de culpa.

—Muchas gracias, señor.

—No lo dudes, optio, hiciste lo correcto —añadió dirigiéndose ahora los oficiales—. Bien, ahora hablaremos de la organización de los hombres.

—Semper et ubique fidelis, señor —se despidió el suboficial, pues ese no era ahora lugar para él.

—No, no te marches, esto también te afecta a ti.

—A sus órdenes, mi prefecto.

—Cómo iba diciendo —siguió Lucio Cedicio—, vamos a la organización de los hombres. La Cohorte II Bituriga y la Cohorte I Arverna de arqueros están completas y no hace falta hacer cambios. Vosotros tres —se dirigió ahora a los centuriones—, no tenemos tribunos así que tendréis que adquirir esa responsabilidad. Tenemos dieciocho centurias, seis centurias para cada uno. Tú serás el primer centurión de cohorte de la I de Aliso, tú el de la II y tú el de la III —fue señalando a cada uno de ellos mientras nombraba su unidad—, los centuriones os los repartiréis por turnos y por antigüedad. Cada centurión conservará a su optio, y si no lo tiene se ascenderá a un hombre de esa unidad. Ni los contubernios ni las centurias se romperán, es más importante la cohesión que el número de hombres de la centuria. Se acercan tiempos difíciles y los hombres han de conocer a sus mandos y a cada hombre que tiene a su lado.

El prefecto hizo una pausa para que sus subordinados hicieran alguna pregunta o pidieran una aclaración. Eran expertos y curtidos profesionales y tenían experiencia más que suficiente para obrar eficientemente en las condiciones indicadas y para saber que Lucio Cedicio añadiría algo más.

—Sigo; por una parte, con los diez nuevos hombres que han llegado a la fortaleza, tenemos sesenta hombres de difícil colocación. Unos son de un fuerte, otros son de otro y tenemos contubernios que solo tienen tres y cuatro hombres. Todos estos formarán una unidad. De esa manera solo una de las centurias será heterogénea. Por otra parte, solo disponemos de diecisiete centuriones y necesitamos uno.

Seguro que hay hombres aquí que lo merecen, pero el conservar las oficialías en las unidades me parece prioritario.

El prefecto volvió a hacer una nueva pausa, dirigiendo entonces la mirada hacia Marco Coso.

—¿Qué relación tenías con el centurión Cneo Vitruvio?

—Era amigo íntimo, señor, estoy vivo gracias a él y se lo debo todo.

—Y aun así cuando te ordenó seguir tú obedeciste, aunque sabías que probablemente eso llevaría a tu amigo a la muerte.

—¡Señor!, el honor del legionario está en la obediencia.

—Esa lealtad hacia Roma y ante tus superiores es la que necesito ahora. Ascenderé al optio Marco Coso a sexto centurión y será el oficial de la VI Centuria de la III Cohorte de Aliso, se hará cargo de estos sesenta hombres. Tengo que atender otros asuntos. Dirígete a los barracones asignados a tu centuria y ocupa las instalaciones destinadas a tu nuevo rango. Allí encontrarás tu nuevo uniforme. En media hora solar te quiero en el foro. Recogerás a tus hombres y renovaremos el juramento de lealtad a Roma. Probablemente hoy mismo pondrás a prueba tu valía. ¡Enhorabuena!, ahora eres el máximo responsable de una centuria con todo lo que eso representa tanto en prestigio, en ingresos y en responsabilidad.

—Gracias, señor, semper et ubique fidelis.

—Semper fidelis.

Marco Coso abandonó la reunión de los oficiales superiores.

«Pronto serás centurión», «Tienes lo que necesitas para ejercer mi cargo», «Me encargaré de que lo seas», las palabras de su amigo volvieron a su mente. Era el último centurión de la última cohorte del fuerte Aliso. Aunque algunos despreciaran eso, para un hombre de su condición y de su edad era mucho. Sin embargo, le embargaban sentimientos de amargura pues sin poder haber honrado la muerte de su estimado camarada le sustituía en rango y responsabilidad, e incluso tendría que ejercer de padre por él.

La alegría que había imaginado se tornó desazón.

Con las defensas acabadas, todos los hombres disponibles formaron en el foro. El respeto ante las insignias de sus unidades y sobre todo ante sus dioses provocaba que los hombres permanecieran concentrados mientras el prefecto del campamento se dirigía a la tarima que habían preparado para la ceremonia.

—Legionarios, firmes —ordenó Tito Postumio Albo, el primer centurión de la I Cohorte.

Todos se cuadraron elevando el mentón con el orgullo y la dignidad de pertenecer al ejército de Roma. El pueblo elegido por los

dioses para conquistar el mundo. La mayoría de ellos habían combatido juntos en varias guerras, hermanos de necesidades, hermanos de sangre y hermanos de armas. Pocas cosas consiguen más unión que la de conmilitones mostrando respeto a sus dioses, «Todos juntos como un solo hombre», todos se sentían y eran Roma.

—El Dios Supremo nos observa —comenzó el discurso Lucio Cedicio—, no podemos desfallecer. Hoy defenderemos esta posición ante el enemigo del pueblo romano. Si morimos en el intento se levantarán monumentos en nuestro honor. Es lo que merecen los que pierden la vida entregando hasta la última gota de su sangre por su patria.

Se tomó un respiro para concentrarse en el juramento.

—¡Por la gloria de Júpiter, el Mejor y el más Grande!

—«Por la gloria de Júpiter, el Mejor y el más Grande».

En cada frase era acompañado por toda la tropa.

—¡Por el maestro de la guerra, por la fuerza y el coraje de Marte!

—¡Por Minerva, maestra de la sabiduría y la inteligencia!

—¡Por la determinación y bravura de Hércules!

—«¡JURO!»

—¡Servir al estado romano y al Imperator Augusto Cayo Julio César Octaviano!

—¡Que siempre respetaré la ley y obedeceré a mis comandantes!

—¡Con la vida y si es necesario con mi muerte, defendiendo los ideales de Roma!

Tras una pequeña pausa, añadió:

—¡Victoria y honor!

Tras ese último grito se repitieron espontáneamente otros como: «Roma eterna», «Roma victoriosa», «Roma capital del mundo» o «Júpiter, Júpiter, Júpiter».

Llegó el momento de pedir protección a los dioses tutelares de Roma. Lucio Cedicio se cubrió la cabeza como símbolo de respeto a los dioses, realizó una adoración orientándose a los cuatro puntos cardinales y por último dirigió las palmas de las manos hacia el cielo.

Un profundo y solemne silencio, para evitar la más mínima ofensa a las divinidades que les brindarían protección, presidía el foro del fuerte Aliso. A ninguno de aquellos hombres se les ocurriría incurrir en una falta que pudiera perjudicar a todos más que a ellos mismos, pues provocarían la ira de los dioses.

—Jano, Júpiter, el Mejor y el más Grande, padre Marte, Majestuosa Minerva, Quirino, Bellona, divinos dioses Novensiles y divinos dioses indigetes, deidades cuyo poder se extiende sobre nosotros, los quirites, y sobre nuestros enemigos. Os ruego, os hago

reverencia, anhelo vuestro favor y bendición al pueblo romano. Concedednos la fuerza y la victoria. Haced que el miedo, el pavor y la muerte caigan sobre los enemigos del pueblo romano. Esta oración la hago en nombre de la comunidad de los quirites, en nombre del ejército, las legiones y los auxiliares del pueblo romano. La dedico a los enemigos del pueblo romano para que caiga sobre ellos vuestra ira. —Dirigiendo entonces las palmas de las manos hacia el suelo pidió a los dioses infernales—. También os convoco a vosotros, divinos Manes de mis antepasados, desead mi protección que es al fin y al cabo la protección de mis hombres. Así sea.

A Marco Coso, como a todos los demás, le embargaba la emoción, pues renovar el juramento y tener la seguridad de que los dioses de Roma estarán de su lado es capaz de animar a cualquier miembro del ejército romano. Ahora bien, faltaban pocas horas para un posible primer ataque y tenía que hacerse con sus hombres. Había hecho los deberes y se había informado sobre ellos. Tenía clara cuál era su primera decisión.

—Legionarios de Roma, ¿quién de vosotros es Cato Vilio?

—Soy yo, señor —se identificó el nombrado.

—Ven aquí.

Entretanto su hombre obedecía, este se alejaba un poco más de sus tropas, quería un poco de intimidad.

—A sus órdenes, señor.

—Creo que fuiste capaz de traer a tus siete compañeros de contubernio hasta el fuerte Aliso.

—Así es, señor, somos los únicos supervivientes, que se sepa, del fuerte Oberaden.

—Sí, eso he oído. Bien, te he elegido como optio de esta unidad.

En primer lugar había pensado en uno de sus hombres, pero enseguida descartó la idea. La nueva centuria se componía de hombres de muchas unidades y casi nadie conocía íntimamente al otro. Muchos venían de tropas muy diezmadas de las legiones XVII y XVIII. Estos hombres habían sido, primero, destinados en régimen de hospicio para pasar el invierno en diferentes reinos germanos, y segundo, atacados por tropas hostiles mientras construían los pequeños campamentos de invierno. Era mejor unir en responsabilidades al máximo grupo de hombres posible. Los que huyeron del fuerte Anreppen eran diez y los del fuerte Oberaden ocho. Ya tenía a casi un tercio de los hombres que seguirían sin fisuras al oficial y al suboficial, pues para ellos eran de plena confianza. Añadir que Cato Vilio, obedeciendo órdenes, se vio obligado a dejar hombres atrás. Cuando lo hizo sabía perfectamente que morirían. No le era difícil empatizar.

—Gracias, señor, daré lo mejor de mí.

—Por lo que sé, lo mereces. Veo que tenemos a un hombre con tuba curva. Nos faltan un suboficial de seguridad y un portaestandarte.

—¿Un portaestandarte, señor? —Al nuevo optio le sorprendió, pues carecían de insignia.

—Entiendo tu extrañeza, pero necesitamos un estandarte o algo que identifique a la unidad. Los hombres están acostumbrados a ellos. Si salimos al encuentro de esos bárbaros, para una centuria tan poco cohesionada como esta son aún más imprescindibles las referencias. Cuando los hombres oigan la tuba curva buscarán instintivamente al portaestandarte.

—Entiendo, señor. —La explicación era obvia.

—Elige, antes que nada, a los dos suboficiales que nos faltan. No pueden ser ni los supervivientes de Anreppen ni los de Oberaden. Hay que repartir las responsabilidades. Llevaremos a los hombres a los barracones. Tú te instalarás en las estancias justo anteriores a las mías. Ya tienes allí tu uniforme. Otra cosa, llevaré a mis habitaciones a… mi… compañera, entre tus obligaciones estará también el vigilarla y protegerla.

—Así se hará. ¿Me permite un consejo, señor?

—Para eso estás, para aconsejar y obedecer lo que yo decida. —Sin darse cuenta, por instinto, pronunció las mismas palabras que le dijo a él mismo Cneo Vitruvio.

—Pues le aconsejo que lleve siempre con usted la vitis, eso le identifica con su cargo. Cualquiera que le vea con ella le respetará.

Como no podía ser de otra forma, asintió. Había dejado en sus habitaciones la vara de vid pues no se sentía digno de portarla. Ni se atrevió a tocarla, pues en su interior sentía que traicionaba a su amigo muerto. Se tendría que guardar para él sus sentimientos, la situación no era apta para titubeos.

—Encárgate de que los hombres tengan el equipo necesario. Iré a hablar con nuestro primer centurión de cohorte, tenemos que saber qué posición se nos asigna.

IIII — Destino de Idalia, fuerte Aliso.

Las primeras señales de alarma se encendieron y todos los hombres del exterior fueron llamados, cerrando tras el último de ellos las puertas del fuerte Aliso.

Antes de dirigirse hacia el foro para formar parte de la reserva y posible contingente de una actuación exterior, el nuevo centurión tenía una tarea pendiente. Recogió a la que gestaba en su interior al hijo de Cneo Vitruvio y la llevó a sus aposentos.

—Bien, germana, vivirás aquí conmigo. Esa es mi cama, no la toques ni la uses, una mujer de tu categoría no puede yacer en ella. Tú dormirás en ese catre —señaló en dirección a este.

—¿Qué quieres de mí, romano? —inquirió Idalia.

—Eso no te importa… ¿Una bárbara como tú sabe coser?

—Sí, ¡claro que sé coser!

—Estará claro para ti, yo veo a tu pueblo por civilizar y no sabe educar a las mujeres. ¿Sabes leer latín? —Antes de acabar, el centurión advirtió que era una pregunta estúpida.

—No.

—Bien, eso es igual, ¿sabrías coser estas letras en esta tela roja?

El centurión mostró a la mujer las telas y un texto:

COH III
CEN VI
ALISO

—Sí, lo sabré hacer.

Sonaron las trompetas anunciando peligro.

—¡Quédate en la habitación!

Idalia no contestó, tenía que obedecer fuera cual fuera su opinión y eso reflejó en su rostro. Marco Coso, acostumbrado a la obediencia ciega de sus hombres, se molestó ante esa actitud.

—Yo no soy Cneo Vitruvio.

—Nadie lo es, romano, y nunca serás como él— afirmó sin cambiar su forma de comportarse.

—Lo sé, eso es cierto.

Sin duda era admirado por ambos. La germana bajó los ojos en actitud apaciguadora, no tenía que haber atacado de esa manera. Sabía de los lazos que unían a ambos hombres. El oficial aceptó las tímidas disculpas, o la prisa era mucha para entrar en esos menesteres. Cuando su mente estaba ya fuera de ese lugar y planificando las próximas órdenes a su nueva centuria para evitar el asalto al fuerte, se permitió un último momento para ella.

—Germana, si el que entra por esta puerta no es uno de los

nuestros utilízalo en ti. Es una forma honrosa de morir.

Apoyó lo dicho sacando su puñal militar y dejándolo encima de una pequeña mesa. Cogió la vitis casi sin mirarla, y tras eso salió y pidió al primer subordinado que encontró que le consiguiera otra pequeña arma.

En el interior del fuerte Aliso todo era actividad y movimiento.

Al quedarse sola, a Idalia le abrumaron los sentimientos por la pérdida de su amado. Miró de nuevo a su alrededor, al parecer el ejército siempre construía del mismo modo. La habitación, la que tenía ese romano, era muy parecida a la que compartía en sus noches de amor. Había sufrido un bloqueo emocional, algo en su interior la hizo correr como presa perseguida por un lobo para salvar la vida. Todo había sido huir e inquietud por el futuro, no por el suyo, sino por el de su hijo no nato. Ahora entre esas paredes, por primera vez, fue consciente, verdaderamente, de la pérdida de Cneo Vitruvio. Su muerte había sido dura, inesperada e incontrolable.

Sentía una soledad desoladora por abandono. ¿Quién la protegería ahora? ¿Bajo quién se cobijaría o compartiría sus inquietudes? Una inmensa tristeza se apoderó de su alma, nadie la escucharía en recuerdo de la ausencia y el vacío que se había creado en su vida. Aunque no imaginaba palabras que pudieran reconfortar ese dolor, ningún otro ser intentaría buscarlas. Sentimientos como pena, incredulidad, rabia o culpa se mezclaban en ella de manera cruel.

El llanto se mostró en su rostro en abundancia. Huérfana de calor humano, en gesto desconsolado, tapó su cara con sus manos. ¡Como si eso pudiera evitar las lágrimas! Ese gesto era quizás un intento de tapar la vergüenza de la debilidad de una orgullosa guerrera celta. Pero por fuerte que fuera, o que quisiera ser, el llanto es parte inevitable y común en la vida de la mujer.

Está el hermoso llanto de plenitud, reencuentro, felicidad e ilusión. Hay llanto de empatía y conexión, una manera de dar y buscar apoyo, una muestra de comprensión hacia los sentimientos de los demás. No era el caso de Idalia. Ella lo presentaba por la separación y la pérdida, pues era su manera de negociar con el dolor y la desesperación. Era algo tan natural y poderoso que en ello encontraba un poco de purificación emocional. Nada desarma tanto como el llanto desconsolado de una mujer. Nadie es capaz de distanciarse del dolor cuando asoman unos bellos ojos llenos de lágrimas de padecimiento, menos aún si son de una embarazada. Pero esto último carecía de importancia, estaba sola y ella misma se sentía desamparada.

«Abraza un árbol y te sentirás reconfortada», recordó las palabras de su abuela. Cómo deseaba percibir el equilibrio, la armonía, la paz y

la fuerza en el espíritu de esos seres majestuosos. Ellos le darían la energía necesaria para calmar sus sentimientos, pues transmitían su unión con la tierra y el cielo a la vez que la sabiduría de la longevidad. ¿Quién puede darte más sentimiento de regocijo que la madre naturaleza? Pero los árboles, aun estando a pocos metros de ella, eran inalcanzables.

¿Lloraba por ella o por la pérdida? ¿Lloraba por su soledad o lloraba por Cneo Vitruvio? El solo planteamiento le hacía sufrir. Se le pasó por la cabeza que si volvían atrás lo encontrarían, pudiera ser que no le hubiesen matado. Pediría a Marco Coso que fuera a buscarlo pues él era su amigo, sin duda le haría caso. Habían huido muy rápido y pudiera ser que los germanos no hubieran acabado con todos los hombres que les dieron cobertura.

Cuando era una niña, siempre que su madre se alejaba experimentaba la sensación de la pérdida. Cada vez que se separaba temía no poder sentir de nuevo sus abrazos ni la seguridad que le proporcionaba en su espíritu. Nada ni nadie le trasmitía más amor que su madre. Marchaba y tras unos angustiosos sentimientos regresaba a su lado. Esto fue así hasta que pareció perder el miedo a quedarse sin ella. Esos momentos de reencuentro cotidiano le dieron valor y creyó haber abandonado ese temor. Sin embargo, un día no regresó, marchó y nunca la volvió a ver. En aquel momento, aun en su temprana edad, se dio cuenta de que siempre había sufrido la sensación de poder perderla y que tras eso una parte en su interior seguiría con la esperanza de volverla a ver.

¡Un mínimo ruido! Un leve movimiento en la puerta. «¡Es él! ¡Es él!», cesó incluso su llanto. El vuelco en su corazón ante la expectativa de la entrada de su amado hizo el resto. Ese descanso en el sufrimiento, esa falsa esperanza, le reavivó aún más su castigo.

—«Ven, aunque sea solo por última vez, para despedirme».

La dura realidad volvió a ella en forma de dolor. Nunca lo volvería a ver y siempre esperaría su regreso.

El sentimiento de pérdida se unía al de su falta de acción. Era una celta de los bructeros y las mujeres de su pueblo sabían combatir, si era necesario se unían a los hombres en la defensa de la aldea. Si se hubiera quedado lo podría haber ayudado. Si hubiera hecho las cosas bien, Cneo Vitruvio no habría muerto. «Tenía que haberme quedado, no lo merezco». Lamentaba lo que no hizo de igual modo que lamentaba lo que hizo, tal es el comportamiento del sentimiento de culpa.

Miró el puñal militar, si lo usaba se acabaría su dolor. Lo clavaría en ella con rabia pues la tenía de sobras. Nada le hubiera gustado más que acabar con su pena y dolor, pero en su interior vivía Cneo Vitruvio en forma de un nuevo ser, lo único que le animaba a quedarse. Sabía que tendría el eterno deseo de verlo regresar y la certeza de que al igual que con su madre, jamás ocurriría esa anhelada ilusión.

Ya hacía un tiempo que las trompetas habían parado y el fuerte Aliso se encontraba en tensa espera ante el inminente ataque, pero eso poco importaba en esos momentos a Idalia. Solo maldecía a los hombres, «Siempre muerte, siempre quieren matarse». ¿Quién se preocuparía por ella? Estaba sola. ¡Lo daría todo para que el dueño de su amor regresara!

«Padre Marte, te suplico, te ruego, que seas benevolente y propicio para mí, mi familia, mi casa y mis hombres. Con esta intención se hizo pasear un cerdo, una oveja y un buey alrededor del fuerte. Con esta intención, para purificar y hacer un sacrificio en tu favor, se inmolaron las tres víctimas. Tierra consagrada entonces a los dioses romanos, tierra que es la misma Roma. Te pido humildemente que tú apartes, alejes y desvíes las enfermedades visibles e invisibles, la esterilidad y la destrucción, las calamidades y las inclemencias del tiempo; que permitas que mis hombres logren el éxito en esta desigual batalla. Padre Marte, padre de Rómulo y por ende padre de los romanos, concédeme tus favores. Nada más te pido por hoy, dios predilecto de entre los romanos».

Tras cumplir con el Poderoso Marte en un pequeño altar ubicado en su residencia en el fuerte, Lucio Cedicio se encontraba ahora en la muralla este mirando cómo se preparaban los queruscos para el ataque. Estos hacía un tiempo que habían empezado a gritar y a cantar himnos de victoria. Pronto callarían para hacer acopio de fuerzas y tras esta pequeña pausa, avanzarían entre rugidos de guerra.

Los auxiliares galos, con hondas, y la cohorte de arqueros serían la primera línea de defensa. Las balistas se presentaban cargadas con flechas de gran tamaño, dotadas de treinta de esos dardos. También se había previsto que el veinticinco por ciento de los legionarios que reforzaban las murallas dispusieran de un arco, pues era obligación que parte de ellos tuviera adiestramiento con ese tipo de arma, tal era el proceder del ejército romano.

Todo hombre era bienvenido. Algunos civiles con experiencia militar se presentaron voluntariamente para el servicio. Fueron dotados de una espada corta y un escudo plano. Se añadieron legionarios retirados, jubilados con honor, que fueron equipados al completo. Se les trató igual que a un legionario en activo, siendo el elegido por ellos mismos su oficial responsable. Si bien estos últimos no podrían hacer salidas ni carreras frente al enemigo, en posición estática y cohesionados serían difícilmente superados. Eran veteranos de otras guerras y corría sangre de Rómulo por sus venas.

Todos los voluntarios comentaron lo mismo, si caían los militares, caían ellos mismos y sus familias que estaban en el interior del fuerte.

De los presentes en la muralla este, solo Keiler, guía, traductor y protector del prefecto del campamento, era germano.

—¿Cuánto crees que tardarán?

Como era natural, Lucio Cedicio quería tener información que le

adelantase los acontecimientos.

—Están cantando a Tiwaz, no tardarán mucho.

—Ese es su dios de la guerra, ¿verdad? —Era un dato conocido, pero entre tantas tribus y creencias prefirió confirmar.

—Sí, señor, es como… Parecido a vuestro Marte.

—¡No digas tonterías, germano! Hay que respetar a todos los dioses, pero no hay ningún dios bárbaro como el Poderoso Marte —declaró duramente el oficial.

—Quería decir que es al que invocan cuando se lanzan a batalla. ¡Mire, señor!

Ante las líneas enemigas se mostraban desnudos cuatro jinetes legionarios. Estos eran insultados y pinchados con pequeños cuchillos por varios jóvenes, invitándoles a avanzar hacia el campamento. A uno de ellos le ganó la desesperación y corrió hacia el fuerte. Eso era lo que esperaban los germanos. Fue abatido por varios venablos. Las risas y la burla corrieron por entre el enemigo al igual que el rumor se extendió por las murallas. A los demás romanos les cortaron el cuello entre gritos de júbilo. Eran los hombres que habían partido para avisar al grueso del ejército que avanzaba con el gobernador y los que se dirigían hacia el fuerte Vetera. Les mostraban que estaban solos y que toda esperanza de auxilio era en vano.

Lucio Cedicio ordenó la señal a los portadores de tubas curvas del toque de atención, con intención de que parara el murmullo. Algún centurión golpeó a sus hombres utilizando su bastón de mando para acallar los rumores, tampoco faltó el optio que impartía disciplina utilizando su vara de metro y medio acabada en un pomo.

Un legionario, uno de los que tenía que proteger a Keiler, lo miró con desdén y acabó escupiendo sobre él. No en vano los suyos habían asesinado a sus hermanos de armas.

«La indisciplina, la desidia y la pereza empiezan en pequeños actos. La victoria en la batalla no depende del número o de la valentía; solo la maestría y la dura disciplina la asegurarán. Un pequeño grupo de hombres, con el conocimiento de su profesión, marcharán a una victoria cierta mientras que, por el contrario, ejércitos numerosos con tropas desobedientes no son sino ineptas multitudes llevadas al sacrificio».

La reacción de Lucio Cedicio no se hizo esperar. Miró al indisciplinado legionario y con voz dura dio las órdenes oportunas para dejar clara su posición.

—Que se quede solo con el escudo, la espada corta y la túnica, y hacedle una corona con cualquier cosa —alzando la voz añadió—: yo soy aquí quien decide quién vive y quién muere, quién está en un lugar o en otro. Los que no se muestren firmes y pierdan el

autocontrol no me sirven.

En poco tiempo el legionario se quedó sin su casco, armadura, calzado, cinturón militar, y correas y vainas de su espada corta y puñal. Quedó descalzo y con túnica floja, tal y como se mostraban las mujeres de baja categoría. Nadie osó ponerle la corona, le facilitaron una y él mismo tuvo que llevarla a su cabeza. El verde destacaba en su pelo al igual que lo hacía en las fiestas donde las lucían las jovenzuelas.

—Aquí quien no se comporta como un legionario romano se comporta como una mujer, y como tal será tratado pues anteriormente ya ha perdido la virilidad —sentenció.

Era tal la vergüenza de ese castigo que el rubor pasó a sus compañeros, pues se sentían incómodos al tener a su lado a un quirite sin lo que le identificaba como viril y mostrándose como una vulgar fémina.

El primer centurión de cohorte, al que pertenecía ese legionario, pidió disculpas y se comprometió ante Lucio Cedicio a aleccionar a sus hombres. Fue replicado de la manera más dura posible con que les hiciera saber que si al ubante le pasaba algo, por mínimo que fuera, lo pagarían con sus vidas: «Lo de menos era Keiler, lo haría porque socavaban su autoridad».

Como era de esperar, los germanos se acercaron presentando cautelosamente sus escudos y lanzando venablos contra las filas romanas; fueron respondidos por las hondas. Los arqueros tenían que asegurar mejor el tiro. Era solo la primera aproximación para tantear las defensas.

Con ello empezó el ataque de la tribu de los queruscos.

Pocos de ellos se podían permitir espada. Su arma básica era lo que llamaban frámea, un asta con hierro estrecho y corto, pero afilado y manejable. Con la misma se luchaba cuerpo a cuerpo o a distancia según la ocasión.

Muchos iban desnudos, tan solo cubiertos por un sayo. Eran bravos y fuertes y lanzaban armas arrojadizas con potencia, por lo que alcanzaban gran distancia. Casi ninguno portaba armadura ni casco. Sus escudos de forma alargada hexagonal carecían de refuerzo de hierro o cuero. Muchos eran simples trenzados de mimbre y otros, tablas ligeras pintadas de colores llamativos. En cada uno la combinación era desigual y sin ningún tipo de criterio aparente.

Tras los proyectiles avanzaron cinco grupos de trescientos guerreros dirigiéndose a distintos puntos de las defensas romanas. A la distancia convenida, a las hondas se añadieron las oleadas de flechas. Aún quedaba la última línea de defensa, la devastadora tormenta de jabalinas pesadas de dos metros, que atravesaban escudos y mataban

hombres por igual. Los germanos intentaban apoyar largas rampas hechas de madera y cuerda sobre las murallas romanas. Los hombres del interior intentaban evitarlo.

Aprovechando que los germanos estaban concentrados en superar las defensas romanas, se presentó una oportunidad a los defensores. Esto provocó la salida de nuevas órdenes a las unidades que se hallaban en el interior. Una de estas llegó a Marco Coso.

La centuria partió desde el foro, en el centro del fuerte junto al cuartel general, a su puerta de destino.

—¡Preparados! —gritó.

Ante la proximidad del peligro muchos de los hombres, incluido el oficial, pidieron a sus dioses tutelares o se tocaron sus amuletos protectores.

Su obligación era posicionarse a cuarenta metros de la puerta con un doble objetivo: el primero, permitir a los legionarios de otras centurias salir para embolsar al enemigo y, segundo, impedir que los germanos pudieran poner en peligro el acceso al fuerte.

—¡Vamos! —ordenó, señalando con su espada corta hacia la dirección del movimiento.

La puerta fue abierta con eficiencia.

La mermada centuria alcanzó su posición y adoptó una formación de veinte hombres por línea y tres de profundidad. Tras ellos salieron cientos de legionarios y parte de la caballería.

—¡Todos juntos como un solo hombre!

Le siguieron en un único grito.

El nuevo centurión dirigió la mirada a su optio, situado en el lado contrario de las líneas con la intención de que entre los dos pudieran controlar la correcta alineación de la formación. Este, con un gesto de su mano armada, confirmó que todo era correcto. Tras ello miró a su nuevo suboficial de seguridad, que reafirmó la correcta alineación de la centuria.

El enemigo no esperaba la salida desde el interior del fuerte y se replegó sin orden. Ese fue su error. La infantería les taponó parte de sus rutas de escape, y la caballería los atravesaba con sus lanzas sin miramiento y sin descanso.

Marco Coso pudo ver cómo huyendo de los jinetes un imprudente, o asustado, grupo de unos veinte hombres, en su huida, pasaba cerca de ellos.

—Preparad las jabalinas… Esperad… Esperad…

Como responsable en los entrenamientos era perfectamente conocedor de la distancia en las que estas armas eran más efectivas.

—Milites, ¡lanzad!

Estas cruzaron el aire como una tormenta de muerte. Los que no las vieron murieron o estaban gritando de dolor atravesados por el hierro, y los que las vieron levantaron sus escudos quedando estas clavadas en ellos, de manera que ya no podían ser utilizados como defensa.

Era un oficial novato pero perfectamente sabedor de que sus hombres necesitaban entrar en la lucha, necesitaban sentir que eran capaces de hacer lo que sabían hacer. Tenían que quitar las primeras vidas, pues las dudas son uno de los peores enemigos de los legionarios.

—Primera fila, ¡vamos!

Los queruscos, que aún no se habían recuperado del horror, vieron cómo los romanos, en una sola línea y llegando todos a la vez, les estaban atacando a corta distancia. Marco Coso, con su propia espada, mató a dos hombres. Se engrandecía en la lucha. Respiraba fuerte para poder oler la sangre, el sudor y el miedo, incluso los orines. No podía evitar sentirse bien con los aromas del campo de batalla.

Su optio y su suboficial de seguridad habían tomado la responsabilidad de controlar la formación del grupo principal, y estaban prestos a ordenar cualquier cosa que fuera necesaria para ayudar a los que luchaban delante. Como centurión se sintió orgulloso, las legiones eran una máquina bien engrasada, si tenían suficiente espacio para maniobrar y poder hacer rápidamente las formaciones y las tácticas entrenadas eran imbatibles. Antes de ordenar volver a las líneas hizo el gesto de degüello, ninguno de los germanos quedó con vida

El éxito fue total, veinte bajas enemigas sin ninguna propia, ni siquiera un herido. Se recuperaron todas las jabalinas pesadas posibles, pues había que ser conservador y no desperdiciar ningún arma. Tras la verificación, reparación y el mantenimiento correspondiente podrían volver a utilizarse. El mismo centurión asió una clavada en un hombre y ayudándose con su pie para tener apoyo, estiró hasta que la saco del cuerpo. Observó la punta, llena de sangre, y confirmó que esa podía ser reutilizada inmediatamente.

Desde el fuerte lo observaban todo y no cabía ser descuidado. Sonaron las tubas curvas ordenando la retirada, se temía una contraofensiva enemiga.

Tanto los romanos como los queruscos se replegaron a posiciones más seguras.

—¡Situación! —apremió Lucio Cedicio.

No tardó en llegarle el informe: los germanos habían perdido entre seiscientos y setecientos hombres y los romanos, de caballería, diez, aunque se habían recuperado seis caballos, y de infantería, cincuenta. Sumando a eso treinta heridos que estaban siendo tratados en el hospital.

Ese día había acabado y habían hecho pensar a los germanos, les habían dañado. Aun así, todos sabían que ese había sido el primer contacto, y seguramente no sería el peor.

—Quítate la ropa, germana.

Tras toda la virilidad gastada, Marco Coso sentía la necesidad de apaciguar sus instintos, quería calmar su ansia. Había expuesto su vida para salvar a los que se hallaban dentro del fuerte Aliso, ahora tenía que recibir su recompensa.

Idalia notó la rabia y la violencia. Toda mujer tiene la necesidad de percibir esas señales. Las sentía en la agresividad de los movimientos, en las posturas amenazadoras y en lo que emanaba de dentro del legionario. La razón lo había abandonado y solo quedaba en él el animal interior. Una fuerza casi imposible de detener que solo se calmaría cuando vaciara su sexo, la máxima expresión de la esencia de la brutalidad de los varones.

Percibió el peligro, ese que sienten las mujeres cuando quieren imponer la voluntad sobre ellas o cuando intuyen que van a ser víctimas de agresiones físicas o sexuales. Siendo tratadas como simple desahogo para saciar los instintos más bajos de los hombres. A algunas el temor no las deja reaccionar, otras intentan negociar su miedo huyendo, defendiéndose o suplicando piedad. Normalmente es indiferente pues el que quiere imponerse consigue su objetivo, si es necesario, aplicando la violencia, llegando esta al extremo de provocar la muerte.

No se amedrantó y permaneció de pie mostrando quietud, pues no era una pusilánime sin voluntad. Ese romano se encontraba ante una celta de los bructeros, pero por encima de ello no era una mujer sucia. Se agarró a ello, a quién era, y permaneció impasible ante él.

—¡Te he dicho que te quites la ropa!

Sentía temor, pero continuó en la misma actitud.

La furia ante la desobediencia instó al centurión a lanzar una bofetada a la rebelde mujer. Esta tuvo tiempo de levantar las manos y evitar el contacto con su rostro. El golpe llegó justo cuando su antebrazo cubría su cara. No pudo evitar que su cuerpo se desplazase más de un metro buscando el equilibrio. Tampoco evitó un dolor intenso en la mano y en el brazo. Le dolía tanto, que creyó que había algo roto en ella.

Era conocedora de que la mujer soportaba dolor físico durante su vida. Toda niña y adolescente sabe que lo sufrirá: cuando un hombre quiera someterla para domarla; cuando la golpee al no cumplir su voluntad; en el sexo, cuando se impongan a ella; en la ruda penetración; en la torpeza de su pareja; en los menstruos; en la propia condición del cuerpo de la mujer y, ¿cómo no?, en el parto. Toda madre traerá a la vida a sus hijos envuelta en el sufrimiento,

totalmente consciente de que sufrirá esos dolores.

La visión del padecimiento físico no afecta de igual manera a ambos sexos. Las mujeres se resignan a él, pues son conocedoras de que para ellas es inevitable. Ese saber, esa revelación hace que sea más llevadero. Sin duda la Madre dota a sus hijas para que puedan soportar un mayor grado de dolor físico, puesto que la naturaleza es de sexo femenino y también sufre de los desgarros y los sufrimientos de su condición de generadora de vida. El cuerpo de la fémina devuelve la misma tortura, pero la aceptación previa de ese padecimiento afecta menos a las reacciones del alma. ¡El dolor va unido a la condición de mujer!

Con violencia no podría parar las intenciones del romano. Había sido preparada para la guerra y si bien el centurión era un rival imposible para ella, tenía la capacidad de controlar y negociar el estrés. Con la frialdad de un depredador observando a su presa, y calmando su voz del miedo que la embargaba, atacó con armas de mujer herida, mucho más dañinas que la mejor de las espadas.

—Favor con favor se paga —pronunció lentamente procurando dejar dentro de ella todo el temor que la poseía.

Lo dicho enfureció al centurión.

—¡No pronuncies con tu sucia boca de bárbara las palabras de Cneo Vitruvio! —espetó Marco Coso.

—Aquí llevo a su hijo —señaló su barriga—, y tú me tratas como a una puta. ¿Quién es aquí quien no lo respeta y lo ofende?

Como todo legionario cuando se siente insultado o amenazado, llevó su mano a la empuñadura de su arma. ¡No la encontró!, perdiéndose en vano el movimiento en el aire.

¡Eso lo llevó a la quietud! A esa que se adquiere cuando sientes que la culpa te invade. Había lanzado su mano al lado derecho, allí donde llevan la espada los milites y suboficiales. Sin embargo, le pendía en el otro costado, donde la portan los oficiales. Donde la muestran los centuriones, tal y como su fallecido amigo Cneo Vitruvio.

Esta vez la germana había ganado, era consciente de eso, pues volvió a él la culpa de la supervivencia y la de vivir en lugar que no le pertenecía, la vida de otro, el cargo de otro.

Perdió las ganas y se apoderó de él el desánimo. ¡Esa mujer era un problema que no quería! Quiso ignorarla, ya se encargaría de ella en otro momento. Optó por empezar a quitarse el uniforme, lavarse, comer algo y dormir, la rutina de siempre.

Ese, en cambio, no era el pensamiento de Idalia.

—¿Qué quieres de mí, romano?

—No quiero hablar, germana, he tenido un día muy duro. Hoy hemos evitado que tu pueblo acabara con todos nosotros.

No era la primera vez que Idalia se veía en esa situación. Conocía el impulso de los varones. Su primera pareja la poseyó toscamente por primera vez a los trece años, no era ni mal hombre ni violento, simplemente era un rudo guerrero. En su equivocada visión de las cosas, en más de una ocasión y llevado por el ímpetu de la excitación se impuso a ella por la fuerza y obtuvo lo que quería sin contar con su voluntad. No llegó a pegarle ni llegó a la violación. Quizá porque no hizo falta o quizá porque no era esa su intención. Con la simple amenaza, ante la diferencia de envergadura, su cabeza solo llegaba al pecho del guerrero bructero, era suficiente para ello. Con la mera imposición de su poder consiguió su objetivo: saciar su sexo. Toda mujer e incluso algunas niñas lo habían sufrido, habían tenido que ceder pues a veces los hombres estaban exaltados por la violencia vivida o por la dureza de su miembro y no atendían a razón alguna. ¡No podían evitarlo! Son los instintos primarios e irreprimibles de los varones.

Siendo cierto lo explicado anteriormente, lo que realmente le molestó fue que Marco Coso la viera como al ganado o como a un objeto. Su primer hombre, aun imponiendo su voluntad, no la miraba así: la veía como a su esposa. Solo que de vez en cuando se excedía y no creía que en eso hubiera nada incorrecto. Ni siquiera Cneo Vitruvio, cuando ella se cambió por comida, la miró de esa manera. No podían volver a verla como los desalmados que la metieron en la jaula, eso le revolvía las entrañas.

Como cualquier otra, había sufrido la imposición de un hombre por la fuerza o la mirada lasciva del que ve solo un objeto, carente de voluntad u opinión, para el disfrute carnal propio.

Ahora no tenía trece años, había vivido momentos que la hacían diferente. Era consciente, con todo, de su situación y de su total dependencia. No le quedaba más remedio que ser conciliadora.

—No quiero ser un estorbo para ti, Marco, ¿qué quieres de mí?

Aunque ciertamente no tenía muchas ganas de hablar, era el derecho de la mujer querer saber cómo se desenvolvería su vida.

—Yo no quiero nada de ti, pero eres la consecuencia de un juramento.

—¿Un juramento? —repitió extrañada.

—Sí, juré ante Júpiter, el Mejor y el más Grande, que me haría cargo de ti y del hijo de Cneo Vitruvio.

—Entiendo —pronunció Idalia tras los momentos necesarios para comprender y aceptar las consecuencias de las palabras pronunciadas.

—No, no lo entiendes, ¡no sabes qué es el honor! —afirmó como si

fuera una verdad incontestable.

—Sí, lo sé. No he dejado que la mujer que parirá al hijo de Cneo sea tratada como una simple fulana.

—Lo que te ha pasado es que él, en su grandeza, de alguna manera, te ha enseñado lo que es el pudor y la virtud. Y no, no lo entiendes porque las mujeres no entendéis ni tenéis la capacidad de saber lo que es el honor. Pero es igual, cuidaré del bebé y cuidaré de ti. ¡Daría mi vida para que él volviera a tener la suya!

—Yo también —pronunció ella en un susurro.

—¿Qué dices?

—Que yo también daría mi vida por él. No sé si el alma puede morir si el cuerpo está vivo, pero es así como me siento.

Eso dio que pensar al centurión. Tenía el pleno convencimiento de que esta se aprovechaba de su amigo y estaba con él por conveniencia propia, pues ese era el comportamiento de las bárbaras.

—¿En verdad habías caído en amor romántico por él?

—Sí, era mi complemento, mi alma gemela. Una vez le pregunté que de todos los lugares que había visitado en sus viajes, cuál era el que prefería, y él me contestó: «Aunque sea pequeña, es esta habitación cuando tú estás en ella. Si estás a mi lado la habitación no tiene límites y podemos ir a todas partes». Yo sentía lo mismo.

Lo dicho no lo enterneció, pues ni en su mente ni en su corazón había lugar para el amor romántico.

—No tienes ni idea del lío en que se había metido por estar contigo. Pero eso es otra historia. Ahora todo ha cambiado, si salimos de esta me responsabilizaré de ti aunque no quiera. Mientras yo esté vivo no os faltará de nada ni a ti ni al hijo de Cneo Vitruvio.

Aunque herida, era una mujer fuerte. Había salido adelante tras la muerte de su madre y la de su primer marido, y tenía intención de hacerlo de la de Cneo Vitrurio, la primera y la última las más dolorosas. No tenía hambre física como le pasó antaño, su estómago no le devolvía dolor por no poder procesar alimento. Aquellos días había perdido la esperanza y muchas veces había pensado en rendirse y dejar de vivir, tal es el comportamiento del que no encuentra más que padecimiento. Ahora tenía el corazón roto y el alma perdida, pero dentro de ella vivía una vida, lo único que le quedaba de su amado. Cuando creciera vería en el niño su sonrisa, gestos y miradas.

—Marco, ¿tú crees que podemos salir vivos de aquí? —No pudo evitar tocarse el estómago.

Este se extrañó ante la pregunta de la mujer, y aun en el cansancio, notó un cambio. No sabía muy bien qué era pero eso le llamó la atención.

—Hoy lo hemos pasado mal. Si damos todo de nosotros, es posible

que podamos evitar que tomen el fuerte. Pero salir de aquí es otra cosa. Si no recibimos ayuda de las legiones del gobernador o no nos envían tropas desde el fuerte Vetera, no podremos hacer nada.

—El hijo de Cneo tiene que sobrevivir.

—Daré mi vida por ello, si no lo consigo ahí tienes el puñal.

Se lo señaló, aunque no hacía falta pues estaba en el mismo lugar donde lo había dejado.

Idalia tenía hambre de supervivencia y se agarraría a todo aquello con lo que pudiera conseguirlo.

—Cneo me dijo que los romanos sois amigos de los tratos.

—Supongo que quieres decir contratos.

—Sí, eso quería decir, contratos. Los dos estamos unidos a Cneo, yo por el bebé y porque es mi alma gemela y tú por tu amistad y tu honor.

—¿Adónde quieres llegar? —Marco Coso se impacientaba.

—Si tú cuidas de mí, yo cuidaré de ti. No quiero darte problemas. —Tenía que llegar a un compromiso con el romano.

—Ni quiero ni necesito la carga de una mujer, sé cuidarme y me valgo yo solo.

—Sí, lo sé, pero por ser un amigo leal a Cneo, la tienes.

Marco Coso no tenía necesidad de ser cuidado por nadie. No quería estar en esa situación, pero era lo que estaba sucediendo. No se puede negar la evidencia, además no se imaginaba tener que pelear cada día con la germana.

—Si acepto, germana, si me cuidas tendrás que hacerlo completamente. Procederás siempre como si fueras mi mujer. Te enseñaré cómo se comporta una domina y tendrás que abandonar las costumbres de las bárbaras. Entiendo que lo eres y te daré un cierto margen en la intimidad, pero en público no te dejaré pasar ni una.

Idalia se sintió ofendida por las últimas palabras del oficial, pero se tragó el orgullo. No tenía más remedio que aceptar las condiciones que este impusiera.

—Lo haré —afirmó.

—Yo no soy él, no busques en mí lo que no hay.

—Lo sé, no escucharás ninguna queja.

—¿Entiendes lo que quiere decir completamente?

Idalia sabía que era el precio a pagar, pues ella y su hijo dependían de ello. Aun así, era muy difícil verse en los brazos de otro hombre.

—Déjame que hable con él, estamos unidos de una forma que el tiempo y el espacio no importan. Se lo diré, se lo tengo que decir… —Se justificó.

—No sé cómo observáis la virtud y el duelo las germanas, pero

cada pueblo tiene sus costumbres. Además, guardas duelo por Cneo Vitruvio y él lo merece todo. Hablaremos de eso más adelante, pero todo hombre necesita saciarse, sacar el fluido que lleva dentro, y las mujeres tenéis esa misión. Así lo quieren los dioses.

El centurión no tenía que preguntar ni pedir nada, era su obligación hacerse cargo de esa fémina. Esta, como toda mujer, tenía que mostrarse agradecida y dejarse hacer el acto. Tendría además que cuidarle y hacer las labores domésticas. Le enseñaría a comportarse como debe hacerlo una buena domina. Toda mujer que cumple con su deber es feliz. ¡Su querido amigo estaría de acuerdo con ello!

—Gracias, Marco, solo te pido un favor, no me llames germana con menosprecio. Soy una mujer celta de la tribu de los bructeros. Si te quieres referir a alguien que nació en lo que vosotros llamáis Germania me parece bien, pero llámame Idalia, por favor.

—Acepto esa cláusula del contrato, Idalia.

No iba a discutir por una tontería como esa.

—Gracias, Marco, solo pido respeto. Ahora empezaré a cumplir con mi parte, toma.

Tras entregarle al centurión la bandera de su nueva centuria con las letras identificativas de la unidad, se dirigió a por una palangana con agua y asió un trapo con la intención de ayudar a Marco Coso a que se lavara. Como primer gesto de obediencia bajó un poco la cabeza al entregárselo. Lo aceptaba, ya que su vida dependía de la voluntad del centurión.

Ya estaba hecho, tenía algo a lo que podía aferrarse. En breve se vería obligada a satisfacer una deuda por un acuerdo que en esos momentos no sabía cómo pagar. Imaginar que otro hombre la penetraba o jadeaba encima de ella o que obtenía placer al poseerla le revolvía el estómago.

¡Ya se enfrentaría a ello! Ahora su intención era conseguir que el romano la viera como parte de su vida y la aceptara, ese era el único modo de sobrevivir. Quizá Marco Coso fuera el salvador de la situación en la que se encontraba, ¡tenía que hacerse necesaria! ¡Tenía que lograr que ese tosco hombre la viera cotidiana!

El que había sido elegido para portar el estandarte, o mejor dicho, la bandera, pues no podía ser denominado de esa manera, era el más veterano de los legionarios de la provisional VI Centuria de la III Cohorte del fuerte Aliso. Todos los componentes de la unidad entendían que era algo formal, pero adoptaron la actitud necesaria para dotar a la ceremonia de la debida solemnidad pues no en vano iban a renovar el juramento de unión entre sus miembros. Eran hermanos de armas y todos darían la vida por el compañero de al lado.

—Legionarios de Roma, ¡firmes! —rugió Marco Coso.

Se cuadraron, y como dicta la costumbre marcial todos pisaron fuertemente a la vez con el pie derecho.

—Juro ante Júpiter, el Mejor y el más Grande, Juno, madre de dioses, Minerva, diosa de la sabiduría, Marte, padre de Rómulo y señor de la guerra, y Victoria, la deseada —leyó en voz alta el centurión.

—«Juro» —gritaron todos los hombres como un trueno.

—Que nunca abandonaré a los camaradas para salvar mi propia vida ni abandonaré mi puesto en la línea de batalla excepto para recoger un arma, atacar a un enemigo o salvar a un compañero. Juro también que obedeceré siempre a los oficiales de mi unidad. Si no cumplo este juramento, mis comandantes pueden disponer de mi vida.

—Idem in me —confirmaron al unísono.

—¡Todos juntos como un solo hombre!

—«Todos juntos como un solo hombre» —clamaron al aire.

Justo al acabar la ceremonia de juramento a la unidad se escucharon de nuevo las señales de ataque al fuerte Aliso.

—Le sienta bien la vara de vid, señor.

—Y a ti las plumas en el casco —agradeció el centurión.

—De la conducta de cada uno depende el destino de los otros— pronunció en voz baja Cato Vilio.

Asintió, pues era una evidencia, los legionarios eran gregarios y actuaban siempre en grupo. Cada uno defendía y atacaba protegiendo al compañero de al lado.

Tras ese comentario, Marco Coso sintió la necesidad de ir al final de la formación, a su sitio natural. Este impulso fue frenado al observar cómo su nuevo optio marchaba rápido a su lugar. Todavía le costaba aceptar que era el oficial al mando.

Los germanos no habían podido, tras nueve jornadas de ataques continuos, traspasar las defensas romanas, pero habían estado a punto

de conseguirlo. El día anterior algunos de ellos alcanzaron las murallas y obligaron a las tropas de reserva a acudir en ayuda de los defensores de la zona en peligro. La posición fue retomada sin dificultad y la muralla quedó rápidamente asegurada, pereciendo todos los germanos que habían logrado el hito de llegar hasta ella.

Esto preocupó a Lucio Cedicio, pues sin duda animaría a los demás guerreros queruscos y aliados a volver a intentarlo con más fuerza y hombres. Es por ello que decidió volver a salir del fuerte y dar que pensar a los germanos.

La maniobra encargada a la unidad de Marco Coso, junto a otras dos de auxiliares galos, era muy delicada. Por eso el recientemente ascendido centurión había querido recordar de nuevo el juramento. Ese día la frágil unión de la unidad sería puesta a prueba de nuevo.

Como era habitual el ataque comenzó con proyectiles por ambos bandos, pronto los germanos se dirigieron hacia el fuerte. Llegó la orden de salida para Marco Coso.

Entretanto alcanzaban la salida cantaban en honor al dios de la guerra, al dios vengador.

—«Quirites, el padre Marte nos ayuda, ni la plaga ni la ruina, permitas que nos visiten. Si somos atacados iremos a la batalla para saciarte con la sangre de nuestros enemigos. Nuestro hierro penetrará en las entrañas de los impíos, detendremos a los bárbaros. Colmaremos tus templos con el botín del triunfo. ¡Marte Vengador nos ayuda! ¡Marte Vengador nos defiende! ¡Marte Vengador viene en nuestra ayuda! ¡Victoria! ¡Victoria! ¡Victoria!»

Al atravesar, con el pie derecho, el imaginario umbral de la puerta del fuerte Aliso, cesaron el canto. Las legiones se presentan en silencio en el campo de batalla, pues hablan con el hierro de muerte consagrado al padre de Rómulo y padre de los romanos.

Los germanos pretendían evitar ser sorprendidos de nuevo por la caballería. Como reacción, dos de sus unidades de trescientos hombres se posicionaron formando un muro de escudos y lanzas. Eso, según los planes del prefecto del campamento, tenía que evitarse.

Preparados para el ataque, todos los hombres besaron sus amuletos protectores e invocaron a sus dioses tutelares. Marco Coso no pudo evitar llevarse a la boca su amuleto con el puño cerrado y el falo, su fascinus. Símbolo de protección contra los males de ojo, maldiciones, malos espíritus y que para todos era portador de la buena suerte.

—Formad en cuña, vamos bastardos, vamos.

Las órdenes eran seguidas tanto por el sonido de la tuba curva como por los movimientos del nuevo estandarte de la unidad. Tal era la costumbre de los legionarios de Roma. Con la formación en

configuración de triángulo y el centurión en el vértice apuntando al centro del muro de escudos enemigo, empezó el ataque de los poco más de doscientos hombres.

—«¡Júpiter!».

Impactaron contra los germanos gritando el nombre del Dios Supremo. El cuerpo de Marco Coso, justo en la punta del ataque, logró pasar por entre las lanzas y clavaba ya su espada en estómago enemigo.

Daba estocadas aquí y allí y giraba su muñeca para hacer mayor daño, como si su arma fuera guiada por los dioses que protegen a Roma. Clavaba, se cubría y golpeaba con el escudo como en una danza ensayada miles de veces. A cada acción enemiga correspondía una contra suya, siempre efectiva y contundente. ¡Su vida estaba en peligro y eso le hacía sentirse más vivo que nunca! Sus pies se hundían en el barro creado por la combinación entre la tierra levantada por los clavos de las botas militares y la sangre de los hombres muertos o heridos. «Se estaba ganando el cargo», se repetía a sí mismo.

Como centurión se había posicionado el primero en el ataque, pero automáticamente sus hombres le dieron cobertura y lo rodearon hasta protegerlo. No faltó el agradecimiento a su Genius de nacimiento. También agradeció, a pesar de sus primeras dudas pues apreciaba su cota de malla, a la nueva armadura de placas incorporada por el ejército ya que esta dejaba maniobrar perfectamente al cuerpo.

En la protección que le prestaba su centuria, uno de los germanos que se hallaba justo a sus pies realizó un movimiento de dolor. Lo había herido gravemente y estaba próximo a su muerte. Ni se lo pensó, no sabía si tenía la fuerza ni la intención de intentar herirle en un acto de desesperación. Con la parte inferior de su escudo legionario le golpeó dos veces fuertemente en la cabeza, desfigurando la cara y acabando con la vida del que podía significar una mínima amenaza. Según él mismo decía a sus hombres: «Un enemigo herido sigue siendo un enemigo».

Los legionarios y los auxiliares galos fueron abriendo un hueco y como esperaban, ante el empuje, la línea de escudos germana colapsó. Por el hueco provocado y ensanchado por la infantería atravesó rápidamente la caballería. Los queruscos, al perder la cohesión, abandonaron las líneas y caían a decenas.

Un sonido advirtió del nuevo peligro. Cientos, quizá miles de enemigos se añadieron a la lucha dirigiéndose hacia ellos.

—Vamos, malnacidos, retirada, ya sabéis qué hacer.

La tuba curva de la unidad comunicó de nuevo instrucciones que

fueron confirmadas por la improvisada insignia, dirigiéndose la unidad en la dirección de desplazamiento indicada. Como un solo cuerpo, como si todos ellos estuvieran unidos por una cuerda invisible, se dirigieron apoyándose unos en los otros, y sin dejar a nadie atrás, hacia la nueva posición de combate. En teoría era una huida, pero lo que desconocía el enemigo era que esta era planificada.

Todo ocurrió tal y como Lucio Cedicio había previsto, sus hombres se retiraron en paralelo a sus murallas y los perseguidores llenos de rabia por sus compañeros caídos partieron tras ellos. La lluvia de flechas, jabalinas y proyectiles de las balistas acabaron con muchos. Cuando quisieron reaccionar ya era demasiado tarde. Solo faltó el apoyo de la caballería restante para diezmar a los guerreros germanos que no lograron alcanzar la cercanía de los bosques. Los cuerpos eran incontables, cientos de germanos habían caído ante las murallas y las espadas legionarias.

En el interior del fuerte Aliso, Marco Coso se mordió los labios, primero de rabia, y tras eso, porque se detestó a sí mismo. El prefecto del campamento premió, llamando públicamente por su nombre, a algunos de los hombres que habían participado en la matanza germana, pero a él ni lo miró. Lucio Cedicio le había ascendido pero aún no se lo merecía, obtuvo el cargo porque era el menor de los males. Solo su ego había creído por un instante que no era así.

Dio por justo el castigo que se había infligido a sí mismo. ¡Necesitaba desahogarse!

Capítulo IIII
Cambio de situación.

I- La Imbatible Minerva, en el Olimpo.

Nos somos la Majestuosa Minerva, hija del Padre de la Luz, Dios Supremo y el mayor de entre los dioses. Nos somos la diosa de la guerra, la estrategia en el combate y las artes que crean la civilización tales como las artesanías, las ciencias y la justicia. Aporto sabiduría a los mortales, ¡no os equivoquéis!, no es del tipo que los hombres encuentran por azar o accidente, sino de la que requiere reflexión y meditación. Formábamos parte de la Tríada Capitolina junto a mi padre, Júpiter, el Mejor y el más Grande, y de Juno, Madre de dioses y Creadora de vida. Desde nuestro templo observábamos las decisiones del senado del pueblo más grande que pisará el orbe.

Proporcionábamos la prosperidad a Roma al fomentar la agricultura y la industria y al mantener la ley y el orden en todas las transacciones públicas. También protegíamos a la Urbe de los enemigos extranjeros y guardábamos a los hombres de la masacre cuando la prudencia lo requería. Nos no amamos la guerra, esta solo debe emprenderse por dos causas: justicia y ganancia. Así pues, apoyábamos aquellas empresas bélicas justas, que se iniciaban con prudencia y que arrojaban resultados favorables. En época de guerra, las ciudades, fortalezas y puertos romanos quedaban bajo nuestra especial protección.

Roma fue el mayor de los pueblos y la más grande de las civilizaciones. Consiguió sus éxitos por la ayuda de los dioses, por su cultura y civilización y por la fuerza de las legiones, rebosantes estas de hombres virtuosos. Tal fue el favor del Poderoso Marte, mi divino hermano, por este pueblo, tal fue el favor de Júpiter, el Mejor y el más Grande, y de todos los dioses del Olimpo por la obra de Rómulo.

El éxito en la guerra y la conquista de nuevas tierras no se debió solo a la virilidad de los hijos de la Loba o a la cantidad de estos. ¡Con la contienda de hombres osados no se conquistó el orbe! Con organización, con inteligencia en las acciones, disciplina severa y aplicando el constante entrenamiento hasta alcanzar la maestría en las armas, el pueblo elegido consiguió su objetivo. Nos con nuestra divina sabiduría enseñamos a los romanos las artes de la guerra.

La paz con los dioses, el respeto al orden natural de las cosas, y el perseverante cultivo de las destrezas y habilidades castrenses practicadas hasta la extenuación, y no otra cosa, son el motivo por el que los hijos de Rómulo conquistaron toda tierra habitada por el hombre.

Muchos pueblos como etruscos, samnitas, galos, iberos, celtas, macedonios, griegos o púnicos tuvieron valentía, grandes generales o reyes, eran más numerosos, más poderosos físicamente y acreditaban artes e inteligencia. Contra todos ellos Roma envió hombres con un cuidado entrenamiento militar e influenciados por nosotras, la diosa de la sabiduría, supieron de la importancia de cuajar sus capacidades con la práctica continua y de ejercitarse en todo aquello que pudiera suceder en una batalla.

Todas estas artes, al igual que lo hacen los artesanos, que logran la perfección con el hacer continuo y sin desfallecer un solo día, se consiguen con disciplina y la enseñanza del oficio. El maestro enseña al aprendiz con dureza, con sangre si es necesario, pues su supervivencia depende de su buen hacer. Los magistrados elegidos por los representantes del pueblo y bajo nuestra influencia crearon los métodos necesarios para lograr ese objetivo en el ejército y enmendaron con determinación propia del padre que ama a sus hijos que sabe que la negligencia, el descuido y la pereza son el germen de la derrota. Como un defecto en el amasar de un alfarero en un ánfora puede hacer que esta derrame totalmente su contenido, la falta de un soldado, de uno solo, puede provocar la muerte de todos sus hermanos de armas.

Los legionarios que honran a sus dioses, pues todo es voluntad de los seres inmortales, se presentan en batalla con el orgullo de quien quiere mostrar a sus progenitores todo aquello aprendido. Unos hombres en tal actitud, curtidos en las artes marciales y en la guerra, alcanzarán una victoria segura, Otros, más potentes, más numerosos, menos conocedores de su oficio y que no respeten el pacto con los dioses caerán en la más vergonzosa de las derrotas, ¡irán solos al sacrificio!

Nuestro puro, virginal y divino cuerpo siente desgarro al recordar que el pueblo elegido abandonó a sus divinidades protectoras. Los hijos de Rómulo rompieron la paz con los dioses y ofendieron a sus ancestros, pues no respetaron las costumbres de sus mayores. Por ese motivo han perdido todo aquello que poseían. Los quirites son ahora vulgares, como todos los demás pueblos.

El Poderoso Marte solo ve sangre, brutalidad y guerra. Ve el triunfo y la derrota del enemigo. En cada una de las campañas esperaba ansioso en sus templos el botín y los despojos del enemigo vencido. Nos no menospreciamos a nuestro divino hermano pues es fuerte y viril, el más osado de entre los dioses. En ocasiones había que ser despiadado, asesinando y presentando brutalidad sin límite para

acabar con la amenaza al pueblo que había sido elegido. Sin embargo, Nos hicimos de un legionario romano un soldado y no un guerrero. A ambos les une el honor y la virilidad, pero no la forma de concebir la guerra. El soldado gana batallas porque elige la victoria, el guerrero elige la victoria porque no sabe hacer otra cosa, va hacia ella como la polilla hacia la luz. El guerrero, al igual que la polilla, si no obtiene la victoria morirá en el intento. En cambio el soldado intentará la victoria al día siguiente. Al guerrero le sobra con la fuerza y la brutalidad, al soldado le hace falta también inteligencia y cultivar todas las artes de la guerra.

En esta historia de lucha y supervivencia el hijo del jefe querusco Segimer, para los romanos Arminio el traidor, era un soldado. Invitado y tratado con respeto por los hijos de la Loba. Entrenado como un prefecto romano y llamado quirite, como un igual, por el pueblo contra el que se levantó. Se le regaló la ciudadanía, se le creyó civilizado, y se codeó con la nobleza romana. Luchó codo a codo con sus comandantes pues era feroz, audaz e inteligente. ¡Pese a eso abrazó la traición! Tras esa abominación solo le es imputable un error: se rodeó de guerreros. Estos, buscando venganza, victoria y honor, le impidieron dañar aún más a Roma y esta, con nuestra ayuda, pudo conservar la preciada tierra al sur del Rin.

II - Orilla sur del Rin, fuerte Vetera.

Lucio Nonio Asprenas, comandante en jefe de la Legio I Germanica y de la Legio V Alaudae, había llegado justo ese día. Según la información recibida hasta entonces, había dado la orden de desplegar refuerzos a todos los fuertes a ese lado del Rin y la de abandonar los del otro lado. La situación era muy delicada pues Roma podía perder la Galia.

Sin tiempo para recibimientos ni formalidades, convocó al comandante del fuerte Vetera.

—¡Situación! ¿Qué sabemos de nuevo y qué os han dicho los exploradores?

—El desastre es absoluto, señor, se han encontrado cuerpos amontonados, muertos en combate, ejecutados y sacrificados, miles de ellos, señor. Tampoco hemos podido ponernos en contacto con los hombres que iban a pasar el invierno en hospedaje en los reinos aliados.

—¿Los fuertes del río Lippe?

—Los hombres no han podido acercarse a ellos, miles de germanos, sobre todo catos y queruscos, se dirigían hacia allí.

—¿Opinas que han caído? —Aunque dura, la pregunta era lógica.

—Han aniquilado a las legiones XVII, XVIII y XVIIII, a mil quinientos jinetes y a ocho cohortes de auxiliares, sin contar a los miles de civiles que les seguían. Los supervivientes decían que por lo menos había cuarenta mil germanos rebeldes. ¿Qué pueden hacer las pocas dotaciones de hombres que hay en esos fuertes?

—Sí, es cierto.

A Lucio Nonio Asprenas le pareció doloroso pero lógico lo que decía el tribuno. Desde aquel momento las decisiones se tomarían sobre la base de que todos los romanos al norte del Rin habían muerto.

—¿Se sabe quién es el líder del levantamiento?

—Sí, señor, los pocos supervivientes y el rey Boiocaulo de los ampsivarios confirman que fue Arminio, hijo del rey querusco Segimer.

—¿Arminio? ¿El prefecto de la caballería?

—El mismo, señor.

Asprenas no pudo evitar llevarse las manos al rostro. Era una traición, pero además era de un hombre que sabía perfectamente cómo pensaba el ejército romano, pues había formado muchos años parte de él.

—Roma lo acogió y se lo ha dado todo —siguió el oficial—, y nos lo paga de esta manera…

—Sí, sí, pero eso no importa ahora. Ya nos ocuparemos de él. Has

dicho que los germanos iban hacia los fuertes del Lippe.

—Así es, señor.

—Voy a plantear una hipótesis. Si el levantamiento lo hubiera llevado a cabo un romano, tras liquidar a las legiones, eliminaría todas las instalaciones disponibles que les pudieran servir para adentrarse de nuevo, dotarse y almacenar víveres y provisiones. Tras ello cruzaría el Rin hacia la Galia. Nosotros tendríamos que desplazar legiones para defenderla y debilitaríamos el frente norte, Raetia y Noricum. Eso sería un frente muy apetecible para dañar de nuevo a Roma. ¿Crees que es posible?

—Sí, muy posible, parece un plan factible, señor.

Lucio Nonio Asprenas necesitó unos momentos para poner en contexto los hechos, información, consecuencias y posibles actuaciones del enemigo.

La situación era frágil y delicada.

—Haremos lo siguiente, haz correr la voz entre los legionarios y los civiles de que Roma ha reclutado una nueva legión que se dirige hacia nosotros y que Tiberio viene también con cinco legiones y tropas auxiliares desde Pannonia y Dalmatia.

—¡Pero eso no es cierto! —cuestionó el tribuno.

—No, no lo es, pero ellos no lo saben —afirmó Asprenas

—Si llega a oídos de los germanos pueden adelantar sus planes y atacar, no podremos detenerlos.

—Cuento con que llegue a ellos. Lo que dices es cierto, pero también puede que repasen sus ideas. Se lo pensarán mucho si oyen el nombre del que les ha vencido en todas las ocasiones. Ellos saben que Tiberio Claudio Nerón no es como mi tío, Publio Quintilio Varo. Además, eso también calmará a quienes en este lado del Rin se quieran pasar a Arminio, el miedo les detendrá. Informa también de las matanzas que Roma está realizando en Dalmatia, si saben del escarmiento que sufren allí se lo pensarán aquí. Que los civiles de la zona vean a los soldados por todas partes, que no molesten ni hagan abusos, pero que estén presentes. Deja claro que si alguno de los nuestros se excede responderá ante mí. Que los germanos y galos de este lado sepan que si se portan bien no tendrán ninguna consecuencia, y que si se les pasa por la cabeza hacer algo serán tratados como enemigos de Roma con todas las consecuencias. Los soldados les harán entender que estamos aquí y que la revuelta de Arminio es una cosa del otro lado del Rin.

—Así se hará, señor —aseguró el oficial.

Asprenas no hablaría mal de su tío en voz alta pero desde su actuación en Siria, donde había actuado con rapidez para sofocar un levantamiento judío tras la muerte de Herodes el Grande, ya habían pasado muchos años. Ahora era un hombre acostumbrado a los lujos,

perezoso y descuidado. Su objetivo era el de acumular las máximas riquezas posibles, pues al año siguiente terminaba su periodo como gobernador. ¡La amenaza de Tiberio tenía que funcionar!

—Bien, lo más doloroso de todo, ¿las águilas?

—Sí, señor, no las hemos encontrado, las perdimos las tres. Eso será muy doloroso para Augusto.

—Será doloroso para él y para Roma, tribuno —rectificó Asprenas.

—Sí, para todos, es una vergüenza para todos, señor.

—Bien, ahora déjame, tengo que escribir una misiva a Roma explicando la situación y pidiendo los refuerzos.

Tras el oportuno saludo militar el tribuno abandonó la sala.

Lucio Nonio Asprenas sabía que el único que podía poner en peligro sus planes era Arminio, los demás jefes y reyes germanos se lo pensarían.

No tardó en dictar a su escriba, tenía que conseguir parte de las legiones de Tiberio.

—Sal fuera —ordenó sin más.

Marco Coso entraba en sus estancias con una fémina. Para la germana era desconocida, pero por su forma de vestir supo enseguida a qué se dedicaba y para qué la quería el centurión.

—Claro, Marco, no tardo —se apresuró.

Este no dio importancia a las palabras y con un gesto indicó a la prostituta hispana que se liberara de su ropa. Antes de que la germana tuviera tiempo de salir, el centurión se dirigía a la fulana totalmente desnudo con el falo erguido para saciar su deseo.

Idalia se situó al otro lado de la puerta e intentó distraerse mirando los quehaceres que se desarrollaban en el alargado patio que había en el interior de los barracones. Hombres moliendo trigo, limpiando su casco o su armadura, hablando entre ellos en gestos de confianza y amistad o jugando a un juego con piezas de hueso. No faltaban los que enceraban su escudo o conservaban su espada corta pasando aceite.

Llegó a ella la incomodidad. Podía oír los empujones y golpes del catre contra la pared del interior. Decidió pasear por la fortaleza, tanto para airearse como para estirar las piernas. En todo caso quería evitar lo que estaba oyendo en ese momento.

Fue advertida por uno de los hombres.

—Germana, soy Cato Vilio, optio de Marco Coso. No sé qué te une a tu domine, pero no te conviene ir por ahí sola. Los hombres están… ardientes y te verán como un lobo ve la carne. En esa puerta no corres peligro.

—Gracias —pudo pronunciar tímidamente.

—No lo hago por ti, es por los hombres que morirían si te tocaran.

Más por miedo que por precaución se quedó en la puerta, intentó al igual que al principio entretenerse con lo que sucedía en el patio. Siguió oyendo los golpes, los gemidos y el acabar con un gran bufido del hombre del interior.

No tardó en salir la muchacha, pues una vez satisfecho no la quería para nada.

—Tu amo dice que entres.

—No es mi amo, no soy como tú —respondió Idalia.

—Disculpa, no quería ofenderte, tu domine dice que entres —proclamó preocupada ante su equivocación.

—Solo ofende quien puede ofender —añadió airada.

—Pido perdón, señora —pronunció con su voz cada vez más baja, quizá temía ser disciplinada.

La esclava sexual comenzó a retirarse con la cabeza inclinada y sin dar la espalda. Idalia se dio cuenta de que estaba enojada, se sentía frustrada y estaba dirigiendo su rabia ante ese indefenso ser. Se veía reflejada. Si su amado no se hubiera cruzado en su vida, esa mujer podría ser ella misma. De hecho por una noche se cambió por alimento, se vendió. La diferencia solamente era Cneo Vitruvio, su amor perdido.

—¿Cómo te llamas, muchacha?

—Besares de Hispania.

—¡Besares de Hispania! Ese no puede ser tu nombre.

—Es el único que sé, es el que utiliza mi amo.

—No tenía que haberme dirigido a ti de esa manera, pero estaba enfadada.

—Disculpe señora, yo no puedo hacer nada, si me ordenan aparearme con un hombre tengo que hacerlo. Yo no puedo hacer nada —volvió a repetir.

—No estoy enfadada por eso, estoy enfadada por todo.

Sin más se dirigió hacia el interior de las habitaciones.

—¡Marco! ¿Lo has hecho en mi catre?

—Esa puta no es digna de tocar el mío, y además nada de lo que hay aquí es tuyo, germana —declaró.

El semblante de Idalia se llenó de ira. No pudo evitar mirar el puñal militar que permanecía todavía encima de la mesa. Una idea absurda pasó por su cabeza que enseguida la abandonó.

—¡Dijiste que me respetarías!

Este se dio cuenta de su error. Advirtió eso y también se culpó, pues quería hacer de veras lo acordado con la mujer porque era el único modo de evitar quebraderos de cabeza.

—Tienes razón, Idalia. —Eso era lo único que iba a obtener.

Ella aceptó con un leve asentimiento las tímidas disculpas.

—¿Supongo que no tienes nada más de ropa?

—No, lo dejé todo en el fuerte Anreppen.

—Bien, ahí tengo dos túnicas viejas que te llegarán muy por debajo de las rodillas. Ponte una y sujétate la parte ancha del cuello con una o dos agujas, no puede verse nada de tu cuerpo. Recógete el pelo y ponte un pañuelo para cubrirte la cabeza, hay varios largos en el baúl.

—¿Vamos a salir? —se extrañó ella.

—Sí, Idalia, vamos a salir. Eres la mujer que un centurión ha elegido y te has de mostrar como tal. No te vayas para cambiarte, quédate aquí —ordenó Marco Coso como si ella fuera uno de sus hombres.

Como no podía ser de otra forma, cumplió sus deseos. Eligió una de las túnicas, la que le pareció más larga, y dos agujas para ayudar a

tapar los hombros. Tras ello, con más inquietud que vergüenza se desnudó ante él. No pudo evitar mirarle de soslayo para descubrir unos ojos llenos de curiosidad, sin vicio ni ardor. Algo más tranquila, pero aún incómoda, quiso entablar una conversación mientras acababa de arreglarse.

—Antes, un hombre llamado Cato Vilio, me advirtió que no paseara sola por la fortaleza.

—No le falta razón. Los hombres están nerviosos, se han jugado la vida y han perdido compañeros. Sangre exaltada corre por sus venas y pocas cosas relajan más que copular y vaciar la virilidad que llevas dentro. Ese es uno de los motivos por el que quiero que te vean como una domina más o menos digna de un centurión. Nadie se atreverá a tocarte. Puede que sueñen contigo o se toquen pensando en ti, pero te respetarán.

La crudeza con la que hablaba el romano revelaba su sinceridad. El centurión, no obstante, tenía otros motivos, había dado la orden de que se vigilara en todo momento a la germana. Tal era el proceder de todo militar con la mujer que consideraba bajo tutela. El juramento le obligaba a tenerla en todo momento controlada, tenía que protegerla incluso de ella misma, era una bárbara.

—Gracias por protegerme, Marco.

—No me des las gracias, solo trato de cumplir con mi parte del contrato —pronunció lentamente esas palabras, dando a entender que había un mensaje importante en ellas.

—Lo sé, yo cumpliré también con la mía.

—Cuanto más me des tú, menos veces vendrá la fulana hispana —especificó, no quería que la mujer lo olvidara.

Idalia no dijo nada, no tenía nada que decir, era completamente consciente de su situación. Se arrepintió de veras de los aires de superioridad que mostró ante la muchacha, pues tenía que someterse a Marco Coso tanto como la fulana hispana.

—Por cierto —continuó—, ahora que te he visto desnuda, sé lo primero que vio Cneo Vitruvio en ti, eres muy agraciada por la belleza y a él le volvía loco tanta pulcritud. Eres realmente hermosa.

—No sé cómo tomarme eso —expresó extrañada.

—Como un sincero halago, eso es lo que es. Ahora tengo que averiguar qué era lo que veía dentro de ti. Por ahora no veo nada.

La respuesta fue una mirada dura y seria.

—Veo que estás preparada. Dos cosas: la primera, si no te llevo del brazo ve medio paso detrás de mí, y la segunda, si me miras así ahí fuera te cruzo la cara. Vamos.

Los hombres saludaban a su oficial sin dejar de observar disimuladamente a Idalia. Uno de ellos fue sorprendido y recibió una

dura mirada fuerte y amenazadora ante la que el legionario no pudo más que bajar la cabeza, tanto humillado como asustado.

—Ven aquí, cerdo, te voy a enseñar a mirar con respeto a mi domina.

No tardó en aparecer Cato Vilio para evidenciar que en todo estaría con el oficial. El legionario, sumiso, recibió dos golpes en la espalda con la vara de vid que portaba el centurión. Ella cerró los ojos con cada uno de los golpes. El mensaje a los demás estaba claro.

La pareja abandonó los barracones para acceder a una calle más ancha del complejo. Idalia quería, o mejor dicho, necesitaba agradar a ese hombre. Era rudo y poco delicado, pero sincero, y no veía en él a un mal hombre, solo era un romano. Las sensaciones que estaba sintiendo en el paseo eran desagradables.

—Marco, ¿puedo hablar? —Se encontraba incómoda y tenía que conocer al hombre que la protegía, a su manera, pero la protegía.

—Si no hay nadie, sí, si hay alguien espera mi permiso. No mines mi autoridad ni en lo más mínimo, si no tendré que disciplinarte públicamente... Aunque no desee hacerlo. ¿Cómo te lo explico? Esto ya lo sabría una domina romana. Esos hombres respetan el estatus, la autoridad. Esto lleva asociado unos comportamientos. En el caso de las mujeres, si te comportas como una domina te verán como a una domina, si te comportas como una bárbara te verán como a una bárbara y si te comportas como una fulana te verán como a una fulana. Ellos esperan cosas diferentes de cada una de ellas. Compórtate como una mujer de verdad, como una decente, o dicho de otra forma, como una domina, y te respetarán.

—Entiendo —expuso, la explicación era esclarecedora.

—¿Qué querías decirme, Idalia? —preguntó cortésmente.

—Me miran como si solo fuera carne lista para comer, me siento incómoda. Haré lo que tú digas, no quiero ofenderte. Solo quería que lo supieras si ves algún gesto raro en mí. No sería para ti sino para ellos.

Algunas miradas obscenas que le dedicaban eran evocadoras de los recuerdos de aquellos días en los que tras las rejas de una jaula era un cuerpo para el disfrute. Aquellos desalmados veían el miedo en sus ojos y potenciaban sus sentimientos. Tanto era así que ella misma se sintió impura y sucia, como si fuera la causante de ese comportamiento. Nada quedaba de su inocencia infantil ni de las coronas de flores que lucía en sus cabellos. Su cuerpo era hermoso y potente, y sus cabellos largos y hermosos. Ellos eran hombres, quizá no podían evitar su comportamiento porque los provocaba. Ciertamente esa manera de mirarle afloraba en ella malos sentimientos. El miedo a ser violada por alguno de esos hombres era

muy presente.

—Agradezco tu sinceridad. Pronto los míos no te mirarán así. Si alguno te importuna lo más mínimo dímelo a mí o a Cato Vilio. Aprenderán modales con más golpes en la espalda.

—Gracias por protegerme, Marco.

—Es la segunda vez que me lo dices.

—No puedo dejar de pensar qué hubiera sido de mí sin tu ayuda —confesó, esa inquietud la tenía muy dentro de ella.

—Eso se lo debes a Cneo Vitruvio, te protegió tanto en vida como te protege ahora en muerte —declaró.

«Nunca dejaré que nadie te haga daño», recordó de repente. Eso provocó llanto en su rostro y no pudo evitar taparse con sus manos para ocultar su vergüenza.

—Perdona, perdona —balbuceaba entre sollozos.

—Lo echas mucho de menos, ¿verdad?

—Sí, no sé cómo podré vivir ahora. —Se recuperó mínimamente.

—Bueno, tienes a su hijo en tus entrañas, es tu obligación cuidarlo, ¿eso es motivo suficiente para ti?

—Sí, lo es, a veces me gana la debilidad.

El centurión miró con curiosidad a la mujer.

—¿Sabes lo que significaba para mí Cneo Vitruvio?

—Sé que lo admirabas mucho.

—Pues yo lo quería, no era amor carnal, era amor a un hombre de armas, de conmilitón. Aunque no éramos hermanos, era mi misma sangre. ¡Le debo la vida! Deseo ser algún día como era él, pero no lo lograré, no tengo sus dones. En muchos aspectos soy inferior a Cneo Vitruvio. Lo considero mi maestro; él me ha enseñado todo lo que sé. El amor que siento por él es un amor puro, del que se siente entre hombres viriles, del que le debe un discípulo a su maestro. Maldigo cada día la orden que me dio de seguir adelante. Me maldigo por estar vivo. Se sacrificó por mí, por sus hombres, por su hijo y por ti. Me hubiera quedado yo, pero en su grandeza, en su virtud, no podía permitir que me dejara matar por salvarte.

—Entiendo.

—No, no lo entiendes, al menos no del todo, pero ahora sabes que era muy importante para mí —espetó el oficial.

Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no expresar el enojo en su cara. Podía notar en ella la humedad de las lágrimas acabadas de derramar, el recuerdo del sentimiento que significaba el reciente llanto y el esfuerzo por contenerse hicieron aparecer de nuevo el lamento.

—Estás muy sensible, las embarazadas no podéis controlar vuestro comportamiento. No me estás haciendo el paseo nada agradable.

Idalia hizo por no escuchar, solo quería poder parar de llorar y

recuperar la compostura, ese romano estaba consiguiendo doblegar su voluntad.

El oficial asió con su mano el brazo de la mujer y la paró ante un gran edificio, sin más la dejó allí.

—Espérame, ahora vuelvo.

—¡No me dejes sola! —El miedo se apoderó de ella y los sollozos cesaron de golpe.

—Tengo que ponerme a bien con los dioses, espérame aquí.

A uno de los hombres que custodiaban el cuartel general de la fortaleza le dijo que dejaba a la mujer bajo su responsabilidad, avisándole de que tuviera cuidado de que no le mordiera ya que estaba irascible pues estaba embarazada.

Ella reconoció al hombre de la puerta, era Crinis. El soldado que había sido disciplinado por su culpa al acceder al fuerte Aliso. El miedo se tornó terror. No pudo evitar separarse de él unos metros más. Quizá buscaría venganza aprovechando su soledad.

Los brazos y las piernas le temblaban, en un vano intento de parar los involuntarios movimientos cruzó fuertemente los brazos bajo sus pechos.

—Mujer, ¿tienes frío? —Para el galo no lo hacía, pero la fémina estaba encinta y eso les equivocaba el cuerpo.

Esta no supo responder y optó por asentir con la cabeza. En nada el forzudo galo se acercó a ella con una sonrisa cómplice, acompañado por una manta con cuadros.

—Toma, ya me la devolverás.

Cogió la pieza de abrigo con sus aún temblorosas manos y se vistió con ella. Encontró confort, ciertamente no tenía frío, pero con ella tapaba aún más su cuerpo de las miradas obscenas. Aun con el temor, quiso ser cortés.

—Gracias, yo… Tú… —No supo cómo continuar.

—Sí, fui disciplinado —manifestó con la sonrisa en la boca—, pero no por tu culpa. El hombre que te posee se sintió ofendido por mis palabras. Es mi superior y está en su derecho. Yo a veces no entiendo lo que hacen los oficiales y el motivo de sus conductas. Muchas veces no me gusta cómo actúan. Pero lo cierto es que estamos vivos gracias a ellos. ¿Quién soy yo para entender o cuestionar? Hoy ha sido un día muy duro y he visto mucha muerte, un amigo que conocía desde pequeño ha dejado esta vida y ni siquiera me he dado cuenta. Lo he sabido al no encontrarlo en la fortaleza. Verte es un soplo de primavera entre tanto invierno, una mujer embarazada es una brizna de vida entre tanta desgracia, me hace sentir que todo esto merece la pena. Que la diosa que protege a las parturientas entre tu gente te sea

propicia —antes de marchar a su sitio, añadió—: Quédate la manta tanto tiempo como la necesites.

—Gracias, Crinis, gracias, que tus dioses te protejan también.

Tardó un tiempo en recuperarse de sus miedos, el que hacía poco consideraba una amenaza ahora le daba seguridad.

Era totalmente consciente del dolor que sentía por la pérdida de su amado, y que este condicionaba todo su comportamiento. Se sentía más vulnerable que nunca. Toda pérdida requiere su duelo y necesita un tiempo para recuperarse, pero ella no tenía tiempo, no podía permitírselo.

Marco Coso salió con el semblante serio y sobrio.

—¿Ha pasado algo?

—No, ¿por qué lo dices? —preguntó él.

—Estás muy serio.

—Hay que mostrar respeto a los dioses, hoy han intervenido por todos nosotros y por mi vida. Veo que te has recuperado un poco —dijo, haciendo referencia a su falta de llanto—, ¿quieres andar un poco más o volvemos a los barracones?

Un deseo pasó por la mente, o el corazón, de Idalia.

—Puedo… ¿Puedo ver el bosque?

—Por mí no hay problema, pero no te va a gustar lo que hay entre él y nosotros.

Por el camino, Marco Coso fue saludando a cada uno de los oficiales que iba encontrando. Ella se situó medio paso detrás de él, fue presentada a varios de ellos siendo su respuesta un leve asentimiento con la cabeza. En poco tiempo se vio subiendo por la rampa que daba acceso a las murallas.

Al fin veía las copas de los árboles, los echaba tanto de menos. ¡Cómo le gustaría en esos momentos abrazar alguno! Mejor un roble, pero se conformaría con cualquier otro pues todos eran seres mágicos.

Ahí dejó sus buenas sensaciones.

Al acabar de subir no pudo más que horrorizarse. Tapó su boca con su mano como si eso pudiera evitar el lúgubre espectáculo que había ante sus ojos: cabezas arrancadas, brazos amputados, rostros cercenados, armas clavadas en cuerpos, tripas fuera de estómagos, cráneos vacíos de sesos y sobre todo muerte, mucha muerte.

¿Qué le habían hecho a su bosque? ¡Sus árboles estaban llorando! Toda esa sangre regando la tierra y contaminando la sustancia que luego alimentará a las raíces. La naturaleza en su infinita sabiduría sabía reciclar la muerte, ese era su comportamiento. La luna, las estaciones e incluso las hojas de los árboles tienen ciclos de muerte y regeneración, pero todo en mesura y con un orden. Del árbol se coge

solo lo que se necesita, de las aguas de los ríos los peces para el sustento. Hasta el lobo solo caza cuando tiene hambre. Los huesos y la piel de los animales se reciclan y nada es desperdiciado. Toda carne era procesada y puesta de nuevo al servicio de la vida. Entendía que los hombres siempre estaban batallando pero eso era una abominación, esa cantidad de muerte era incomprensible para ella, jamás había visto nada así.

¿Cuántos hijos quedarían huérfanos? ¿Cuántas madres llorarían al fruto de su vientre? ¿Cuántas mujeres en desdicha? Incontables serán las veces que esperen en la puerta para verlos llegar, o que preparen un poco más de comida para que se sacien tras el largo viaje. Cuántas escrudiñarán el camino del bosque por la sensación de haber visto a alguien con su figura o su forma de andar. Cuántos años con la sensación de que estos se presentarán en algún momento, que solo se encuentran enfermos o que algo les impide llegar. Ninguna creerá la noticia, todas pensarán que es un error, tardarán días en aceptarlo y cada uno de ellos será un tormento. El día que lo acepten será peor, pues en él todo el sufrimiento se concentrará como el peor de los venenos. Y ese día, ¡creerán que han muerto por dentro!

—¿Cuántos…muertos…? —balbuceó.

—Es difícil, entre los tres frentes no menos de dos mil —respondió Marco Coso sin mostrar ningún sentimiento.

¿Cuántos celtas habrían muerto? ¿Alguno de sus hermanos, primos o amigos? Si los suyos hubieran caído, ¿imaginarían en los últimos momentos que iban hacia los brazos de sus madres? Miró unos instantes buscando siluetas conocidas, pero era imposible distinguir nada entre tanto cuerpo. En cada abominación detenía su mirada, ¡era demasiado! Sintió arcadas y se vio obligada a bajar rápidamente por la rampa, no podía seguir viendo ese espectáculo aciago. ¡No entiendo a los hombres! ¿Por qué tantas ganas de muerte? ¿Por qué luchan hasta la aniquilación?

El centurión, con más calma, la siguió.

—¿Has estado fuera? —La imagen le vino de repente.

—Sí, he estado fuera, tengo que ganarme el cargo.

Idalia se estremeció, no sabía si era por lo que él había hecho a los guerreros celtas o por lo que le podía haber pasado. Ya no podía más, todo ese sacrilegio a lo que para ella era sagrado, ver tanta muerte y dolor e imaginarse sola y sin su protector. ¡¿Qué sería de ella si perdiera a Marco?! No pudo evitar dirigirse hacia él, hasta llegar al contacto.

—¿Qué haces? —Se extrañó el oficial.

—Abrázame, Marco, solo abrázame, como a un amigo o como a una hermana, pero abrázame. Necesito ser abrazada.

Ni siquiera ella entendía su reacción, era una fuerte guerrera celta del poderoso clan de los bructeros. Se sentía débil, estaba asustada, su corazón sufría un dolor que no podía soportar y solo tenía a Marco Coso, era lo único que tenía. Un hombre que solo quería su cuerpo, no quería nada más de ella.

—Vale, vale —añadió visiblemente incómodo.

La injusticia en la muerte de Cneo Vitruvio y la incertidumbre de su situación provocaba que Idalia tuviera un sentimiento de descontrol, abatimiento y derrotismo. Sus emociones eran ira, enfado, miedo y tristeza, todo a la vez. Podía taparse los ojos con una venda para esconder su situación apelando a la bravura de su origen, pero eso no la dejaría sacar de su vida lo que le hacía daño, lo que le hacía dependiente de sus emociones. Afrontar su situación, la que tenía en ese momento, por muy duro que fuera, la iría fortaleciendo y, de esta forma, su vulnerabilidad iría desapareciendo. No tenía que ser muy exigente con ella misma, algunas veces perdería el control, pero no se tendría que despreciar por ello. Cuando poco a poco fuera consciente de que iba controlando las riendas de su vida se sentiría mejor.

Ese hombre, que la abrazaba con torpeza, era fuerte y osado, luchaba con valor, era viril, un varón virtuoso, y se exponía a la muerte sin reparo. Solo con la supervivencia de lo sucedido en el exterior del fuerte Aliso era suficiente para confirmarlo. Le había dicho que estaba «agraciada por la belleza». Ambas cosas eran una combinación que solo podía llevar a un hecho: tarde o temprano se impondría a ella, la tomaría. Un hombre que mostraba la masculinidad de tal modo no podría evitar copular con una mujer. El respeto por el amigo perdido no se iría, pero con el tiempo sí el dolor de la pérdida. Sumar a eso que el hombre que se retiene llega un momento en que explota, pues no es capaz de frenar sus instintos. Lo que estaba viviendo era una tregua, pero que ella fuera poseída por Marco Coso era irremediable, no podría evitarlo pues pasaba demasiado tiempo con él. Ella era muy hermosa, con el tiempo vería en cada uno de sus movimientos una provocación, demasiada tentación para poder evitarla.

—Idalia, no es correcto para una domina hacer esto en público, vamos a los barracones, allí en intimidad te recuperarás mejor. —Sin esperar respuesta, se puso en marcha.

Besares de Hispania le había dicho que permanecía sometida a la voluntad de su amo. Crinis le comentó que estaba bajo las órdenes incontestables y la disciplina de sus oficiales, y ella sabía que dependía de los deseos de Marco Coso. Seguro que el centurión estaba

subordinado a sus superiores, lo que sí sabía era que su comportamiento y su vida estaban bajo el yugo del cumplimiento del juramento a un amigo muerto.

Todos estaban bajo el control y los deseos de alguien o algo. La única diferencia es que los demás lo aceptaban y ella no. Esa era una manera de afrontar su situación, empezar por reconocerlo y poder entonces intentar encontrar seguridad y acomodo en ello. Habría un margen en lo que podría hacer y lo que no, ese espacio era el que tenía que encontrar. Cuando descubriera esos límites podría ser dueña de su destino y volvería a ella la calma.

No le gustaba su trato ni su comportamiento, y lo comparaba continuamente con Cneo Vitruvio. Su amado era irrepetible y por ese motivo no lo podía encontrar en ningún otro. En el caso del centurión era todavía más injusta la comparación, pues él mismo sabía que nunca tendría la excelencia de su querido amigo perdido. Tenía que buscar en Marco Coso a Marco Coso. Tenía que confiar en sus decisiones. Aunque no le gustaran, le demostraba una y otra vez que era sincero y que la quería proteger de todo mal. Ella no lo quería a él y él no la necesitaba. Pero la situación era que los dos se tenían que entender por la voluntad de Cneo Vitruvio, el más virtuoso de los romanos.

Ni se planteaba si sería feliz o no, pues por su experiencia eso solo se consigue comparando un estado con otro. Si salían con vida del sitio al fuerte Aliso viviría momentos y los compararía con otros, de los malos a los buenos encontraría el bienestar. Solo la mujer que ha deseado morir sabe realmente lo bueno que es vivir. Idalia supo en ese momento lo que tenía que ofrecer a Marco Coso, lo único que tenía. Se ofrecería, evitaría las imposiciones y la violencia, pero de una manera digna, no quería que la viera como carne para saciar deseos.

Tras un camino mucho más largo y tedioso que el de ida, por lo incómodo de la situación, llegaron a las habitaciones. Allí el oficial, sin mediar palabra, se puso cómodo y se quitó el uniforme. La observó sentada en su pequeño catre en un lateral de la habitación, como cabizbaja intentaba negociar con su pena.

Sorprendido, o mejor dicho, boquiabierto, vio cómo Idalia se incorporaba y liberando la túnica de las agujas se desprendió de ella. Llevó las manos a su peinado y lo deshizo dejando caer sus largos cabellos. La hermosa y joven germana se dirigió hacia él. Conmovido por la imagen y aún maravillado, notó cómo las manos de la fémina cogían las suyas, y cómo estas eran guiadas suavemente hasta unos hermosos y crecientes pechos.

—Idalia…

—Tengo que cumplir con mi parte del contrato. No uses mi cuerpo

como… Solo te pido que no me mires, que no me veas, como lo han hecho esos cerdos. ¡No soy una fulana!

Los sentimientos que le recorrían no eran debidos realmente a entregarse al centurión, eran consecuencia de que nunca más sentiría las manos de Cneo Vitruvio ni encontraría las sensaciones perdidas.

—Si te comportas como una domina, te veré como una domina.

—Si tú me cuidas como un hombre, yo te cuidaré como una mujer y mi cuerpo será un… un… —No era capaz de encontrar la palabra, pues el torrente de emociones no se lo permitía.

—¿Templo?

—Sí, él me habló de la virtud del pudor de la domina romana, y que mi cuerpo solo podía ser para él. Yo haré eso contigo, mi cuerpo solo será para ti. Tú...

—Serás tratada con el respeto que merece eso —cada vez le costaba más pensar ante la sensación de los suaves y jóvenes senos de Idalia—, si te hago daño me lo dices.

La elevó, sin aparente esfuerzo, en el aire y la llevó hasta su cama.

—¿En tu catre?

—Ahora eres digna de estar en él, tú no lo entiendes, pero lo eres.

La tomó con cuidado, en posición dominante y frente a frente. No le molestó que ella cerrara los ojos y apartara la cara. Era consciente de que estaba haciendo un esfuerzo por mostrarse complaciente. Poco a poco se acostumbraría. Aunque ella movía tímidamente la pelvis era sabedor que no estaba teniendo placer alguno en el acto. Intentó con todas sus fuerzas frenar su ímpetu, pero al final perdió el control y apretó con potencia. Hacía tiempo que quería tomar a la germana.

Dejando a un lado la satisfacción sexual, las sensaciones que sintió entretanto la penetraba fueron distintas, esa mujer tenía algo. Era diferente. Su cuerpo y su interior no eran indignos ni sucios, era como si tuviera alma, como si fuese romana. ¡Su amigo no se había equivocado! Lo intuyó incluso antes de poseerla.

No tardó en volver a sentir llorar a Idalia.

—Te he hecho daño, ¡he intentado contenerme!

—No, no, Marco, no es eso. —Otra vez buscó refugio en él.

Por instinto, la germana volvió a buscar el contacto. Este, sin saber muy bien cómo reaccionar, apoyó sus brazos en ella intentando un tímido abrazo. En realidad no sabía qué hacer.

—Mujer…

—No eres tú, no es tu culpa, necesito calmar mi pena. No he llorado bastante su muerte. Él ya no está, ahora te tengo a ti, necesito a Marco —expresaba entre sollozos.

A Idalia no le fue agradable pero no sentía, en verdad, malestar por lo sucedido. Ahora su cuerpo tenía la función de satisfacer y saciar

a ese hombre, lo había aceptado. Por el momento esa era su salvación en el mundo en el que tenía que sobrevivir. Cualquier otra cosa hubiera sido peor. En cambio tenía una herida que le dolía hasta el tuétano de los huesos. Que cuando la recordaba provocaba que dejara de respirar, como si quisiera matarla. Estaba en su interior, oculta a los demás, pero su carne estaba tan desgarrada como la herida que produce una espada en la más cruel de las batallas. Aunque sane siempre le perseguirá y nunca será olvidada. La herida de la pérdida de Cneo Vitruvio permanecerá en su interior de por vida.

—Yo no soy como él. No lo busques en mí.

Marco Coso volvió a sorprenderse, ella se separó un poco, mirándole directamente a los ojos.

—Eres tan injusto contigo como lo he sido yo. Si Cneo te eligió como amigo no fue para que fueras como él, sino porque vio algo en ti. Eres Marco, centurión legionario, has salido a dar la vida por todos los que estamos aquí dentro. No sé a qué peligros te has enfrentado y cómo has logrado sobrevivir. Eres un hombre que va con la verdad por delante, temeroso de los dioses y que cumple sus promesas y sus juramentos a cualquier precio. Eso eres tú, ¡tú eres Marco! Yo… He perdido a Cneo y ese pesar lo llevaré toda la vida, pero ahora necesito a Marco.

Tras eso se volvió a acurrucar en él.

A este le llevó un tiempo para procesar lo dicho por la germana.

—Como Marco Coso te diré lo que veo en ti. Te has entregado voluntariamente a mí, no lo has hecho ni por mis presiones ni por mi voluntad, aunque lo he intentado. Es cierto, hemos perdido a Cneo Vitruvio y ese dolor lo llevaremos siempre. Aun así, podrías haber optado por enfrentarte a mí y yo hubiera cumplido igualmente el juramento que hice. Eres una luchadora que se abraza a la vida.

Con un gesto improvisado de respeto, más que de cariño, besó la cabeza de Idalia y dejó que esta vaciara su pena en forma de lágrimas entre sus fuertes brazos.

La mañana llegó con el dedo de Marco Coso dibujando las curvas de Idalia. Comenzó por el muslo y tras ello continuó por sus caderas bajando hasta su cintura. A pesar de que su embarazo empezaba a cambiar su forma aún se marcaban. No pudo evitar hacerlo, pues al tomarla no había sentido impureza como con las demás, su sabor era diferente. No notó el sucio roce de la carne debido a la bajeza. ¡Quizá sus curvas tendrían otro tacto! Continuó recorriéndolas, dibujando la figura de la futura madre.

—Me haces cosquillas —dijo esta volviéndose hacia él con la intención de apartar los amenazadores dedos de ese lugar.

—Es la primera vez que te veo sonreír estos días.

—Es la primera vez que lo consigues. Soy una mujer alegre —bromeó ella, no le pasó inadvertido que había algo de alegría en el rostro del centurión.

—Así que es culpa mía, ¿no?

—Según me explicó Cneo, los romanos sois los responsables de todo lo que pasa en vuestro hogar, ¿no es cierto?

No pudo dejar de notar el miembro viril totalmente levantado.

—¿Quieres volver a poseerme?

Este se sorprendió, no fue capaz de entender hasta que ella le señaló su falo.

—Es la erección matinal y esa no es una pregunta fácil. Por querer, sí quiero, pero hemos convenido que te comportarías como una domina y que yo te trataría como eso merece. Anoche te entregaste a mí y eso lo valoro. Ahora quiero que valores que yo sé que tú lo hiciste con un considerable esfuerzo, no tuvo que ser agradable. Lo primero que tiene que haber entre la domina y su domine es el respeto mutuo. Ahora tenemos un contrato, volveré a poseerte pero te daré algo más de tiempo… Pero no mucho —añadió sin poder evitarlo.

—Lo tenías que estropear al final.

—Sí, soy así —suspiró un poco antes de continuar—. Idalia, si salimos de esta, te puedo dar respeto, protección y seguridad. Con el tiempo seguro que aparecerá el aprecio mutuo. Es lo que hay, si eres capaz de vivir con eso podrás alcanzar algo de felicidad, no esperes más de mí.

—Eso que tú me das es lo único que tengo. Gracias por tu franqueza.

—En la alcoba hay que ser sinceros, podemos decirnos las verdades, con el compromiso que lo que pasa y se dice en la alcoba queda en la alcoba. Eso me enseñó mi padre. Voy a las letrinas, tengo que orinar y bajar esto. —Se incorporó.

Observó cómo se vestía una túnica para marchar hacia el final del patio, donde se disponían las letrinas de los barracones.

—Marco, ¿tú echas de menos a Cneo? —No pudo evitar pronunciar lo que creía que tenía en sus pensamientos, ella misma se sorprendió al oírse.

—Sí, claro, pero yo no puedo llorarlo como tú. Las mujeres tenéis esa posibilidad. Los hombres tenemos que comernos los sentimientos y sufrir en silencio. Además, en mi caso no puedo mostrar ni un ápice de debilidad pues los hombres bajo mi mando dudarían de mí. Para ellos, allí fuera, soy un malnacido autoritario. No será fácil para mí cambiar el papel, así que ten paciencia.

Poco tiempo después Marco Coso marchó a sus responsabilidades castrenses. No sin antes darle permiso de yacer en su cama y que ahora no tocara el catre que utilizó anteriormente. Para él era un rito, una superstición, taparía ahora el catre con una sábana o una manta, al volver lo desharía él mismo. Ese tener que volver para hacer algo le aseguraba la supervivencia, siempre le había funcionado y por ese motivo le daba seguridad.

En cuanto a Idalia tuvo momentos en que le invadía la tristeza y le pudo el llanto, pero se intentó concentrar en arreglar lo ya arreglado y vuelto a arreglar, las habitaciones en las que vivía no eran grandes y eran muy espartanas en cuanto al mobiliario.

Inesperadamente, notó un pequeño golpe dentro de ella. Una emoción nunca sentida, jamás experimentada. No pudo evitar apoyar su mano en su vientre. Su bebé se había movido, deseó volver a sentir esa sensación. Acarició su barriga con la intención, o mejor dicho, con la ilusión de volver a renovar la percepción. ¡Aquí está de nuevo! Un ligero temblor, una caricia, sentía una corriente en su interior, como si un pececito nadara dentro de ella. Instintivamente un rezo afloró, una antigua oración recitada por las madres de su aldea.

«Majestuoso y adorado Padre Roble, cuida del pequeño que crece dentro de mí. Dale la fuerza y la virtud que yace en tu interior. Amado Padre Roble, háblales a los cuatro vientos y pídeles que sean amables en el día de su nacimiento. Querido y respetado Padre Roble, te pido humildemente que le proporciones sombra en los días calurosos de la estación clara y que en el bosque encuentre los frutos y el sustento para saciar su hambre. Majestuoso y adorado Padre Roble, de tus sagradas ramas sea la cuna en que descanse…».

IIII - El líder germano, bosques de Teutoburgo.

¿Para qué sirve un jefe de los clanes celtas si le falta lo básico, que es el poder? Al hacer memoria de su debilidad recordó también la de Segestes, rey de los catos, pues este no solo le denunció, sin éxito, sino que habló en contra de que su pueblo se uniera a la rebelión. Sin embargo Sigimero, el hermano del rey, logró convencer a muchos guerreros de ese pueblo a sumarse a los sublevados. Una vez que la mayoría de los catos hubieron votado a favor de ir a la guerra, resultó más fácil que otros pueblos se sumaran a la rebelión.

Todo el plan se podía haber venido abajo si Publio Quintilio Varo hubiera hecho caso a Segestes. No escuchó sus advertencias. Este insistió que se arrestase a varios líderes germanos, incluyendo al propio Arminio, y que fueran interrogados sobre la conspiración para rebelarse contra Roma y romper sus tratados de paz. Solo consiguió impacientar al gobernador, y este reprendió a Segestes por difamar a sus amigos.

Para Varo no era más que una venganza personal, pues todos conocían que el acusado se había fugado con Tusnelda, la hija del rey de los catos. Esta estaba prometida en matrimonio de conveniencia a otro príncipe. Como era natural, Segestes, el acusador, había entrado en cólera cuando el padre de Arminio dio su bendición al matrimonio sin respetar las objeciones del padre de la novia, provocando un problema político y una fuerte herida en la honra del rey de los catos. Esos asuntos bárbaros no eran de la preocupación de todo un gobernador romano.

Tras dar la orden de iniciar las hostilidades, muchos de los líderes germanos de los que sospechaban que podrían mantenerse leales a los romanos fueron encadenados, incluso los hubo de su propia familia. Boiocaulo, rey de los ampsivarios fue detenido y mantenido prisionero en una aldea germana. Aunque consiguió escapar y atravesar el Rin. Por suerte cuando llegó al fuerte Vetera era demasiado tarde para avisar del levantamiento.

Sumar a eso que las decisiones de las diferentes asambleas celtas de hombres libres armados tenían que ser unánimes. Si uno o más miembros no apoyaban las propuestas de la mayoría, se podían bloquear las acciones del clan. Esta situación se podía solucionar de diferentes maneras: con mediación o arbitraje, expulsión, asesinato o incluso el concurso de armas.

De eso eran conscientes los reyes y líderes de cada una de las aldeas o de las tribus. Su prestigio y el de su familia les permitía hablar en primer lugar y obtener apoyos por fidelidad, pero a la hora

de tomar las decisiones su voz era una más. Había que tener en cuenta también otros factores: a las mujeres, que en algunas tribus solo opinaban y en otras alzaban la voz como el que más; a los jóvenes, que normalmente eran dados a declarar guerras; a los ancianos, que estaban en el final de su vida y querían tranquilidad; y a los miembros de las familias nobles, que siempre buscaban obtener más poder. Los líderes eran conscientes de que su autoridad se basaba en el equilibrio, si uno de ellos iba en muchas ocasiones en contra de la opinión de los miembros de las asambleas de sus pueblos su posición corría peligro y podía ser sustituido o en el peor de los casos asesinado.

El prestigio de Arminio era grande y podía solucionar muchos de esos problemas hablando en favor de los líderes locales, pero veía el problema de la lentitud, todo ello atrasaría las actuaciones y cuanto más tiempo pasara más alejada quedaría la memoria de la derrota romana.

—Muchos marchan, temen las represalias —informó Sigimero, líder de los catos.

—Es falso, Tiberio no está aquí ni se le espera, está en Dalmatia —aseguró Arminio.

—Eso ya lo he dicho, pero no hacen caso.

—Me lo temía, los rumores ya no se hacen entre corrillos. Si los catos y los queruscos nos quedamos, muchos se lo replantearán.

—Sí, es probable, pero Tiberio no es Varo.

—Tiberio es un gran militar que sabe lo que hace. He servido bajo sus órdenes —aseguró Arminio.

—Entonces es normal que marchen, tienen miedo.

—Las legiones no son invencibles, lo he demostrado yo.

—Sí, lo has demostrado, pero solo contra Varo.

—¿Dudas de mí? —inquirió el líder de la revuelta.

—No, no es eso. No hablo por mí, he traicionado a mi hermano para unirme a ti. Digo lo que piensan ellos. No será fácil mantener a muchos.

—Advertí que teníamos que cruzar el río y marchar a la Galia, pero ellos pensaron que era mejor lavarse las heridas y esperar a la estación clara.

Sigimero no contestó, pues ambos sabían que compartían la misma opinión.

—¿Cuántos crees que marcharán?

—Casi la mitad, muchos dicen que volverán si son llamados, pero ¿quién sabe?

Arminio ya no escuchaba, tenía que pensar, había que replantear la situación.

V -El caballo de octubre, Fuerte Aliso.

Los germanos amenazaban sin acercarse en ningún momento a las murallas. En la mente de Lucio Cedicio corría la preocupación y tendría que tomar medidas difíciles. Por ello, y porque los hombres necesitaban recuperar el ánimo, permitió respetar el calendario religioso propio de todo hombre piadoso. No hacerlo hubiera sido ofender a las divinidades que les ofrecían protección en esos tiempos tan difíciles.

Los doce carros, cuatro por cada cohorte, tirados por cuatro caballos, corrían a toda velocidad por el intervallum, el camino paralelo a las murallas. Su meta era llegar en primer lugar a la puerta Principal Derecha tras dar doce vueltas a todo el perímetro. Los legionarios (era voluntad del prefecto del campamento que la fiesta fuera solo para quirites) desde las murallas y desde cada una de las bocacalles gritaban y animaban a los carros de sus respectivas unidades. Se celebraba el caballo de octubre, en el día de los idus, y se llevaba a cabo en honor a Marte.

Tras mucha emoción llegaron los gritos de los miembros de la I Cohorte de Aliso. Habían ganado la carrera. Todos ellos celebraban orgullosos el triunfo y presumían ante los demás. Eran mirados con una cierta envidia, pues sin duda habían sido señalados con el favor del padre de Rómulo. El caballo de la derecha del carro triunfante fue engalanado y paseado, seguido por muchos de los miembros de la cohorte ganadora. Si bien en la cara de estos se veía alegría, en su interior sentían el respeto debido al dios.

Se ordenó una parada militar, en silencio absoluto y siguiendo, uno a uno, los pasos y en el orden correcto; bajo la rigurosa supervisión del sacerdote de Marte del campamento el caballo fue sacrificado. Se cortó su cola con un bocado de carne, y aún sangrante fue llevada al templo situado en el cuartel general. Allí, en un pequeño altar dedicado al dios, las últimas gotas del líquido vital fueron vertidas. Se había honrado al ser divino.

La cabeza del equino fue cortada, adornada con cintas y acompañada con pequeños pasteles. Era el momento del siguiente paso de la celebración. Los hombres fueron divididos entre los que estaban instalados a cada lado de la vía Praetoria, que dividía exactamente en dos el campamento. La cabeza, situada en el centro del foro, tenía que ser llevada hasta una de las puertas de cada lado del campamento, la Principal Izquierda o la Principal Derecha. Las reglas eran fáciles: usando manos o pies y sin herir de importancia, el dañado tenía que seguir en servicio, ni matar a ningún compañero la

cabeza tenía que ser llevada a su objetivo.

Tras pegarse, empujarse, agarrarse las piernas, saltar uno sobre otro y sangrar, los hombres de la derecha consiguieron su objetivo. Todos, incluso los golpeados, disfrutaron de la lucha pues es de hombres pelear y mostrar la fuerza que poseen sus músculos. La cabeza fue entonces colgada en el lateral de la puerta como un fetiche para asegurar la fertilidad y la virilidad.

A pesar de las precauciones, más de ciento cuarenta legionarios visitaron el hospital. Desde el punto de vista de los oficiales había sido una pelea justa y con pocas consecuencias. Ese día se sacrificaron más caballos y se repartió carne extra a todos los legionarios romanos. No cabía duda de que la celebración había alegrado el corazón de los quirites.

Un romano devoto como Marco Coso se sintió renovado, pues todo hombre piadoso alcanza felicidad cuando honra a los dioses. Además, había visto cómo sus subordinados se desfogaban y olvidaban por un momento la dificultad de la situación en la que vivían. Con esas buenas sensaciones se dirigió a las instalaciones del primer centurión de su cohorte, había sido convocado.

Idalia se sentía animada, pues el centurión se había levantado sonriendo y diciendo que era un día importante. Tan alegre que no pronunció ninguna palabra descortés. Desde el interior de las estancias había oído los gritos de alegría de la celebración. Por ese motivo decidió adornar una de las túnicas que Marco Coso le había cedido, aprovechando lo sobrante del material de los estandartes. Al menos tendría un aspecto más femenino.

Se había acostumbrado a los paseos. Tanto, que esperaba ese momento del día pues podía dejar por unos momentos las habitaciones en las que estaba confinada. En los recorridos por el fuerte, este le recordaba, o mejor dicho, le instruía, sobre el comportamiento de una domina romana. Tras volver, le invitaba a tumbarse señalando a la cama, se dirigía al pequeño catre que deshacía y se desvestía con intención de poseerla.

Casi cada día se repetía lo mismo, la tomaba por la tarde. Con respeto, pero sin mostrar un ápice de cariño. Ella se dejaba hacer y se mostraba amable y devolvía la misma pasión. El centurión se desfogaba y se tornaba más afable. Eso duraba la noche, al día siguiente volvía a él el carácter fuerte.

Antes de dormir este se purificaba con agua clara y limpia y ofrecía el correspondiente sacrificio no cruento a los dioses. Quemaba incienso y ofrecía vino y, tocando el altar con la mano derecha, invocaba a sus dioses. Ella, sin entender muy bien los ritos, se cubría

la cabeza y se situaba tras él.

—«Dioses tutelares, sed condescendientes con su lengua. Padre Jano, padre Júpiter, el Mejor y el más Grande, padre Marte, venerables Lares familiares, Manes de mis antepasados, divinos Penates, santísimo Genius de nacimiento. Al final de este día, al ofrecer este incienso y este vino, os pido protección para mí y los míos. Para que solo sucedan cosas buenas, prósperas y felices. También para que seáis benévolos y propicios conmigo y con los míos. Si algo no ha sido satisfactorio para vosotros en esta ceremonia, lo expío con este libum. Así sea».

Ofrecía un pequeño pastelito y para finalizar el rito, caminando poco a poco hacia atrás, se despedía de sus divinidades.

—«Adiós, Padre Jano, adiós, padre Júpiter, el Mejor y el más Grande, adiós padre Marte, adiós, venerables Lares familiares, adiós, Manes de mis antepasados, adiós, divinos Penates, adiós, santísimo Genius de nacimiento».

Tras unos breves instantes en concentración se retiraban a dormir.

Pensando en la rutina de su actual vida, Idalia sintió que su bebé quería hablar con ella. ¡Otra vez movimiento en su interior! No podía evitar cantarle, era como un instinto. ¡Su hijo disfrutaba a la vez que se enfortecía con las canciones del Padre Roble!

«Majestuoso y adorado Padre Roble, cuida del pequeño que crece dentro de mí. Dale la fuerza y la virtud que yace en tu interior. Amado Padre Roble, háblales a los cuatro vientos y pídeles que sean amables en el día de su nacimiento. Querido y respetado Padre Roble, te pido humildemente…».

Bastante antes de lo que esperaba, Marco Coso llegó a sus habitaciones, allí oyó a Idalia cantando en el idioma de los bructeros, o eso creía, inentendible para ningún hombre civilizado. Sin saber cómo, supo que era una canción de madre, el lenguaje universal que entiende todo ser humano.

Tras escuchar unos momentos decidió entrar.

La encontró con ambas manos apoyadas en su estómago. Como suponía, estaba cantando al hijo de Cneo Vitruvio.

—Has llegado muy pronto hoy —expuso realmente sorprendida y con el ánimo recuperado, pues toda madre lo logra al cantar a su bebé.

—Sí, ¿qué hacías?

—Pedía al adorado Padre Roble.

Marco Coso no era conocedor del culto de los bructeros. Los dioses romanos eran los más poderosos, pero cada uno tiene a los suyos.

—Por lo que veo tú ya estabas preparada.

—¿Te gusta? —preguntó mientras, incorporándose, daba la vuelta sobre sí misma.

—Sí, has hecho una túnica de mujeres —pronunció sobriamente.

Idalia perdió la alegría, no era eso lo que esperaba. El cómo había iniciado el día invitaba a una buena tarde. La tristeza se mostró en la joven embarazada.

Ese cambio no pasó inadvertido a Marco Coso.

—Hoy no podremos salir. Tengo responsabilidades. No me gustan, pero mejor ellos que nosotros.

—No te entiendo.

—Se trabaja sobre la base de que tanto el gobernador como en el fuerte Vetera nos dan por muertos, no recibiremos ni ayuda ni refuerzos. Los germanos han empezado a construir torres de vigilancia y asentamientos provisionales, nos preparamos para un asedio. El prefecto del campamento ha ordenado echar del fuerte Aliso a todos los esclavos y a todos los civiles que no sean ciudadanos romanos o familiares de los militares.

—Pero…

En esos momentos Idalia fue consciente de que entregarse y someterse a Marco Coso habían sido decisiones acertadas, pues sin su protección estaría tan muerta como todos los civiles que iban a ser expulsados. La conmoción fue tal que no cayó en la cuenta de que las autoridades castrenses del fuerte Aliso la consideraban una de los suyos, parte de la familia militar.

—Corre, pero no hagas ruido —murmuraba a la mujer.

Había abandonado a sus dioses y con ello tuvo que abrazar a otras deidades. Aun así, estaba convencido que su nuevo dios, Taranis, lo favorecía al hacerlo invisible a los asesinos. Se lo agradecería como se merecía si lograba acabar el día. La fémina le seguía por puro miedo.

Le costaba dejar atrás las imágenes que residían en su retina. Cientos de muertos, hombres degollados entre risas y torturas, mujeres y niñas violadas mientras eran asesinadas entre gritos de horror acompañados por otros de placer y lujuria.

La ira germana se tornó venganza con los civiles abandonados.

Estaba acostumbrado a la muerte y al dolor, pero eso era demasiado, superaba lo que podía soportar cualquier hombre civilizado.

—¿Sabes nadar?

—No, amo —pronunció aterrada viendo el agua que corría fuerte ante sus ojos.

—Tenemos que ir al otro lado, es nuestra única oportunidad.

—¡No puedo… amo, no puedo!

Al parecer, el miedo a morir ahogada inmovilizaba a la fémina de igual modo que lo hacía lo que dejaba atrás. La única alternativa que encontró su asustado cuerpo fue la quietud, cosa que aún la paralizó más.

Dos guerreros armados con lanza movían los arbustos intentando encontrar nuevas víctimas.

—No hay nada por aquí, ¡te has equivocado!

—Me pareció ver algo. —El germano bructero seguía escudriñando la orilla.

—Vamos, igual queda alguna para nosotros y nos podemos divertir un poco.

Visiblemente contrariados, abandonaron la búsqueda y marcharon.

En cuanto ambos se alejaron, en su escondite en un árbol cercano, el galo liberó la boca de la asustada mujer con gesto evidente de que evitara emitir sonido alguno, pues el peligro aún estaba próximo.

Tan pronto se sintió seguro quiso entablar conversación con la esclava, tenía que conseguir que esta abandonara su miedo si querían salir de allí con vida.

Aunque sabía su nombre, pues lo podía leer en la placa que portaba colgada del cuello, quiso preguntar por ello.

—¿Cómo te llamas? —Añadió a lo dicho un gesto de su mano indicando que hablara en bajo tono.

—Me llamo Besares de Hispania, amo.

—Puede que seas una sierva, pero yo no soy tu amo.

—Todos los hombres son amos, señor —afirmó sin un ápice de rencor o pena, era una verdad aceptada por ella.

—¿Quién es tu dueño?

—Si quieres contratar mis servicios tienes que contactar con Cedric el Helvio —pronunció como una cantinela repetida miles de veces.

—Ya sé que eres prostituta…

—Ofrezco todos los servicios pero estoy protegida, no puede dejar marcado el género, si hace eso mi amo se lo hará pagar caro.

Entretanto el galo pensaba cómo sacar de ese bucle a la hembra se dio cuenta de que ya no se oían los gritos de los desahuciados, de los dados por perdidos. La distancia los había alejado.

Varios de los expulsados se negaron a salir y lucharon contra su fatal destino, fueron ejecutados dentro del fuerte Aliso. Un grupo se quedó junto a las murallas rogando clemencia entre lamentos; pedían con humillación que por misericordia permitieran la entrada de sus retoños. Tal es el comportamiento de cualquier madre en la cercanía de la muerte de sus hijos. Ante la fatal expectativa no faltaron los que mataron a sus familias antes de suicidarse.

Cientos de ellos corrieron en todas direcciones en un intento de poder superar las líneas de los enemigos, pero nada pudieron hacer ante la jauría de germanos ávidos de venganza. Él, junto a esa fémina, eran los únicos que lo habían conseguido, al menos por ese lado. Dio las gracias, otra vez, a su nuevo dios y cuidador, Taranis, por su protección.

—¿No quieres saber nada de mí?

Tras un momento de silencio, ella se acercó a él y se atrevió a preguntar.

—¿Cómo se llama, amo?

—Puedes llamarme Aldahir.

Ni a la hispana podía decirle quién era, cualquier descuido le costaría la vida, y con una mala muerte.

—¿Dónde está el amo Cedric? Tiene que llevarme con él, será gratificado —añadió.

Era evidente que tenía instrucciones de que en caso de que se perdiera fuera llevada ante él. Como todo objeto, tenía un dueño.

—No lo sé —mintió—, ahora solo te puedo ayudar yo.

—¿Por qué me ayuda, amo?

—Te ayudo porque eres una mujer y tanto tú como yo tenemos derecho a sobrevivir.

—Yo no soy una mujer, soy una puta —afirmó.

Para el que decía que se llamaba Aldahir, estaba claro que el adoctrinamiento de la joven era profundo, lo tenía muy en el interior de sus pensamientos. En eso los romanos rozaban la perfección.

—¿Desde cuándo eres una esclava sexual?

—Desde... Desde que nací, el amo Cedric dice que las que somos como yo nacemos para esto. Mi madre también lo era y el amo Cedric dice que me abandonó porque no servía para nada más.

—No sé lo que decía él, pero te necesito para otra cosa.

La sorpresa de la hispana fue evidente, abrió los ojos y la boca en gesto inequívoco de que el galo no sabía lo que decía.

—¿Otra cosa? Yo soy una puta, ¡no sé hacer otra cosa!

—Sabes esperar despierta, ¿no?

—Sí, muchas veces lo hago después de un servicio.

—Y sabes decir lo que ves, ¿verdad?

—Sí, eso también.

—Pues para eso te necesito.

—Pero eso lo sabe hacer usted solo, amo.

—Si estoy dormido, no.

La muchacha calló esperando más instrucciones. A eso le habían enseñado, a escuchar a un hombre y a cumplir su voluntad.

—Desconozco cuál es tu culto, y cada uno da unas esperanzas. No sé cómo preguntar esto, pero ¿tienes miedo a la muerte?

—¡No me haga daño, amo! —Fue la temerosa reacción a la pregunta.

—No te voy a hacer nada, he dicho que solo yo puedo ayudarte. Has visto lo que ha pasado antes, hemos podido morir y aquí estamos. Tenemos que pasar al otro lado del río, es la única manera de que podamos salir de esta. Si no me acompañas, te matarán.

—Pero si marcho, el amo Cedric me dará una paliza.

Cogió a Besares de Hispania de la cabeza, obligándole a mirarle a los ojos.

—Tu amo está muerto, solo quedamos tú y yo, él no te puede hacer nada, ¿entiendes?

—Sí.

Había dicho que sí, pero en realidad no entendía, el temor a su amo podía con todo. No era capaz de olvidar de golpe el castigo y la dura disciplina que sufría desde su más tierna infancia.

El galo tenía, o mejor dicho, quería convencer a la hispana de que le acompañara. El sentimiento de culpa de anteriores actuaciones le obligaba a ello.

Decidió hablar a la fémina en el único idioma que por ahora podía entender.

—En estas circunstancias, y aunque no quiera, seré tu amo —sentenció.

—Mi amo es Cedric el Helvio —afirmó la muchacha sin ceder.
—¿Qué hacía tu amo si no le obedecías?
—Me pegaba palizas.
—¿Qué más?
—Me dejaba sin comer.
—Bien, tu amo está muerto, ahora eres mía, mi propiedad. No te pegaré porque dañaría mi mercancía. Te dejaré sin comer, me sale más barato.
Era evidente que Besares de Hispania estaba totalmente confundida, pero bajó la cabeza en total sumisión.
—Ahora calla la boca, no hagas ruido y quédate aquí, voy a buscar algo de comer para mí.

El castigo a la hispana era cierto, no comería, tan cierto era eso como que tampoco lo haría él, no tenían nada que llevarse a la boca. Aldahir bajó del árbol y se preparó para, con sumo cuidado, explorar la zona, ver la disposición del enemigo, buscar una zona fácil para cruzar el río y encontrar suministros y armas. Nada desconocido para él, pues había sido instruido para eso. El camino a seguir era fácil, acompañar al río Lippe hasta su encuentro con el Rin.

Le costó poco sorprender a un germano de los bructeros y, tras golpearlo con una piedra de tamaño medio, atravesar su cuerpo con su propia lanza. Rápidamente le quitó las pieles que lo cubrían, no quería que estas se llenaran de sangre. Registró al hombre por si tenía algo de valor pero no encontró nada. Aun así se dio por satisfecho, una lanza y unas pieles no eran un mal botín, al menos podría defenderse. Sin miramientos, llevó el cadáver al río y lo arrojó.
Era el momento de reunirse con la muchacha. No tenía ni idea de cómo la convencería para cruzar el río, pero tenía que hacerlo, sin ella las posibilidades eran menores.

Antes de llegar al escondite donde la había dejado, oyó el jadeo y las risas de burla de unos hombres. Su primer instinto fue el de huir y dejarla a su suerte. Pero no pudo, no le fue posible. No podía dejarse vencer otra vez por la cobardía.
Los dos guerreros bructeros estaban allí y de alguna manera habían descubierto a la hispana. Uno de ellos la estaba forzando entretanto el otro miraba en espera de su turno, no sin comentar jocosamente la situación. Hablaban en el idioma de los celtas, pero era obvio lo que sucedía.
El galo no esperó mucho, cuanto menos se lo pensara menos posibilidades habría de que la lacra que portaba en su interior se hiciera con su voluntad. Saltó sobre el primer germano clavándole la

lanza en el costado. Este sin embargo no cayó, se agarró al arma para intentar sacarla de su interior. Aldahir insistió e intentó introducirla aún más en el torso, pero era imposible. La lanza se bloqueó en el cuerpo de aquel germano, ni entraba más ni podía sacarla. En esos momentos estaba desarmado.

Decidió abandonar a su suerte a su primer objetivo y esperar la embestida del otro bructero. Había cometido una locura y la pagaría con su vida. Su única alegría era que ese primer enemigo pronto moriría. ¡Se había llevado a uno por delante!

Su enemigo se acercaba poco a poco con su arma, se sabía en ventaja y no tenía prisa. Si huía la lanzaría, y a tan poca distancia era imposible fallar para un guerrero mínimamente experimentado, y si permanecía quieto le pincharía sin compasión. El galo solo tenía las manos para defenderse. Ni que decir tiene que el bructero se ensañaría con él y le daría mala muerte, pues querría vengar a su compañero.

Nada de eso sucedió.

Besares de Hispania saltó por detrás abrazándolo. Esa maniobra dificultó sus movimientos a la vez que lo distrajo. Aldahir reaccionó rápidamente y corrió para impactar contra él, su única esperanza era quitarle el arma. Los tres cayeron al suelo y ambos hombres se enzarzaron en una lucha a muerte, no habría compasión. A corta distancia la evidente fuerza superior del germano no podía ser desarrollada totalmente, pues no tenía espacio para cargar sus puños con la longitud suficiente para causar más daño. Pero los bloqueos y los agarres cansarían antes al galo, así que pronto vería los fuertes brazos del bructero en su cuello.

Otra vez el resultado no fue el esperado.

Un cuchillo se clavó en el hígado del germano. Salió y volvió a entrar coincidiendo con un grito de dolor. Ninguno de los dos tuvo en cuenta a la mujer. Para Aldahir fue una bendición, para el enemigo su perdición.

Ambos bructeros acabaron muertos.

—¿Cómo estás? —preguntó a la muchacha.

—Me rendí, me ofrecí y les dije que no me hicieran daño.

—Ellos no entienden de eso, están encendidos.

—Les ofrecí mis servicios y me pegaron, aunque yo no me resistía me pegaron, el amo Cedric no está. Me… ellos…

—Solo yo te puedo ayudar, confía en mí. —Este estiró la mano hacia la muchacha.

—¿Por qué me ayuda si no quiere ser mi amo? ¿Para qué le valgo? ¿Para qué le sirve una cosa como yo?

—Antes te ayudaba porque te necesitaba, ahora porque te debo la vida. Además, todo hombre necesita una mujer.

—Yo no soy una mujer soy una…

No quería oírle decir eso. Levantó la mano en señal de que callara, ella por instinto obedeció.

—Para mí eres una mujer que además me ha salvado la vida. ¡Ven!

Sin más, la asió llevándola hacia él y la abrazó. Sintió en ella primero la tensión, y luego, la relajación. No pudo evitar pensar que quizás era la primera vez que un hombre la rodeaba con sus brazos sin otro deseo que calmarla y preocupado por su bienestar. Con su enorme cuerpo en comparación a la pequeña mujer, supo de la fragilidad de la hispana. Esa misma que hacía que todo el mundo hasta ahora hubiera abusado de ella.

Utilizó el puñal y con fuerza, y destreza, liberó a Besares de Hispania del collar y la placa que la identificaban como esclava. Sin dar más explicación, la dejó en el suelo.

—No quiero que digas de nuevo que eres una esclava sexual, desde ahora serás mi compañera. Te pregunte quien te pregunte serás la compañera de Aldahir, hijo de Aldahir, de la ciudad de Vorgium, y te llamas Dunia. Tu nombre completo es Dunia, hija de Darek de la ciudad de Vorgium, compañera de Aldahir. ¿Entiendes?

—No —contestó, sinceramente, la hispana.

—Repite conmigo: soy Dunia, hija de Darek de la ciudad de Vorgium, compañera de Aldahir —repitió lentamente.

—Soy Dunia, hija de Darek de la ciudad de Vorgium, compañera de Aldahir.

—Perfecto. Recítalo en tu cabeza, te lo preguntaré más tarde. Ahora voy a ver qué tienen esos y nos marcharemos de aquí, no podemos permanecer mucho tiempo, pronto empezarán a buscarlos.

Al mirar al segundo bructero no podía creer su suerte, pues encontró una bolsa de cuero con treinta denarios y veinte sestercios. Seguramente obtenida como botín de algún legionario muerto. Con tres lanzas, provisiones para dos días, varias pieles, dinero y un cuchillo, partieron de allí.

De nuevo tenía que dar las gracias a Taranis, estaban en la orilla del Rin y no habían tenido ningún otro encuentro con los germanos, sin duda era bendecido por el dios. Sin embargo, la tarea que le quedaba por realizar era enorme: cruzar el Rin. Esa noche pediría a su dios y protector. Decidió seguir río abajo alejándose de la zona de conflicto; tras medio día de marcha pararon a descansar y pasar la noche.

—Amo… —disminuyó el tono al ver que se había equivocado—. ¡Aldahir!

Besares de Hispania apremió a despertarse al galo.

—¡Sí!

Esta señaló a una barca que al parecer estaba pescando en el gran Rin. No cabía duda de que era una actividad peligrosa, pero probablemente tenía a una familia que alimentar.

No tardaron en llamar la atención al pescador. Este, por prudencia o miedo, se preparó para alejarse de la zona. Se lo pensó cuando vio la bolsa de dinero que llevaba Aldahir. El galo se dio las gracias a sí mismo por haber elegido quedarse con la fémina, pues como había imaginado dormirse era, primero, peligroso, y segundo, le ocultaba oportunidades.

Como era natural navegaron de noche, ni al barquero ni a él les interesaba que les vieran llegar. Pasar a esa orilla le había costado quince denarios, ¡era mucho dinero!, pero ya estaban allí. Tras un breve descanso decidieron continuar. Ahora tendrían que pasar por entre las torres y las patrullas de los soldados de Roma. Si hacían muchas preguntas, ante la ingenuidad de la muchacha, ¡estaban perdidos!

Al salir de la cobertura de los árboles, tal y como se temía dos soldados se les quedaron mirando.

—Ahora tengo que pegarte, tú finge que me dices algo y te paras con vehemencia. Yo entonces te pegaré en la cara, prometo no hacer daño.

—¿Qué es vehemencia? —Eran palabras complicadas para ella.

—Que esos soldados de ahí entiendan que no te doy permiso para parar y tú te paras.

Era nuevamente consciente de que Besares de Hispania no acabó de comprender lo que decía, pero tenía la esperanza de que le haría caso pues creía que se había ganado su confianza.

Tras pararse, el galo le soltó una bofetada intentando no hacer demasiado daño. Ella puso cara de estar dolida y siguió al galo.

Tal y como esperaba los soldados no intervinieron. No dijeron nada. Tan solo rieron ante el problema que tenía con la mujer. Seguramente le comparecieran.

—Hemos tenido suerte, se lo han creído. Hay una especie de pacto entre los hombres, no meterse en los problemas con las mujeres de los demás. Eso nos pasa a todos. Es un momento de intimidad y es muy difícil para cualquiera de nosotros entremeterse en esos momentos. ¿Entiendes?

—Sí.

—Bien, ahora iremos hacia el sur. Hacia Hispania, tu tierra. ¿De dónde eres? —Para él era importante, no quería ir a una zona en la

que pudieran conocer a la mujer.

—No lo sé, el amo Cedric decía que era de Hispania.

—Bueno, iremos hacia el sur, en algún lugar nos estableceremos.

La ahora llamada Dunia siguió medio paso tras el galo. Pero al avanzar parecía que tenía que aclarar sus dudas.

—Solo puedo pagarte tu ayuda con mi cuerpo.

—No quiero que me pagues con tu cuerpo.

—Entonces, ¿qué quieres de mí?

—Como te dije necesito a una mujer, yo también quiero tener mis propios hijos. Si quieres seguir conmigo, solo te pongo dos condiciones. Una, que me seas fiel, cuando llegue el momento solo te entregarás a mí, y dos, esperaré unos meses para tomarte, necesito saber si estás embarazada. Si tienes un bebé, no lo repudiaré, lo cuidaremos como si fuera mío, pero necesito saber si el hijo que pares es de mi sangre, eso es muy importante para mí.

—Sé obedecer a los hombres.

—No has de obedecer a los hombres, has de obedecerme solo a mí. Jamás te entregaré a ningún otro, ¿entiendes?

—Sí.

El galo tenía tiempo para ir cambiando la cabeza de la mujer. La fortuna los había unido, y estaban vivos. ¡Quién lo iba a decir!

—¿Aldahir?

—Sí, Dunia, hija de Darek de la ciudad de Vorgium, y mi compañera.

—¿No vamos a contar a los soldados lo que le ha pasado al amo Cedric?

—¡No! Los del fuerte Aliso nos echaron a las fieras, el maldito Lucio Cedicio nos abandonó, no les importaba nuestra muerte. Nos cambió por raciones de comida. ¡Que se apañen ahora!

Como no podía ser de otra forma, la mujer obedeció. Sin más, ambos se dirigieron hacia el sur, hacia su nuevo destino.

Aldahir creía que se merecía el castigo de vivir con una mujer sucia, con una de reputación manchada. Esa era como mínimo su pena. Los cobardes no merecen menos. La cuidaría, la vigilaría y la enseñaría a comportarse como una mujer decente. Al igual que haría con sus hijos, aunque uno de ellos fuese bastardo. Sacaría adelante a una familia que partiría desde lo más bajo, una esclava sexual y un desertor. ¡La peor mezcla de todas!

Su verdadero nombre era Fullo, un hombre libre de una aldea cerca de la ciudad de Rotomagus, al noroeste de la Galia. Había sido destinado esa campaña al ala del prefecto de caballería Vala Numonio. Parte de ella fue asignada a la escolta y vigilancia de los hombres que

se quedarían en régimen de hospedaje en el reino de Segestes, un rey de la tribu de los catos que permanecía fiel a Roma.

Indiferentemente de la voluntad o los deseos del soberano, el ala de caballería al mando de Arminio atacó a las tropas ahí destacadas. Fullo estaba en esos momentos de guardia, no pudo evitar dormirse y no advirtió la llegada de los traidores. Por eso ya merecía la muerte. Pero hizo algo peor. Tuvo la oportunidad de montar y salir raudo hacia sus compañeros advirtiéndoles del peligro. No estaba seguro de si hubieran podido impedir su aniquilación, pero habrían estado más preparados. Esa acción, no obstante, significaba su muerte, había decenas de jinetes a su alrededor.

Sus actos eran abominables. Faltó a su palabra a Roma, traicionó a sus compañeros, engañó a los hombres del fuerte Aliso diciendo que era tratante de pieles, y lo peor de todo: se traicionó a sí mismo. Era mucho más indigno que la muchacha hispana. Ella no había tenido oportunidad, pues su destino estaba sellado desde su nacimiento. Sin embargo, él sí había tenido la oportunidad de elegir una mejor opción: la del honor. ¡En esos momentos se despreciaba!

Besares de Hispania desconocía los problemas y los pensamientos del hombre que avanzaba ante ella, sencillamente le seguía. Su vida dependía de él, tal y como antes pertenecía a Cedric el Helvio. Estaba acostumbrada al maltrato, al hambre, a servir y entregar su cuerpo al varón. Aldahir le pedía unos servicios que nunca había realizado: preguntaría, pediría instrucciones, aprendería, se adaptaría y daría satisfacción y placer. Eso era lo que sabía hacer. La única diferencia era que el galo la quería solo para él, no la quería compartir, ¡eso no era capaz de comprenderlo todavía!

—«No eres digno de ser romano. ¡Varo! ¡Varo! ¿Dónde están mis águilas? ¡Varo! Espero que tu cuerpo esté insepulto, haya sido mutilado y que tu alma vague eternamente. ¡Varo! Devuélveme mis legiones. ¿Eres consciente del daño que has hecho a Roma? ¿Cómo me has podido fallar de esta manera? No eres digno de tu nombre. ¡¿Dónde están mis águilas?!»

Quinto Ostorio Escápula avanzaba por los pasillos de la residencia mientras oía los gritos desencajados del comandante en jefe de todos los ejércitos y primer hombre de Roma. Ensimismado en su preocupación, se cruzó con una presencia femenina seguida por un cortejo a la que saludó militarmente. No tuvo más remedio que hacerse a un lado para dejar pasar a Livia Drusila.

Nadie mejor que esta para consolarlo en sus lamentos.

—Esta vez has sido tú, Escápula. ¡Ahora tengo yo que arreglar tus desaguisados! —pronunció esta sin dejar de caminar.

—Son malas noticias, augusta.

—Siempre son malas noticias. ¡Pronto toda Roma estará preocupada!

—¡Augusta...! —intentó justificarse.

—Ahora lo dejáis solo y yo tengo que arreglar las cosas, ¡siempre lo mismo! —añadió a modo de queja.

Tras ella, los cuatro pretorianos togados que escoltaban a la primera dama de Roma se cuadraron ante su superior. Este hizo un gesto con la mano indicándoles que siguieran a la domina, pues esta no tenía intención de detenerse.

El prefecto del pretorio no pudo dejar de mirarla unos instantes: recta y pía matrona romana; no exhibía excesiva joyería ni vestidos pretenciosos; cuidaba personalmente a su domine, en ocasiones portaba ella misma el plato a la mesa, y tenía el talento suficiente para administrar su no muy lujosa casa del Palatino, quitando esas preocupaciones a Augusto. ¡Decían incluso que se elaboraba su propia ropa! Hablaba lenguas, dominaba la retórica y era capaz de seguir una conversación política. Todos sabían que el hijo del divino César escuchaba los consejos de su domina en la intimidad. Sin duda era un hombre afortunado y envidiado por todos.

Tras esa pequeña pausa se encaminó a su cometido.

Varo se había vuelto avaricioso, perezoso y descuidado. Más pendiente del ocio y la riqueza que del campamento y el auténtico servicio en la guerra. Por su inutilidad e incompetencia, Roma se encontraba en una situación de peligro.

Todo se había precipitado unas pocas horas atrás cuando el mensajero, diligentemente, entregó el mensaje.

—Vir eminentissimus, una misiva de Lucio Nonio Asprenas, ha comunicado que es de extrema urgencia.

Quinto Ostorio Escápula, experimentado oficial, no demoró la lectura. Tras esto saltaron las alarmas, se comunicó la situación al prefecto urbano de Roma, y la guardia pretoriana y las cohortes urbanas fueron movilizadas.

La situación era de extrema gravedad.

Toda una cohorte pretoriana siguió al vir eminentissimus y estaba preparada para todo. Se desplegaron cubriendo cualquier peligro e intrusión y los hombres más valorados, espada en mano, se dirigieron hasta su objetivo, proteger a toda costa, incluso entregando su vida, al augusto. Su misión era desarmar, o matar y eliminar si oponían resistencia, a los miembros de la guardia imperial germana. Eran principalmente de los bátavos y los ubios, pero eran germanos y no se sabía a quién rendían lealtad.

Ante la irrupción de las tropas, dieciséis escoltas germanos rodearon al Imperator César Augusto. Este, extrañado por la actuación de uno de los hombres en los que había depositado más confianza, pidió explicaciones.

—¿Qué es esto, Escápula?

—Mis respetos, augusto, la situación es la siguiente: los germanos se han sublevado; las legiones XVII, XVIII y XVIIII han sido destruidas. Roma ha perdido las tierras entre el Rin y el Elba. Los hombres que le custodian son germanos. Le pido que se deje escoltar, tenemos que llevarlo a un lugar más seguro.

El heredero del divino Julio César era un hombre de inteligencia demostrada, y supo enseguida cómo afrontar la situación.

—Austreberto, di a tus hombres que guarden sus armas. —Era ahora el turno de los pretorianos—. Llevadlos escoltados a sus cuarteles, Escápula, serás responsable directo si les pasa algo a estos hombres.

—Se hará su voluntad, augusto.

El prefecto del pretorio puso bajo la responsabilidad de Tito Didio, el tribuno de la II Cohorte Pretoriana, que los escoltas del Imperator llegaran sin daño alguno a los cuarteles que tenían al norte de Roma.

—¿Qué sabemos?

—Lucio Nonio Asprenas se ha desplazado al fuerte Vetera con la Legio I Germanica y la Legio V Alaudae. Ha desplegado tropas por la zona para evitar cualquier intento de rebelión al sur del Rin y ha

reforzado la vigilancia en los fuertes y las torres de la zona. También ha ordenado una operación de exploración y castigo, cortando ambas manos a todo varón que encontraron y quemando todas las instalaciones del otro lado. Ese ejemplo calmará a los que quieran unirse a los rebeldes. Según él, el siguiente objetivo de los sublevados es la Galia.

—Sí, tiene razón en eso. Es una forma correcta de actuar —reflexionó el Imperator.

—Pero ha debilitado Raetia y Noricum, augusto.

—No pueden comer cinco hombres en dos triclinia.

El ejemplo era claro, con las tropas disponibles no se podía cubrir todo el limes.

—Si Marbod cambia de bando tendremos problemas.

Ambos sabían que los marcomanos fueron capaces de establecer un poderoso reino que amenazaba al territorio romano. Druso el Mayor intervino con una gran victoria y acabó con la amenaza. En esos momentos el reino de los marcomanos era un estado cliente de Roma.

—Se está haciendo de oro con el actual pacto. No renunciará a la riqueza por una aventura. Ya me ocupo yo de los marcomanos.

—No sé cómo decírselo, augusto… —Era tan doloroso que no pudo encontrar las palabras.

Ambos sabían que hablaba de la vergüenza de la pérdida de las tres águilas.

—No tienes que hacerlo, lo sé. Ahora tenemos que actuar rápido para evitar tentaciones. Haremos lo siguiente…

Tras recibir instrucciones y con el Imperator bien protegido en su residencia, el prefecto del pretorio partió a cumplir con las instrucciones recibidas. Primero, comunicar a Tiberio la situación para que bajo su mando se desplazaran todas las tropas posibles desde Pannonia y Dalmatia hasta Germania y, segundo, hombres, ¡Roma necesitaba hombres!

Quinto Peto Canino, liberto de Quinto Peto Gellio, se encontraba en su modesto catre abrazado a su esposa. Vivía en ese momento del sueño en el que no eres realmente consciente, pero sí te embargan sentimientos. Disfrutaba del contacto del cuerpo de su fémina, del calor que recibía de esta. Su cara se encontraba apoyada en los revueltos y largos cabellos de su compañera. Aun en su entresueño, no quiso que esa sensación acabara.

Dos miembros de las cohortes urbanas entraron rauda y expeditivamente en su habitación.

—Vamos, perro, levántate, mea, lávate y ponte la túnica.

A la mujer ni la miraron, la llevaron a una esquina de la habitación

y la apartaron de su esposo. Semidesnuda, intentó taparse con sus manos las partes íntimas que dejaba al descubierto.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué he hecho? —preguntó entre sorprendido y asustado.

—No tengo ni idea —comunicó uno de ellos—, tenemos instrucciones de llevarte al Campo de Marte.

—¿Mi patrón…?

—¿Vas a venir voluntariamente o te obligamos? —añadió fríamente el mismo hombre agitando su vara reglamentaria.

Canino obedeció lo más rápido que pudo y fue acompañado a salir por ambos. Solo pudo echar una mirada a su asustada esposa, ni le dejaron despedirse.

En la sala principal de la casa estaba su patrón, con gestos de resignación y tan temeroso como él. Dos miembros de la guardia de la ciudad estaban a su lado por si tenía alguna objeción a lo que estaban haciendo. Evidentemente, la prudencia hizo que guardara silencio y aceptara como mal menor el que se llevasen por el motivo que fuera a su fiel servidor.

En el exterior se encontraban no menos de veinte hombres escoltados por un número similar de miembros de las cohortes urbanas. Todos ellos fueron dirigidos y guiados con varas como si fueran ganado hacia las afueras de la Urbe. Con el tintineo de los cascabeles colgados en los cinturones de los miembros de las cohortes urbanas, Canino fue llevado a su destino. Nadie osó interponerse, pues ese ruido tan característico avisaba de la presencia de la guardia de la ciudad antes siquiera de verlos con los ojos.

Sin saber por qué se vio en una de las explanadas del Campo de Marte.

—¡Silencio!

El primero de los hombres que preguntó fue golpeado contundentemente, no por una vara urbana sino por la vitis de un centurión. Nadie más se atrevió a dar queja.

Como la mayoría de ellos, Canino no encontró humillación en ello pues era la vida normal del siervo. Aunque ahora no era un esclavo, no hacía tanto que lo había sufrido en sus propias carnes. Así que esperó a que los que mandaban, como estaba acostumbrado, decidieran sobre él.

Uno de los militares habló. Como no podía ser de otra forma todos prestaron atención, pues querían saber de su futuro.

—Bien, sois nuevos libertos. Eso desde vuestro punto de vista es ser más que un siervo, ¡felicidades! Ahora, desde mi punto de vista no sois nada. —El que hablaba no pudo evitar una sonrisa con sorna—.

Así que hemos decidido que al menos seáis útiles a Roma.

Hizo una pausa, no se sabe si para regodearse ante la preocupación de los allí presentes o para dar importancia a las palabras que pronunciaría a continuación.

—Por deseo del Imperator Augusto Cayo Julio César Octaviano, sois reclutados para servir a Roma en el ejército. Esta misma tarde partiréis hacia el norte junto a los demás hombres de vuestra unidad. Desde este momento pertenecéis al ejército y las reglas de juego son las del combate, ¡Roma está en guerra! Cualquiera que abandone esta explanada será ejecutado de manera inmediata.

Canino no podía creer lo que estaba oyendo.

Tras una semana, cinco mil libertos de la ciudad de Roma ataviados con ropa castrense se encontraban en marcha a la altura de la ciudad de Arretium. Los oficiales, todos ciudadanos romanos, disponían de caballos y los nuevos militares disponían de sus pies y sus nuevas sandalias militares. Los soldados y suboficiales, tal como dictaba la ley, habían sido divorciados legalmente. Aun así, miles de mujeres e hijos seguían a sus esposos hacia su destino. Aparte de los lazos afectivos que tuvieran algunos, ellos eran su sustento, su única esperanza de supervivencia.

No pocos de esos civiles, los más débiles, se quedaron en el camino.

VIII – Misión, fuerte Aliso.

La expulsión de los no ciudadanos, los esclavos o los civiles no dependientes directamente de militares no sentó bien en el fuerte Aliso. Muchos creían que era necesaria, incluso imprescindible, menos bocas que alimentar y en consecuencia los víveres se alargaban en el tiempo. No obstante, los padres no dejaban de ver los temerosos ojos de sus mujeres no oficiales y los de sus hijos ilegítimos, pues temían ser los siguientes. Cada uno de esos hombres llevaba en sí la mirada de miedo, a veces incluso llanto, de aquella mujer que sabe que está en peligro y que su protector tiene que irse a cumplir con su obligación. De esas que te dice que quizá sea la última vez que te vea. Ellos eran conscientes de que Augusto había emitido un edicto en el que tenían expresamente prohibido casarse y sus mujeres eran consideradas concubinas, poco más que amantes si eran mujeres libres, o algo peor si eran esclavas. Nada legal las unía a esos hombres. En realidad solo eran consentidas por la voluntad de los oficiales, si estos decidían cambiar de opinión se produciría el desalojo.

Para agravar la situación, se corrió el rumor de la expulsión de muchas de ellas y de que solo los hijos varones quedarían con sus padres. El revuelo fue considerable y el ambiente se tornó insoportable. Los hombres con responsabilidades familiares se mostraban recelosos de los que no las tenían, pues sin duda estos serían los ejecutores cuando las órdenes fueran dadas por los oficiales. Incluso hubo enfrentamientos que fueron castigados duramente, tal era la costumbre de la disciplina militar.

Por más que los oficiales juraran la falsedad de los rumores, lo cierto era que la mayoría de ellos tenían a sus mujeres en sus ciudades o bien protegidas al otro lado del Rin, y que los soldados habían visto hacía poco la expulsión de parte de los civiles. Además, lo importante era la plaza, que no cayera el fuerte Aliso. Una nueva exposición de civiles volvería a alargar los suministros. ¡Un padre no puede ver así a la que considera su familia! No es moneda de cambio. ¡Todo padre vivirá y matará por sus hijos! Temían que durante una guardia o tras un servicio los suyos fueran expulsados sin su conocimiento.

A esa situación se tuvo que enfrentar Lucio Cedicio, que como hombre experimentado en el pensamiento castrense, pues era militar de los pies a la cabeza, logró una buena solución. Sin dejar los recelos, los ánimos se calmaron bastante cuando los civiles fueron trasladados desde los barracones donde estaban ubicados a otros donde vivirían junto a los padres de familia. La proximidad, el saber dónde estaban los suyos y el hecho de que unos padres velaran de los allegados de otros en ayuda mutua, tranquilizó la situación.

¡El cuerpo famélico se manifiesta con prontitud! Las primeras afectadas fueron las madres. Como siempre, las mujeres cedían parte de su sustento a los frutos de su vientre. Tras ellas lo estaban sufriendo las hijas. Pronto la necesidad llegaría a los varones, para afectar al final a los primogénitos. Tras eso los padres dejarían de comer, y sin hombres en las murallas el fuerte caería.

El problema era menos apremiante para los oficiales y los pocos de sus familiares que vivían en la fortaleza. Aun así se tenía que intentar solucionar lo antes posible, pues el orden y la disciplina a medio plazo sería difícil de mantener y costaría la vida a muchos hombres. Las opciones eran simples: morir por inanición, encontrar suministros o abandonar la fortaleza. Aunque esta última opción cada vez era más difícil, pues si se seguía en esas condiciones los debilitados cuerpos no podrían con el esfuerzo de una hipotética marcha.

El responsable de la VI Centuria de la III Cohorte de Aliso fue convocado por Lucio Cedicio.

—Salve, mi prefecto, me presento según órdenes.

—Salve, centurión, eres tan consciente de la situación como yo, ¿verdad?

A Marco Coso se le sobrecogió el cuerpo. Aunque era oficial no era ajeno a los rumores, no en vano tuvo que disciplinar a sus legionarios por conflictos entre hombres con responsabilidades familiares y los que no las tenían. Así que ante sus ojos se presentaba una disyuntiva sin solución: desobedecer una orden o un juramento a Júpiter, el Mejor y el más Grande. Tendría que decir no a su superior o expulsar a Idalia y al hijo de Cneo Vitruvio del fuerte. No podía romper un juramento al Dios Supremo. Eso llevaría a la ira al ser divino. Era imposible de aceptar para un hombre pío que respetaba el pacto con los dioses y las costumbres de los antiguos. Prefería la muerte a faltar la palabra a Júpiter, el Mejor y el más Grande.

Si le ordenaba deshacerse de la germana tendría que pedir clemencia, explicarse y negarse. El prefecto lo entendería o no. En ambos casos su carrera militar se habría acabado. Con mucha suerte podría optar a vivir como legionario raso. Ese era el mal menor, todos sus sueños se habrían truncado pero conservaría el favor del más grande de los dioses y cumpliría la promesa a Cneo Vitruvio. No se engañaba, lo más probable era que acabara muerto.

En esas pocas semanas había observado que Idalia intentaba hacer las cosas más fáciles. Cierto era que en la intimidad se tomaba libertades impensables para una domina romana. Ella nunca sería la mujer que él hubiera querido, pero era igual de cierto que él tampoco

era lo que ella quería. Sin embargo, su relación en esos momentos era como cualquiera de los matrimonios de conveniencia de Roma: el domine tenía que domesticar a la domina para que se comportara tal como este requería.

Intentando controlar la tensión que sentía y venciendo la rigidez de su cuerpo, asintió al oficial.

—Bien, te he llamado porque confío en ti y te voy a encomendar una misión de exploración muy importante.

No le obligaba a deshacerse de Idalia, pero le mandaba a un suicidio. Él mismo vio cómo se le relajaba el cuerpo, ¡no le extrañaba, la muerte era un enemigo conocido! Fue consciente a su vez de que Lucio Cedicio lo había elegido pues era el centurión más prescindible de todos los que había en esos momentos a cargo de centurias legionarias, nada tenía que ver con la confianza.

—A sus órdenes, señor, dígame qué necesita.

—Tienes que salir ahí fuera y observar a los germanos, como estamos en territorio enemigo te llevarás a Keiler… ¿Algún problema con eso?

—No, señor, no tengo nada que decir si es de su confianza. —Intentó que sonara lo más profesional posible.

—Es de mi confianza, pero eso no es importante, hay que ser precavido. Ponle vigilancia por si acaso, ante la menor duda de su lealtad lo matas.

—Así se hará. —Lo dicho por su superior no era nada tranquilizador, pero una orden directa es incuestionable.

—Elige a cuatro hombres más de tu confianza o que creas que puedan ser útiles. Te aconsejo que te lleves un par de arqueros profesionales. Tu misión es determinar las instalaciones enemigas a ambos lados del Lippe: número de tropas, tipo, rutinas, relevos en las guardias, atalayas y torres; y todo lo que creas necesario comunicarme.

—Así se hará, señor, ¿de cuántos días dispongo?

Lucio Cedicio se lo pensó antes de contestar. Al final decidió que era una pregunta de difícil respuesta.

—Tú estarás fuera, las cosas las verás con tus ojos. La información que traigas es de suma importancia. Reúne todos los datos que puedas y cuando creas que es suficiente vuelve. Dicho esto, ya sabes que no disponemos de mucho tiempo.

—Pondré mi mejor empeño, señor. ¿Cuándo quiere que partamos?

—Esta misma noche.

—Semper et ubique fidelis, mi prefecto.

—Semper fidelis, centurión, que Fortuna te sea favorable.

Marco Coso agradeció el deseo de su superior con un fuerte saludo

militar y salió raudo del despacho, no podía perder tiempo. No tardó en decidir a qué hombres elegir, y estos fueron convocados para esa noche en la muralla sur de la fortaleza.

—Toma.

Ni saludó, solo ofreció queso y pan.

—¿Tú ya has comido? —preguntó interesada.

—Tú lo necesitas más que yo.

Idalia sabía que en esos momentos disfrutaba de una situación de privilegio, muchas otras pasaban hambre. Agradecía estas cesiones de alimentos, no solo por ella sino por el ser que crecía en sus entrañas. Añadir a eso el recuerdo del estómago vacío, la impotencia y el desespero le hacía revolverse por dentro, su experiencia pasada le provocaba valorar en sumo esas concesiones. Marco Coso era tosco y poco cariñoso, y aunque su relación tenía origen en un juramento, en verdad estaba haciendo un gran esfuerzo por procurar salud y protección.

—Gracias, sé que soy una carga para ti, pero… —afirmó intentando ser agradecida a su benefactor.

—Sí, lo eres, pero eso no es lo importante. Tengo que hacer lo que tengo que hacer. Yo también veo que tú estás intentando no molestar demasiado —pronunció secamente.

Se había acostumbrado a ese carácter, y aunque le molestaba procuraba no expresarlo en el rostro, pues en ese caso la reacción del centurión se acentuaba más al considerar que se minaba su autoridad.

—Cúbrete la cabeza, tengo que pedir protección a mis dioses tutelares —ordenó.

Antes de empezar, como indicaba la costumbre de los antecesores, el centurión se purificó con agua clara.

—«Dioses tutelares, sed condescendientes con su lengua».

Marco Coso había advertido a Idalia que estas palabras no eran más que una petición de comprensión a las divinidades, pues ella no era conocedora de los ritos religiosos romanos y por ese motivo podría decir algo que ofendiera a los dioses, con ello les informaba de que ella no actuaba así por ofensa sino por ignorancia.

—«Padre Jano, bendito seas al comienzo de esta nueva misión, ofreciendo este incienso te pido que seas benévolo y propicio conmigo y con los que dependen de mí. Santísimo Genius de nacimiento, te pido humildemente que me ayudes en este día y seas benévolo conmigo y me protejas de todo mal. Para eso te ofrezco este vino. Así sea».

Idalia guardó respetuoso silencio y esperó a que el centurión

perdiera el rostro de la concentración. En cuanto este descubrió su cabeza y dio por finalizado el rito no pudo evitar calmar sus dudas.

—¿Qué misión?

—Esta noche saldré en una partida de exploración, el prefecto del campamento quiere información para decidir los siguientes pasos.

Esas palabras le provocaron que el cuerpo le diera vueltas y que el suelo desapareciera bajo sus pies. Tras eso le vino el sentimiento de vergüenza. Cuando era niña y su abuelo le enseñaba a usar las armas se creía la más valiente de las mujeres de su aldea, ¡la más rápida y hábil de todas! Ningún guerrero enemigo tocaría a sus amigas ni a los niños de su aldea, pues ella sola los mataría a todos. Eso ahora era un vago recuerdo. Se había convertido en una mujer débil y asustada, su carácter había perdido su fortaleza y era un vago e inútil recuerdo que solo le provocaba sonrojo.

Notó un movimiento en su interior.

—Ven —animó al centurión a acercarse.

Le cogió sus fuertes manos. Estas temblaron un poco al ver su destino, quizá temían hacer daño con la combinación entre la fuerza y la torpeza. Una vez en la barriga, el bebé, como guiado por el instinto, decidió moverse.

—Es el hijo de Cneo pero te reconoce como a su padre —sentenció Idalia.

Con todas las inseguridades que un romano suele tener en estas circunstancias, pues es desconocedor de todo lo que tiene que ver con las tareas de las mujeres, esperó otro ligero movimiento del feto.

—Golpea en el lado derecho, ¿verdad?

—Sí, lo hace.

Idalia, como mujer, vio crecer un vínculo entre el enorme hombre que tenía en frente y el pequeño ser de su interior. Fue la primera vez que se produjo empatía en la pareja. El bebé era deseado, por ella, como madre y naturaleza, y por ambos, porque era lo único que les quedaba de Cneo, el más virtuoso de los romanos.

—Será un niño, lo prefiero así. Ya sabes que los quirites queremos siempre varones, pero en este caso no es por eso.

—Lo sé, Marco.

—Da algo de sonrojo considerar qué insignificante es el origen del hombre. Mi madre me contó que una vecina perdió a su bebé por el olor que produjo una lámpara al apagarse. Así nacen los soldados y los generales. Todos nosotros estamos rebosantes de orgullo, pero pudimos morir por tan poca cosa. Todavía hoy puedo morir por una causa mínima, como por atragantarme con unos frutos secos o por una simple caída. Hay que ser siempre consciente de la fragilidad humana. ¡No sé cómo las mujeres queréis traer niños a este mundo! —reflexionó en voz alta Marco Coso.

—Porque en cada parto nace una madre. De cada rincón de nuestro cuerpo salen recursos para concebir al bebé. Nosotras somos creadoras de vida, esa es nuestra misión. Ese es nuestro papel en la naturaleza, Marco. —Tras un largo suspiro declaró—: Yo solo soy una carga para ti, la consecuencia de un juramento, pero este bebé te llamará padre. Buscará cómo ser en ti.

Como siempre, antes de abandonar su habitación Marco Coso observó si el catre estaba hecho.

—Volveré para deshacerlo.

—Ve con cuidado —deseó ella—, necesito que vuelvas.

—Como te dije aquí podemos ser sinceros el uno con el otro. El hombre temeroso no sabe estar solo. Para mí la valía se sabe por la cantidad de soledad que es posible soportar. A nadie le enseñan a estar solo, es un aprendizaje propio. Ser solitario, y por lo tanto un hombre tal y como yo lo veo, es cosa de fuertes de espíritu. Además, no tenía ninguna intención de comprometerme con nadie, mi vida militar es peligrosa y no quiero tener nada en lo que pensar cuando esté en peligro. No quería tener obligaciones que condicionaran mi comportamiento. Eso ahora no es así. No tengo otra opción que cumplir mi juramento y no tengo ninguna intención de dejar de vivir. Eso me obliga a responsabilizarme de ti y del hijo de Cneo Vitruvio, y así será. Lo que no sé es si eso es bueno para ti.

—Sigo viva y el hijo de Cneo también, eso es por ahora lo importante.

—Es cierto, tengo que marchar, pero como veo que te tomas en serio lo de la sinceridad te confesaré una última cosa: eres la única mujer a la que no me impongo por la violencia, tomo a cambio de sestercios o violo. Sé que aunque yo te presionaba tú elegiste entregarte a mí por voluntad propia. Es por eso que eres digna de dormir en mi catre. Te falta mucho que aprender para ser una buena domina pero también sé, no me preguntes cómo, que fuiste fiel a Cneo Vitruvio y que también lo serás conmigo. Tu cuerpo no será disfrutado por ningún otro hombre. Eres la única… no romana, de la que pienso tal cosa.

Sin más, marchó.

La visión de la sexualidad que tenía la germana era diferente. El hombre es el que posee la fuerza y la ejerce en todos los aspectos de la vida. No podía negar que en ocasiones se imponían a ellas y conseguían saciarse. Sin embargo, la mujer disfrutaba de cierto control sobre su vida y sobre su cuerpo. Nadie entendía como ofensa que una celta de su aldea disfrutara del cuerpo de los hombres. ¿Había quienes ejercían la prostitución? Sí, las había, pero no eran despreciadas ni

maldecidas. Ni tan siquiera el hombre que disfrutaba de ellas las veía diferentes, sencillamente esas mujeres tenían un rol en la sociedad.

Era muy penoso cómo su protector veía a las féminas. Se decía que para los romanos la relación con la mujer era siempre de poder y sumisión. Que se basaban en el control de la sexualidad, y que estas estaban siempre en una posición de subordinación. Sin embargo eso no lo vio en Cneo Vitruvio. Ciertamente, él llevaba siempre la iniciativa y era quien ejercía el control sobre el acto sexual, pero nunca desde la violencia ni desde la imposición. Su amado no solo buscaba en la penetración el saciar su deseo, se preocupaba por ella, por sus sentimientos y por su bienestar. No la quería pasiva, llevaba el control pero la dejaba participar. Idalia sabía de su papel de dependencia, pero eso no era utilizado en el acto con imposición.

Marco Coso veía a toda hembra como una prostituta romana, como algo sucio e impuro. Había aprendido su relación con las mujeres desde la represión, la manipulación, la violencia y el chantaje. En ningún momento se preocupó de ellas ni de sus sentimientos. Sencillamente eran cuerpos en los que calmar sus instintos y desfogarse. Tras eso, tras el uso, las desechaba. Para él la mujer está solo al servicio del hombre. ¿Todos los romanos empezarían su experiencia sexual con fulanas? Desde su particular visión de la prostitución, ¿eso no les llevaba al prejuicio? ¿Las veían, tras eso, a todas así?

¿Era por eso que la quería ver, o convertir, en una domina? Cneo Vitruvio se lo había explicado: «Por domina entendemos la que no vive deshonestamente; porque las costumbres distinguen y separan de las demás mujeres a las dominae; nada importará que seas casada, o viuda, o que seas ingenua. Porque ni las nupcias, ni el nacimiento, sino las buenas costumbres hacen a la domina. Ser íntegra, tener un comportamiento irreprochable y sencillo, y sobre todo ser casta y pertenecer a un único hombre, eso y solo eso, hace a una mujer respetable ante su domine».

Idalia sintió mucha tristeza de lo dicho por Marco Coso. Para él solo había un tipo de mujer respetable. Que ella hubiera sido la única en toda su vida que le hubiera entregado su cuerpo por propia voluntad era muy doloroso. Para él sería una situación nunca vivida. ¡Realmente turbador! Desde la empatía de una mujer en los sentimientos de los demás, no podía abarcar el vacío y la soledad que habría en el alma del centurión, era para ella imposible.

Aun así, se había ganado en parte el respeto del centurión. Lo único que la consolaba era que confiaba en ella y sabía que sería fiel, eso era un principio. Así pues, no podía hacer nada para que perdiera esa opinión sobre ella y la viera impura. No tena más remedio que

adaptarse a esa manera de ver las cosas. Podría contenerse en el aspecto de la fidelidad o en el sexual, pero había otras muchas cosas que desconocía del comportamiento de la domina romana. Ella era como era, una guerrera celta, y algunos instintos son muy fuertes.

VIIII – Explorando, orillas del Lippe.

Tras tres jornadas de tormenta en las que no se vio ningún enemigo y lo único que les preocupó fue que el agua era constante y molesta, llegó un día de calma. Ya habían identificado dos líneas de torres y atalayas enemigas, y ahora estaban frente a una tercera. Ciertamente los sistemas de vigilancia y defensa anteriores eran de poca entidad. Los germanos eran conscientes de que no tenían que dedicar muchos hombres para evitar la salida de los romanos del fuerte. Cuando un vigía viera a alguien abandonando el fuerte Aliso tan solo tenía que hacer sonar su cárnix, una trompeta de bronce suspendida verticalmente y con la campana en forma de cabeza de jabalí, parecido al que usaban los galos. Al oírlo los germanos saldrían de todas partes.

Lo que veían ahora era sin duda diferente. Sabían, además, por los cálculos del centurión y por la experiencia del explorador de los ubantes, que el río Rin estaba a poco menos de cuatro horas de marcha militar.

—No podemos pasar por aquí, ¡nos verán! —susurró Marco Coso.

—Creo que tiene razón, señor —confirmó Keiler.

—Es la primera vez que veo que tu pueblo hace una cosa así.

Los germanos habían cavado un pequeño foso, no muy profundo, y tras él habían construido una empalizada. Cada cierta distancia disponía de pequeños y estrechos accesos por donde atravesarla. Evidentemente estarían controlados por guardias. Con un foso más profundo, una muralla más elaborada y puertas, sería una construcción romana.

Ambos hombres hacía tiempo que seguían esta estructura y vieron que era prácticamente imposible rodearla, pues obligaría a introducirse cada vez más en territorio enemigo y dejar el río.

—No es mi pueblo, señor, yo soy celta de los ubantes y esos son queruscos, cauchos y catos.

—¿A qué puede deberse? —El centurión obvió el comentario de Keiler.

—Nunca he visto eso, señor, no sé qué decirle.

Una cabeza apareció desde el otro lado de la empalizada y ambos se agacharon.

—Tenemos que ver qué hay al otro lado —opinó.

Eso fue contestado por el explorador germano señalando a uno de los árboles que se situaba no muy lejos de ellos, más alto que los demás y con suficiente hoja como para poder pasar inadvertidos.

El mismo centurión subió al árbol, y con la máxima de las cautelas observó lo que había al otro lado. Era sin duda preocupante. No era

capaz de entender el motivo de la larga empalizada, pero sí lo era que al otro lado había un campamento con no menos de mil germanos.

Bajó al encuentro de Keiler con el convencimiento de que no podrían dar un rodeo tan grande como para sobrepasar la empalizada, y que solo podrían superar ese lugar atacando y eliminando a los enemigos allí apostados.

—Veo, señor, que no es bueno lo que ha visto.

—Hay muchos germanos y solo podemos salir luchando.

—Le he visto luchar, eso no es problema —aseguró con sinceridad el guía ubante.

—No, no lo es, pero que se escape uno de estos hombres es fácil y que pida refuerzos también.

Marco Coso permaneció observando un poco más, todo dato era importante: guardias, cambios, tropas de refresco, tráfico de personas y suministros.

—Señor —pronunció en voz baja Keiler.

—¿Sí?

—¿Quién tiene la orden de ejecutarme si creen que traiciono a Roma?

La pregunta era lógica y como todo padre seguramente sufría más por lo que podría pasarle a su familia que por él mismo, ¡por bárbaro que fuera! Aunque eso último no lo podía asegurar.

Con mirada fría y dura, la misma que utilizaba cuando disciplinaba a los legionarios bajo su mando, contestó al germano.

—Yo, Keiler, si se la doy a uno de mis hombres y falla, tendría que disciplinarles o hacerles algo peor.

—Entiendo.

—No sé si lo entiendes. Soy un centurión con poca experiencia, pero como optio tenía que leer a los hombres. Tú no tienes intención de traicionarnos. Pero tu pueblo puede obligarte a ello. Seguro que tienes padre, hermanos, hermanas y madre que aún siguen vivos. Pueden aprovecharse de eso. La familia es un problema para los que nos dedicamos al oficio de la guerra.

—Si no confía en mí, ¿por qué me ha traído con usted?

—Por deseo de Lucio Cedicio.

Tras eso indicó que marchaban al encuentro del resto de los hombres de la partida de exploración.

Al principio el centurión se encontraba molesto por tener que esperar a sus hombres. Tras eso, se armó de paciencia. Si bien, al pasar el tiempo empezó a preocuparse de veras. Ninguna de las otras dos partidas regresaba. Todo eran malas sensaciones, el militar que llevaba dentro sabía que algo les había sucedido a sus hombres.

—¡Señor! —El guía le apremiaba.

Las malas impresiones se convirtieron en realidad cuando Keiler descubrió el cuerpo de uno de los legionarios. La espada corta no tardó en salir de su vaina. El ubante permaneció presto a que el centurión diera el siguiente paso.

—¿Puedes saber por las heridas qué tribu ha sido?

—No con toda seguridad, pero parece hecho con frámeas.

—¿Las lanzas de los queruscos?

—Sí, señor —aseguró el guía de los ubantes.

—Bien, vamos a desplegarnos y busquemos al otro hombre. Ve con cuidado, nos volveremos a encontrar en la zona de la roca con forma de cabeza de oso en la orilla del río Lippe.

Tras encontrarse en el lugar acordado y actuando según la información transmitida por Keiler, ambos se dirigieron hacia donde los germanos detenían al otro hombre que formaba la partida de exploración.

—Señor, cuatro queruscos y dos cauchos, están esperando el momento adecuado para el sacrificio —susurró.

—Los de tu pueblo sois unos bárbaros, sacrificar humanos es una abominación.

El guía hizo caso omiso a la queja de su oficial e intentó ser útil.

—Yo soy un ubante, para ellos un aliado. Puedo sorprenderlos y eliminar a uno o dos. Tendrá que fiarse de mí, es la única manera de salvar a ese hombre.

Marco Coso asintió al germano, pero no pudo dejar de añadir lo evidente.

—Quedarán dos para cada uno, y no portamos escudo para nuestra defensa. Como alguno logre alcanzar a uno de los suyos tendremos problemas.

—Sí, es cierto, usted decide, señor.

Por duro que fuera, lo lógico era abandonar a ese hombre, lo importante era la misión y los que había en el fuerte Aliso, pero una cosa era que lo mataran y otra ver cómo era sacrificado a un dios bárbaro. No podía permitirlo, pues era un hombre piadoso.

—Tenemos que intentar salvarlo —deseó el oficial; eso, como no podía ser de otra forma, fue tomado como una orden.

Keiler miró entonces a su superior y suplicó por los suyos.

—Señor, si no salgo de esta y usted sí, le pido que salve a mi compañera y a mi primogénito. Que ellos no paguen lo que ha hecho mi pueblo.

—Germano —respondió sinceramente—, no puedo prometerte lo que no está en mi mano. Hablaré a tu favor, es lo único que puedo hacer. ¿Atacarás a los tuyos para salvar a un romano?

—No son los míos, señor, ellos son queruscos y cauchos y yo soy ubante. Ya sabrá cuándo intervenir, tiene experiencia de sobra para ello.

—¿Si fueran ubantes, lo harías? —insistió el oficial.

—¿Si fuera su familia, mataría a un romano?

—Sí, claro, pero yo soy civilizado —aseguró, dejando claro que era moralmente superior.

—Por poco civilizado que sea, señor, mataría y me dejaría matar por mi hijo. Es sangre de mi sangre, la mejor parte de mí.

Marco Coso alzó la mano para acabar con la conversación, nunca vería a un germano como a un romano y aún menos a los ubantes, habían traicionado a Roma.

—Haz lo que tengas que hacer, te juro que si algo te pasa hablaré de tu actuación al prefecto del campamento, pero como te he dicho la decisión sobre el futuro de los tuyos no es mía.

Keiler se acercó a esos hombres con la sonrisa en la boca hablando en, para el centurión, la lengua de los incivilizados. Se sentó con ellos y entabló una conversación. De vez en cuando miraba al prisionero, comentaba algo y todos se unían a su broma. Sin duda se estaba ganando su confianza. Tanto era así, que el oficial empezó a dudar creyendo que en verdad los estaba traicionando.

Cuando uno de esos queruscos, en plena confianza, se giró, encontró el puñal del ubante en su garganta. Su cuello fue cortado sin dificultad, saliendo de él sangre a borbotones. Otro de ellos fue atacado en el estómago, recibió dos estocadas antes de que los demás pudieran reaccionar, emitiendo un alarido que se tendría que oír hasta el inframundo.

Al descubrirse, la situación llegó a lo que esperaban, cuatro germanos en guardia contra ellos dos. Se había acabado el factor sorpresa. Además, si se demoraba la situación, cualquier enemigo que escuchara al herido se acercaría a curiosear, añadiendo más efectivos en su contra.

Marco Coso lanzó su espada corta contra uno de los cauchos, logrando herirlo en uno de sus brazos. No sentía desesperación ni miedo. Ese era para él su estado natural, jugándose la vida tras el hierro de su espada. Imaginaba a ese bárbaro desangrándose por una profunda herida de su arma. Eso le envalentonaba.

Su ímpetu logró su objetivo, la clavó en el estómago de su enemigo girándola dentro. Era como si se enlenteciera el tiempo. Notaba en su mano el esfuerzo de su afilado filo introduciéndose en la carne. Cómo se abría camino a través de las fibras y cómo poco a poco el cuerpo ofrecía más y más resistencia. Era perfecto conocedor de las características de su espada corta y de su poder de penetración. Le

hubiera gustado seguir apretando, pero corría el peligro de que al introducirse demasiado y al ser atrapada por los músculos y las vísceras esta no pudiera salir con facilidad, perdiendo un precioso tiempo que sería vital para atacar a otro objetivo. Así que cuando la introdujo lo suficiente la giró, en un movimiento ensayado miles de veces, haciendo así la herida más grande y facilitando a la vez la salida de su arma y la del líquido vital. Ese salvaje estaba muerto. Tras perder sangre a raudales, acompañada de agonía y gritos, tal como le sucede al cuello del cerdo en la matanza, su interior se helaría y moriría entre merecidos dolores. En un intento fútil de evitarlo intentaría taponar el boquete con sus propias manos, pero no tenía remedio: estaba sentenciado. Lo había visto una y otra vez. Se sintió de nuevo agradecido a su espada corta legionaria, el arma más mortífera jamás inventada. La que había matado a más hombres. ¡Orgullo de Roma y del ejército romano!

Allí dejó al desahuciado, había vengado a su hombre caído. ¡El padre Marte se sentiría orgulloso! No tenía tiempo que perder pues había más hombres que batir, el dios de la guerra y la venganza obtendría más satisfacción ese día. ¡Se sentía vivo!

No tuvo la oportunidad de intervenir más, varias flechas salieron desde su espalda, abatiendo y alcanzando a sus oponentes. Dos cayeron al instante, y el otro al ver que ahora estaba en franca desventaja intentó huir. Solo logró sobrevivir unos metros más. Marco Coso sintió a la vez alivio y enfado. Lo primero, porque sus otros dos hombres estaban vivos, y lo segundo, porque no había podido seguir luchando.

—¡Señor! —Keiler le señalaba al prisionero, lo habían matado.

Se maldijo, pues a pesar de su intervención su hombre no pudo ser salvado. Sin más, se acercó a los hombres que aún moribundos luchaban por conservar la vida, y uno a uno les fue cortando el cuello como aquel que corta un filete. Asegurándose antes de ir a por el siguiente que las venas principales que circulaban por la garganta habían sido seccionadas. No le importaron ni los lamentos ni las miradas de terror ni las súplicas. Esos hombres estaban condenados a perder la vida, pero él quería tener el placer de la venganza, quería ser el verdugo. Sus dos hombres perdidos valían más que seis malditos, y salvajes, germanos.

Levantó su espada, cuya punta estaba manchada de sangre. Observaba cómo una gota roja bajaba por la hoja y cómo esta se iba abriendo camino hacia la empuñadura. La fue guiando con movimientos de su muñeca para que esta no cayera en ningún momento por las afiladas aristas. Luego la lavaría y la limpiaría con aceite. Su espada corta estaba libre de la impureza de la sangre

enemiga, pues había sido purificada días atrás en el rito del Armilustrium de octubre.

Tras las disculpas de los dos arqueros por haberse extraviado, abandonaron raudos la zona dirigiéndose hacia el fuerte Aliso. No podían permanecer en ella, y además tenían información valiosa que dar al prefecto del campamento. Antes de partir, Keiler notó la mano derecha del centurión en su hombro, señal inequívoca de confianza.

El centurión no era consciente pero el hombre abatido con un boquete en su estómago, y al que cortó por último el cuello, era Uwe, el caucho de veintiséis años que prendió la llama donde perecieron quemados entre dolores inenarrables los pocos supervivientes de la pérdida del águila de la legión XVIII. Esa gota de sangre que bajaba por su espada corta era del verdugo de varios legionarios romanos. Su venganza era superior a lo que creía.

A pesar de los malos sentimientos, en Marco Coso había un pensamiento que le daba satisfacción: el tener que responsabilizarse de Idalia no le condicionaba en la lucha. En ningún momento se frenó o actuó de manera diferente. Eso, sin duda, le quitó una gran preocupación.

No sucedió así con su apreciado amigo Cneo Vitruvio, pues este condicionó su última decisión para salvarla a ella. Sin esa atadura quizá no hubiera muerto, pero… En ese momento una idea brotó en su mente. ¡Una revelación! ¡Lo vio claro! Su hermano de armas hizo lo único que podía hacer. Morir con honor, la única manera de salvar la honra de su familia y la de su joven esposa. Si perdía la vida en batalla quedaba roto el compromiso sin daño por ninguna de las partes. Bueno, con la muerte de Cneo Vitruvio, el dolor de su padre y una pequeña mancha en la joven, pues algún supersticioso diría que era portadora de la mala suerte. Pero una virgen, hija de buena familia, y con una buena dote, encontraría pronto a un hombre para ser desposada.

¡Hay que tener mucha confianza en alguien para entregarle lo que amas! Su amigo era el hombre con más virtud de Roma. Renunció a su hijo, a su amada y a su vida por el honor de su familia. También se sacrificó por sus hombres. ¡Un ejemplo para todos! Un quirite a imitar. Le gustaría ser como él, pero eso era imposible pues era muy inferior en todos los aspectos. Tanto, que quizá por ello no quería tener familia.

X – Mujeres celtas, fuerte Aliso.

El día anterior, una intensa tormenta le impidió salir de las habitaciones. Tal era el comportamiento del clima en su tierra. Así que ese día, Idalia pudo ir por fin a las murallas a esperar a Marco Coso. Era una acción inútil pero reconfortante, y además le permitía salir por unos instantes a estirar las piernas. Tras las labores del campamento y antes de que la noche ganara totalmente al día, era acompañada y escoltada por Crinis.

El centurión se había asegurado de que estuviera vigilada y de que las raciones que le pertenecían se las proporcionaran a ella. El soldado auxiliar galo y el optio Cato Vilio se encargaban de ello. Según le había indicado era un peligro para una domina estar sola, un bien demasiado preciado, así que siempre mejor tenerla controlada y protegida. La mujer de un oficial no quedaba nunca sola, ese era el proceder de un buen domine romano, más aún si este es militar.

Para ella quedaba mucho dolor en el aire. Los intentos de tomar el fuerte Aliso habían cesado y parecían un recuerdo lejano, pero aún había muchos cuerpos de los que los carroñeros podían disfrutar. Añadir a eso los civiles expulsados que murieron y aportaron de nuevo olor a muerte. Extrañamente, la nariz se hace a todo y se acostumbra en cuanto permaneces un cierto tiempo sin cambios en los aromas. Ese era quizás el motivo por el cual tenía sensibilidad ante el dolor sufrido y no era capaz de procesar el hedor de la descomposición de los cuerpos situados a no mucha distancia de ella.

Idalia observó a la mujer, un poco mayor que ella. La había visto alguna vez junto a su hijo. Siempre vigilada por los hombres más próximos a Lucio Cedicio. Miraba hacia el sur, hacia donde habían desaparecido los hombres.

Por primera vez en mucho tiempo podría hablar con alguien en el idioma que consideraba propio, el de los celtas.

—Saludos, hermana, soy Idalia de los bructeros, de la aldea de Elfego, que la Madre te dé salud a ti y a los tuyos.

—Saludos, hermana, soy Luhaja de los ubantes, de la aldea de Kuno, que la Madre te dé un buen parto y provea fuerza a tu bebé.

—¡Que ambas seamos afortunadas y bendecidas! ¿A quién esperas?

—A Keiler, hijo de Kuno, guía de los ubantes, de la aldea de Kuno, ¿y tú?

—A Marco, centurión legionario. —En ese momento se dio cuenta de que no sabía de dónde era Marco Coso.

Ambas mujeres permanecieron calladas, ensimismadas en sus sentimientos de soledad.

Fue Idalia la que rompió el silencio.

—¿No te importa hablar con la mujer de un romano?

—¡Para una mujer, qué diferencia hay entre celtas y romanos!

Lo expresado por Luhaja no era una respuesta ni una pregunta, era un lamento.

—Todos —prosiguió—, los de un lado y los del otro, se quieren matar. Cada lado odia al otro, celtas contra romanos y romanos contra celtas, pero ¿y antes? ¿Qué pasaba antes? Eran celtas contra celtas, a veces unas tribus y a veces otras. Siempre una deuda de honor, siempre una ofensa. En todo eso, ¿quién piensa en nosotras? ¿Algún hombre dejó de ir a la guerra por una mujer? Lo abandonan todo por la gloria de la victoria. Siempre quedamos solas y abandonadas. Es igual que seas celta o que seas romana, las mujeres quedamos siempre solas.

—«¡Ahora atacamos, no hay vuelta atrás! Por Tiwaz, vamos a la gloria sin miedo junto a nuestro caudillo. Todo el mundo conocerá nuestra valentía. Por Tiwaz, vamos a la carga, ¡muerte o victoria!» —canturreó Idalia recordando una canción de los fieros guerreros bructeros.

—Mi pueblo tiene una parecida, mientras cantan eso nos dejan y no miran atrás, no piensan en las consecuencias. No te conozco bien, pero eres una mujer y sé que si el hombre que esperas no vuelve quedarás abandonada. No sé cuál será tu destino entonces. El mío sí lo sé, si un cato, un bructero, un querusco o un marso mata a Keiler o si no vuelve, un romano nos matará a mí y a mi hijo. Así que, ¿qué diferencia hay entre los hombres?

Esa reflexión no tenía respuesta, mejor dicho, no la necesitaba, pues era conocida por ambas mujeres. Para Idalia la situación era parecida pues los romanos habían matado a su primer hombre, y los germanos habían matado al amor de su vida, a su alma gemela.

—¿Alguna vez una de las de tu aldea fue a otra a matar a niños, mujeres o ancianos?

—¡No! Nosotras tomamos las armas para defender a los nuestros, si alguien amenaza nuestra aldea se enfrentará a todas nosotras. Pero nunca matamos a las hijas y los hijos de otra —aseguró Idalia.

—Pido a los dioses para que todos los días podamos vivir por vivir y dejar vivir. Quizás algún día la vida sea menos injusta con nosotras. ¿Quién sabe el destino que nos aguarda?

Ambas mujeres dijeron en voz alta lo que sabían, el comportamiento de las guerreras celtas, como lo eran ellas, era el de protección y defensa, jamás el de ataque.

—¿Sabes qué es lo peor? —añadió.

Idalia dirigió la mirada hacia esta y mostró interés. Evidentemente

esperaba que ella misma le diera la respuesta.

—Cuando mi hijo y tu hijo crezcan, harán lo mismo. Actuarán de la misma forma y no pensarán en sus madres ni en sus posibles esposas —sentenció.

—Mi abuela decía que una mujer era como un árbol, cuyas raíces dan la vida y lo elevan hacia el cielo, hacia el aire y hacia el sol. Que ser madre era llorar a mares, pero que también era no estar nunca más sola en el pensamiento. Me decía que si hay un amor verdadero, un amor sincero, ese era el de una madre. Ella sentía por mí un amor eterno e infinito. ¡Nosotras no podemos controlar el destino, solo dar vida! —reflexionó Idalia.

Ambas sabían que ese era el mundo en el que vivían, ese era el orden de las cosas.

—¿Le cantas canciones del Padre Roble?

—Sí, en mi interior sé que le gustan —afirmó ilusionada con la convicción que así era.

—¿Me permites tocarlo?

—Sí, claro.

Luhaja se arrodilló ante Idalia y posó en su barriga ambas manos.

—A pesar de todo lo que estás viendo, ¿quieres tenerlo?

—Aunque mañana se acabara el mundo, hoy plantaría un árbol. Así que quiero parir a mi bebé más que cualquier otra cosa en el mundo —afirmó.

—Eres madre antes de parir, tu cuerpo da la vida a tu bebé igual que la savia da la vida al roble. Ese deseo que sientes es el instinto de la naturaleza. Quizá los hombres tienen otros instintos y no pueden evitar hacer lo que hacen. —Tras palpar el vientre de Idalia, aseguró —: Será un varón, un guerrero o un romano, eres muy afortunada.

¡Movimientos! Los hombres de las murallas empezaron a desplegarse adoptando posiciones defensivas.

—Señoras, tienen que retirarse.

—¿Qué pasa, Crinis? —se preocupó Idalia.

—Se han visto hombres fuera.

Sin dar alternativa, ambas mujeres fueron conducidas a sus habitaciones.

Los cuatro hombres, con sumo cuidado, fueron apartando los abrojos para ir haciéndose paso. Había miles de ellos, eran la primera línea de defensa y aviso. Imposible que un grupo de germanos atravesara de noche ese terreno sin clavarse uno de ellos, con el consiguiente grito y alerta del peligro a los hombres de las murallas.

Eran conocedores de la zona donde había menos densidad, así que con cautela los retiraban volviéndolos a colocar a su paso.

Una flecha fue lanzada y se clavó cerca del centurión.

—¿Qué haces, cerdo? —pronunció el oficial en voz alta pero sin llegar a gritar.

—¿Quién eres?

—Soy Marco Coso, sexto centurión de la III Cohorte de Aliso.

—¿Cuál es la contraseña?

—Mater mea liba facit.

—Es correcta, ahora abrirán.

Al acceder vieron cómo dieciséis legionarios totalmente preparados para la lucha les cubrían y se aseguraban de que solo entraran ellos. En las defensas de la puerta, no menos de cuarenta hombres estaban dotados de arcos y jabalinas pesadas. Toda precaución era poca.

Inmediatamente fueron llevados ante la presencia de Lucio Cedicio.

—Fuera las formalidades, quiero tu informe.

—Señor, en primer lugar quisiera disculparme, he perdido a dos legionarios. No sé si soy digno de la confianza que usted ha depositado en mí.

—Han muerto sirviendo a Roma. Esa era su obligación, lo juraron ante los dioses.

—Sí, mi prefecto, pero murieron a mis órdenes.

—¿Sabes cuántos legionarios han muerto aquí bajo mis órdenes?

—Sí, señor, trescientos veintitrés. —Era un número conocido por todos, el parte de bajas legionarias.

—Ahora trescientos veinticinco, todos estáis bajo mi responsabilidad. Así que si no confiara en ti, tampoco confiaría en mí, ¿entendido? Ya lamentaremos otro día estas pérdidas. Ahora quiero tu informe.

El centurión le explicó las líneas de defensa.

La primera tenía más torres pero con menos hombres, su misión era sin duda la del control y vigilancia, pues había visto en ellas el cárnix, con el que avisarían acústicamente ante cualquier intento de salida del fuerte. La guardia se cambiaba cada tres días y de cada una de ellas siempre se ocupaba la misma tribu, casi todos queruscos,

aunque había también cauchos. Keiler asintió ante esa afirmación.

La segunda línea tenía menos torres, pero en cada una de ellas había no menos de treinta guerreros. Por la zona disponían de al menos doce de tribus diferentes: bructeros, catos, queruscos y cauchos. ¡Había de todo! El explorador ubante volvió a asentir. Le informó también que había sido fácil pasar por entre ellas, pues al parecer en los días de tormenta se resguardaban del agua en el interior de las tiendas de las instalaciones. Según la opinión de Marco Coso, esas pequeñas dotaciones eran hombres para la reacción rápida. Cuando oyeran la voz de alarma, acudirían de todas partes para actuar en forma de guerrilla contra la columna romana. No les era necesario atacar directamente, solo hostigar y enlentecer la marcha. Si los hombres que salían no eran muy numerosos, irían acabando con ellos poco a poco, intentarían romper la columna e ir embolsándolos.

La tercera era la más preocupante, pues tras un pequeño foso y una empalizada, había un campamento de unos mil germanos. Estaba justo en el camino hacia el Rin, y era imposible de evitar. Solo se podía pasar por allí luchando.

—Así que la primera línea nos vigila y avisa, la segunda nos va hostigando y diezmando, y la tercera nos ataca y nos elimina.

—Esa es mi opinión, señor.

—¿Has visto a los germanos hacer alguna vez algo así?

—No, mi prefecto —aseguró el oficial.

—¿Y tú, Keiler?

—No, señor, jamás. Es todo muy nuevo y extraño.

—Sí, a mí también me lo parece. Bien, necesito algo más de ti, centurión, pero antes quiero hablar de Keiler.

Como no podía ser de otra forma el guía ubante, aunque lo quiso evitar, tembló por dentro.

—Señor, el germano expuso su vida por servir a Roma. La arriesgó para intentar salvar a un romano. Entramos en dura lucha y abatió a dos de ellos. Por desgracia no pudimos salvarle. Pero él actuó con osadía.

—¿Se ha ganado tu confianza?

—Sí, mi prefecto.

—Creo que quedan pabellones libres en tus barracones, ¿verdad?

—Sí, señor —confirmó el centurión.

—Pues se ubicará allí junto a su familia, alecciona a tus hombres de que no le toquen.

—Así se hará, señor.

El hijo de Kuno, líder de la aldea de Kuno, veía cómo aquellos hombres hablaban del destino de su vida sin ni siquiera mirarle. Eran dueños de su porvenir. Ellos decidían, indiferentemente de su opinión

o preferencias.

Casi sin querer, observó las venas que se marcaban en sus muñecas. ¡Sí, por ellas corría sangre! El orgullo del guerrero ubante hacía tiempo que se había perdido. Se había arrodillado ante ellos para pedir por su vida y por la de su familia. Se convenció a sí mismo que lo hacía por sobrevivir. Por su hijo, sangre de su sangre, lo haría todo. Ni tan siquiera quiso preguntarse si con su primogénito a buen recaudo hubiera obrado de igual forma, pues era darle vueltas a la cabeza.

Lo último que vio el germano al ser acompañado por uno de los hombres de confianza del prefecto del campamento hacia donde se encontraba su compañera, era cómo ambos oficiales se ayudaban de esbozos a fin de concretar la posición y conocer la profundidad de las defensas que habían planteado los pueblos celtas que se habían sublevado contra Roma.

Tras mucho tiempo, Keiler pudo estar a solas con su compañera. Este la besó apasionadamente y sin pensárselo buscó una habitación vacía en uno de los barracones. La empujó, sin violencia pero con contundencia, dejando claro que ella no podía ejercer ningún tipo de oposición. Tras eso subió el vestido de Luhaja hasta la cintura descubriendo su entrepierna. Sin más, se quitó los pantalones y se situó encima de ella.

Sin mediar palabra introdujo su falo y comenzó a desahogarse, besando una y otra vez el cuello y la cara de la fémina. La joven mujer, de diecinueve años y madre de su hijo, simplemente se mostró pasiva y se sometió a la voluntad de su hombre. Cualquier actitud de oposición sería contrarrestada con fuerza por su compañero. Continuó los movimientos necesarios para poder calmar su ansia. Conforme se acercaba al clímax sus embestidas se iban incrementando en potencia. Llegó un momento, en el de más pasión, que con la mano derecha agarró fuertemente el delicado cuello y los golpes compensaban con dolor a la mujer. Eso pasó inadvertido por el varón. En esas circunstancias no podía pensar pues estaba fuera de sí. ¡Siempre sucedía cuando actuaba con demasiado deseo!

Antes de que este acabara, el llanto apareció en el hermoso rostro de la joven madre germana y no solo por el dolor físico, este se unió al que llevaba dentro.

—Te he echado mucho de menos, mi dulce flor de las nieves… ¿Te he hecho daño? Perdona —comentó al acabar, preocupado ahora por si su ardor la había lastimado.

—No, no lloro por eso, es que he pasado mucho miedo —mintió Luhaja.

No le quedaba más remedio que comerse el sufrimiento. En

verdad, esta vez la aprensión por su situación de los días anteriores se unió a la sensación de fragilidad ante la fuerza y la potencia ejercidas sobre ella y acabó derramando lágrimas.

Lo sucedido era habitual, lo que ocurría cada vez que su hombre permanecía días sin verla. Este la tomaba con contundencia intentando calmar su deseo. Desde que estaba al servicio de los romanos, ocurría más a menudo.

En realidad, lo que había acontecido lo tenía tan aceptado que en caso contrario se hubiera preocupado. Con toda probabilidad otra hembra habría saciado los impulsos de su hombre, y su situación empeoraría.

Era la compañera de uno de los hijos más importantes del jefe de su aldea. No podía perder su posición y menos una mujer como ella, una hembra con su defecto. ¡Había luchado tanto! ¡Había sufrido tanto! Aunque eso último, en esos momentos, no sabía si era muy importante pues la situación había cambiado.

Al recordar se incrementó su llanto, la lucha de los hombres había acabado con sus esperanzas. ¡Nunca piensan en los miedos ni en las necesidades de las mujeres!

—¡Ven! —invitó él.

Ambos se fundieron en un abrazo. Siguió sacando su miedo y dolor en forma de lágrimas, y él la consolaba con caricias mientras repetía suavemente: «Ya está, mi dulce flor de las nieves, ya ha pasado, ahora estoy aquí».

Desde joven admiraba a Keiler, por entonces un hombre de veintidós años. Era una niña tonta enamorada. Tuvo mucha suerte y a los trece años se concertó el enlace. ¡Estaba tan ilusionada! Era en aquellos momentos tan feliz, tan envidiada por todas.

Pero algo sucedía en su interior, ¡no le bajaban los menstruos! Suplicaba a la Madre y a las divinidades de la naturaleza la cura de su mal y lloraba en la intimidad, pues no era una mujer completa. Él no rompió el compromiso, iba a visitarle periódicamente y esperó pacientemente. Lo veía entonces tan hermoso por dentro como por fuera.

Empezaba a no considerarse digna de tener a un hombre como él. La naturaleza no quería que ella procreara, algo maligno había en su interior. Un día, ya a los quince años, se sintió mojada y al tocarse vio sus manos manchadas de sangre. Dio las gracias y lloró de alegría. Al poco, Keiler la tomó como esposa y consumó el matrimonio. Todavía recuerda ese día cuando tras desvirgarla rudamente le dijo: «Merece la pena esperar para poseer a una flor de las nieves tan hermosa y con una fragancia pura e intensa como tú». Sintió dolor y no le fue

agradable, pero lo achacó a su inexperiencia y al miedo de la primera vez.

Para colmo de males, tras cuatro años de convivencia solo había parido a un bebé. En todo este tiempo solo le había dado un varón, un solo hijo. Él merecía más y no lo tenía por su culpa. Muchos otros la habrían rechazado. Keiler jamás dijo que quería romper el matrimonio. No obstante, y a pesar de los hechos, y de las palabras de su compañero, siempre tenía miedo a ser abandonada. A su manera, a la manera de un guerrero, él la amaba.

Su compañero no era cruel ni duro con ella, pero tampoco era ese del que se había enamorado. En esos momentos de ardor, este se perdía. En ocasiones el deseo de saciarse era tal que no podía ser contenido. Toda la furia salía en ese corto pero enérgico momento. En ocasiones era tan intenso que temió por su vida. ¡En su inmadurez lo había idealizado!

Consideraba que había algo malo en su interior, algo que no la dejaba cumplir con su misión en la naturaleza. Su hombre había adquirido una carga que no tenía que soportar. Aguantaría cualquier cosa para conservarlo. Le había dicho a Idalia que los hombres de todas las razas eran iguales y tenían los mismos instintos, a pesar de ello, pensaba que el único hombre que la querría sería Keiler. ¿Quién la iba a querer con su defecto? ¡Era una mujer incompleta!

Los últimos días de miedo y soledad habían sido mucho para ella.

—¿Qué hacen aquí?

—¿Cómo? —se extrañó el ubante ante la inesperada pregunta.

—Ellos, los romanos, ¿qué hacen aquí? —insistió.

—Lo quieren todo, todas las tierras han de ser para Roma. Dicen que así lo quieren sus dioses.

—Nosotros no tenemos nada, solo nuestras creencias, nuestro amor a la Madre y nuestro bosque. ¡No tenemos nada de valor! Yo nunca le he hecho daño a nadie, ¿por qué me quieren hacer daño a mí?

—Lo sé, he tenido mucha suerte contigo. Ellos son diferentes a nosotros, se comportan como manadas de lobos hambrientos.

—¡Los lobos solo cazan cuando tienen hambre! —aseguró la mujer.

—Sí, lo sé, aquí lo hacen así, pero puede ser que en su tierra los lobos no llenen nunca su estómago y lo devoren todo. Allí tienen que ser insaciables.

Ya había desahogado su sexo y su compañera estaba algo más calmada, entonces Keiler se preocupó por la sangre de su sangre.

—¿Dónde está mi hijo?

Entretanto entraba en sus nuevas habitaciones con su primogénito

en brazos seguido de su compañera, no pudo evitar la sonrisa. Fuera lo que fuera que les deparara el futuro, en esos momentos estaba con su familia, con su pequeño guerrero y con su compañera.

Keiler se sentía afortunado pues todo lo que cuesta obtener, y conservar, es más apreciado.

—¿Quién es la mujer más bonita del mundo? —preguntó Keiler a su hijo.

—¡Mamá!

—¡Sí! Así es. Toma —entregó a su pequeño su cuchillo—, vigila la puerta, no dejes pasar a nadie.

El pequeño se sintió el niño más fuerte del mundo.

Tras ello, el guía ubante cogió a su pareja y la elevó en el aire sin aparente esfuerzo.

—¿Otra vez?

—Hoy estamos aquí, mañana, ¿quién sabe? —Volvió a preguntar, esta vez en voz alta—: ¿Quién es la más bonita de las flores de las nieves?

Mientras la mujer celta era delicadamente depositada en el catre, desde la puerta se oyó: «Mamá».

Esos pocos momentos de dicha daban la vida a Luhaja. Su hombre intentaría ahora ser menos brusco. Siempre tosco y torpe, sin delicadeza, pues no había aprendido a ser de otra manera. Se presentaría más cariñoso e intentaría de veras no dañarla. Incluso miraría que ella alcanzara gozo. ¡Siempre era así!

Hasta que tras unos días sin estar con ella, la volviera a ver como un cuerpo para calmar su deseo. Volvería entonces a sentir el dolor y la mano que fuertemente apretaba su cuello.

Se quiso convencer a sí misma que la próxima vez no lloraría.

XII –Regreso, fuerte Aliso.

Idalia permanecía sentada mientras observaba el catre que desharía su protector cuando llegara, ¡Si es que lo hacía! La monotonía de los últimos días solo era rota cuando salía a esperarle.

Siempre movimiento aquí y allí, hombres yendo de un lado para otro, pero nadie le informaba de nada. ¿Ese era su destino? Esperar siempre y nunca saber lo que sucede. Todo ese tiempo solo servía para que su cabeza le diera vueltas a las cosas. ¡Los hombres nunca piensan en las necesidades de las mujeres!

No sentía, ni sentiría, amor romántico por Marco Coso. Días atrás, incluso le molestaba su presencia. Pese a todo, se había acostumbrado a que este tomase su cuerpo, a que disfrutara de ella. La poseía sin muestras de cariño pero cortésmente. Procuraba no hacerlo desagradable.

No solo era su carne la que entregaba, sino que se había aferrado a

él y su vida era totalmente dependiente del destino y de la voluntad del centurión. Había, a su vez, logrado un cierto reconocimiento pues desde el punto de vista de su protector no era como las demás féminas. La consideraba una mujer digna, limpia por dentro. Eso era muy importante para ella, ¡mucho!, hasta un punto que Marco Coso no podía imaginar. Era una devota a la Madre y no hay nada más puro y blanco que la naturaleza, y pura la veía el centurión.

¡Qué importaba el cariño o el amor! A lo único que podía aspirar era a permanecer con vida todo el tiempo posible. Ese era su objetivo, lo había aceptado, todo por ver y abrazar al hijo de Cneo Vitruvio.

¡Sobrevivir! Lo único que quería era sobrevivir y para ello haría cualquier cosa. No se despreciaba, había hecho un contrato con un romano, su cuerpo a cambio de protección y alimento. ¿No era eso lo mismo que hacía una mujer casada? Y qué era un matrimonio según los romanos sino un contrato. Fuera como fuera, ella seguía viva y muchas otras estaban siendo ahora devoradas por los gusanos y los carroñeros. Así que qué importaba todo lo demás. ¡Seguía respirando!

El tiempo se le hacía largo desde que Crinis la había acompañado a las habitaciones. Quería que los hombres que habían sido detectados pertenecieran a la partida de exploración. Quería que Marco Coso regresara. Era lo único que tenía, no quería volver a verse sola. ¡A sus diecisiete años ya había perdido a dos hombres!

En ese momento se sintió egoísta, y pronto llegó a la culpabilidad. Ella esperaba con impaciencia, pero Luhaja esperaba con la preocupación y el sufrimiento de poder ser ejecutada en cualquier momento. Todavía peor, con la desesperación de perder también a su retoño. No quiso pensar en que la mujer celta tuviera que ver antes de abandonar la vida cómo esta le era sesgada primero a su hijo. ¡Quiso quitarse eso de la cabeza!

La impaciencia, que no quería abandonarla, era mucha, así que una vez más se dirigió hacia la puerta. Desde allí, ¡al fin!, vio llegar a Marco Coso. Cogiendo un pañuelo para cubrirse la cabeza, no pudo evitar ir a su encuentro.

Este no esperaba eso, se encontró con los brazos de la germana rodeando su cuerpo. El centurión no supo reaccionar y empezó a advertir, o a imaginar, que era observado por los legionarios que estaban a su alrededor. Su sentimiento de incomodidad era cierto, pero la vergüenza empezaba a ser más que molesta.

Tras el arrebato debido a su frágil situación, Idalia era plenamente consciente de que se había equivocado y que desobedecía las órdenes de su protector. La quería, sobre todo en público, con el

comportamiento de una recta domina romana. Pensó algo, pues sabía que esa situación indignaría a Marco Coso. En ocasiones, desde la sumisión se puede manipular a los hombres. Empezaba a conocer el comportamiento del oficial.

—Perdóname, domine —pronunció mientras se separaba un metro y bajaba la cabeza en señal de sumisión.

Obtuvo silencio. Sin dejar pasar ni un momento más del necesario, volvió a pedir indulgencia.

—Perdóname, no quería obrar así pero estoy embarazada y no puedo controlar mis emociones por más que lo intento —añadió.

Eso enterneció a los presentes, nada conmueve más al corazón de un hombre viril que ver la debilidad en una mujer y aún más si esta se encuentra encinta. Exactamente lo mismo sintió Marco Coso. Ese era el prejuicio que quería potenciar la germana.

—No debes hacer eso, no es… conveniente —comentó este.

—Lo sé, domine, me lo has dicho. Tú me enseñas bien pero no lo he podido evitar, solo soy una mujer y soy débil. —Apoyó lo hablado posando ambas manos en su barriga.

Los hombres mostraron una sonrisa ante la falta de control de Idalia. Era evidente para ellos que las féminas en ese estado eran imprevisibles, por mucho esfuerzo que dedicara el hombre que las poseyera. Tal era el comportamiento de las mujeres.

Idalia era totalmente consciente de lo que había hecho, y de que con eso había evitado una situación incómoda para su protector.

—Vamos —ordenó dirigiéndose a sus dependencias.

Nada más entrar y sin mirarla, le dio una orden.

—Ponte allí.

El oficial señaló la cama que ambos compartían, dirigiéndose tras ello al pequeño catre para realizar su ritual. Lo descubrió y acto seguido comenzó a desnudarse. Su falo estaba erguido.

Hizo lo que tenía que hacer, lo que Marco Coso esperaba de ella, se quitó la túnica, tumbándose en la cama y abriendo las piernas. No tardó en ser penetrada. Sin violencia ni crudeza, pero sí con determinación. Sentía en su interior el ímpetu del falo y el empujar de su domine. Lo hacía como buscando calmar las ansias. Aun en esa situación pudo consolarse, pues esperaba más entusiasmo, incluso algún dolor, ¡se lo hubiera tragado! El centurión era un hombre sincero y no la engañaba, advirtió de que no podría dejar siempre su autoridad en la puerta, además, como romano, imponía el dominio sobre su cuerpo. Ella se lo había entregado.

El ir y venir, el movimiento, la dureza del miembro y el notar la fuerza controlada del que la poseía, lograron hacerla sentir. Lo hizo

suavemente como buscando un recuerdo, como si la carne guardara el obsequio del placer en algún lugar escondido.

Cuando todo acabó, por primera vez en esas semanas, Idalia se quedó con las ganas de sentir en su interior.

—¡He perdido a dos hombres! —confesó.

Inesperadamente, apoyó la cara entre los senos de Idalia, sin duda buscando calma. ¡Era la primera vez que lo hacía! Siempre se había mostrado frío y sin capacidad de cariño ni empatía.

Al sentir eso Idalia se estremeció. ¡No es Cneo, es Marco, es Marco! Sin atreverse a más apoyó su mano en la cabeza.

—Tiene que ser duro —medió.

—Sí, lo es, me llevé a dos legionarios, a dos arqueros galos y al guía ubante. ¡Y he perdido a los dos romanos!

—¿Fue culpa tuya?

—Yo decidí dividir la patrulla —afirmó el centurión.

—¿Y por eso los mataron?

—No, no fue por eso, pero juntos no habría pasado.

—¿Por qué os dividisteis?

—Porque no teníamos tiempo, había que abarcar más terreno. Las decisiones del prefecto del campamento dependen de esta información

—Pues si eso es correcto, no es culpa tuya, es el destino —afirmó.

—Me gustaría estar seguro de eso.

Otra vez Marco Coso sorprendió a Idalia, besó con dulzura de agradecimiento el pezón de su seno derecho, volviendo tras eso a su postura anterior. Así confirmó que la había tomado para calmar en ella su inquietud. Lo hacía como sabía, ¡no conocía otra forma!, no era capaz de actuar de diferente manera.

—¿Marco? —Ella también tenía inquietud en su interior.

—¿Sí?

—Has estado fuera, ¿hay alguna posibilidad de salir de aquí?

—Sinceramente, pocas. No será fácil, y no todos lo lograremos. Es imposible pasar por entre ellos sin presentar batalla. Todo depende de la decisión y la experiencia del prefecto del campamento, y de nuestra capacidad de lucha. No saldremos de aquí sin derramamiento de sangre.

Despertar en la misma cama que Marco Coso ya no le resultaba extraño. El taparse con la misma manta era placentero para ella. Encontraba calor y protección, se sentía perdida y vulnerable y agarrarse a su presencia le hacía sentirse sosegada, le proporcionaba un mínimo de seguridad.

Esos últimos días de soledad en el lecho le habían hecho sentirse

abandonada. No solo por falta de compañía humana sino por falta de esperanza, por falta de futuro. Para una mujer que quería llevar las riendas de su destino, el verse obligada a depender de fuerzas que su protector no podía controlar era descorazonador. Se tenía que someter a Marco Coso y Marco Coso se tenía que someter a los mandos, a la guerra, a su manera de ser e incluso a la misma Roma. Además, sabía que estaba abrumado por el sentimiento de culpa por un compañero muerto y por ocupar un cargo que creía que no merecía. Sonrió al pensar que él estaba tan frustrado como ella. Se preguntó, incluso, si se sentía mal por poseerla pues además era centurión y sería responsable del bebé, era como si viviera la vida de Cneo Vitruvio. ¡Imposible saber qué piensan los hombres!

En la intimidad de la alcoba miró al hombre que dormía a su lado. Hacía pocas horas lo había tenido sobre sus senos. Ahora le parecía extraño. ¿Su hijo sería parecido a él? No en lo físico, que sería como Cneo Vitruvio, sino en el comportamiento. ¿Quién sabe? Ya se lo había dicho a Luhaja, ellas no pueden controlar el destino. Volvió la sonrisa a ella, ¿por qué pensaba ahora en esas cosas?, al día siguiente o al otro podrían estar todos muertos.

Entonces se sorprendió a ella misma y apartó la mirada. Se dio cuenta de que se había quedado mirando unos instantes al mismo lugar. Algo despertó dentro de ella. Hacía tiempo que no había tenido esas sensaciones en su interior.

Tras mirar los ojos dormidos de Marco Coso, volvió a fijarse en su crecido falo. La curiosidad ganaba a la vergüenza, y la excitación ganó a ambas. El recuerdo de la noche anterior, y ese leve despertar de olvidados placeres, la motivaban. Se había entregado a él y ahora este disfrutaba de su cuerpo, ¡no había motivo para que ella no hiciera lo mismo! Se extrañó ante tal pensamiento, pero no pudo evitarlo pues aun tras la manta, el bulto hacía que su respiración se acelerara, lo cual animó a su corazón. Tras eso, toda ella se sumió en la excitación.

Sin creérselo, levantó poco a poco la manta y dejó al aire el miembro viril. El ardor se apoderó de ella. No lo entendía, pero no era capaz de controlarse, quería sentirlo en su interior. Sin más, pues no tenía la capacidad de pensar, se situó encima de Marco Coso y con su mano derecha se ayudó con el falo. Este entró sin dificultad, pues su sexo estaba lubricado y tan estimulado como ella.

A los pocos movimientos llegaron las primeras sensaciones de gozo. El intentar no emitir sonido para no despertar al propietario del pene que le estaba haciendo disfrutar le hacía sentir aún más satisfacción. Pero el placer era tal que no pudo evitarlo.

¡De repente, Marco Coso apoyó sus manos en su cintura!

Ella paró ante la vergüenza de la situación.

—¡Ni se te ocurra! Sigue.

Por timidez, cerró los ojos e hizo caso al centurión. No obstante, no era el deseo de este. Con la mano derecha asió su cara y le obligó a dirigir la mirada hacia él.

—Mírame, Idalia, mírame a mí.

Ella tenía la culpa, primero, porque por impulso irrefrenable había empezado el acto, y segundo, porque ella misma tenía que verlo como a Marco Coso. ¡Y eso quería él! Que lo viera como a Marco Coso y que no imaginara en su interior que estaba con su amado Cneo Vitruvio. Obedeció.

Su interior estaba ardiente, y los movimientos de ambos hicieron llegar de nuevo el placer. Esta vez también sintió dicha al dejar escapar por su boca lo que sentía y brotaba de dentro de ella. No guardó ningún suspiro ni gemido en su interior.

—Te has comportado como una bárbara —intervino Marco Coso tras recuperar el aliento.

—La mujer también se despierta excitada y en ocasiones necesita un orgasmo para relajarse. Incluso se fija en el cuerpo de los hombres y tiene sus partes favoritas —aseguró Idalia.

—¡Qué cosas dices!

—¿Te crees que no me gustan tus nalgas? Me excito pensando en tener buen sexo. Tengo la misma intensidad sexual que tú. Tengo los mismos deseos que los hombres. ¿Las dominae romanas no tienen deseos?

—Nunca me he preocupado de ello, pero si fuera así no lo expresarían de esa manera ni actuarían así. Una domina se distingue en el comportamiento, en la expresión corporal y en los gestos. Desde la infancia aprende de manera adecuada cómo y a quién abrazar, besar o expresar afecto. Como he dicho, te has comportado como una bárbara.

—Pues no lo volveré a hacer —bromeó ella.

—Yo no he dicho eso. Me gusta despertar así. ¿Cómo te lo explico? Desde el punto de vista de un domine romano, no dar satisfacción a su domina puede hacer que esta se equivoque y busque placer en otro hombre. Dar satisfacción a una esposa es bueno para ambos, y el hombre se asegura fidelidad. Además, eres como eres y no una romana, si no te doy algo de libertad en la intimidad no podrás controlar lo salvaje que hay en ti.

—Entonces, ¿quieres que de vez en cuando me comporte como una bárbara?

—Solo en la intimidad, lo que pasa y se hace en la alcoba queda en la alcoba.

Ambos rieron.

Allí acabó todo, Marco Coso se levantó con intención de prepararse para el día. Ninguna caricia ni complicidad.

—Me alegro por ti, te lo merecías. No era agradable verte con la cara girada, yo no puedo darte placer si tú no estás dispuesta a recibirlo. —Fue la sincera declaración del oficial.

Ese comentario confirmó a Idalia los pensamientos anteriores, Marco Coso luchaba contra el recuerdo de su amigo muerto, se veía compitiendo continuamente con él.

Este se pasó un trapo húmedo y se vistió con una túnica para ir a las letrinas.

—¿De dónde eres?

—¿Cómo dices? —se extrañó él.

—No sé cuál es tu pueblo o aldea.

—No soy de ninguna aldea, soy de una ciudad llamada Clusium, en una colina de la parte occidental de los Apeninos, cerca del lago Clusium, a cinco días de marcha militar de Roma. ¿Pero de qué te sirve? No sabes dónde está.

Idalia no hizo caso al último comentario.

—¿Y tu padre se llama como tú?

—No, mi padre se llamaba Quinto, ¿A qué vienen esas preguntas? —indagó Marco Coso.

—Yo soy Idalia de los bructeros, de la aldea de Elfego.

—¿A quién le importa eso? ¡Hoy estás muy rara! Espero que cuando saques al niño seas capaz de controlar algo más tus instintos.

Sin más salió de la habitación, necesitaba urgentemente hacer sus necesidades.

Supo en ese momento cómo ganarse al centurión. Lo había tenido ante sus ojos, pero sus propios pesares no le dejaron ver la evidencia.

Poseer a una mujer que se entregaba por propia voluntad era algo nuevo, ¡una nueva sensación! Jamás se había preocupado de las necesidades de la fémina que tenía atrapada bajo su cuerpo. Esa era la palabra, atrapada, sin opción, pues era pagada u obligada bajo la imposición de la fuerza o incluso, a veces, obligada por la extrema violencia. Tras eso las consideraba impuras, no comparables con las dominae romanas y las rechazaba. No dudaba que a alguna la hubiera poseído en más de una ocasión, pero siempre desde la coacción.

Al ofrecerse prometió fidelidad, su cuerpo sería un templo solo para su uso. Eso también era nuevo para él. La creyó, por motivos que desconocía confió en ella. ¿Quién sabe? Quizá su previa relación con Cneo Vitruvio hacía que le atribuyera alguna virtud, o quizás es que

no podía pensar que su amado amigo hubiera caído en amor romántico con una mujer impura. Ciertamente desconocía el motivo, pero la verdad es que no dudaba de que ella fuera fiel.

Sumar a eso que había mostrado, encima de él y con su falo dentro, que disfrutaba con su sexo. ¡Todo eso combinado le proporcionaba goce! ¡Le entregaba nuevas sensaciones! El disfrute mutuo era muy importante. De nuevo en la cabeza del centurión, la domina idealizada.

Idalia tenía presente que era incapaz de entregar amor a una mujer. No se lo permitía ni su manera de ver la vida ni su manera de ver el mundo militar. ¡Quería ser libre! Se veía en una situación que no quería y tenía que vivir con su juramento. Ambos estaban atrapados en una situación no deseada.

A Marco, hijo de Quinto, centurión legionario, de la ciudad de Clusium, le tenía que engatusar con sexo. Con un sexo sincero propio de una bárbara en el que se dieran placer mutuo y con una hembra de uso exclusivo. El seguirá forzando a otras mujeres y tratándolas con desprecio, e incluso de vez en cuando se comportaría con ella rudamente. ¡Ese era un precio que estaba dispuesta a pagar!

Era consciente de que eso que pretendía no sería fácil para ella. Tanto para ganar ánimos como para alcanzar la paz de espíritu y dotarse de fortaleza, aprovechaba la soledad de la mañana, abría la puerta a los primeros y tímidos rayos del Padre Sol en la estación oscura, y rezaba las oraciones ancestrales que se habían transmitido de madres a hijas en su familia. Esa comunión con el Padre Sol y la Madre, creadores de vida y naturaleza, le hacía renovarse por dentro. Con esa luz y paz espiritual podía vencer la suciedad y lograr la limpieza de su cuerpo carnal.

—«Adorada Madre, concédeme ser humilde como un día cualquiera, que se levanta temprano y se acuesta tarde, que llega y se va sin buscar gloria. Desea que mi alma sea como la madre Luna, que brilla en la oscuridad, y aunque yo sea solo una simple mortal sea capaz de emitir mi propia luz. Adorada Madre, guía de todo lo vivo, te pido consientas que mis pensamientos sean como el río de agua clara y limpia y que siempre me den buenos consejos para ir hacia delante, tal y como hacen las aguas del sagrado Rin. Madre creadora, desea que alcance la felicidad como lo hacen los pájaros, que comen, cantan y vuelan libres. Permíteme ser fuerte como los árboles enamorados del Padre Sol, pero siempre fieles y aferrados a la madre Tierra con sus raíces. Madre forjadora de vida, vive dentro de mí, pues en mis entrañas hay un bebé y solo la naturaleza puede dar vida. Madre inmortal, esta humilde celta suplica tus favores. Mis sentimientos más puros son para ti».

Tras la plegaria, continuaba algún tiempo sintiendo la paz que le otorgaban las súplicas. Reconfortada por el cálido calor y la energía que los primeros rayos de sol siempre le proporcionaban, por poca fuerza que tuvieran. Permanecía en silencio sintiendo ese bienestar, nutriéndose de él.

Esa misma tarde, una vez acabado el paseo, sin dar tiempo y nada más entrar en las habitaciones, Idalia apoyó su dedo índice en la boca del oficial indicándole silenció. Le señaló el catre para que realizara el ritual y cuando este quiso darse la vuelta le encontró dispuesta para él a cuatro patas. Marco Coso no tardó en aceptar la invitación. Ambos disfrutaron del acto. Por primera vez, la germana sintió algo de control sobre su vida.

Capítulo V
Hacia la salvación

I – La Imbatible Minerva, en el Olimpo.

Todo lo que sucede es voluntad de los dioses, Roma será el mayor logro conocido por el hombre. A pesar de que los quirites se abandonaron a sí mismos, su obra quedará por los siglos en el recuerdo de los mortales. Ahora bien, la sola guerra, la sola sangre, no garantizó el éxito en esa empresa, la más grande en la que se hayan embarcado los dioses. Nos, desde nuestra privilegiada posición, desde nuestro templo en el monte Capitolino, observábamos e inspirábamos a los representantes del pueblo a tomar decisiones que portaran la cultura romana a las naciones conquistadas. Invitábamos a compartir las infraestructuras, la cultura, las costumbres, la justicia y la estructura social y política. ¡Invitábamos a acabar con la barbarie y a crear civilización!

Ayudamos al pueblo elegido a fundar colonias, pues conquistaba territorios y era imprescindible tutelar la ocupación. Este proceder era una herramienta para reforzar la expansión y el poder de Roma a toda tierra habitada por el hombre. En ellas se buscaba la aplicación del modelo legal, social y económico de los quirites. El control, la transferencia de suelo, la aplicación del derecho romano y la cultura se utilizaban como sistema para integrar la nueva ciudad con el territorio, y de esa manera romanizar a los pueblos conquistados. ¿Qué nación no querría eso? La Urbe aportaba riqueza y bienestar a todo hombre en el territorio que controlaba.

Roma no tenía solo la misión de conquistar el mundo, Roma tenía la misión de ser el mundo. Cada esquina del orbe tenía que ser Roma. Las murallas que definían a la Urbe tenían que extenderse hasta el límite de la tierra conocida por el hombre. Cuando la obra, obsequiada a los hijos de la Loba, estuviera acabada, cualquier hombre podría viajar por cada río, por cada montaña o por cada uno de los mares sin dejar en ningún momento Roma. Un ciudadano sería romano tanto en Tarraco como en Antioquía, como en Siracusa, pues cada uno de los rincones sería Roma. Entretanto los quirites respetaran el pacto con los dioses siguiendo las costumbres de los antiguos, este plan divino se llevaría a cabo sin que ningún pueblo o nación enemiga pudiera detenerlo.

Este sustituir la barbarie para conseguir un comportamiento mejor, el de los quirites, el de su cultura, también se lograba con el ejército

romano pues era la institución donde, con mayor fuerza y variedad, se mezclaban etnias, maneras de ver y nacionalidades. Los distintos lenguajes y formas de ver la vida cedían su importancia ante la organización militar que era al final la suma de todas esas naciones, sistemas de combate y cuerpos de tropas distintos. Esa heterogeneidad, sin embargo, era necesariamente complementaria para el éxito de las legiones y por ese motivo los soldados adoptaban tanto en sentimiento como en legalidad la ciudadanía romana.

Para todos esos hombres, llegados de todas partes, la primera patria adoptada era el fuerte militar, pues cada una de esas fortalezas era una pequeña Urbe. Patria sería también el asentamiento civil que las acompañaba, pues allí encontraba hembra para generar descendencia. No tardarían en adoptar las costumbres de los quirites, pues al licenciarse serían ciudadanos romanos. Los legionarios serían hijos de soldados. De esto se generaba una nueva patria, una adoptada por la familia, pues mujer e hijos son un hogar y ese hogar común para todos es Roma. De la barbarie se transformaban en soldados, de soldados pasaban a ciudadanos y de las entrañas de las mujeres nacían nuevos quirites.

Al igual que sucedía con ellos, sucedía con ellas. Con las mujeres que acompañaban a los militares. Cada una de las hembras que se quedaba preñada de un romano paría a un quirite. Viniera de donde viniera y orara al dios que orara, pues el semen del pueblo elegido crecía en su interior.

Hay instantes para la brutalidad y otros para la reflexión y la calma. Los hombres osados que son capaces de distinguir esos momentos son los que están destinados al éxito. Esa noche fuimos invocadas y nos presentamos en sueños ante Lucio Cedicio, un hombre prudente a la vez que viril, que respetaba a sus divinidades. En la revelación portábamos el casco, la pica en una mano, el escudo en la otra y como coraza la piel de la cabra Amaltea, adornada con la cabeza de Medusa, tal y como la porta mi padre, Júpiter, el Mejor y el más Grande. Con belleza simple y modesta, expresión grave e impresionante nobleza, fuerza y majestuosidad. Mi hermosura compite con la de la Dorada Venus. Nuestro cuerpo es casto y prohibido a hombres y a dioses, es por ello que mi pulcritud supera a la de todas las demás diosas del Olimpo.

Mostré al mortal los bosques, las montañas, los valles y los ríos. Le enseñé el campo de batalla, la situación del enemigo y los rincones y pasajes peligrosos. No le revelamos el futuro ni el pasado, tan solo le mostramos el presente, pero visto desde otro lugar. Tras ello volamos hacia los cielos cual lechuza y volvimos al mundo de los dioses.

Retando la mente de los hombres es como se consigue inteligencia en las acciones. Como no podía ser de otra forma, inspirado por Nos, el mortal encontró la inspiración.

II – La tormenta, fuerte Aliso.

«Ven ahora, Majestuosa Minerva de cabello dorado, orgullosa diosa guerrera, madre de la sabiduría, orgullo y honor de tu padre, Júpiter, el Mejor y el más Grande. Poderosa eres, ninguna inspiró más ardientes llamados a las armas que tú. Concordia de los afligidos, victoria de los quirites, concede tus bendiciones a estos legionarios romanos, a los soldados auxiliares y a los amigos de naciones extranjeras que sirven a nuestra causa. Ya sea que vengas del monte donde formas parte de la Triada o de lavarte una vez más el cabello en las aguas del Tritón, te dedicamos los restos de los hombres viriles y sus maltrechas armaduras. En tus templos, en las vigilias nocturnas, una anciana casta y pía atenderá el fuego de tu altar, y nunca dejará de salvaguardar tu casta modestia, asistiendo en secreto a los ritos de tu tocador. A ti en la guerra, a ti en la paz, los primeros frutos de nuestro trabajo serán llevados. Ven ahora, diosa de cabello dorado, para favorecer la tarea que comencé. ¡Oh, Majestuosa Minerva! Siempre has venido en mi ayuda con tus consejos, testigo de la existencia de mis buenas acciones y de toda obra mía. Con tu asentimiento, acepta esta ofrenda de sacrificio. Así sea».

Como todo hombre piadoso, Lucio Cedicio había pedido inspiración a la diosa de la guerra, sabiduría y estrategia en combate, además de la protectora de Roma. No en vano su templo estaba en el monte Capitolino, desde donde se podía ver a toda la Ciudad Inmortal.

—¿Cómo está tu hembra?

—Luhaja está bien, señor.

—No le faltó de nada —afirmó Lucio Cedicio—, me aseguré de ello personalmente. Tu hijo crece fuerte, enhorabuena.

—Gracias, señor.

—Es lo que tiene ser fiel a Roma y lo que se pierde si se hace lo contrario. Bien, Keiler, parece que viene una tormenta, ¿verdad? —Tras recordar al guía ubante su posición, quiso ir a lo que realmente le preocupaba.

—Así es, señor.

—¿Cuánto crees que durará?

—El viento baja por el valle del río, cuando eso sucede en el segundo mes de la estación oscura suele durar dos o tres días, señor. Pero eso solo lo saben los dioses.

—Sí, claro, todo lo que pasa es voluntad de los dioses. Preferiría preguntárselo a un augur, pero no tenemos ninguno. Un buen oficial tiene que aprovechar todos sus recursos, así que me conformaré y usaré lo que tengo. El sexto centurión de la III Cohorte dijo que se refugiaban cuando llovía, ¿verdad?

—Lo hicieron en cada ocasión, señor. —Esa era la única respuesta que podía dar.

—Lo novedoso y la sorpresa llevan al enemigo al temor, lo conocido no le afecta. No sé cuánto tiempo les durará el temor a esos bastardos, pero espero que lo suficiente para que estemos en el Rin.

El primer centurión de cada una de las tres cohortes legionarias del fuerte Aliso, los prefectos de las cohortes auxiliares, la Cohorte II Bituriga y la Cohorte I Arverna de arqueros, y el prefecto de la caballería fueron convocados ante la presencia de Lucio Cedicio. Todos sabían, o mejor dicho esperaban, que el resultado de la reunión fuera la salida del fuerte. A ninguno de los legionarios, ni a los soldados auxiliares, les motivaba el morir por inanición. Muchos preferían perder la vida intentando llegar al fuerte Vetera, y otros querían al menos dar una oportunidad a sus familias. Añadir a eso que muchos empezaban a mostrar evidencia de la falta de alimento; o partían con prontitud o los más débiles se quedarían.

Nada hay más importante para un romano que la familia, que su descendencia.

Así eran las cosas, y eso era conocido por Lucio Cedicio. Ahora bien, este tenía que pensar en todo y en todos. No le era posible salir a la aventura. Su obligación era plantear algo que les diera la oportunidad de llegar a su destino y alcanzar su salvación.

Tras darle muchas vueltas a la cabeza, al fin se había decidido. En los días de lluvia los germanos, en su confianza, se refugiaban en sus instalaciones y se relajaban en las guardias. Esa debilidad tenía que ser aprovechada. El plan era elaborado; apoyándose de borradores, el prefecto del campamento comunicó lo que por inspiración de los dioses había planeado.

—Una primera avanzadilla, una centuria de la III Cohorte, eliminará a los hombres de las primeras torres de influencia, despejando el camino, mientras otros, dos centurias de la II Cohorte, harán lo mismo con las de la segunda línea. Conocéis a vuestros hombres, elegid a los más eficientes y audaces. Espero que estos baluartes caigan sin que ninguno de los germanos pueda pedir ayuda. Lo hago con la esperanza de que hasta que no pare la lluvia no se den cuenta de su falta. Esta primera parte de la operación tiene que ser rápida y quirúrgica. Paralelamente, los civiles saldrán en cuatro grupos protegidos cada uno por cuarenta legionarios de la I Cohorte, más cuarenta auxiliares y veinte arqueros. Excepto el primer grupo, donde irán los familiares de los oficiales, que tendrán el doble de dotación. Para prever ataques por la retaguardia irán dos cohortes auxiliares biturigos y los legionarios de la centuria de la III Cohorte que se ocupó de las primeras torres. Todos los demás, más los hombres

de la caballería, que serán dotados de escudos y espadas de infantería, irán en la vanguardia. Si no somos capaces de romper la tercera línea nada de esto tendrá sentido. ¿Alguna pregunta?

—Gracias, señor.

—Todos tenemos que ser útiles y cumplir nuestro cometido.

El prefecto de la caballería estaba algo más animado. Los caballos habían sido sacrificados y sus jinetes no podían ejercer su función. El hecho de considerarlos importantes en el ataque principal contra el enemigo les daba un cierto reconocimiento, y sin duda dignificaba a sus hombres.

—¿Alguien más? —insistió el prefecto.

Todos los oficiales callaron. Sabían lo que tenían que hacer.

—Bien, hablad con vuestros oficiales, comunicad las instrucciones, quiero que estemos listos para salir en menos de cuatro horas.

Tras la reunión con el primer centurión de su cohorte, Marco Coso no pudo evitar visitar a Idalia. Sorprendentemente, estaba consiguiendo que le gustara llegar a las habitaciones. En verdad, mientras sus actos, tanto con sus hombres como en el campo de batalla, no se vieran influenciados por nada de lo que sucedía en la alcoba, no le importaba. ¿Qué tenía de malo disfrutar de buen sexo?

No era, ni sería, una domina romana, pero en los paseos se comportaba y trataba de hacer las cosas tal y como se esperaba: bajaba la cabeza; se mostraba sumisa; no hablaba sin su permiso; cuando alguien le comentaba algo del ámbito castrense se retiraba a una distancia y les daba espacio; se peinaba y recogía sus largos cabellos y los cubría en público con un pañuelo; tapaba sus carnes y se mostraba recatada y caminaba siempre medio paso tras él. Si cometía un error la reprendía y se guardaba para ella su mala cara. Eso, y sonrió al pensarlo, era bueno para él pues en la intimidad sacaba de su interior lo que había retenido, gozaban juntos y se sosegaba. ¡Todo era bueno!

—Bien, hoy es el día.

—¡Sí! ¿El prefecto se ha decidido?

—¡Ha tomado la decisión cuando era oportuno! No se cuestionan las órdenes de un superior —pronunció secamente.

Esta optó por callar, ante ese tono solo cabía esa opción.

—Toma.

Este se desató la cuerda que pendía de su cuello, extendió la mano y le proporcionó el amuleto con el puño cerrado y el falo.

—¿Es para mí? ¿Para mi protección?

—No, es para el bebé que llevas dentro, le he cogido cariño. Pero si protejo al niño tengo que proteger a la madre.

Era evidente que lo hacía por ambos, pero este no lo quería reconocer. Quizá temía que si lo hacía su corazón se pudiera ablandar. Siempre habría esa barrera ante ellos. Idalia no despreciaba eso, le recordaba que esa sería su relación, no hay decepción si no hay esperanzas. Era sincero hasta en eso.

—Gracias por preocuparte por mi hijo.

—Me preocupo por el hijo de Cneo Vitruvio —volvió a pronunciar secamente.

—Sí, es cierto, me he expresado mal.

—No importa, estás aprendiendo. Un par de cosas. La primera, aquí no ha pasado, pero si llegamos al fuerte Vetera pasará. Mis hombres ya están aleccionados y no dirán nada, pero si alguien te pregunta di que llevamos un año y tres meses juntos, de esa mane...

—¿Por? —interrumpió.

—Eres descarada, ¡menos mal que no me haces esto en público! Es de las XII tablas, de nuestras leyes más antiguas, vienen desde el principio de la república. En su tabla VI, la que habla del dominio y posesión, hay una ley que dice más o menos: «La mujer que, aunque no esté unida por nupcias a un varón, esté en poder de este voluntariamente un año, sin haber salido de su casa tres noches, se considerará usucapida, y como tal es tenida como mujer propia».

—¡No entiendo! —evidenció, pues había en lo dicho palabras complicadas.

—Desde ahora, tú y yo estamos juntos desde hace más de un año. Eso quiere decir que estamos en matrimonio. Como te he usado por un año tanto tú como tus entrañas sois consideradas de mi propiedad, eres mi esposa oficial.

Idalia abrió los ojos como platos. No era capaz de creérselo.

—Es la única manera de que pueda reconocer al hijo que llevas dentro como legítimo, y este pueda ser considerado ciudadano romano de pleno derecho.

Seguía sin poder decir palabra, era demasiado para ella. ¡No podía creérselo! Sería oficialmente una domina.

—Bien, ya lo aceptarás. La segunda, los civiles partirán en cuatro grupos, tú irás en el primero, el más protegido.

—Yo quiero ir contigo. —Esta vez sí reaccionó.

—Tú irás donde yo diga —añadió de nuevo, como si fuera una orden—. Ahora tengo que ir a hablar con mis hombres, luego vendré a acompañarte a tu lugar.

Sin más partió.

No dudaba de que su principal objetivo fuera el reconocimiento legal del bebé. Pero ¡sería considerada casada para los romanos! No había esperado nunca nada así. Solo pensaba en sobrevivir, en su

situación no era capaz de alcanzar nada más, y ¡ahora era la esposa de un romano! ¿Cómo era ser la mujer de un romano? ¿Qué tendría que hacer cuando llegara al otro lado del Rin? Todo eran dudas para ella.

Se encontró, además, con ese amuleto, con el fascinus en sus manos. A su amado Cneo Vitruvio le colgaba uno igual. Le dijo que tenía poder mágico, y que alejaba los males de ojos, los malos espíritus y protegía contra las envidias y las maldiciones. Era sin duda un amuleto protector. Esta ató de nuevo el cordón y lo acomodó en su cuello. Marco Coso la quería proteger tanto de peligros visibles como de los invisibles.

Tras ello se dedicó a adecentarse el vestido y a peinarse para poder cubrirse la cabeza con el pañuelo, tenía que salir en público decentemente, pues esa era la voluntad de Marco Coso.

No se había rendido, continuaría la conversación donde la había dejado. ¡Quería ir junto a él!

—Domina —pronunció algo más tarde Crinis—, recoja las cosas que crea importantes y prepárese, saldremos en breve. No cargue mucho, el camino será peligroso y se hará largo —aconsejó por último.

—¿Marco no viene?

—El centurión Marco Coso ha recibido órdenes de salir en la primera partida para controlar el terreno, acabar con los hombres de las primeras torres y dar cobertura. Después se unirá a la retaguardia.

Sin más abandonó la puerta.

A Idalia le molestó la situación, habría querido tener la oportunidad de hablar con el centurión y convencerlo para que le permitiera permanecer junto a él en el camino al fuerte Vetera. Estaba, además, más que segura de que el auxiliar galo había recibido órdenes de vigilarla e impedirlo. La molestia que sentía se convirtió en frustración.

Un escalofrío recorrió su cuello. Tanto que no quería confirmar su miedo. No sin temor por lo que vería, giró su cuerpo y miró hacia donde no quería encontrar lo que estaba segura que encontraría. ¡El catre no estaba hecho! Marco Coso no había realizado su ritual de buena suerte. Sumar a eso que el amuleto, el que le había dado protección, lo poseía ella. ¡Tenía que hacer algo!

No tardó mucho en salir la fuerza que llevaba dentro, esa que había permanecido dormida.

Antes de dirigirse a los dioses de Marco Coso, Idalia se lavó las manos y la cara, pues tenía que purificarse.

—¡Con esta agua se limpia mi impureza!

Tras ello hizo una reverencia y comenzó con el ruego.

—Adorados dioses tutelares de Marco, sed tolerantes con mi lengua. Adorado padre Jano, adorado seas, te pido que seas bueno con Marco para que no le pase nada. Que su espíritu encuentre la armonía y que ningún pensamiento que no haya sido elegido por él interfiera en su vida. Recuérdale que tiene el poder de elegir los buenos pensamientos y abandonar la senda que trata de oscurecer su camino. Adorado Genius de nacimiento del protector de mi hijo, te pido por favor me ayudes en este día a protegerlo. Algo me dice que está en peligro. Para eso, adorados Juno y Genius, os ofrezco incienso y vino. Se haga así.

No supo cómo pedir indulgencia a las divinidades si había realizado mal el rito, pues no disponía de ninguno de los pastelitos que ofrecía su protector.

Al no saber cómo concluir el rezo decidió hacer el catre, dejándolo tal y como lo había observado en muchas de sus horas de soledad. Ella era parte de él, pues según él mismo decía era de su propiedad. Si ella hacía el rito era como si lo hiciera Marco Coso, o eso quería imaginar.

El soldado auxiliar llegó al poco a recogerla. Cuando esta salió de la habitación caía un fuerte aguacero. Eran las aguas frías de la estación oscura, conocidas para ella. Agradeció la lluvia, el ciclo eterno que había establecido la Madre, pues sin ello no habría nueva vida en la estación clara. A pesar de la preocupación tenía una sensación de regocijo, pues tras todo lo que había vivido y visto la naturaleza seguía siempre adelante.

—Crinis, déjame un puñal —pidió.

—No puedo hacerlo, está prohibido, además no es conveniente que una mujer lleve un arma.

—No es para atacar ni defenderme, es para usarlo en mí.

—¡Domina! No diga eso, está usted embarazada —expresó realmente alarmado.

—No te preocupes, no me quiero quitar la vida. ¿Qué crees que harán conmigo si no salimos adelante? ¿Cómo usarán mi cuerpo? ¿Qué cosas horribles me harán? Llevo en mi interior a un romano, no tendrán compasión conmigo.

El auxiliar galo se compadeció de ella.

—Tiene usted razón. —Tras mirar a su alrededor por si alguien los observaba, le entregó un puñal —. Que nadie se entere que se lo he dado yo.

—Eres un buen hombre, Crinis, si alguien pregunta diré que lo he robado. Espero que los dioses quieran tu felicidad.

—Eso le deseo a usted también. Como ya le dije, verla en su estado es lo que me ha dado ganas de seguir viviendo estos días.

El puñal que Marco Coso había dejado encima de la mesa durante las últimas semanas tampoco estaba allí.

III - Las torres, orillas del río Lippe.

Era muy incómodo sentir el agua entrando y empapando su cuerpo, sus movimientos eran lentos y fatigosos, añadir a eso que el peso del equipo junto a la gran cantidad de lluvia provocaba que por donde pasaran dos o tres legionarios creciera el barro, haciendo el avanzar mucho más pesado. Gustosamente se hubiera quitado su armadura de placas, sin duda eso le haría el camino más cómodo, pero su protección era una gran ventaja táctica contra el enemigo. Era muy difícil que una de sus armas atravesara su coraza, y sin embargo cada una de las estocadas realizadas con su espada corta era una baja enemiga. Así era como se tenía que actuar. ¿A quién podía gustarle esa maldita tierra?

El centurión y ocho de sus hombres se acercaron sigilosamente hasta la torre enemiga.

—Bien, como esperábamos, aquí tampoco hay nadie vigilando, estarán en la cabaña. Seguro que hay uno o dos de retén y los demás estarán descansando o entretenidos con lo que hagan los bárbaros cuando no hacen nada. Tú y tú —señaló a ambos— olvidaos de los hombres, vuestro objetivo es el cárnix, que nadie se acerque a él. No tengo que recordar de nuevo que si suena y avisan estaremos muertos. Eso sería lo mínimo que mereceríamos, pero los demás no tienen culpa, así que conseguidlo aunque sea a costa de vuestras vidas. Tú y tú —señaló a nuevos hombres— os pondréis en cada lateral de la cabaña, por si alguno quiere salir y huir. Los demás entraremos y acabaremos con ellos. ¿Entendido?

Todos sus hombres asintieron.

Con todo preparado, entraron en tropel en la rústica cabaña. Solo dos, los dos primeros, portaban escudos, de otra manera hubiera sido imposible maniobrar en el reducido espacio y chocarían y se dañarían unos a otros. Golpearon aquí y allí y dejaron paso franco a los demás. Si un legionario no tiene sitio para luchar, está perdido.

Marco Coso entró junto a los suyos y avanzó por la posición central. Se encontró de frente a un joven guerrero querusco. Este último, ante la sorpresa, solo pudo levantarse de la silla en la que estaba sentado. El oficial reaccionó y lanzó su espada corta contra el cuerpo de su oponente clavándosela fuertemente. Los poderosos músculos de su enemigo perdieron fuerza y ante la herida parecieron hacerse más pequeños. El cuerpo reaccionaba a la espada corta pero los ojos, que miraban fijamente al centurión, parecían no creérselo, ¡no era posible que eso estuviera sucediendo! El romano aguantó la mirada sin pestañear siquiera mientras giraba el hierro en el tronco en el que estaba clavado. Entonces los ojos sí evidenciaron el dolor. Eso

no preocupó mucho al legionario, y ante la quietud del germano que se sabía muerto y con un movimiento preciso pasó la hoja por el cuello de ese hombre. Parte de la sangre que había brotado de la herida del estómago se unió a la que ahora salía del cuello. El cuerpo cayó rompiendo la silla que estaba situada tras él.

Rápidamente se preocupó por la situación. Lo primero, el cárnix, estaba custodiado y no había habido oportunidad de utilizarlo. Lo segundo, sus hombres, todos bien, esa torre también había caído. La columna ya tenía espacio para avanzar sin ser advertida. Todo dependía de la lluvia, cuanta más, menos posibilidades de detectar a los enemigos caídos.

Cuando ya empezaba a relajarse se oyeron señales de lucha en el exterior. Todos, menos los dos hombres que protegían al objeto, salieron raudos. Estos, sin importarles en aquel momento lo que sucedía en el exterior, comenzaron a golpear el cárnix para dejarlo inservible. Tras eso se podrían unir a sus compañeros.

Los hombres de Marco Coso vieron a uno de los encargados de vigilar la salida lateral derribado y herido, y a un germano que huía por entre los árboles del frondoso bosque. Como no podía ser de otra forma fueron tras él.

Tenían en la cabeza lo que podía pasar si ese hombre era capaz de llegar a su destino. El desastre sería absoluto, poco a poco se irían añadiendo enemigos hasta superarlos en número y eliminarlos a todos. Si no atrapaban a ese hombre todo estaba perdido.

Corrieron todo lo que pudieron, pusieron en ello todo lo que tenían. Pero era imposible alcanzarlo, pues era su tierra, la conocía, estaba acostumbrado a correr por los bosques e iba desnudo y ligero. Mucho mejor adaptado que ellos, que portaban su coraza de duro hierro. Cada vez estaba más lejos, pronto le perderían. Estaban desesperados, masticaban la derrota y el fracaso. Ante la desesperación, los hombres que portaban los escudos hacía ya un tiempo que se habían desprendido de ellos en un vano intento de ir más rápido. No eran capaces de pensar que los que ya partieron sin ellos tampoco podían seguir el ritmo.

Tendrían que volver y avisar del fracaso. Si se daban prisa alguno de sus compañeros y parte de los civiles podrían alcanzar de nuevo el fuerte Aliso.

Súbitamente, el germano dejó de avanzar, quedó quieto y cayó al suelo.

Tras la cortina de agua se descubrió ante ellos la magnífica figura de un casco romano con penacho, dotado con dos plumas laterales. El dueño del casco portaba escudo y espada en mano. No tardaron en

aparecer ocho legionarios tras él. Era Cato Vilio, jamás esos legionarios se alegraron tanto de ver a su optio.

Marco Coso indicó a sus hombres que descansaran un poco, pues la carrera por el bosque y la lucha contra el lodo los había agotado, de poco valían de esa manera. Un par de ellos se arrojaron al suelo, no les importó demasiado que estuviera mojado, poca diferencia existía con estar de pie. Los demás buscaron un árbol en el que apoyarse.

Poco a poco, intentando recuperar el aliento, se acercó a su optio.

—¡Eres un malnacido!

—Gracias, señor.

Ambos se estrecharon los antebrazos.

—Fue buena idea la de asignar hombres entre las torres —agradeció el centurión.

—Bueno, me pareció que si alguien escapaba lo normal sería que huyera hacia la torre más cercana —reconoció el optio.

—Esa idea no la tuve yo.

—Somos un equipo, señor, para eso estoy yo, para sugerir y obedecer.

—Si salimos de esta, esto será sabido por Lucio Cedicio. Mereces reconocimiento.

—Se hará lo que usted diga, pero yo prefiero que no. Es usted un sexto centurión, señor, necesita reconocimiento. En todo caso cuando ascienda, lléveme con usted.

—Así lo haré, este como el anterior parece un buen consejo, y es de buen romano ser agradecido. —Volvieron a estrecharse los antebrazos.

Ese gesto les era beneficioso a ambos y lo era a la vez a sus hombres, pues veían unión y coordinación entre sus mandos. Eso haría que obedecieran ciegamente.

—El primer paso está dado, pronto saldremos de aquí, señor, cuando lleguemos al fuerte Vetera podrá dedicarse a criar hijos, su domina tiene buenas caderas —apreció Cato Vilio.

—¿Miras el cuerpo a mi domina? —bromeó.

—¡Lo admiro, señor, lo admiro! —siguió con la broma.

—Es un dolor de muelas y de cabeza a la vez —se quejó.

—Cuando sale de sus habitaciones, su sonrisa no dice eso.

—¡Yo no sonrío! Es un dolor de muelas y de cabeza a la vez, te lo digo yo —insistió de nuevo.

—¿No lo son todas, señor? —acabó riendo Cato Vilio.

Marco Coso se aseguró, utilizando su espada corta, que al germano no le quedara ni un ápice de vida. Ordenó a varios hombres que lo trasladaran a la cabaña. Era mejor ocultar el cuerpo. Tras eso se dirigió a los dos hombres que habían soltado los escudos y les propinó

tres fuertes golpes en las pantorrillas, pues al abandonar su protección habían debilitado la defensa de sus compañeros. Entendía la situación, en caso contrario los hubiera ejecutado. No cabía el mínimo descuido en la disciplina, y abandonar el armamento o la protección era una de las faltas más castigadas.

IIII - La domina Vibia Maiana, orillas del río Lippe.

—Hola, ¿cómo te llamas?

Idalia se encontró caminando paralelamente con una joven de catorce años que avanzaba con su bebé en brazos. No la había visto nunca por la fortaleza, pero si estaba allí era porque, al igual que ella, era la mujer elegida por un romano. El camino sería largo y peligroso, o corto y sangriento. Era mejor no pensar en eso y tener otras cosas en la cabeza.

—Salve, mi nombre es Vibia Maiana, y soy la domina de Tito Postumio Albo.

—¿Eres la esposa de un oficial?

—Sí, es el primer centurión de la I Cohorte de Aliso, el más importante después de Lucio Cedicio —pronunció con orgullo.

—Eso es mucho, ¿no?

—Sí, muchísimo, cuando mi padre llegó a un acuerdo de nupcias con su familia me dijo que valía mucho y que era una buena oportunidad para mí. Mi esposo será pilus primus, ¡primer centurión de una primera cohorte en una legión! Entonces será todavía más importante. No se lo digas, ¡eh! —explicó ahora en voz baja—. Para entonces ya le habré dado dos o tres hijos más. Él es muy optimista, pero lo conseguirá. Después será prefecto de una cohorte, tras eso prefecto del campamento. Se presentará a cargos públicos y será muy importante. Entonces, como yo le habré dado hijos varones, me colmará de regalos y atenciones. Es un futuro perfecto, el que quiere toda mujer decente.

—Cierto —afirmó Idalia con la intención de agradar a la joven madre—, para ser tan importante tiene que ser ya mayor, ¿no?

—No, mi padre no me hubiera casado con un viejo, tiene solo treinta y dos años, es joven todavía. Y tú, ¿quién eres? —se interesó la joven madre.

—Soy Idalia, domina de Marco, hijo de Quinto, centurión legionario, de la ciudad de Clusium.

Era la primera vez que se identificaba así: «domina de Marco». Le resultó extraño a la vez que natural. Seguía sin creérselo del todo.

No pudo reflexionar, pues la sonrisa apareció en la joven.

—¿De qué ríes?

—De cómo has dicho el nombre. No se dice así —aseguró con la sonrisa en la boca.

—¿Ah no? ¿Y cómo se dice? —preguntó interesada Idalia.

—Se dicen los tres nombres: el primer nombre, el nombre de la gens y el nombre de la familia. Tito… Postumio… Albo… —pronunció estas palabras lentamente, como queriendo enseñar cada una de ellas.

—Yo no sé eso de Marco.

—No te preocupes, tu domine te lo hará saber cuando lo necesites.

En aquellos momentos le pareció imposible hacer lo que de ella esperaba Marco Coso. Desconocía todo del comportamiento de las mujeres con las que este querría relacionarse. En ese aspecto se sintió inferior a esa joven y le sobrevinieron las inseguridades.

—¿No te extraña que un centurión haya elegido a una mujer como yo?

—No, ¿por qué? Tú dale a tu esposo unos cuantos hijos varones. Con eso se te acaban los problemas. Es igual de dónde vengas. En cuanto les das un hijo varón cambian y te valoran, te cuidan y dan atenciones. Las mujeres —continuó— nunca elegimos, y los hombres siempre tienen muchas cosas en la cabeza para entenderlos. Él está contigo y no con otra. Tú y yo hemos tenido mucha suerte, estamos con oficiales y somos privilegiadas. Las demás están por debajo de nosotras. ¡Eso es muy importante! Protégete de los males de ojo, seguro que hay alguna envidiosa.

—Sí… —Iba a enseñarle el amuleto con el puño y el glande que pendía de su cuello, pero no le dio oportunidad pues siguió hablando.

—Mi padre, que luchó con Tiberio —volvió de nuevo el orgullo a la joven madre—, dice que: «Muchos no lo entienden pero en el mestizaje del ejército está su éxito, y eso es bueno para Roma». Dijo algo más sobre los hombres y la calidad de las tropas, pero no lo entendí, esas cosas no son propias de mujeres. Pero si mi padre dice que eso es bueno, es que lo es.

—Claro, lo que dice un padre siempre lo es.

—Sí, y lo que dice tu domine también —informó Vibia.

—Evidentemente. —Idalia dio la razón sin haber procesado toda la información que estaba recibiendo. No pudo evitar la curiosidad e intentó obtener más información de la joven esposa del primer centurión—. ¿Eres una domina de Roma?

—Soy una domina pero no soy de Roma, ¡ya me gustaría a mí! Mi esposo sí lo es. Esa fue una de las cosas que miró mi padre, me dijo que con un poco de suerte viviría allí. Soy de una colonia.

—¿Qué es una colonia?

—¿No sabes lo que es? —Era la primera vez para Vibia que alguien desconocía eso.

—No, nunca he salido de mi tierra. —No quiso ni pensar que lo estaba haciendo en esos momentos.

—Bueno, soy de Aquileia. Una colonia es como una pequeña Roma, los que nacen allí son ya ciudadanos romanos, ¡eso es muy importante! Los prohombres van con sus togas por aquí y por allí intentando obtener un lugar en el senado local, magistraturas y sacerdocios. Se dan mucha importancia, pero la verdad es que todos quieren ser alguien en Roma.

—Me cuesta mucho imaginar eso —dijo sinceramente Idalia.

—Son como veinte gallos en un corral. —La sonrisa de Vibia se hizo contagiosa. La imagen lo merecía, unos gallos togados en una plaza pública eran sin duda una visión cómica.

—¿Y vosotras? —curioseó Idalia.

—¿Nosotras? Nosotras no estamos capacitadas para hablar en las asambleas. ¡Qué cosas dices!

A la germana eso le resultó insólito, si bien las mujeres no formaban parte de los ciudadanos libres con armas, eran escuchadas y su opinión era tenida en cuenta en las asambleas de los pueblos celtas. En algunas aldeas, como en la suya, su voz valía casi tanto como la de los hombres. No supo muy bien cómo aceptar lo que decía la esposa del primer centurión y quería entender, pues le resultaba realmente extraño. ¿No se tenía en cuenta la opinión de las mujeres? ¡Ellas eran las que generaban los guerreros!

—¿No habláis en las asambleas?

—¡Claro que no! Las mujeres no sabemos de la cosa pública. Mira —explicó Vibia, como si fuera la obviedad más grande del mundo—, nosotras tenemos un papel y los hombres otro. Los dioses nos hicieron para las tareas domésticas y al hombre para las cosas del exterior. Hicieron al varón fuerte para que soportara los calores y los fríos y las obligaciones de la paz y de la guerra, para que trabajara en el campo y para el servicio militar. En cambio, a la mujer no la hicieron para esas cosas. La hicieron para los trabajos domésticos, para ocuparse de los esposos y de los hijos. Las mujeres somos frágiles y carecemos de la inteligencia de los hombres, es por ello que tienen que cuidarnos y ocuparse de nosotras. Mi padre dio una dote a Albo, mi esposo, pues hacerse con una esposa era una carga para él. Ahora tiene la responsabilidad de ocuparse de mí. De esa manera se compensan las cosas.

Idalia no podía creer lo que estaba oyendo. Su amado Cneo Vitruvio nunca la trató de esa manera y Marco Coso, ¿Marco Coso? ¿Querría que ella se comportara así? Era muy difícil de aceptar. En su aldea había algunas cosas reservadas a los hombres y otras reservadas a las mujeres, pero las decisiones, sobre todo las importantes, se tomaban entre todos.

—¿Pero tú no querrías hacer algo de lo que hacen los hombres?

—¡No! Mira. —Esta elevó un poco a su hijo para que la germana lo viera mejor—. Dime si hay algo que puedan hacer los hombres que sea mejor que esto. Solo nosotras podemos ser madres. Este bebé, el hijo de Albo, cambió mi vida, ¡para qué quiero yo una magistratura o un sitio en el senado cuando tengo a mi pequeño Albo! Llegó y arrasó con todo. Nada te cambia tanto como la llegada de tu bebé. En un solo día pasas a ser responsable de otra vida y nace una persona nueva.

Este es el papel que nos han dado los dioses, el más importante de todos. ¡¿Para qué quiero yo los problemas de los hombres?!

—¿Tanto te cambia la vida un bebé?

Ni siquiera Idalia supo si hacía una pregunta o pensaba en voz alta. Era consciente de que tener un hijo era una de las cosas más importantes de la vida, pero esa joven madre renunciaba voluntariamente a unos principios que para una mujer celta de su aldea eran irrenunciables. A la guerrera bructera que llevaba en su interior le costaba mucho comprender eso.

La joven madre no pudo evitar reír de nuevo. Hablar de su hijo la llenaba de regocijo.

—Me resulta extraño hablar contigo de esto, eres más grande que yo. ¡Y aquí me tienes, dando consejo!

—Tú ya has sido madre, en eso me tienes ventaja.

—Sí, es cierto. Mira, hace poco pensaba en encontrar un buen esposo, un buen hombre, sin muchos vicios, que no me maltratara, que viviera cómodamente y me diera algunos lujos. ¡Lo que quiere toda mujer decente! Pero eso llegó y tuve suerte con Albo, es un esposo que me respeta, se preocupa por mí y no quiere que nada malo me pase. Cuando Albo aceptó a su hijo y me dio permiso para que lo amamantara… ¡No sé definirte la sensación! Cuando el bebé empezó a beber leche de mi pecho. ¡Por mucho que mi madre me lo quiso explicar! ¡Yo no he vivido nada más importante, nada que me llenara tanto por dentro! Es una sensación que te coge por sorpresa. Llevo al niño en brazos, lo alimento, lo limpio, lo baño y lo visto. Es una dedicación a tiempo completo. Yo antes tenía muchos miedos, temía que me pasaran cosas malas, pero ahora solo tengo miedo por él.

La germana, al ver la pasión con la que hablaba Vibia, no pudo evitar tocarse su barriga, quería sentir lo que sentía esa joven madre. ¡Quería sentirlo ella!

—¿De cuántos meses estás?

—No lo sé muy bien, cuatro o cinco lunas.

—Entonces, ¿ya se mueve en tu interior?

—Sí, ya lo hace —confirmó Idalia.

—¡Dime! ¿Hay alguna emoción mejor que esa?

La sensación que invadió a ambas mujeres sorprendió a Idalia. Estaban como en una unión, como si compartieran ese sentimiento de satisfacción. ¡Una romana y una celta! Idalia se preguntó a sí misma, ¿hay diferencia entre las mujeres? La pregunta, al igual que la respuesta, fue interior: en lo básico, ¡no! La unión, la empatía compartida era suficiente para que ambas sintieran ilusión por el próximo nacimiento del bebé.

A pesar de la alegría esperanzada que sentía Idalia y la sonrisa que se les escapaba por la complicidad a las dos mujeres, no pudo evitar

recordar las palabras de su abuela:

«Los hombres son educados para saber quién tiene más propiedades, quién ha ido con más mujeres, quién es más valiente, es el más alto o más fuerte, o cuál de ellos tiene el miembro más largo o la espada más grande. Se llenan la boca de paz, pero esa competencia es el primer paso a la guerra. Nosotras estamos educadas para cooperar, para ser solidarias. Cuando estás de parto, estás indefensa y dependes siempre de la ayuda de las otras. Así que necesitamos en algún momento esa ayuda y por eso colaboramos entre nosotras. Ese es siempre el camino para la paz. Y la paz te acerca a la naturaleza y a la armonía del espíritu. Por eso te habla el bosque y te aconseja el Padre Roble. Si no estás con la paz no puedes estar unida a la naturaleza. Y eso, naturaleza, es una mujer».

—Hazme caso, tú preocúpate del bebé que llevas dentro y deja a los hombres hacer cosas de hombres. Si tu domine es un buen domine no te lo pienses, cuídalo, complácelo y sométete a él. Pide a Juno Lucina, diosa benefactora del matrimonio, ella te ayudará a ser feliz en tu papel de mujer —aconsejó Vibia.

La germana sentía en verdad envidia sana por la joven de catorce años, pues tenía claro qué quería ser en la vida y cuál era su papel. Eso le proporcionaba paz de espíritu. Se podía ver en ella en cada una de las palabras y de sus gestos. Tendría que buscar la manera de darle algo de eso a Marco Coso, pues eso era lo que esperaba de ella.

—Tengo muchas ganas de sentir lo que tú sientes —expresó.

—Lo sentirás, ¡ya verás! El bebé será como un trocito de tu corazón fuera de ti. Seguro que estamos juntas en el asentamiento civil del fuerte Vetera y lo veré personalmente. Nuestros esposos nos querrán bien atendidas y nos apartarán de las mujeres de baja categoría. Así que nuestras casas no estarán muy separadas, de esa manera nos vigilan mejor. Las que damos hijos varones somos muy valiosas y nos tienen que proteger para que nada malo nos pase. Además, seremos dominae de centuriones, ¡las más importantes de allí! Todas nos tendrán envidia.

La conversación fue interrumpida.

—Señoras —intervino Crinis—, tienen que permanecer aquí. En estos momentos se está preparando el ataque en vanguardia y casi todos los efectivos somos necesarios. Aquí hay hombres dando cobertura y están a salvo. Cuando el ataque haya acabado serán informadas y seguiremos avanzando.

Las mujeres asintieron y la mayoría de los que las protegían marcharon hacia delante.

Ese era el momento que había estado esperando.

Antes de que ninguno de los presentes se diera cuenta, marchó sigilosamente hacia la retaguardia.

—Saludos, hermana, que la Madre te dé salud a ti y a los tuyos —pronunció en el idioma de los celtas.

—Saludos, hermana, que la Madre te dé un buen parto y provea fuerza a tu bebé —respondió Luhaja.

—Por lo que veo ya has sido bendecida y volvió tu hombre —comentó con una leve sonrisa.

—Sí, ella siempre bendice a las piadosas.

—¿Tienes un arma? —ofreció Idalia sin más.

—No, no he podido conseguir ninguna. Mi compañero solo dispone de un puñal. No podía dármelo.

Ambas mujeres se abrazaron y disimuladamente la domina del centurión pasó uno de los puñales a la dulce flor de las nieves del guía ubante.

—Tienes un pequeño al que defender, hermana. Que Tiwaz te guíe si lo necesitas.

—Tiwaz esté contigo también. ¿Adónde vas?

—¿Has visto a mi hombre?

—Sí, está al final, con los rezagados.

Tras eso continuó hacia su destino.

V – Frente al campamento germano, en vanguardia.

Los legionarios y auxiliares habían construido cincuenta pasarelas compuestas de fuertes ramas unidas entre sí con cuerdas. Parte de ellas se utilizarían para, a modo de puente, superar el foso y otra parte, las más largas, a modo de rampa, para superar la empalizada. Lucio Cedicio sabía que en esta ocasión sería imposible evitar que algún germano huyera y pidiera ayuda, su esperanza era aprovechar la sorpresa, superar por fuerza bruta al enemigo e ir lo más raudamente posible hacia el río Rin. Este estaba a pocas horas de marcha militar de su objetivo y los germanos necesitarían un tiempo para organizarse.

La responsabilidad de iniciar el ataque sería de los arqueros. En trompa, tirarían sobre las cabezas de cualquier germano que se atreviese a asomarse. En el momento que empezara el primer disparo, hombres dotados con jabalinas y los que portaban las pasarelas saldrían de sus escondites ocupando sus posiciones. Los primeros darían cobertura en todo momento, y los segundos se dispondrían a poner los objetos en su lugar.

Todo se realizaría muy rápido. El prefecto del campamento tenía la esperanza de que se pudieran alcanzar entre quince y veinte objetivos. Una vez hubieran puesto las pasarelas en su lugar los legionarios y auxiliares se sumarían al ataque. La infantería pesada como fuerza de choque, y los arqueros arvernos apoyados por los soldados biturigos y algunos legionarios en los flancos. Esto último era conveniente por dos motivos: el primero, evitar que el grupo principal pudiera ser rodeado, y el segundo, minimizar la posible huida de enemigos pues el tiro a distancia era adecuado para ello. Los legionarios eran infantería acorazada y por lo tanto pesada, y estaba pensada para romper las líneas enemigas, no para la persecución. Sumar a eso que no se disponía de caballería y los arqueros eran lo único que podría mantener a los jinetes germanos a distancia.

En contra de la costumbre, solo tres centurias legionarias quedarían en la retaguardia atentas a cualquier zona que necesitara refuerzos. La sorpresa del ataque se tenía que unir a la contundencia, y no se podía prescindir de más hombres.

En cuanto estuvieron puestas las primeras pasarelas, tal y como estaba previsto, la segunda fase de la operación se puso en marcha. El prefecto del campamento habló en esos momentos a Keiler.

—Están equivocados los que piensan que ya estoy viejo para estas cosas. Los años de servicio han hecho mella en mis huesos, pero sigo con la misma determinación e ingenio. He sido centurión y he atacado

delante de mis hombres en multitud de ocasiones. Sigo vivo, así que fui, por entonces, un ejemplo de virtud y valentía. Eso haré ahora. —Girando entonces hacia sus hombres—. ¡Legionarios de Roma! ¡Por Júpiter!

Lucio Cedicio alzó su espada, apuntó hacia el enemigo y salió a toda velocidad. No había alcanzado la mitad del recorrido cuando sus hombres ya le habían alcanzado, y sus escoltas intentaron rodearlo realizando la mayor cobertura posible.

Los legionarios y los auxiliares saltaban a decenas por cada una de las rampas. Cuando los germanos quisieron reaccionar tenían ya a cientos de hombres armados, y acorazados, a pocos metros de ellos. Sin olvidar las flechas y las jabalinas. Las bajas romanas eran pocas y las de los que defendían la posición, muy numerosas.

—Señor, ¡nos atacan!

El escolta personal quiso avisar a Arminio, pero este ya estaba casi saliendo de su tienda. El experimentado ex prefecto de caballería observó el despliegue romano y reconoció a su oponente. El hombre que comandaba a las tropas era el prefecto del campamento de la legión XVIIII, un hombre experimentado. Carecía de caballería, pero la suplía con numerosos arqueros. Era consciente de ello y los protegía con numerosos efectivos. Estos harían una formación de escudos que pararían a las cabalgaduras y serían estas, entonces, víctimas de una tormenta de flechas. Acercarse a ellos era un suicidio. En la práctica era como hacer muros móviles donde resguardar la ventaja táctica que tenía al disponer de una cohorte de arqueros.

Tomó una rápida decisión.

—No hay nada que hacer, esta batalla está perdida. La guerra se ganará o se perderá otro día. Subid todos a los caballos. Hay que salir de aquí.

Arminio dio la orden de abandonar la zona. Era, no obstante, consciente de que algunos pequeños líderes locales se quedarían en la lucha hasta vengar a sus hombres. El resto morirían defendiendo a sus jefes.

Junto a su escolta personal y los fieles a su causa, abandonó la posición en dirección al río Rin, la mejor manera de evitar a los arqueros, tras pocos kilómetros se dirigirían hacia el territorio querusco.

—¿Ese no es el prefecto de caballería Arminio, señor? —avisó señalando uno de los hombres de Lucio Cedicio.

—Sí, eso parece.

—Es un traidor a Roma, ¿vamos a por él? —La indignación del legionario era evidente.

—No, Cotta, no le alcanzaríamos y además sería una pérdida de hombres y de tiempo que no nos podemos permitir. Es mejor…

Sin que pudiera acabar, sus hombres le cubrieron con sus escudos, estaba siendo objetivo de tiro de venablos, los germanos que quedaban estaban empezando a organizarse.

La refriega estaba aún por ganar.

—Señor, tenga cuidado, todos dependemos de usted —comunicó Cotta, siendo la voz de sus compañeros.

No se tardó en dar la orden de dotar la zona de más hombres y alejar al enemigo de su comandante.

Al poco se contaron las bajas, los romanos habían perdido noventa hombres, los germanos habían sido masacrados, totalmente eliminados. Se recuperaron todas las jabalinas y flechas posibles, acabando en este proceso con todo enemigo herido. Parte del foso fue rellenado de tierra y se hizo un gran hueco en la empalizada. Había que facilitar el acceso a los civiles.

Los hombres de apoyo volvieron a sus posiciones retrasadas y se reorganizaron las tropas. Al llegar Crinis a su posición no pudo más que alarmarse: Idalia, la domina del sexto centurión de la III Cohorte de Aliso, había desaparecido. Su intranquilidad aumentó cuando se dio la orden de marcha al grupo de civiles y la columna se puso en marcha.

No hacía falta ser muy inteligente para saber que había sido engañado, sin más remedio partió a buscarla.

VI — ¡Peligro!, en retaguardia.

Como se temía, los civiles más afectados por la falta de alimento provocaban que el último grupo, el más perjudicado, se estuviera estirando. Era lo esperado, pero no dejaba de ser alarmante.

Bajo su mando, dos cohortes de auxiliares galos y cuarenta legionarios, estos últimos, los supervivientes de su centuria. El problema con ellos era el mismo, al intentar dar cobertura a los civiles se separaban unos de otros. Esto preocupaba a los milites, pues era contrario a su entrenamiento y por ese motivo, y por instinto, se formaban grupos. Eso provocaba que parte de los civiles quedasen desprotegidos. Marco Coso era consciente de ello y también de que la situación no tenía solución.

Lo que no esperaba era lo que sucedió en ese momento.

—«Papá» —se oyó a lo lejos.

—«Tito» —siguió al grito anterior.

Por despiste o por cansancio, ¿quién sabe?, algo había fallado y como mínimo una madre y un hijo se habían quedado atrás. Al verse solos, el temor se apoderó de ellos y llamaron temblorosos a su padre de familia.

Al centurión se le encendieron las alarmas, podían ser escuchados por los germanos con el consiguiente peligro. Rápidamente, con los cuatro hombres de los que disponía en esos momentos, se dirigió hacia la zona. Era prioritario hacerles callar.

Antes de alcanzarlos se oyeron los gritos de la desesperada madre y sobrevino el silencio.

Alzó la mano para detener a sus hombres.

—¡En posición de combate!

O habían llegado tarde o era una trampa, de lo que sí estaba seguro era de que habían sido detectados.

Como paridos por la misma tierra o como si estuvieran escondidos dentro de los árboles, un grupo de germanos les atacó por todas partes. Sus hombres y él se defendieron abatiendo a la mayoría de ellos. Pero estos no se acababan nunca y siempre quedaba uno por matar. Primero cayó un legionario, tras ese otro, hasta que al final el único romano vivo era Marco Coso. Tanto porque era el mejor de ellos, como porque cada uno de los legionarios defiende a su centurión.

Quedó solo contra cuatro guerreros queruscos.

Se llevaría a uno o a dos de ellos por delante, pero lo pincharían por todos lados. Era la mejor manera de morir, vivía por el hierro y moriría por el hierro.

Poco a poco esos hombres se fueron abriendo para rodearlo. Si atacaba a uno, se descubría ante otro. Estaba calculando a cuál de ellos llevarse primero antes de ser alcanzado por cualquiera de los flancos.

Sin esperarlo, uno de ellos fue derribado, no sin antes gritar como animal llevado a la matanza, atravesado por el lanzamiento de una de sus propias frámeas. ¡Uno de sus hombres seguía vivo o llegaban refuerzos! Era su oportunidad.

Se lanzó como un rayo hacia el lado contrario del que partió la ayuda y golpeó al más cercano con la parte de debajo de su escudo. Ese germano se desestabilizó, cayendo al suelo. Sin más, lanzó la punta de su espada contra el siguiente objetivo. Notó en su coraza el golpe de una frámea. El cuerpo le devolvió dolor, pero creía que no había logrado atravesar su armadura de placas. Al menos eso esperaba, era demasiado pronto para notar salir su sangre. Sin detenerse en ello, pues su vida estaba en juego, siguió en el empeño y alcanzó en el costado al portador de la lanza.

Rehízo el movimiento y se ocupó del hombre al que había golpeado anteriormente con el escudo. ¡Faltaba uno! ¿Dónde estaba?

Alguien saltaba contra el último guerrero querusco y lo acompañaba hasta el suelo. Como un felino, con una elasticidad y agilidad casi increíbles y con una facilidad asombrosa, rebanaba el cuello al enemigo caído. Al alzarlo reconoció ese puñal.

Marco Coso se sintió totalmente horrorizado por lo ocurrido y por quién portaba el puñal. Eso le confirmó su convencimiento de que los germanos eran los más bárbaros de los bárbaros. ¡No sabían educar a sus hembras!

—¡Tú no puedes hacer eso! —cuestionó.

—Nunca le digas eso a una celta embarazada. Ahora tengo dos corazones y cuatro pulmones. En mi cuerpo viven dos mundos, el tuyo y el mío. Pariré con dolor y con gritos, y tras eso me levantaré y alimentaré al bebé. Sin importar los desgarros o el sufrimiento. Nunca me digas que no soy capaz de hacer algo, porque soy capaz de todo —afirmó.

—¡Las mujeres no podéis utilizar armas! ¡No podéis hacer lo que hacen los hombres!

—Marco, hijo de Quinto, centurión legionario, de la ciudad de Clusium, soy Idalia de los bructeros, de la aldea de Elfego, protejo a los míos y tú eres el hombre que dará futuro a mi hijo. No soy una mujer débil, soy una madre y una guerrera. Ante cualquier situación de peligro en mi presencia actuaré de esta manera. ¡Defenderé siempre a los míos! ¡Nadie ni nada me lo impedirá!

Este observó la imagen de Idalia: la lluvia caía sobre ella, parecía no importar, se mimetizaba; puñal en mano; ojos de determinación, como los de las fieras; pelos mojados pegados al cuerpo; pies descalzos en contacto directo con la tierra, con la tierra de su bosque; atenta y en tensión; sentidos agudizados; preparada para la lucha, preparada para enfrentarse a cualquier amenaza y su túnica, que marcaba su embarazo, llena de sangre enemiga. El agua que caía se mezclaba en su prenda y el rojo del líquido vital resbalaba por su pierna izquierda hasta alcanzar el suelo.

Como un rayo, recogió un escudo plano de forma larga hexagonal y se parapetó. No cabía duda de que sabía lo que hacía. Dio dos pasos y se situó junto al centurión, con intención de cubrir su costado.

—Guarda el cuchillo y ponte detrás de mí.

Esta no hizo caso a Marco Coso.

—Tú no puedes hacer eso, no puedes tener el puñal. ¡No lo entiendes! Si dices defenderme de todo mal, no me avergüences ante los demás —añadió este seriamente—, eso duele más que cualquier espada. Que la domina de un quirite le ayude con un arma es la peor de las ofensas. Es lo más bárbaro que te he visto hacer, una abominación. Para los demás quiere decir que soy incapaz, un pusilánime y un cobarde. Que carezco de virilidad y me oculto tras la túnica de una mujer para salvar la vida. Eso no lo consentiría un hijo de Rómulo. ¡Si alguien te viera! A cualquier otra mujer le pegaría una paliza en plaza pública y si muriera, no me importaría, otras aprenderían en cabeza ajena. Pero tu vida no depende de mí, depende de un juramento. Prefiero morir, mataré a todo el que dude de mi hombría y tras eso me ejecutarán. No conseguirás tampoco sacar adelante al hijo de Cneo Vitruvio. Guarda el puñal y ponte detrás de mí. ¡Coge el escudo con ambas manos! Muestra debilidad.

Tras esas palabras, Idalia se relajó, ocultó el puñal y con él guardó en su interior a la guerrera que llevaba dentro, se volvió a mostrar como una débil y sumisa mujer embarazada. El centurión observó cómo ante sus ojos un feroz y salvaje lobo se convertía en una dócil oveja.

Esta, sin dejar de estar alerta, obedeció e hizo caso al que ella misma ya llamaba domine.

Ambos se retiraban sin dejar de mirar constantemente atrás, pues continuaban en peligro.

La germana observó la marca que había dejado el golpe de la frámea en la armadura de placas del legionario. Esta tenía un muy pequeño agujero, insuficiente para permitir que la afilada punta de la lanza llegara al cuerpo, pero lo suficientemente serio como para que

esa pieza de la coraza necesitara mantenimiento o sustitución.

—Te han dado pero no te han atravesado —añadió con la intención de mediar.

—Sí, lo sé, no noto salir mi sangre. Ha estado cerca, muy cerca.

El centurión era consciente de que probablemente le debía la vida, pero la visión, el tremendo daño a sus costumbres, el imaginar a alguno de sus compañeros viendo el acto realizado por Idalia no le permitía reconocerlo.

Si una mujer, al ver que su domine está siendo atacado, se deja llevar por los sentimientos y pierde la compostura y sale corriendo en su ayuda, a pesar de ello no ha de ser tan atrevida como para comportarse como un hombre y dejar de lado su naturaleza femenina. Incluso mientras va en su socorro, ha de continuar siendo una mujer. Pues es terrible que una fémina se exhiba en vergüenza, y ofenda a las demás dominae, a causa de su descaro. Otras cosas son tolerables y aceptables, pero es grave pecado a las costumbres de los ancestros que una mujer llegue a tal grado de atrevimiento de portar un arma. No ha de salir sin castigo de tal acción, con el razonamiento de que lo ha hecho para ayudar a su domine. Ha de ser acusada y ha de sufrir castigo por sus malas acciones. De manera que si alguna vez se siente inclinada a hacer lo mismo, no tenga jamás el pensamiento de volver a hacerlo. El hombre tiene el duro trabajo de proteger a la mujer incluso de ella misma.

Que el rol del hombre era uno y el de la mujer otro estaba tan interiorizado en la mente del oficial, que aún le costaba creer lo que había sucedido.

—¿Cuál es tu tercer nombre? —pronunció de repente Idalia.

—¿Qué? —Evidentemente el oficial se extrañó, tanto por la pregunta como por la conveniencia de la ocasión.

—Sí, los romanos tenéis tres nombres. Si vivo en tu mundo te tengo que llamar como en tu mundo.

—Marco Coso Nerva. Ese es mi nombre completo.

—Así que yo seré la domina de Marco Coso Nerva.

—Sí, si salimos de esta, así será —aseguró el centurión.

—O salimos juntos o morimos juntos. Aunque tú no quieras, las mujeres de mi aldea protegemos a los nuestros. No dejaré que nadie haga daño a mi hijo. Y tú serás su padre, su protector, si para conservarte tengo que bajar la cabeza, eso haré.

—Ya hablaremos de eso. ¿Por qué me entregas tu cuerpo?

Esta vez fue Idalia la que se sorprendió. Aunque en su interior era sabedora de que ese hecho era de mucha importancia para él.

—Me demostraste que eres un hombre de honor que vas siempre con la verdad por delante. Que jamás romperías el juramento a Cneo.

Me entregué a ti voluntariamente porque era lo mejor para ambos. Hoy he aprendido que desde vuestro punto de vista, tener una mujer bajo vuestra tutela se considera una carga. Así que soy un gasto para ti. No tengo dote, así que te compenso con lo único que tengo. Pero no te equivoques, tú disfrutas de mi cuerpo y yo disfruto del tuyo.

—Te lo creas o no, eres de las pocas a las que respeto. Tengo que confesarte que el primer día me equivoqué. Sé que no quieres hacerme daño, al menos esa no es tu voluntad. Pero vives en mi mundo y no en el tuyo. Hay muchas cosas que no conoces todavía.

—¿Esto es una conversación de alcoba?

—Estamos en intimidad y es lo mismo. Pero es cierto, estamos solos y eso me preocupa, es lo peor para un legionario. Nosotros somos gregarios y actuamos siempre unidos. Tenemos que encontrar a los demás.

Por suerte para ambos, Crinis, seguido de Cato Vilio y de unos cuantos legionarios, llegaron junto a ellos. Se fueron retirando hacia el resto de las tropas, la jornada no había finalizado.

Idalia vio la cara de decepción del auxiliar galo, se sentía culpable y no pudo más que, en cuanto tuvo ocasión, disculparse.

—Todo lo que hago lo hago por mi hijo. No sé si lo entenderás pero espero que me perdones, no era mi intención perjudicarte —pronunció en voz baja.

El auxiliar no tuvo tiempo de contestar, la melodía tenebrosa de un cárnix resonó en los bosques. Cuando llegaron junto a los civiles y demás soldados, ese sonido sombrío era reproducido desde varios puntos, el contraataque germano había comenzado.

Marco Coso tuvo que improvisar rápido, y organizó a la mayoría de los hombres situándolos al cierre de la marcha. Actuarían de primera línea ante posibles ataques. Tras ello obligó a que los civiles abandonaran toda carga que portaran. Con algunos tuvo que utilizar la fuerza, pues se negaban a dejar lo poco que les quedaba. Buscaba dos objetivos, que los germanos se entretuvieran con el botín y que los civiles al ir menos cargados avanzaran más rápido.

VII – Trompetas, en vanguardia.

Lucio Cedicio había ordenado detenerse a los hombres de vanguardia, la columna se estaba estirando demasiado. Era consciente de que era muy difícil pedir a los civiles, entre ellos mujeres y niños, que pudieran seguir el ritmo de sus hombres. No había imprimido, ni mucho menos, a la marcha la rigurosidad que se necesitaba mínimamente en un desplazamiento militar, pero dos factores afectaban con dureza a estos: la falta de alimento y el avance en condiciones de tormenta. Cuantos más hombres pisaban la blanda tierra, más difícil se hacía el terreno.

Por ese motivo, detuvo a los hombres y mandó una fuerte cobertura en los flancos. Sobre todo en el lado derecho, el contrario al río Lippe. Esperaría lo máximo posible la incorporación de los grupos de civiles.

—¡Ven! —El prefecto del campamento llamó al guía ubante.

Cayó en cuenta de que no había revocado una orden anteriormente dada.

—Dadle una espada y una lanza a ese hombre.

El asistente partió raudo a cumplir los deseos de su oficial.

—¿Qué necesita, señor?

Le resultaba extraño que no se le dirigieran con el reglamentario saludo militar, pero eso no se le podía pedir a un bárbaro, fiel a él, pero un bárbaro de todos modos.

—¿Cuánto tiempo nos queda antes de que se organicen?

—¡Señor! —Era una pregunta que no tenía respuesta.

—Ya sé que no es fácil, pero necesito información. ¿Adónde crees que ha ido Arminio?

—¿Arminio, señor?

—El líder de la rebelión, el que se retiró en la batalla de la empalizada.

—A caballo, hay dos posibles destinos, uno está a una hora, quizá más, pues la tormenta enlentece la marcha. y el otro está a hora y media.

—¿Cuál de los dos es más grande?

—El segundo, señor.

—Bien, pues habrá ido a ese, de poco le vale llegar antes a un lugar donde no tiene recursos. —El prefecto seguía reflexionando en voz alta—. Así que allí se organizará.

—Es posible que haya mandado a jinetes a otras aldeas a reclutar hombres sin tener en cuenta a los que hay ahora por los bosques, estos están muy cerca.

—Es cierto, Keiler, pero estos atacarán sin orden ni disciplina. Solo

nos harán ir más lentos. No digo que no sean peligrosos, pero atacarán sin un plan. El que me preocupa es Arminio, es un buen militar, si él entra en batalla con suficientes hombres estamos muertos.

El guía ubante no podía opinar, ignoraba las actitudes del jefe de la rebelión. Lo conocía como al hijo del rey Segimer de la tribu de los queruscos. Tras algunas pocas victorias y muchas derrotas contra las legiones de Augusto y mediante tratados, los jefes tribales debían enviar a sus hijos a Roma para que fuesen educados a la manera de los quirites. Tras eso volverían a Germania como jefes de las tribus. Poco más sabía de él.

—Bien, creo que —intervino de nuevo Lucio Cedicio— tenemos dos horas. Esperaremos hora y media y nos pondremos en marcha, mi prioridad serán los que lleguen aquí.

En aquellos momentos se presentó el asistente con las armas para el ubante. Estas le fueron entregadas. Hasta el prefecto del campamento notó la emoción que sintió Keiler al volver a apretar con las manos una lanza, símbolo de hombría en su pueblo.

—Supongo que te preocupa tu futuro al otro lado. No temas, estarás bajo mi tutela. Trabajarás para mí como escolta. No te faltará de nada.

—Gracias, señor.

En ese instante oyó un cárnix, no tardó mucho que se unió otro. A final se fueron sumando más objetos con esa melodía y los sonidos se entremezclaron.

—Son cinco de ellos, señor, dos queruscos, dos bructeros y un cato —intervino el guía ubante.

—¿Cómo puedes saber eso? —se extrañó el oficial.

—En ocasiones somos aliados y en ocasiones enemigos. Tienes que conocer a tu oponente.

Otro cárnix se incorporó a la melodía. La vergüenza fue tal que el guía se guardó la información, en este caso era uno ubante. Solo deseó no ser preguntado.

El prefecto del campamento dedujo por la información recibida que eran ataques desorganizados, nada tenía que ver con Arminio y sus intenciones. Aun así podrían hacer mucho daño y causar bastantes bajas, sobre todo civiles.

Tomó dos decisiones. La primera, reforzar la retaguardia con más hombres, pues el peligro en esos momentos lo tenían detrás y no delante. Y la segunda, reunir a todos los hombres con tuba curva, y situándolos a doscientos metros uno del otro se dirigieron, escoltados por un contubernio, hacia el interior del bosque y hacia el enemigo. Todo germano dudaría ante el sonido de las tubas curvas, todo civil se

dirigiría a ellas y todo legionario romano aumentaría su ánimo al oír ese sonido.

Tenía que ganar tiempo.

—¡Señor!

El tribuno entró rápido en el despacho.

—¿A qué vienen esas prisas? —contestó entre alarmado y molesto.

—Al otro lado, señor, ¡se oyen tubas curvas!

Evidentemente eso sorprendió a Lucio Nonio Asprenas. Se creía que todo lo romano en la otra orilla del Rin había sido aniquilado.

—¿Estás seguro?

—Sí, señor. Están siendo atacados, un guía ha identificado un cárnix querusco.

—Es muy extraño, los creíamos a todos muertos.

—Si va a las murallas, se oyen claramente las tubas romanas. ¿Qué hacemos, señor?

—¿Qué tenemos ahora en el fuerte?

—Cuatro cohortes de cada legión, cuatro cohortes auxiliares y un ala de caballería auxiliar.

El resto de los hombres se encontraban desplegados por toda la Germania controlada por Roma. Tenían la plena seguridad que se habían enviado espías a sembrar la discordia, pero la presencia militar constante había evitado cualquier idea de levantamiento. Ayudó a eso que los carros de suministro romano lucían las manos cortadas en la operación de castigo contra los germanos del otro lado. A todos les quedó presente que Roma no consentiría ningún movimiento sospechoso. Los soldados, según sus órdenes, eran omnipresentes pero no intervenían en los asuntos de la población, eso era suficiente para tener a los civiles amedrantados.

El traidor de Arminio no había atacado y el invierno ya empezaba a ser duro. Por ese año las hostilidades habían acabado.

—No es mucho, y tenemos que dejar hombres aquí. Llévate a los de la Legio V Alaudae y a todos los auxiliares. Cargar la caballería en los barcos nos llevaría mucho tiempo. No podemos entretenernos y dejarlos solos.

—Sí, señor.

—Supongo que no se sabe la cantidad de germanos a los que nos oponemos y cuántos supervivientes hay.

—No, señor.

—Bien, utiliza toda la flota disponible, incluso las barcas de carga… Mejor lo pongo bajo la responsabilidad del prefecto del campamento de la Legio V Alaudae, prefiero que tú te quedes en el fuerte por lo que pueda pasar. Transmítele que tiene total libertad, es plenamente consciente de dónde se va a meter.

—Gracias, señor.

El tribuno, preocupado a la vez que esperanzado por poder hacer

algo, partió entre un mar de preocupaciones en la cabeza. Tenían que actuar rápido, pues esos legionarios eran Roma. Sin olvidar el aumento de la moral de las tropas al salvar a sus hermanos de armas. ¡Aún quedaban supervivientes del inmenso desastre del inútil de Varo!

VIIII – Contraataques germanos, en retaguardia.

—Aguantad, aguantad.

Marco Coso controlaba a sus hombres. Como dictaban las buenas artes militares todos estaban bajo la cobertura de sus escudos, cubriéndose a ellos mismos y a sus compañeros. Esperaban que dejaran de caer venablos y se produjera el impacto germano.

Un solo instante después de cesar los proyectiles llegó el momento de actuar. Los queruscos avanzaban rápido y a corta distancia hacia ellos.

—«Júpiter» —gritaron al unísono.

Todos los hombres disponibles, en formación de cuarenta hombres de frente, avanzaron con ímpetu hacia el enemigo germano. Utilizando la parte de abajo del escudo o su protección central, fueron golpeando, haciendo caer o desequilibrando a todo aquel que se oponía. El escudo romano era un arma casi tan efectiva como la espada corta. Se produjo un choque brutal. Los germanos que cayeron fueron siendo eliminados, otros recibían su estocada de pie. Algunas pocas frámeas lograban su objetivo y algún romano o auxiliar era herido o moría. Este era rápidamente reemplazado por el compañero anterior. Tras el momento del impacto se produjo una estabilización, los queruscos mantenían la distancia con sus armas largas y los legionarios aprovechaban cualquier acercamiento para intentar dañar al enemigo sin descuidar nunca la línea.

El escudo y la coraza romana eran muy superiores en esa situación. Los brazos, piernas y pies eran protegidos tras los escudos y era prácticamente imposible herirlos en el tórax o en la cabeza, partes vitales, pues el casco y la armadura los hacían casi impenetrables. Luchar de esa manera era inútil para los sublevados. Estos se retiraron para organizarse y lanzar otro ataque. Su técnica, fatigar al legionario romano. Portaba encima más de veinte kilos de equipo. Si la lucha era constante caerían en el agotamiento.

Esto era conocido por el centurión, y al retirarse el enemigo ordenó un repliegue organizado retrocediendo terreno y el cambio de los primeros hombres de las filas por los segundos, pasando los que lucharon en la refriega anterior al último lugar.

Era cuestión de tiempo, cada vez parecía oírse más fuerte el sonido infernal del cárnix.

No obstante, algo nuevo sucedió y el ánimo de los hombres se

reavivó.

—Vamos, vamos —ordenó ahora Marco Coso.

Sin permitir mucho desorden en la formación, se dirigieron justo tras los civiles hacia el sonido de las tubas curvas que escuchaban en las posiciones adelantadas de la columna. Al parecer parte de la tropa iba en su ayuda. Eso haría volverse más temerosos a los germanos.

Esto animó a todos, y por ese motivo se veía en la obligación de parar a sus tropas de vez en cuando para volver a organizarse. Su vara de vid y la vara de su optio dieron golpes vigorosos a hombres que desatendían la línea. Los oficiales y suboficiales de las tropas auxiliares hacían lo mismo. ¡Retirarse era una cosa, huir otra!

Ni que decir tiene que los civiles, al creer cercana la salvación, sacaron fuerzas de donde no parecían tenerlas.

—¡Es un engaño! —aseguró Cato Vilio.

—Sí, ya me he dado cuenta, no pueden venir tantos refuerzos, dejarían sin cobertura al resto de la columna —confirmó el centurión.

—Pronto los hombres se darán cuenta.

—Eso me da igual, lo importante es que lo crean los civiles y los germanos.

El optio asintió ante la apreciación de su oficial. Ambos se volvieron a concentrar en mantener un cierto orden entre sus hombres.

Tal y como se esperaba Cato Vilio, los auxiliares y los legionarios se dieron cuenta del engaño, al fin y al cabo eran profesionales. La única diferencia es que ellos estaban, como era su deber, centrados en la técnica y los oficiales y suboficiales tenían que estar también pendientes de la estrategia. Siendo eso cierto, también sucedió lo que esperaba, o mejor dicho, deseaba Marco Coso, pues los civiles marchaban hacia lo que creían su salvación.

Los ataques en la retaguardia cesaron, sin duda los germanos estaban evaluando la situación. Tarde o temprano esa estabilidad acabaría. Aún quedaban algunas horas de marcha hasta alcanzar su destino, al final del día estarían en el fuerte Vetera o serían masacrados.

No todos verían la luz del nuevo día, tenían que estar preparados para nuevos enfrentamientos.

—Vamos, cerdos, rápido —animaba el prefecto del campamento responsable del rescate.

Las instrucciones habían sido dadas y los hombres iban lo más rápido que podían, la guerra acústica entre la tuba curva y el cárnix les animaba. Los hombres tenían sus mismas ganas de intervenir y salvar a sus compañeros que el comandante. Desde su retrasada posición y escoltado por rudos hombres de la I Cohorte de la Legio V Alaudae, los más feroces de la legión fundada por el divino Cayo Julio César, veía cómo los más de tres mil hombres que había conseguido embarcar en tiempo récord se empezaban a organizar en centurias. Los auxiliares a los flancos y los legionarios en el centro.

Apoyando a la flota del Rin, la infantería de marina se dedicaría a proteger cualquier ataque a los barcos, cavando fosos, creando líneas de defensa y dejando caer miles de abrojos. Sin olvidar toda la artillería que portaban las embarcaciones. Diez centurias, cuatro de legionarios y seis de auxiliares, irían en la retaguardia a modo de reserva. Los demás avanzarían al origen de los sonidos romanos. Allí estaban sus hombres, ¡allí estaba Roma! ¡Había que darle una alegría a Augusto!

—Señor, ¿plan A o plan B? —preguntó su lugarteniente.

—Plan B, y que suenen las tubas curvas, pero no continuamente. Que empiecen de derecha a izquierda.

Una línea de dieciséis centurias, separadas entre ellas el espacio que ocupaba otra, seguidas de una línea igual, en posición damero, se pusieron en marcha hacia el interior del bosque. No era fácil mantener la formación en esas condiciones, pero se esforzaban en no dejar huecos por entre los hombres. Cada uno de los milites portaba una jabalina pesada para apoyar su ataque, y hondas y munición de plomo.

Al poco, las tubas iniciaron su ritmo.

—Aguantad, aguantad.

Marco Coso se volvió a ver en la misma situación con idéntico resultado. El engaño había acabado.

Sin embargo, en esta ocasión, tras el segundo ataque germano, oyó a su espalda el sonido inconfundible de legionarios en marcha, el producido por las piezas de chapa de las armaduras tocándose.

—A sus órdenes, primer centurión. —Se cuadró ante su superior a la vez que con esas palabras cedía el mando de las operaciones que se realizarían desde ese momento en la retaguardia.

Tito Postumio Albo. El máximo responsable de la I Cohorte de Aliso se presentó con cuatro de sus centurias y una de arqueros. ¡Al final sí que tendrían refuerzos!

—Novedades, sexto centurión. —Evidentemente la situación no estaba para formalidades.

—Me quedan treinta y dos legionarios y cien auxiliares galos. Los germanos atacan irregularmente y todavía sin mucho ímpetu, pero cada vez son más.

—No sé cómo has podido aguantar tanto tiempo con lo que tienes. Si salimos de esta, esto será sabido por Lucio Cedicio. Estáis agotados, así no valéis de mucho. Id con los civiles, están con muy poca cobertura. En una hora, si no antes, os volveré a llamar.

—No podía prescindir de ningún hombre más.

—Totalmente lógico, y por eso has aguantado. Ve a descansar un poco. Necesito a tus hombres en condiciones.

A Marco Coso no le gustó la orden, pero no tenía más remedio que obedecer.

Sumido en el recuerdo, vio cómo lloriqueaba como una mujer, él, ¡un galo! ¡Un orgulloso guerrero! Portaba una pesada carga, por ese motivo aun tras tantos años sentía frío en su corazón. ¡Solo tenía cuatro años de edad! Encontraron con una sonrisa al primero en llevar su nombre, como si la muerte quisiese burlarse de su acto fatal. Parecía dormido, como las veces que su madre lo posaba suavemente a descansar tapándolo para que no cogiera frío. Pero su piel pálida era suficiente para hacerte llorar. Las lágrimas que derramó corrían cruel y amargamente por su rostro. ¡Lloriqueaba como una mujer! De rodillas, postrado por el sufrimiento y envuelto en el dolor, perdió toda dignidad. ¡Ningún padre debería tener que enterrar a su hijo! ¡Ningún padre debería sobrevivir a su hijo! Sin embargo, eso le había sucedido.

A pesar de que parecía imposible, de que el desconsuelo alcanzaba cada una de sus acciones y pensamientos, su tristeza siguió creciendo.

Cuando llevó el cuerpo a la pira, ¡era tan liviano! Todo rastro de humanidad, de vida, lo había abandonado. No obstante, se sentía tan pesado, el dolor de su alma paralizaba a sus derrotados músculos.

¿Por qué le habían dado ese destino los dioses? ¿Por qué ese dolor? Creía que se volvería loco, pues la vida había perdido sentido para él. Quería morir e irse con su hijo, creyó oír que lo llamaba. Por eso, y no por otra cosa, lo abandonó todo y se alistó en el ejército como auxiliar.

No podía morir en vano, quería morir matando y honrar los ya abandonados ritos de su pueblo. Sin embargo, en el entrenamiento encontró consuelo, en la disciplina, en la dureza, en los golpes, en las duras marchas, en el trabajo duro y en el dolor, encontró algo de descanso. Tras eso llegó la camaradería, soldados sin nada que lo daban todo. Hombres de aquí y de allí que se unían y luchaban como hermanos de sangre quién sabe por qué motivos.

Crinis entendía a Idalia, habría hecho cualquier cosa por su hijo. Esa mujer lo daba todo por su bebé no nato y le había engañado. Pero no podía culparla pues él hubiera hecho lo mismo, aunque tristemente para él, era tarde. No podía enfadarse con la mujer, pues verla seguía siendo un soplo de primavera entre tanto invierno.

Algo más tranquila con ella misma, pues Crinis le había, de alguna manera, perdonado al decir: «No entiendo por qué me ha hecho esto, pero sé que las madres celtas siempre defienden a sus hijos. Aunque a veces se equivocan, es bien intencionado». Idalia le pidió reiteradamente disculpas, humildemente y en más de una ocasión, pues era un buen hombre y había abusado de su confianza.

Había sido obligada por el centurión a volver con los civiles. Según le comunicó le distraía y eso era peligroso para ambos, y lo que era peor, para sus hombres. No era de su agrado, pero en esta ocasión ganaba el oficial. Crinis había sido, casualmente, asignado a la cobertura de los civiles pero estaba claro que como siempre tenía una doble misión.

Se encontraba en esos momentos junto a Luhaja, para ambas mujeres eso era reconfortante, recordaban los años de juventud cuando entrenaban con las armas y de alguna manera se sentían poderosas, ¡sueños de juventud!

Esta no oyó llegar a Marco Coso. Sin embargo sí lo sintió. Este le proporcionó un buen golpe con la mano abierta en el glúteo, fue una acción irrefrenable. El grito fue tal que incluso el auxiliar galo sacó la espada intentando ver el peligro.

Tras el salto y el grito por la sorpresa, esta se quejó.

—¿Esto es propio de un domine?

—No, ni mucho menos, pero también soy centurión.

Tras acabar de decir, movió la mano en gesto de apartar algo. Luhaja bajó la cabeza y se retrasó dando intimidad a la pareja.

—No tienes que ir con hembras de ese tipo, eres la domina de un centurión. ¡Ella es una bárbara!

Ni el mismo centurión se había dado cuenta de cuándo empezó a considerarla de manera diferente a las demás germanas.

—¿Estás enfadado conmigo? —preguntó sin prestar atención a lo anteriormente dicho.

—No es enfado, es decepción, es ofensa, pero ya pasó y nadie te vio. Ningún otro sabe lo que hiciste. Hace solo un momento, ¡pero parece que han pasado tantas cosas desde entonces! —pronunció sinceramente.

—No sabía lo que me has explicado antes sobre el insulto a tu virilidad y el daño por dentro que puede causarte eso. Pero entiéndeme, nosotras defendemos a nuestra aldea, nuestra casa. Ahora solo tengo al hijo de Cneo y tú le harás de padre… No pediste protección a Jano ni a tu Genius y no hiciste el catre, no realizaste el rito del catre. Yo no entiendo tus costumbres ni cómo te relacionas con tus dioses, pero sé que le dabas mucha importancia. Me diste tu amuleto para proteger al bebé, ¿para qué queremos protección si te perdemos a ti? No sabía qué más hacer, si tú mueres, el hijo de Cneo lo pierde todo.

Antes de acabar de escuchar, a Marco Coso le entró un profundo escalofrío. Su alma se sintió desnuda ante los peligros de los seres sobrenaturales que quisieran hacerle daño. No había realizado su rito y eso podía ofender a los dioses

—Me dijiste —siguió— que como buena domina me enseñarías a honrar a los dioses de la casa cuando tú no estuvieras. Yo recé y realicé el rito del catre. No sé cuánta protección da eso ni si lo hice correctamente.

El orgullo del romano no le permitía dar las gracias a la germana, pues denotaría debilidad.

—Algo es algo, me gusta que me escuches cuando te explico cómo tienes que comportarte —pronunció, aunque por dentro estaba realmente agradecido.

—Soy la domina de Marco Coso Nerva, ante los demás me mostraré obediente como me has pedido, pero no confundas mi comportamiento con sumisión ni mi silencio con cobardía. No callo por ser débil o lloro porque estoy rendida. Haré cualquier cosa para sobrevivir y poder hacerme cargo del hijo de Cneo. Me entregaré a ti como lo hacen las dominae, y tú nos cuidarás a ambos y procurarás que nada nos falte. Soy más noble, fuerte y valiente de lo que

aparento.

—Ya te lo dije una vez, eres una mujer que se abraza a la vida. Pero al pasar el río no vivirás en tu mundo, vivirás en el mío. Vivirás bajo el amparo de la Loba.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Idalia.

Esta no obtuvo respuesta, pues su domine alzó la mano en señal de silencio. Los hombres allí presentes notaron un cambio en los sonidos. Poco a poco la tuba curva fue ganando terreno y el cárnix perdiéndolo. Los acordes en las notas de las nuevas tubas eran diferentes, venían refuerzos.

XII – Desenlace, orillas del Rin.

Antes de abordar la embarcación en la que partiría hacia el fuerte Vetera, Marco Coso fue convocado por Lucio Cedicio. Idalia, como era la costumbre, se posicionó a unos pocos metros dando a entender que el tema del que hablarían no era de la incumbencia de las mujeres. Unió las manos ante ella y bajó algo la cabeza. Así había sido instruida.

Vibia Maiana se acercó a ella rápidamente.

—¿Te han herido?

—No, la sangre no es mía, tropecé con un cadáver.

—Me alegro de que lo hayas conseguido, me tenías preocupada —pronunció aliviada.

—Soy una mujer fuerte —aseguró Idalia.

—¡No digas eso! A ellos les enternecen las mujeres débiles y delicadas.

La germana no podía más que sonreír, era perfectamente consciente de ello.

—Ponte siempre a esta distancia y míralos a los pies —instruyó Vibia Maiana mientras guiaba con la mano a Idalia—. De esa manera verás hacia dónde va tu esposo. Desde su punto de vista estás mirando al suelo, pero en verdad lo ves del todo. Escucha los nombres y mira sus reacciones. Luego en la intimidad, cuando pronuncie el apellido de un enemigo pon cara seria y cuando hable de un amigo muestra una ligera sonrisa. Esa manera de actuar hará que confíe en ti y te contará más cosas que te serán útiles para poder ser más agradable en su presencia, buscará estar contigo.

La germana era consciente de que necesitaba los consejos de la joven de catorce años, había sido instruida como una domina, tenía que conseguir que fuera su aliada.

Lucio Cedicio hizo gesto de que se acercara el centurión, era su turno.

—Marco Coso Nerva, sexto centurión de la III Cohorte de Aliso, es para mí un honor que hayas servido a mis órdenes. He recibido un buen informe sobre tu actuación. En la sexta y séptima cohortes de la Legio I Germanica hay dos vacantes. Recomendaré que te asignen definitivamente a una de ellas.

—Gracias, mi prefecto, pero yo solo cumplía con mi obligación.

—Y por eso te has ganado el honor del cargo. Centuriones como tú sois la columna vertebral de las legiones. Nosotros, los comandantes, somos los que damos las órdenes, pero vosotros con vuestra valentía, efectividad y adaptabilidad sois los que ganáis batallas.

—Usted es el mejor de todos nosotros, señor, estamos vivos gracias

a sus decisiones.

—Es cierto que yo tengo la responsabilidad y doy las órdenes, pero estamos vivos gracias a los hombres que se han sacrificado por sus compañeros y por Roma. Además, de nada sirve diseñar un mueble si tus manos no cortan bien la madera. Las legiones son un solo cuerpo. Todos somos uno, centurión.

—Semper et ubique fidelis.

—Semper fidelis.

Tras eso, y ante todos los oficiales de alto rango, posó su mano derecha en el hombro del centurión, ¡el mayor reconocimiento público!

El orgullo lo portaba por las nubes, pues era la primera vez que sentía que se había ganado el cargo y este no lo ocupaba por ser la opción menos mala o lo que era peor, sustituía a Cneo Vitruvio. Con esa sensación de deber cumplido, marchó al barco asignado junto a su domina. Encontró a esta con una gran sonrisa en la boca y mostrando felicidad, devolvió la misma actitud.

A pesar de la alegría por lo sucedido, solo alcanzó la tranquilidad cuando pudo poner los pies en la orilla correcta del Rin, la que controlaba Roma.

—¿De quién es esta tumba? —se interesó Idalia.

—No es una tumba, es un cenotafio.

—No sé qué es eso. —Era una negación que contenía una pregunta, ello quedó evidenciado pues esta se giró hacia Marco Coso.

—Es un monumento funerario que no tiene dentro el cadáver. En este caso es al centurión Marco Celio. Su hermano, también centurión, ha hecho construir este cenotafio. Describe su historial y está adornado con todas sus condecoraciones militares y con la vara de vid, el símbolo de su autoridad. Ese hombre era un gran centurión, una gran pérdida para Roma. Lo más triste es que pide que en caso de que alguien encuentre los restos los deposite aquí. Pero los blancos huesos de Marco Celio están en el campo de batalla al otro lado del Rin. Mezclados con los de miles de legionarios que han sido abandonados para que se pudran. Una forma muy poco digna de acabar la vida para un romano.

Tras una pequeña reflexión, Idalia pronunció en voz alta lo que pasaba por su alma.

—¿Podemos hacer lo mismo por Cneo?

—Todavía no he cobrado mi primera paga de centurión, ¡estas cosas son muy caras!

—No hace falta que sea ahora, ¿cómo se escribe “que vivas

siempre conmigo, dulce alma”?

El centurión llamó a uno de sus hombres y pidió una tablilla de cera y un estilete. Con letra clara escribió: Viuas semper mecum, dulcis anima!

—Gracias, me gustaría que pusieras eso de mi parte en su monumento. ¿Me puedes dejar la tablilla?Quiero aprender, me gustaría poder leerlo cuando esté en su monumento.

—A las mujeres no os hace falta saber leer ni escribir, no lo necesitáis para nada.

—No quiero aprender a leer, solo a poner esto.

Entretanto el oficial miraba los torpes intentos de copiar lo por él escrito, repasó las últimas semanas vividas, la dureza de la lucha y la evolución de su relación con la mujer.

—Idalia, ya sé qué vio en ti Cneo Vitruvio —aseguró Marco Coso.

—¿Ah sí? —No cabía duda de que la afirmación le había intrigado.

—Sí, tú eres una tormenta que puede, y sabe, calmarse sola. Tienes una guerrera dentro de ti, pero eliges tus batallas. Además, como mujer tienes armas que no se ven. Eres capaz de mostrarte sumisa conmigo e implacable con el enemigo. Estoy totalmente seguro de que estos días he cedido sin darme cuenta y que he hecho cosas que no hubiera hecho antes. También sé que las seguiré haciendo, y la verdad, no me importa. Intentas de veras no hacerme daño. Te has ganado mi respeto. ¿No sé si me has entendido?

—Has dicho que un roble y yo estamos hechos de la misma materia y que mis hojas pueden cambiar de color, pero que mis raíces permanecen iguales —puntualizó Idalia.

—Sí —añadió Marco Coso tras pensárselo un poco—, pero no solo eso, sino que has sido capaz de crear un hogar allí donde no lo había. Es más, allí donde nadie lo buscaba. Ahora cuando vuelvo a las habitaciones, no veo un catre en el que hacer un ritual ni tampoco encuentro a una bárbara molesta. Veo a una madre y a un futuro niño del que hacerme responsable. De alguna manera veo a una familia. Aunque no habrá amor romántico en mí, veo que serás también la madre de mis propios hijos y que conseguiremos aprecio mutuo.

—De una pequeña semilla nace y crece un árbol. Me alegro de que pienses eso —comentó evidentemente emocionada.

—Yo, sin embargo, soy guerra, furia y violencia, soy imposición, agresión e intimidación. Solo me siento realmente vivo en el campo de batalla. Me he acostumbrado al hierro y solo veo solución de los problemas si puedo utilizar mi espada.

—No, Marco, tú no eres así. Conmigo no te portas así.

—Sí, Idalia, a veces sí, yo me impongo y tú agachas la cabeza. Como decía, sabes elegir tus batallas. Yo soy Marte y tú eres Minerva

—sentenció.



Nuestro divino hermano, el Poderoso Marte, luchó en Troya, guerra tanto de hombres como de dioses. En sus ganas de lucha, en su forma de juzgar la guerra, en su manera de ver tanto a aqueos como a troyanos, combatió por ambos bandos. Ni Nos ni ningún dios inmortal duda de la valentía ni de la fuerza del dios de la venganza, pero no siempre la fuerza sale vencedora. La brutalidad del Poderoso Marte fue contenida y evitada por nuestra inteligencia y viril prudencia. Dolidas por su actitud le derribamos y recibió una cruel herida, bramó de dolor como más de diez mil hombres y su grito hizo temblar el mundo.

Se refugió entonces en el monte Olimpo buscando que Júpiter, el Mejor y el más Grande, curara sus heridas.

—«No te sientes a mi lado y te quejes, mentiroso de doble cara. Para mí eres el más odioso de todos los dioses que sostienen el Olimpo. Siempre peleón, ¿es lo que quieres para tu corazón?, ¡guerras y batallas!... Sin embargo, no soportaré mucho verte con dolor, ya que eres mi niño».

La brutalidad es necesaria, imprescindible, para ganar batallas, pero solo con ella no se ganan las guerras ni se conservan territorios. Tal y como enseñan los escritos, fue la inteligencia combinada con la fuerza la que conquistó la ciudad del rey Príamo. En toda contienda se necesita brutalidad y cordura, hierro y prudencia. El vigor y la osadía del Poderoso Marte y la sabiduría y las artes de Nos, la Majestuosa Minerva. Eso es lo que pudo hacer que Roma conquistase la ecúmene.

Tras romper, los hijos de la Loba, el pacto con los dioses, la Roma del Poderoso Marte cayó. La Roma de las legiones murió, la Urbe perdió el control sobre el territorio. Las naciones extranjeras tomaron todo cuanto se había conseguido. La Ciudad Inmortal dejó de ser la capital del mundo y los quirites sufrieron en sus carnes los frutos de la deshonra a su padre, Rómulo, y del abandono de los dioses.

Con todo, nuestra obra sobrevive, la civilización romana todavía tiene influencia en el mundo. Señales inequívocas de esta pervivencia son evidentes. La obra realizada por los dioses del Olimpo no podrá ser borrada nunca por los hombres. De Nos habéis obtenido un legado cultural que influye en el mundo de los mortales desde hace siglos y que permanece en el tiempo.

Esa cultura, esa romanización, la tenéis, la habláis, en vuestro alfabeto, en vuestras lenguas y en vuestras ciencias, la utilizáis al decir los nombres de las plantas y animales. Las leyes, las leyes que emanaron de los representantes del pueblo romano, son la base de los códigos legales de la actualidad. El derecho político, entre el estado y

los ciudadanos, el derecho privado, entre los hombres, y el derecho internacional, entre los diferentes pueblos, son hijos de nuestra creación. Nosotras no podemos ver una ciudad sin observar: la herencia en la organización y planificación; trazado de vías rectas; calles anchas y perpendiculares que pretenden dar acceso al centro de la ciudad; sistemas de suministro de agua y de saneamiento; arquitectura en templos o puentes, ¡cada ciudad pretende ser una pequeña Roma! La idea de república y sus instituciones, como el senado y las asambleas, instituidas por los quirites, forman la base de la organización política de muchos pueblos del mundo. En las curias se usan palabras como dictadura, plebiscito o magistrado, todas ellas de origen romano. Incluso utilizáis los años y los meses, y sus nombres, que se usaban en la Urbe. La "Romanidad" ha pervivido pese al comportamiento de los romanos.

Eso no es aplicable a nuestro relato, pues en aquellos tiempos el pueblo de Rómulo era el elegido para conquistar el mundo. Este propósito concebido por los dioses para toda la tierra habitada por el hombre se tenía que reproducir en cada familia, pues cada hogar tenía que ser a la vez Roma. Los quirites son el fluido vital de la Urbe, la sangre que alimenta a la gran Loba, pues esta no es más que la labor de todas esas almas mortales. En este plan el hombre se tiene que dedicar a la cosa pública, a la guerra y a la fuerza del trabajo en la ciudad o en el campo. El varón tiene la misión de conquistar nuevas tierras para su descendencia. El romano es un soldado y un obstinado y laborioso trabajador. No obstante, la mujer tiene la misión más importante: la de parir hijos, crear un cálido hogar y con ello generar quirites.

El hombre lucha, batalla, por su familia, con el hierro, con el arado o con sus manos profesionales. La mujer crea vida, se expone en cada parto, da bienestar y cohesiona a padres e hijos. Tal y como el hombre siembra, la mujer genera. Tal y como el hombre cuida y protege su tierra y esta da el cereal deseado, la mujer ha de ser atendida para poder recibir el alimento de una nueva vida. El hombre es el campesino y la mujer la tierra generadora. ¿Qué es Roma sino tierra fertilizada por un quirite? El padre de los romanos, Rómulo, era consciente de ello. ¡Cuándo nace Roma sino con el rapto de las sabinas, las primeras matronas!

Idalia era una fuerte e incivilizada guerrera celta que vivía en la barbarie. Nos no la culpábamos por ello, pues esa era su condición. Pero el hijo de Cneo Vitruvio, el que llevaba dentro, era civilización. Viviría al amparo de la Loba, y aunque su interior no podría cambiar sería adiestrada y tutelada y adoptaría muchas de las costumbres de

las buenas y rectas matronas romanas. Las más admirables de todas las mujeres que hayan poblado el mundo de los mortales.

De Marco Coso y de Idalia surgió un hogar romano, una familia, que dio nuevos quirites que consiguieron nuevas tierras para la Urbe. Él era fuerza bruta y ella, ¡como todas las mujeres!, naturaleza y creadora. ¡No solo de vida!, también de hogar y patria donde encontrarse.

FIN.